

IVY
COMPTON-BURNETT

*Criados
y doncellas*

PROLOGO DE SERGIO PITOL

se



Lectulandia

Esta novela, escrita en el periodo de mayor esplendor de Ivy Compton-Burnett, es una de sus mejores y, a la par, más accesibles y humorísticas creaciones. En su clarividente prólogo, el escritor mexicano Sergio Pitol afirma: «En ninguna de las veinte novelas de la autora campea el ingenio con más espontaneidad que en «Criados y doncellas»».

El tema fundamental de todas las novelas de la escritora es la familia y el poder. Su escena quintaesencial acostumbra ser una comida en general el desayuno, o bien el té de la tarde durante la cual, con delicado salvajismo, se ejecuta un ritual diario de ataques y contraataques en el que se desvela la estructura del poder de la familia.

En «Criados y doncellas», Horace Lamb es un tirano, un opresor de su mujer, de sus hijos, de su primo, de sus criados. La mansión de los Lamb contiene todo el material necesario para la conflagración; sus habitantes llevan a cabo una sutil, cómica y terrorífica ceremonia de vejación y manipulaciones. A lo largo de la novela afloran los temas del crimen, el parricidio, el adulterio.

A su vez, el mundo de la cocina, el de los criados el imponente mayordomo Bullivant y la cocinera aliados contra sus subordinados reflejan y caricaturizan el sistema de jerarquías y la hipocresía de sus amos, del mundo del salón.

En cuanto a los niños, en modo alguno infantiles, están dotados sin embargo de toda la crueldad (generalmente ocultada) de la infancia.

El elemento básico y radicalmente original de las novelas de Compton-Burnett es el diálogo: la estructura de sus libros es una sinfonía de voces, la narración avanza a través de las palabras de los personajes, que utilizan el lenguaje como un arma. Aviso al lector: estos singulares diálogos en los que las palabras más sorprendentes surgen de las bocas más inesperadas son extremadamente traicioneros: quienes hablan ¿mienten, disimulan, dicen la verdad, la tergiversan?

Lectulandia

Ivy Compton-Burnett

Criados y doncellas

ePub r1.0

Titivillus 26.08.17

Título original: *Manservant and Maidservant*
Ivy Compton-Burnett, 1947
Traducción: Valentina Gómez de Muñoz
Prólogo: Sergio Pitol
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PROLOGO

Retrato de una dama

Ya las fotos delatan su excentricidad. Esa anciana espigada, vestida de luto severo, peinada a la moda de un siglo atrás, de mirada desafiante, lejana y desconfiada, la boca de labios apretados, una mera línea horizontal bordeada de innumerables pequeñas estrías que la cierran aún más; una apariencia que apenas varió en los últimos cuarenta años de su vida. Esos ojos que se fijan con desdén sobre el lente fotográfico, las manos estrechamente unidas sobre el paño oscuro de un vestido obsoleto, y el aspecto de ventosa que reviste la boca nos hacen prever una literatura cerrada, anacrónica, parca de efectos; anal, pues es más lo que retiene que lo que concede. Esa anciana ósea y elegante es la señorita Ivy Compton-Burnett (1884-1969), autora de veinte novelas que constituyen un cuerpo cerrado, ajeno a la influencia y a las tendencias de sus contemporáneos, sin antecedentes cercanos visibles ni descendientes posibles.

Escribió veinte novelas de títulos rigurosos y simétricos, *Hermanos y hermanas*, *Hijos e hijas*, *Madre e hijo*, *Una familia y una fortuna*, *Más mujeres que hombres*, *Mayores y mejores*, *Criados y doncellas*, etc., que fueron regularmente apareciendo cada par de años entre 1926 y 1963. Una obra juvenil, *Dolores*, fue siempre desdeñada por su autora, al grado de no permitir en vida su reedición. En 1971, se publicó una obra póstuma, *Los últimos y los primeros*.

En ese conjunto de novelas extrañas, cuya acción se sitúa a finales del siglo XIX y comienzos del actual (en alguna ocasión declaró no poder escribir sobre temas contemporáneos por carecer de cualquier conocimiento orgánico de la sociedad posterior a 1902), con evidente semejanza entre unas y otras, y una poética que apenas sufre alteraciones, Ivy Compton-Burnett se revela tal vez como la mayor novelista trágica de la literatura inglesa contemporánea. Los estudiosos ingleses y extranjeros que han analizado su obra tienden a considerarla, tanto por los temas que aborda como por la tensión que les imprime, una figura más propia del período isabelino o cercana a la tragedia griega que a las circunstancias de su siglo.

Ese trozo de marfil huele a podrido

«El arte literario consiste en tomar un trozo de marfil de unas cuantas pulgadas, dos o tres a lo sumo, y empezar a pulirlo», dijo cierta vez Jane Austen, y esa declaración nos permite entender con precisión el propósito y los alcances de su trabajo.

La comparación con Jane Austen era la única que parecía complacer a Ivy

Compton-Burnett. En la obra de ambas los personajes muestran la sutileza de sus registros y descubren sus repliegues más oscuros a través del diálogo. La manera de construir una frase, su respiración interna, la reiteración de ciertos adjetivos define la bondad o la perversidad de los protagonistas. Los límites fijados por Jane Austen parecen convenir de un modo ideal a las necesidades de Ivy Compton-Burnett. Un mundo bien acotado, una amplia casa solariega, unos cuantos personajes insertados en un rico tejido de relaciones familiares, episodios domésticos confinados en el estrecho marco de la propia experiencia. La comparación difícilmente puede llevarse más adelante. ¿El mismo trozo de marfil? Sí, tal vez, sólo que en manos de la escritora contemporánea se ha manchado, corrompido bajo el efecto de las más venenosas toxinas. El medio familiar de la burguesía rural constituía en tiempos de Jane Austen un cuerpo orgánico que tendía a proporcionar un sentimiento de plenitud a sus integrantes. La novela anterior a la revolución industrial, con la excepción notable de *Cumbres borrascosas*, tiende a demostrarlo. También la familia que aparece una y otra vez en los libros de la señorita Compton-Burnett lucha —¡y de qué denodada manera!— por mantener su coherencia; pero el amedrentado rebaño que la integra, sometido a la voluntad de un tirano doméstico, si recuerda a algo es el universo concentracionario de nuestro siglo.

Una espaciosa casa de campo, decíamos. Un laberinto de corredores oscuros y escaleras. Un salón, una biblioteca y un gran comedor son el escenario de las escenas principales. La mesa del desayuno equivale al potro de tortura. Por lo general hay abundancia de medios materiales, aunque su uso se administra con evidente severidad. Esa casa revelará ser un verdadero sepulcro blanqueado. Tras sus paredes, a pesar de los cultivados modales de sus moradores, alguien incurre en el pecado de parricidio, o asesina a un niño incapaz de defenderse, se altera un testamento, se cometen las mayores deslealtades, se miente, se fragua una relación incestuosa. Los personajes se observan, se espían, se ponen celadas, miran a través de las cerraduras, oyen detrás de las puertas. Alguien, el tirano, el común denominador de estas novelas sombrías y a la vez llenas de ingenio, hostiga sin cesar a los demás y a menudo, gracias a un acto de rebelión común o a una venganza individual, es también castigado. Todos, víctimas y verdugo, mantienen un silencio de piedra hacia el exterior, de manera que los secretos no escapen del recinto en que fueron concebidos. Puertas y ventanas se mantienen cerradas. Los criados se comportan con la misma reserva que sus amos. En los espacios imaginados por Ivy Compton-Burnett la ropa sucia se lava siempre en casa.

¿Quiénes son los moradores de esos espacios?

Un padre y una madre o madrastra. Cualquiera de ellos puede ser el tirano. Un grupo de hijos o hijastros de distintas edades que por lo regular cuentan entre tres y veintitrés años, divididos en grupos perfectamente determinados. Los mayores, en edad universitaria, más cerca ya de los adultos que de los niños; los menores, a cargo de una gobernante que los atiende en la guardería; el grupo de edad intermedia, que

gira en torno a preceptores o institutrices privadas. Y uno o dos familiares más, de recursos modestos, quienes, en el papel de coro, rumian los acontecimientos pasados y prevén los que les depara el porvenir. Casi tan importante como el verdugo de los señores es el que vive escaleras abajo, presidido por un pomposo mayordomo y su aliada, la implacable cocinera, quienes en forma paródica repiten involuntariamente el esquema dictatorial de sus amos sobre el resto de la servidumbre.

No lejos de la gran casa se encuentra otra, mucho más modesta, donde los sirvientes son casi inexistentes, y cuyos habitantes, una familia reducida a tres o cuatro miembros a lo sumo, tienen que ganarse la vida en alguna labor por lo general relacionada con la enseñanza o la creación literaria. Del contacto que se establece entre ambas casas, de la tensión que produce, resulta la extraña mezcla de *pathos* y humor —porque hay una racha de humor que diferencia estas historias de la sombría y mecánica truculencia de la novela gótica— que constituye el sello distintivo del universo de esta dama.

La descripción de cada personaje es escueta hasta la avaricia. Se hace una única vez, en el momento preciso en que aquél entra en escena. Se describen algunos rasgos, se señala invariablemente la edad y alguna otra parca característica moral. Hay una indudable rareza en esas descripciones mínimas, tal vez debido a las asociaciones que establece la narradora entre aspecto físico y temperamento. Veamos, por ejemplo, las descripciones de la heroína de *Criados y doncellas* y la de su antagonista. La primera se llama Gertrude Lamb: «Era una mujer baja y robusta, de unos cincuenta años y muy desgarbada. Tenía cabellos gris acero, tan tiesos que parecían descuidados, lo que no siempre era cierto. Sus ropas eran del tipo que resiste a todo uso, pero que en ella no tenían ese resultado. Su color era encendido, sus facciones poco correctas y sus ojos, de un azul profundo, muy dados a demostrar cólera, alegría o emoción, según las circunstancias, y circunstancias no le faltaban.»

Y otra aún más escueta, el retrato oblicuo de la intrigante Gertrude Doubleday, personaje de la misma novela: «Era una mujer alta y maciza de sesenta y ocho años, facciones sólidas y pequeños ojos claros siempre alertas. Se le suponía cierta semejanza con George Eliot, y aunque sabía que la fisonomía de la escritora no era su fuerte y no estaba descontenta de la propia, esa semejanza le brindaba satisfacción y se sentía complacida cuando un retrato que había en la pared llamaba la atención sobre ella.»

Eso es todo. Una vez dadas estas características la autora no insiste en ellas ni vuelve nunca a enriquecerlas o modificarlas. Las acotaciones son tan escasas, que a menudo el lector tiene que volver atrás para comprobar o ratificar ciertos rasgos de algún personaje necesarios para la comprensión del texto. De allí en adelante sólo el diálogo permitirá conocer los humores, alteraciones de ánimo y propósito de los protagonistas.

El diálogo es una creación específica de Ivy Compton-Burnett. Nathalie Sarraute opina que la combinación de lenguaje y sublenguaje en un cauce único es una de sus

grandes aportaciones a la novela contemporánea. En efecto, nos hallamos ante un flujo interrumpido y sincopado, críptico y nítido que no cesa a lo largo de doscientas o trescientas páginas. Una auténtica novedad lingüística. En ninguna otra novela los personajes hablan de esta manera. La lengua se tortura y se vuelve de tal modo diáfana que a momentos no se sabe si los personajes hablan o piensan en voz alta. Frases bíblicas y refranes populares sirven de muletilla a las conversaciones. Irreales y absolutamente coherentes con las normas que rigen estas novelas, las palabras más sorprendentes surgen de las bocas más inesperadas. Un joven retrasado mental suele emitir paradojas brillantes, un niño de cuatro o cinco años rebatir con inocencia y sabiduría un argumento erudito. Bullivant, el imponente mayordomo de *Criados y doncellas*, frena con inaudita pedantería el reproche de una mujer analfabeta, quien por descuido desliza un comentario mínimamente desfavorable al amo de la casa:

«—Se dice que el señor Lamb es una persona difícil —dijo la señorita Buchanan.

»—Usted me hace recordar a los antiguos atenienses —contestó Bullivant—.

Siempre está escuchando algo nuevo.»

Por supuesto nadie habla así en los libros, mucho menos en la vida real. Pero uno de los méritos de esta autora estriba en que en sus novelas cualquier exceso resulta normal. Lo estrambótico sería que en ese mundo la gente hablara como lo hacemos diariamente.

Una novela de Ivy Compton-Burnett comienza, por lo general, con el desayuno familiar. Allí se produce el primer enfrentamiento entre el tirano y su grey. El tema fundamental lo constituye el poder. Su adquisición, su conservación, su pérdida. En la lucha por él o contra él se llega casi siempre al crimen. En *Criados y doncellas* el acto criminal no llega a realizarse. El doble intento de asesinar a Horace Lamb, uno por parte de sus hijos (una omisión, al no advertirle al padre los riesgos de muerte que entraña seguir determinado camino); otro, ése sí activo, realizado por un joven sirviente, no llega a cumplirse. Horace no muere. En un momento descubre que su mujer y su primo (su mejor amigo, además) mantienen relaciones amorosas y están decididos a abandonarlo, llevándose consigo a sus hijos. Poco después descubre con espanto que sus propios hijos contemplan su eliminación del mundo como un remedio a sus desgracias (Horace los ha sometido, por avaricia, a un régimen de estricta miseria), y que uno de sus sirvientes, George, el más joven, ha hecho preparativos para que ese crimen se realice con éxito. Nada de eso se lleva a cabo. Se vive un momento de catarsis, luego la vida sigue su curso normal.

«Por ser la gran artista que es —escribe Robert Liddell, autor del primer estudio monográfico importante sobre esta novelista—, Ivy Compton-Burnett se acerca con serenidad a la violencia. Le ha preparado el camino de un modo tan efectivo, que cuando lo inevitable ocurre, como la guerra después de una crisis, se siente de inmediato que el aire se aclara. El crimen y el adulterio resultan menos pesados que la diaria crueldad de la mesa durante el desayuno. Cuando la violencia se ha apaciguado, los principales personajes menores que han participado en la purga por

medio de la piedad y el terror, resumen su existencia con mayor tranquilidad. Todo ha quedado resuelto, ya que todo el mundo *sabe*.»

Debajo de esa violencia que aflora de pronto yace una especie de corriente erótica reprimida, un flujo de semen seco que se atreve a reclamar ciertos derechos y que contribuye a acentuar el tono enrarecido y claustrofóbico de la atmósfera. La autora vivió en un mundo fundamentalmente epiceno. En una entrevista declaró que tanto ella como la amiga con quien compartió la mayor parte de su vida adulta eran personas «neutras», es decir, carentes de determinación sexual en cualquier dirección. Algo de esa «neutralidad» se filtra en sus tramas, o al menos se percibe la manera como una persona «neutra» observa la sexualidad. Los aparejamientos sexuales se dan en sus libros de manera fatal, ciega y mecánica. Dos cuerpos se unen en la sombra para causarle perjuicios a terceros. En la viudez, los ancianos de setenta u ochenta años sucumben al encanto de una joven de veinte o treinta. Las consecuencias son siempre las mismas: la mujer da a luz al hijo de un hijo o de un sobrino del marido que vive en la casa en calidad de hijo. Un testamento debe ser alterado y alguien debe abandonar, quizá para siempre, el hogar.

En el capítulo final, tras un último ajuste de cuentas, todo lo que de violento ha ocurrido parece olvidarse. Una reconciliación se impone. Los integrantes del núcleo familiar cierran filas ante los peligros del exterior. Un simulacro de felicidad se produce. La casa vuelve más que nunca a adquirir su carácter de sepulcro blanqueado.

Escaleras abajo

Criados y doncellas (1947) es tal vez la obra más optimista de la serie, la única con pasajes francamente humorísticos. Así como su antecesora inmediata, *Mayores y mejores* (1944), la más trágica, la más aberrantemente cruel. En ninguna de las veinte novelas de la autora campea el ingenio con más espontaneidad que en *Criados y doncellas*. Para empezar, ningún crimen llega a realizarse; ni la esposa abandona al marido, quitándole los hijos, ni el marido es asesinado por quienes desean su muerte. No sólo eso, hay personas y situaciones creados por un mero principio de regocijo.

La novela estudia las relaciones entre el mundo del salón y el de la cocina. Horace Lamb, el tirano en turno, somete a su familia a un régimen de economías que raya en la miseria. Sus hijos sufren frío, las raciones de mesa no llegan a saciar su hambre, sus vestidos son más propios de mendigos que de jóvenes caballeros. En la iglesia deben salir antes de que concluya el servicio religioso dada la curiosidad que su aspecto zarrapastroso despierta entre los feligreses.

En las zonas inferiores de la casa reina un orden similar. Bullivant, el mayordomo, y su aliada incondicional, la cocinera, instauran un sistema de jerarquías semejante al de sus amos. George y Myriam, sus subordinados, dos jóvenes cuya infancia ha transcurrido en asilos de indigentes de los pueblos vecinos, son sometidos

a una dura tarea de domesticación. Pero George se revela desde un principio como una encarnación de la anarquía. Él es el grano libertario, el elemento no domesticable que la sociedad no logra sofocar. Para empezar no acepta la legitimidad de la vida de criado que sus superiores en rango tratan de imbuirle. Ser criado equivale a vivir de prestado, a dejar de ser real. A ese respecto compara a Mortimer, el primo de Horace Lamb, con Bullivant, el mayordomo:

«—Hay otras personas que saben más acerca de las cosas. Y que hablan y se comportan mejor —le reprende tímidamente Myriam.

»—¡Y que piensan también mejor! —replica vivamente George—. Basta comparar la mente del señor Mortimer con la de Bullivant. Sé distinguir. Comprendo cuando algo es auténtico. No soporto las copias.»

Criados y doncellas da comienzo con una escena previa al desayuno. Una urraca se ha introducido en el tiro de la chimenea, produciendo una molesta humareda que está a punto de interrumpir el ritmo del ritual doméstico. «¿Por qué una urraca y no otro pájaro cualquiera?», se pregunta una pariente de Horace Lamb. Y, en efecto, ¿por qué una urraca? Se sabe de ellas que son pájaros ladrones. Donde se encuentran se altera la paz familiar. George en casa de los Lamb representa el desorden. Como la urraca, también él es ladrón. Roba alimentos, roba una navaja, pelea con los chicos de la casa como si fuera su igual, en un momento de exaltación decide suicidarse, decisión que trueca en el momento previo a la realización por la de asesinar al amo. Su sometimiento final a las reglas del orden se antoja como una mera tregua. No sabe comportarse en el seno de la sociedad civilizada, pero tampoco ésta sabe qué hacer con él. «La vida civilizada consiste en suprimir nuestros instintos», declara Horace Lamb. Bullivant, el buen sirviente, adapta su conducta a esa máxima. En cambio, cada acto, cada palabra de George es su negación. Para él la vida consiste no en suprimir sino en obedecer a los instintos. Si algo desprecia es la condición de criado, por todo lo que implica de sumisión, de mutilación de la vida instintiva.

«—No parecen tener muchos motivos para cantar —dice en una ocasión—. Criados son y criados seguirán siendo, a pesar de todos sus aires satisfechos.

»—Soy criado y criado seguiré siendo, George —respondió Bullivant, en voz baja y melodiosa, dirigiéndose a la imagen de George y a las paredes, y mirando hacia la cocinera, para ver si también formaba parte del auditorio—. Así ha sido, así es, así será, y yo me siento satisfecho.»

Ese diálogo se repite a lo largo de la obra con mínimas variantes. Las respuestas de Bullivant alcanzan momentos hiperbólicos en su afán de glorificar el acto de servicio:

«—Tiene que haber otro tipo de vida. No todo el mundo es un criado.

»—Perdóneme, George —dijo Bullivant con su voz más melodiosa—, pero todo el mundo lo es. No hay nadie desde el primero hasta el último de nosotros que no sirva en cierto modo a las capas superiores. Incluso la reina es la servidora del Estado.»

Cada época lee a sus clásicos de distinta manera. El lector encuentra en ellos los contenidos que le permiten aclarar su presente, resolver sus dilemas, vislumbrar con mayor claridad sus objetivos. Una gran obra trascenderá siempre las intenciones de su autor y las limitaciones de su tiempo. Baste una vez más el archicitado ejemplo de Balzac. Ivy Compton-Burnett fue una acérrima sostenedora de los aspectos más conservadores de la sociedad británica, de su sistema de privilegios y de castas. Sin embargo, su obra hoy día desmiente esas convicciones. «A su modo excéntrico — afirma Mary McCarthy en un revelador ensayo— Ivy Compton-Burnett es una pensadora radical, uno de los raros casos heréticos modernos. Su excentricidad ha desvaído la atención del hecho de que estos pequeños y uniformes volúmenes son verdaderas cargas subversivas.»

SERGIO PITOL

CAPITULO I

Horace Lamb preguntó:

—¿Está echando humo ese fuego?

—Así parece, mi querido muchacho.

—No pregunté qué es lo que *parece*. Pregunté si *está* humeando.

—Dicen que las apariencias engañan, pero no tenemos otros datos en que basarnos —respondió su primo.

Horace avanzó por el cuarto, indiferente a lo que le rodeaba.

—Buenos días —dijo, con aire preocupado, que varió al volver su mirada a la dirección primitiva—. Parece que ese fuego da realmente humo.

—Está en la etapa en que los fuegos producen humo. No veo qué se pueda hacer para evitarlo.

—¿Debo creer que en realidad no me entiendes?

—Sí, sí te entiendo, mi querido muchacho. Está echando algo de humo. Tenemos que reconocerlo.

Horace se metió las manos en los bolsillos y sus labios emitieron distraídamente algunos sonidos. Era un hombre de mediana edad, de estatura corriente, con mejillas flacas y arrugadas, fríos ojos azules, facciones regulares diseminadas irregularmente en el rostro, y con el hábito de mirar hacia otro lado con aire de fingida abstracción. Ésta era su forma de castigar a la gente que le exasperaba y que por lo mismo debía ser castigada.

—Bullivant, ¿ha estado echando humo ese fuego?

—No diría yo tanto, señor —respondió el mayordomo, retrocediendo ante este fenómeno—. Es sólo una consecuencia de las ventiscas de la mañana. Un espasmo periódico regulado por el viento.

—¿No dejará cubierta de hollín la habitación entera?

—Apenas una película insignificante, señor. No merece tomarse en consideración —explicó Bullivant, manteniendo la vista apartada de Horace, al sugerir la actitud a seguir.

Bullivant era un hombre más alto que sus amos, y su aspecto sugería que en él todo estaba hecho a gran escala. Tenía mejillas colgantes, párpados pesados que seguían la misma dirección, manos gruesas y sólidas de movimientos hábiles y precisos, una nariz que apenas se destacaba entre sus otras facciones, y cuello y barbilla provistos de incontables dobleces, sin línea definida entre ellos. Sus ojos castaños, pequeños y firmes, se hallaban fijos en su ayudante, y había adoptado un aire de desaprobación resignada y casi humorística, que indicaba cierto deseo de atraer las miradas de su amo.

Mortimer Lamb sentía simpatía por Bullivant; George, su subordinado, sentía hacia él antipatía y temor; Horace, simplemente le temía, excepto en los momentos en que se dejaba llevar por los nervios, cuando no temía nada ni a nadie.

George era un jovenzuelo desgarbado y demasiado alto para su edad, que mantenía un aire juvenil, y que restregaba los pies, se sobresaltaba y evitaba las miradas de la gente, sin perder su apariencia agradable ni poder impedir cierto aire patético. Bajo la mirada de Bullivant, ejecutó cada movimiento por partida doble, como si este doble esfuerzo probara su celo, mientras su superior no cesó de observarlo hasta que partió hacia la cocina en busca de alguna tarea que sugería una huida. Bullivant suavizó su imponente aspecto y se volvió hacia Horace con una semisonrisa, ya que era muy aficionado a sugerir gestos faciales sin llegar a ejecutarlos.

—Lo difícil es lograr que hagan algo, señor; no el hacerlo uno mismo. Nunca he considerado difícil ejecutar algo por mí mismo.

—¿Por qué no lo hace usted, entonces? —inquirió Mortimer audazmente.

Bullivant le dirigió una mirada y Horace apartó la vista.

—No puedo entender que alguien prefiera la parte más difícil para sí —continuó Mortimer, en tono más humilde.

—Debemos pensar en el futuro, señor, cuando nuestros días hayan concluido —sentenció Bullivant, vengándose de Mortimer al incluirlo en esta perspectiva, y retrocediendo levemente ante una bocanada de humo.

—No veo por qué he de hacerlo. Es algo que no se me ha pasado por la mente.

—No debemos creer que el mundo termina *con* nosotros sólo porque termina *para* nosotros, señor.

—Bullivant, supongo que no creerá que yo sugería seriamente que se ocupara usted de estos detalles, ¿verdad?

—¿No necesitará una limpieza esa chimenea? —preguntó Horace, sin intentar abandonar el hilo de sus ideas.

—No, señor; no hasta la primavera —respondió Bullivant, en tono de reproche.

—¿No hubiese sido mejor encender el fuego más temprano? —dijo Mortimer, sin mirar a su primo.

—Verá usted, señor; por una mañana como ésta, hay una docena en las que el tiro de la chimenea es tan perfecto... —Bullivant interrumpió su comparación y retrocedió otra vez.

—Tiene que haber alguna obstrucción en la chimenea —afirmó Horace.

—Si es así, señor, no puede ser por falta de previsión —dijo Bullivant, haciendo referencia a su última cita con los utensilios de deshollar, y manteniendo impassible el rostro ante una nueva bocanada de humo—. George, ruega a la señora Selden que retrase el desayuno. Aquí hay un asunto que debe ser investigado.

George cumplió la orden y volvió en seguida. Bullivant le indicó por señas lo que necesitaba, como si las órdenes habladas fuesen indignas de él y demasiado difíciles para George. Después de unos minutos de tensa atención, éste desapareció y volvió con una pértiga, que introdujo en la chimenea.

—¿Quema mucho el fuego? —preguntó Horace.

—No, señor —respondió George con sencillez y veracidad.

—Ese fuego carece de todas sus características naturales —apuntó Mortimer.

Horace mantuvo la vista fija en la maniobra, como si no hubiese oído. George manipuló la pértiga sin resultados, se acaloró sin ayuda del fuego y finalmente miró a Bullivant. Éste tomó el palo, lo hizo girar con soltura y un pájaro muerto cayó sobre el hogar. George contempló lo sucedido como quien presencia brujerías, y Bullivant le devolvió la pértiga sin una palabra ni una mirada, pero con un gesto de advertencia respecto del hollín que lo cubría.

—Afortunadamente no era un fallo de la chimenea —dijo Horace, contento de poder absolver de culpa a su casa.

—Ese pájaro es una urraca —dijo Mortimer—. Es negra y muy grande. ¿Usted lo puso allí, Bullivant?

Bullivant indicó el pájaro a George con el aire de reprochar una omisión, y luego que éste desapareció con él, se volvió gravemente hacia Mortimer:

—Estaba tan lejos de sospechar la presencia de ese pájaro, señor, que al tomar el asunto en mis manos no confiaba obtener resultados positivos. Sólo tuve la esperanza de que mi intervención resultase provechosa.

—La señora se ha retrasado —dijo Horace—, pero prefiere que no la esperemos.

—Así es, señor —dijo Bullivant—. Ya me había dado instrucciones al respecto.

Avanzó hasta la puerta y volvió con el aspecto de quien ha resuelto ya una situación. Cuando George hizo su entrada con las fuentes, las cogió de sus manos y las puso sobre el trincherero, colocando los cubiertos de servir en un ángulo conveniente, como si la gente acostumbrada a ser servida no pudiese estar segura de su uso. Una vez que Horace hubo servido, puso las tapas en su lugar y dio un leve toque sugestivo a la cafetera.

—A las señoras no les molesta encontrar frío el desayuno —comentó Horace.

Bullivant se encogió de hombros ante la indiferencia femenina frente a los alimentos e indicó a George que colocara una fuente ante el fuego. Lo siguió con los ojos para comprobar que no demostraba señales de haber sido interceptado por el fuego, y frunció el ceño al ver los gestos dramáticos de su subordinado.

—Parece que la urraca no era culpable —dijo Mortimer—. Nos ensañamos demasiado con ese ser indefenso.

—Creo que sí lo era, señor —dijo Bullivant en tono suave, como tratando de hacer que el asunto quedara entre los dos—. Desprendió una porción de hollín, y éste es el resultado, seguramente momentáneo.

—Bueno, se supone que el jamón debe ser ahumado —dijo Mortimer.

—¿Por qué dices *se supone*? —inquirió Horace—. ¿Que no está ahumado?

—Me parece que a estas alturas ya lo está, mi querido muchacho. Sólo quise decir que un poco de humo extra no podía hacerle daño.

—¿Quieres un poco de café? —dijo su primo.

—¿Por qué? ¿Hay té acaso?

—No. Te pregunté si querías café.

—Tengo que quererlo ¿verdad?

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué *tienes*? No hay ninguna obligación.

—Por supuesto que la hay. Es necesario beber una u otra cosa en la mañana.

—Hemos dejado de preparar una de ambas cosas, señor —observó Bullivant con voz clara y nítida.

—¿Entonces beberás café? —dijo Horace.

—Sí, sí, mi querido muchacho. No me quedará más remedio que beberlo.

Bullivant describió un amplio círculo para aproximarse a Mortimer y le puso la taza en la mano, aceptando como normal la brusquedad de su amo al revolver el líquido.

—He vivido en esta casa durante cincuenta y cuatro años —dijo Mortimer—. Hoy hace justamente cincuenta y cuatro años. Nací en 1838.

—¿Quieres decir que hoy es tu cumpleaños? —preguntó Horace.

—No, nada de eso, mi querido muchacho, nada de eso. Sólo recordé que hace cincuenta y cuatro años nací en esta casa.

—Muchas felicidades —dijo Horace.

—¿Puedo ofrecer mis saludos al señor? —dijo Bullivant, dejando filtrar en su voz un sutil toque de iniciativa e intimidad.

—Gracias. Es poco frecuente haber experimentado todas las sensaciones bajo un mismo techo. Y en realidad no he conocido otro. No puedo imaginar que algo pueda sucederme en otra parte, ni siquiera que algo pueda sucederme. No es que me importe; no me agrada mucho que sucedan cosas, o, más bien, no me agradaría. Estoy satisfecho de vivir las vidas de otros, satisfecho de no vivir en absoluto. Cualquiera que sea el caso, estoy satisfecho.

Mortimer Lamb era bajo y cuadrado, tenía un rostro redondo y lleno, de facciones casi planas, una boca móvil y casi alegre, y ojos oscuros y hundidos, muy bondadosos, que expresaban humor y desesperanza. Se hubiese sentido defraudado al no tener una profesión, si alguna vez hubiese pensado en tener algo tan caro. Empleaba su tiempo en ayudar a Horace en la propiedad, o, más bien, empleaba en esto parte de su tiempo, y no hacía nada con el resto. Sus sentimientos principales eran un afecto firme y abierto por su primo, y un afecto aún mayor y necesariamente menos abierto por la mujer de su primo.

—Yo también nací en este pueblo, señor —dijo Bullivant—, y también he pasado la mayor parte de mi vida en esta casa.

—¿Y dónde nació usted, George? —preguntó Mortimer.

—En... en el asilo, señor —dijo George, con ojos asustados, lanzando a Bullivant una mirada similar que expresaba claramente que lo peor había sucedido.

—Bien, pero ¿en qué lugar? —dijo Mortimer, como si esto fuese lo más importante en la respuesta.

—En el asilo de nuestro pueblo, señor.

—¿Fue educado también allí? —inquirió Mortimer, mientras Bullivant se encogía levemente de hombros, indicando que el pasado de George estaba en consonancia con su persona.

—Sí, señor, hasta que tuve edad suficiente para trabajar.

—¿Fue desgraciado allí? Quiero decir si no fue feliz.

—No, señor. Sí, señor. Desgraciado no, señor —dijo George, haciendo alzarse otra vez los hombros de Bullivant al escuchar que la experiencia había sido casi de su agrado.

—¿Así que no todo sucedió como en *Oliver Twist*? —preguntó Mortimer.

—No, señor. No a menudo —dijo George, evidentemente acostumbrado a la pregunta—. Sólo que no había vida de hogar, señor.

—¿Les enseñaban allí mismo?

—Íbamos a la escuela local, junto con los demás niños, señor.

—¿Y no tuvo usted molestias allí?

—Nos trataban con cierto desprecio, señor —dijo George con sencillez y comprensión.

Bullivant miró a George y éste no continuó, como si supiese hasta dónde podía llegar en este tema.

—Bueno, no llevamos impresas las huellas de nuestra historia —dijo Horace.

Bullivant miró otra vez a George, considerando que sobre este punto podía haber diversas opiniones.

—Usted puede guardar reserva sobre esto —dijo Horace—. No tiene por qué hacer confidencias a nadie.

—Nunca he navegado bajo falsos colores, señor —dijo George haciendo fruncir el ceño a Bullivant ante el innecesario toque personal.

—¿Qué lo hizo decidirse a trabajar como criado? —preguntó Horace.

—Me colocaron de aprendiz en una casa porque ese puesto estaba vacante, señor, y después uno continúa en lo mismo.

—¿Lo lamenta? —preguntó Mortimer.

—No... No, señor —dijo George, mirando de soslayo a Bullivant, que no toleraba desprecios a su profesión.

—Por lo tanto, usted no tiene un hogar en las inmediaciones —dijo Mortimer.

—No, no tengo hogar alguno, señor.

—Tiene muchos lugares donde es bien recibido, señor —observó Bullivant, con cierto desprecio por ese exagerado patetismo—. El muchacho ha encontrado mucha gente bondadosa. No tiene de qué quejarse.

—Las señoras se encuentran en las escaleras —dijo Horace, como si esas vidas privadas no concernieran a George.

Bullivant señaló bruscamente el hogar. George, de acuerdo con los puntos de vista de su amo, se apresuró a alzar la fuente y colocarla sobre el trincherero. Bullivant se adelantó y retiró una silla.

—Buenos días —dijo una voz bastante profunda, mientras la dueña de casa entraba y tomaba asiento frente a Horace, con una actitud de reunirse sin palabras que los señalaba como marido y mujer—. No tengo excusa alguna por llegar tarde. La mañana no es más fría ni más húmeda para mí que para los demás, aunque me pareció que tenía que serlo.

—Lo fue para nosotros —dijo Mortimer—. Pero estamos satisfechos de haberla soportado en lugar tuyo.

—Esta habitación no está nunca húmeda. No puede ser húmeda en esta ubicación —dijo Horace, que encontraba en la casa las perfecciones que no había encontrado en su familia—. Y fría es mucho decir.

—¿Qué palabra usarías tú? —dijo su esposa, mirando alrededor de la habitación helada e inmensa y dejando descansar los ojos sobre la chimenea.

—Hubo un pequeño contratiempo con el fuego, señora —dijo Bullivant en voz baja, inclinándose hacia ella.

Charlotte Lamb era una mujer baja y robusta, de unos cincuenta años y muy desgarrada. Tenía cabellos gris acero, tan tiesos que parecían descuidados, lo que no siempre era cierto. Sus ropas eran del tipo que resiste a todo uso, pero que no tenían ese resultado en ella. Su color era encendido, sus facciones poco correctas, y sus ojos azul profundo, muy dados a demostrar cólera, alegría o emoción según las circunstancias; y circunstancias no faltaban.

Horace se había casado con ella por su dinero, esperando remediar su apremiante situación, y ella se había casado por amor, esperando llenar su vida. El amor había desaparecido y el dinero estaba aún allí, por lo que Horace había salido ganando, aunque era incapaz de mirar su vida con tanto optimismo.

Horace había heredado una casa y tierras, y Mortimer no había heredado nada, excepto el derecho tácito a vivir bajo el techo familiar. El padre de Horace, tío y tutor de Mortimer, había asegurado a ambos jóvenes en su lecho de muerte que no dejaba deudas. Ambos apreciaron debidamente la circunstancia en esos momentos, y encontraron más tarde que esa descripción de la herencia era absolutamente verídica. Mortimer recibió el dinero que se le entregó sin la menor expresión de gratitud, considerando bondad suficiente el no albergar rencores. Horace miró la posesión de dinero con respetuoso temor, que en el caso de su esposa fue casi incredulidad. Que el dinero pertenecía a Charlotte más que a cualquier otra persona era un problema que no había podido resolver, aunque la solución estaba simplemente en que era la única hija sobreviviente de una familia acomodada. Había echado mano a las rentas de su mujer y las había invertido en su propio nombre, práctica que ella observaba con aparente indiferencia, que encubría su impotencia para impedirla. Había postergado toda recriminación hasta que ésta se había hecho imposible. Horace sostenía que ahorrar ese dinero, o más bien, que impedir que fuese gastado, equivalía a ganarlo, y perseguía sus propósitos con cierta furtiva incomodidad, que nublaba su vida aunque no podía transformar su naturaleza.

—¿Ha estado humeando el fuego? —dijo Charlotte, sin sospechar el efecto de sus palabras.

—Sí, pero no por sí mismo. Había una urraca en la chimenea —dijo Mortimer.

—¿Una qué?

—Una urraca. Bullivant la hizo caer.

—¿Cómo supo que estaba allí? —dijo Charlotte, mientras una mujer de edad entraba en la habitación, deteniéndose con humor y autoridad.

—Era evidente que había una obstrucción, señora —respondió Bullivant acercando una silla a la recién llegada.

—¿Era una urraca muerta?

—Sí, y en una etapa algo avanzada —dijo Mortimer—. George tomó las medidas pertinentes con ella, aunque no sé en qué consisten.

George se detuvo deseoso de explicar.

—No, George, no —dijo Bullivant, haciendo un gesto con la mano—. No ante las señoras.

—¿Y eso hizo que el fuego cesara de humear? —preguntó la señorita Lamb.

—Ya había adquirido el hábito —dijo Mortimer—. No pudo dejarlo inmediatamente.

—Se había soltado un poco de hollín, señora, lo que causó la ebullición posterior —dijo Bullivant.

Emilia Lamb era tía de Horace y Mortimer, y también había pasado su vida en la casa. Era una mujer alta y gruesa, de setenta y cinco años, con un rostro de rasgos acusados y llenos de individualidad, boca curva, ojos graves y pálidos, pies y manos muy grandes y esa especie de descontrol de movimientos que acompaña a las estaturas desusadas. Se le consideraba una personalidad única e imponente, y como ella se veía por los ojos de los demás, tenía por lo menos ese derecho a la cualidad de única.

—¡Qué día más frío! —dijo Charlotte, mirando otra vez el fuego—. Dicen que no hay humo sin fuego, pero parece que no es así.

—Es posible que la urraca favoreciera más al humo que al fuego —comentó Mortimer.

—¿Por qué sería una urraca y no otro pájaro cualquiera? —preguntó Emilia, con su lenta sonrisa.

—No creo que otro pájaro hubiese servido. Había mucho humo. Una golondrina no hubiese podido hacer nada semejante.

—Parece que cada día desayunamos más tarde —dijo Horace, lanzando una mirada al reloj.

—No veo por qué, si existe un horario. Somos Emilia y yo las que llegamos tarde. Las ocho de la mañana en invierno parecen medianoche.

—Hay mucha gente que se levanta aún más temprano.

—Sí, los que trabajan.

—¿A qué hora se levanta usted, Bullivant? —inquirió Mortimer.

—Pues bien, señor, alguien tiene que dar el ejemplo.

—¿Y usted, George? —dijo Mortimer.

—No hay aquí ninguna tarea dura para la que no estuviese ya entrenado en la casa de indigentes, señor.

Horace alzó la vista, dudando del derecho de George a usar esas palabras, y éste se movió alrededor de ellos con rapidez, satisfecho de haber hecho público su secreto, pero evitando todas las miradas.

—George nació en el pueblo —explicó Mortimer—. El asilo está en la plaza del mercado. Somos todos nativos de esta región.

Siguió un silencio y Bullivant, considerando que la causa de aquél era George, le puso algo en las manos y le indicó que se retirara.

—Así que ése fue el comienzo de George en la vida —dijo Charlotte.

—Sí, señora —dijo Bullivant, combinando en partes iguales lástima y aquiescencia.

—No lo sabía.

—No, señora. Me pareció que el muchacho se mostraba muy sensible al respecto, y respeté sus sentimientos. No hizo ningún misterio ante mí.

—Me pregunto hasta qué punto ese ambiente puede haberle servido como base para la vida —dijo Emilia.

—Ha tenido que bastarle a mucha gente, señora.

—¿Qué fue de su madre? —preguntó Mortimer.

Horace miró alrededor interrogativamente.

—Bueno, tiene que haber nacido de alguna mujer, mi querido muchacho, aun en una institución moderna.

Bullivant emitió un sonido involuntario y respondió como si nada hubiese ocurrido.

—Tengo entendido que su madre murió cuando era niño, señor.

—¡Pobre George! —exclamó Emilia.

—Pero nunca conoció otra cosa, señora.

—A eso me refiero.

—Sí, señora —asintió Bullivant, inclinándose ante sus sentimientos.

—¿Y el padre? —preguntó Mortimer.

Bullivant no levantó los ojos y se dedicó intensamente a hacer algo sobre la mesa.

—Y no se puede decir más sobre sus padres —dijo Mortimer, descubriendo que hablaba para los oídos de Bullivant; o mejor dicho, para lo que Bullivant imaginaba que eran los oídos de las damas—. Los únicos problemas de George tienen relación con él mismo.

—No creo que tenga problemas, señor —dijo Bullivant, como si George no fuese digno de tenerlos.

—¿Qué lo indujo a contratarlo? —quiso saber Horace.

—El muchacho quería mejorar su situación, señor. Y yo no soy adverso a un trozo de arcilla maleable, que puede moldearse a nuestra imagen. Es preferible eso a tener a alguien que lo sabe todo y no puede aprender nada. Y de George no se puede decir que lo sabe todo.

—¿Encuentra usted que está adquiriendo forma?

—¡Tanto como forma, señor! —dijo Bullivant, encogiéndose de hombros y luego bajando la voz tras mirar a las mujeres—. Pero debemos pensar en nuestros salarios, señor.

—Le evita a usted los trabajos más pesados, ¿verdad? —dijo Mortimer.

—Verá usted, señor; le doy todas las oportunidades que están en mi mano —dijo Bullivant, amontonando piezas de porcelana en una bandeja y llevándola hacia la puerta en una mano, ilustrando sus merecimientos personales.

—Es verdad que George está mal pagado —dijo Charlotte— aunque me parece extraño en Bullivant que se refiera a eso casi en voz alta. Y ya ha borrado totalmente el estigma del asilo.

—No sabíamos nada del asilo —comentó Horace.

—Bullivant lo sabía —dijo Mortimer— y guardó el secreto en su corazón.

—No podemos preguntar a Bullivant sobre todo —dijo Charlotte— porque tampoco él recibe lo suficiente. Es obvio que no nos atrevemos a pagarle demasiado poco. Sólo oprimimos a los débiles.

—«A los que no tienen, les será quitado» —dijo Emilia.

—No todos querrían emplear a un hombre de la edad de Bullivant —expresó Horace—. Recuerdo que tenía la edad de George cuando yo era aún un niño. Tiene que ser varios años mayor que yo.

—Sus años de servicio aquí lo han inutilizado para servir en otra parte —afirmó Mortimer—. Es lo que tiene que suceder con el tiempo. A mí me sucede lo mismo, aunque no tengo una posición tan definida como la suya en la casa. Y este hablar del tiempo me recuerda que hoy es mi cumpleaños. Si hay dinero sobrante, Charlotte, no se lo des a... a nadie más que a mí.

Bullivant, cuyo retorno había motivado este final de la frase, reanudó sus actividades sin dar señales de haber oído. Esto no quería decir que no lo hubiese hecho, sino que no se preocupaba de los asuntos materiales de la familia. Tal como ellos los conducían, esos asuntos estaban fuera de su alcance y, por lo tanto, carecían de interés. Sabía que Mortimer dependía de sus familiares, pero no veía nada anormal en esta situación, que le parecía otra forma de tener rentas, sin diferenciarlo sustancialmente de los demás.

—La señora Selden tiene la esperanza de verla esta mañana, señora —dijo a Emilia.

—Iré a la cocina a la hora de costumbre.

—Eres muy amable al liberar a Charlotte de los quehaceres domésticos —dijo Horace.

—Lo he hecho desde el día en que naciste y en que murió tu madre. Tiempo suficiente para adquirir el hábito.

—Y yo no he tenido tiempo de adquirirlo —repuso Charlotte—. Reconozco que las preocupaciones hogareñas no me atraen. Me parecen feas y mezquinas. Y si mis hijos han de sufrir frío y estar mal alimentados, no será por orden mía.

—Estamos todos perfectamente bien —aseveró Horace.

—Ya se sabe que las privaciones no permiten caer enfermo.

—Me parece que una de las cartas que recibiste te dejó preocupada, Charlotte. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Mi padre siente que le están pesando los años y quiere que vaya a verlo. Y vive al otro extremo del mundo.

—¿Te pide que vayas a visitarlo?

—No. Dice que tengo el deber de ir.

El padre de Charlotte le había entregado parte de su fortuna, en vista de los gastos que demandaba la atención de su familia y su yerno no podía hacer oídos sordos a tal deseo.

—Yo podría llevarte, si ambos pudiésemos abandonar a los niños.

—Soy yo la que no puedo abandonarlos, y yo la que tendré que hacerlo. Y no hay más que decir.

—Haremos lo posible por reemplazarte —dijo Emilia, que había escuchado con ojos graves—. Pero son malas noticias.

—Bullivant, ¿piensa tardar todo el día en quitar ese mantel de la mesa? —dijo Horace.

Bullivant cogió el mantel por las esquinas para no diseminar migajas, y lo llevó hacia la puerta, indicando, con su actitud, su conformidad con la idea de que, ocasionalmente, era más propio prescindir de su presencia.

—No debemos creer que Bullivant no tiene oídos —comentó Horace.

—Pensé que eso era precisamente lo que tú creías —dijo Mortimer—. Pero en esta oportunidad le has hecho comprender que no es así.

—Tiene el oído tan agudo que no vale la pena tratar de esquivarlo —afirmó Charlotte.

—No veo por qué deba yo ser menospreciado, como si no fuese alguien en mi propia casa —dijo Horace, mostrando con sus palabras por qué deseaba la ausencia de Bullivant—. ¿Qué niños tienen un padre mejor? ¿Los olvido algún día? ¿Empleo alguna vez mi tiempo o mi dinero en mí mismo? ¿Pienso siquiera en la vida que podría llevar, si no tuviese familia?

—Bullivant podría haberte respondido, mi querido muchacho —dijo Mortimer—. ¿Para qué lo hiciste salir?

—¿Por qué han de negarme la posición que me pertenece?

—Tu posición es un hecho establecido, que no necesita ser mencionado —dijo Emilia.

—Ésa es una actitud peligrosa. Es muy fácil causar resentimientos con ella.

—Tienes razón —dijo Mortimer—. Y parece que ya los hemos causado.

—¿Qué es mi vida sino un sacrificio de mí mismo?

—¿Y qué es cualquier vida? —dijo Charlotte—. Nos debemos tanto unos a otros, que ninguna vida puede dejar de serlo.

Horace fijó la vista en su rostro con una mirada interrogadora e intencionada, que la encolerizó.

—No es la mujer la criatura que no soporta las miradas —dijo.

Horace apartó los ojos y los posó sobre la chimenea, dejándose llevar después por una emoción más instintiva.

—¿Cuántas veces he prohibido apilar así la leña en una chimenea que no volverá a necesitarse hasta la tarde? Lo he dicho y repetido hasta el cansancio. ¡Qué derroche de combustible que podría ser de utilidad para alguien! ¡Qué cosa más burda, más vulgar! Tiene todo el aire de una vana ostentación. ¡No hubiese creído posible que alguien de esta casa hiciese algo tan bajo! ¿Quién fue? Tiene que haber sido alguien.

—Es verdad, tiene que haber sido alguien —observó Mortimer—. Deberías haber pensado en eso.

—Fue Bullivant —dijo Emilia, manteniendo la boca seria.

Horace caminó hasta el timbre y apoyó la mano sobre él, retirándola sólo cuando sintió aproximarse pasos.

—¿Quién encendió el fuego, Bullivant?

—George o yo, señor.

—¿Cuál de los dos?

—En realidad, señor, hubo algunas alternativas en la preparación del fuego esta mañana. No puedo afirmar quién fue el último que estuvo en contacto con él.

—Usted fue visto mientras lo encendía —dijo Horace, con voz más profunda—. La señorita Emilia es testigo.

—En ese caso, fui yo, señor —dijo Bullivant, inclinándose levemente ante Emilia, agradeciéndole su ayuda para aclarar la situación.

—¿Qué le hizo contrariar mis órdenes? ¿No me ha oído decir mil veces que en las mañanas este fuego debe ser suave? ¿Qué le hizo apilar combustible en esa forma tan ostentosa?

Para ilustrar el estado en que había hallado el fuego, Horace volvió a poner en el hogar los carbones que había retirado de él.

—Pues bien, señor, las señoras se quejaron del frío, y creí que había exagerado mi economía al encender el fuego demasiado tarde. Sólo traté de restablecer el equilibrio.

—Tenía entendido que usted no recordaba haberlo encendido.

—Me lo han hecho recordar, señor —dijo Bullivant, con otra reverencia a Emilia, que se hubiese sentido inclinada a responder en la misma forma, de poder aceptar la implicación de Bullivant de que le había sido útil.

—No había necesidad de exagerar en el otro sentido.

—No, señor. Fue exagerado, realmente. Pero esta mañana hubo que hacer frente a varios problemas.

—Que no vuelva a suceder —dijo Horace.

—No, señor. Sería muy difícil que las circunstancias se repitieran —dijo Bullivant en tono de asentimiento, dirigiéndose a la puerta.

—Tú denunciaste a tu tía, mi querido muchacho, y ella denunció a Bullivant —dijo Mortimer—. Es él quien sale mejor librado.

—Bullivant iba a culpar de todo a George, un indefenso huérfano del asilo —dijo Horace—. Ninguno de los tres merece distinción.

—George pasó un mal rato al contarnos la verdad respecto de su origen —dijo Mortimer—. Me dio lástima verlo actuar pensando que la sinceridad es la mejor política.

—Es mejor que aprenda cuanto antes que no lo es —dijo Charlotte—. Debería olvidar esas enseñanzas de asilo.

—La sinceridad no implica necesariamente una falta total de reticencias —apuntó Horace.

—Pero George lo cree así —dijo Emilia.

—Hay muchas cosas que no necesita pregonar.

—Se le hizo una pregunta y respondió la verdad —dijo Mortimer—. Sabemos que no debemos hacer preguntas, pero las razones que hemos dado están equivocadas. Yo le pregunté dónde había nacido.

—¿Por qué querías saberlo?

—No lo sé, muchacho, ni siquiera creo que sintiese interés por saberlo. Pero Bullivant nos había dicho dónde había nacido, y yo había contado que había nacido aquí, sin saber si a los demás les interesaba oírlo. Por eso, cuando George no dijo nada, le pregunté. Creo que lo hice sólo para incluirlo entre mis semejantes. Y entonces el pobre muchacho tuvo que confesar que no lo era. Fue muy triste verlo considerar que su confesión le hacía favor.

—No sé quién fue el que comenzó a tratar a la gente como a semejantes —dijo Charlotte—. Es algo que nunca resulta.

—Es muy difícil dejar de hacerlo una vez que se ha comenzado —comentó Emilia.

—Ya dejará de interesarnos, en cuanto la cosa deje de ser novedad —dijo Mortimer—. Parecía ser una idea tan original.

—Podemos ver lo antinatural de esa idea considerando sus resultados —dijo Charlotte.

—¿Creen ustedes que George nos considera sus semejantes? —preguntó Emilia.

—Creo que sí —dijo Mortimer—. Pero no me parece que Bullivant lo apruebe.

—¿Realmente piensas dejarnos, Charlotte? —preguntó Horace.

—Pienso visitar a mi padre, lo que implica dejarte.

—No podemos impedirlo —dijo Mortimer—. Sólo podremos contar las horas hasta tu regreso.

—Lo que no le servirá de ayuda —dijo Horace.

—Yo creo que sí, muchacho. Es muy agradable ser echado de menos.

—Es mejor no decirle nada a los niños hasta que se acerque el momento de la partida —dijo Emilia.

—Deben encarar la verdad —opinó Horace—. Es una preparación más saludable para el futuro.

—No podemos prepararnos para el futuro —dijo su esposa—. Sabemos demasiado poco de él. Y aprender a encarar las cosas no es un buen hábito; causa sufrimientos innecesarios.

—Los hechos por venir rara vez proyectan su sombra ante ellos —dijo Emilia—. Pero en este caso conocemos el hecho. Tal vez es mejor decírselo con anticipación y ahorrarles así una sorpresa dolorosa.

—Por supuesto —dijo Horace, como si ése hubiese sido siempre su pensamiento.

—No fue precisamente eso lo que insinuaste —dijo Charlotte.

—No, querido muchacho; no lo fue —terció Mortimer.

Horace se levantó y salió de la habitación con aire distraído, y Emilia lo siguió después de mirar a la otra pareja.

—Así es que me dejas, Charlotte —dijo Mortimer.

—Dejo a los niños y estoy muy agradecida de poder dejarte a ti con ellos.

—Los cuidaré porque son tuyos, pero desearía ser tu hijo.

—No me gustaría. Tengo los suficientes. Muchas veces me pregunto cuánto daño he hecho. ¿No sería mejor para ellos no haber nacido?

—Se acerca el momento en que todo cambiará. Tu regreso será nuestra señal. Si vacilamos más, perderemos nuestro tiempo y el de ellos. Debemos separarnos de Horace y vivir en paz. Nos casaremos si él no nos lo impide. Este alejamiento hará las cosas más fáciles para él, lo acostumbrará a la idea. ¡Hasta qué punto nos preocupamos de él! Eso demuestra que hay cierta nobleza en nosotros.

—No lo creo, a menos que haya nobleza en toda criatura humana, como he oído decir.

—¿Es que hay algo de enternecedor en Horace? Tal vez sea el hecho de haberse convertido en su peor enemigo, lo que a menudo es considerado un atributo conmovedor.

—Lástima que los que lo poseen sean también crueles enemigos de los demás —dijo Charlotte.

—¿Podrá mantener esta casa sin tu dinero?

—Puede vivir en un ala de ella, con Bullivant y la cocinera.

—Eso le hará recordar tiempos pasados. Y por supuesto que donde esté Bullivant, estará el viejo hogar. Aun así, ¡pobre muchacho!

Bullivant volvió a la cocina y a su charla con la cocinera, que se hallaba muy

ocupada vigilando a su ayudanta, tarea en la que ella y Bullivant eran igualmente versados.

—El fuego estaba demasiado fuerte, señora Selden —dijo el mayordomo, sentándose en un lugar que le sirviese para vigilar a George desde lejos—. Y el amo estaba tan acalorado como el fuego, si quiere usted saber mi opinión.

—Le sucede cada vez con más frecuencia —dijo la cocinera—. ¿Lo encendió usted o George?

—Yo, como lo reconocí libremente, señora Selden.

La señora Selden era en realidad la señorita Selden, pero Bullivant observaba el tratamiento reservado a las cocineras en las grandes mansiones, despreciando la moda más modesta de llamarlas de acuerdo a su estado civil. George hacía lo mismo, ya por principio o por seguir el ejemplo del mayordomo. La cocinera se mostraba indiferente al respecto, indicando así que su dignidad sólo dependía de sí misma.

—Admitir algo es lo más que se le puede pedir a alguien —dijo—. Es lo más y lo menos que se puede hacer. Miriam: ¿estás trabajando o escuchándome?

Miriam, que había optado por lo segundo, se sobresaltó como de costumbre al serle dirigida la palabra, y demostró el efecto vigorizante de la reprimenda haciendo ahora ambas cosas.

—Esta mañana salió a luz lo de George y el asilo —dijo Bullivant, cruzando las piernas—. ¡Todo quedó al descubierto! ¿Qué necesidad había de hacerlo? Hubiese sido mejor que todo hubiese permanecido confinado a un rincón de la memoria, que es lo que yo había hecho.

—¿Cómo se supo? —preguntó la cocinera.

—Se habló de nuestros lugares natales y todos contribuimos —dijo Bullivant con aire de complacencia—. El amo y el señor Mortimer y yo habíamos pasado la mayor parte de nuestras vidas en esta casa. Pero no así George, como ya sabemos.

—¿Y en qué paró todo?

—Aparentemente, en nada, señora Selden. Pero me parece que la noticia causó consternación oculta. Pero yo hice notar al amo que con salarios como los nuestros es imposible mostrarse demasiado exigente.

—¿Y cómo soportó George la prueba?

—Tan bien como se podía esperar de él —dijo Bullivant, estirando el cuello al recordar al poseedor del nombre—. Las circunstancias no estaban calculadas para mostrar su mejor lado, si lo tiene. Pero fue capaz de admitir la verdad.

—Me parece encomiable que no haya recurrido a una mentira.

—No creo que le hubiese sido posible, señora Selden.

—Miriam, ¿estás trabajando hoy u observando un día festivo? —dijo la cocinera.

Miriam se sobresaltó y continuó con sus quehaceres.

—Me imagino que todo esto acerca de George te interesa grandemente —añadió la cocinera, con un acento deprecativo que Miriam no pudo explicarse.

—El mundo es aún muy nuevo para ti, ¿verdad, Miriam? —dijo Bullivant.

Miriam quedó un momento paralizada, como le ocurría cada vez que Bullivant le hablaba. Era una muchacha de unos dieciseis años, de aspecto sólido, en quien la obesidad propia de esa edad se había hecho excesiva. Su rostro era redondo y rojizo, sus ojos grandes y asustados, tenía brazos rojizos y redondos, una boca que al estar siempre abierta también podía describirse como redonda y roja y una nariz que no podría describirse de otro modo. Mortimer la había encontrado un día en las escaleras y le había preguntado si le agradaba la vida que llevaba, sin sospechar que su respuesta de que no lo sabía era la verdad. No tenía con qué comparar para formarse un juicio. La cocinera no era mala con ella y Bullivant se mostraba casi bondadoso, aunque no hubiese reparado si ella hubiese aparecido un día con otro rostro, ni hubiese sospechado cuánto daría ella por poder hacer ese cambio. La cocinera la trataba según los dictados de su conciencia, y Bullivant consideraba que al fin y al cabo era mujer y no era George.

El personal se completaba con dos doncellas, cuyos quehaceres las mantenían en el piso alto y que tenían poco en común con los demás, ya que no aceptaban tratos con George y Miriam, mientras que Bullivant y la cocinera las mantenían a distancia.

—¿Nació usted en esta región, señora Selden? —preguntó Bullivant, cortésmente interesado.

—Bueno, nací en este condado, aunque en una parte de él que haría parecer árido este sector. El lado mío es mucho más fértil.

—¿Y tú, Miriam? —inquirió Bullivant, después de tararear vagamente una melodía.

Miriam no contestó.

—¿Vivía tu familia en los alrededores? —le tradujo la cocinera.

—No lo sé —dijo Miriam.

—¿Lo sabían ellos? —preguntó Bullivant, sonriendo.

—Tienes que saber dónde naciste —dijo la cocinera.

—No. Sólo tenía seis meses cuando me recogieron.

—¿Cuándo, quiénes te recogieron?

—Del orfanato. Allí dijeron que yo tenía alrededor de esa edad.

—¿El orfanato que está en la salida del pueblo? —indagó Bullivant.

—¿No sabía que ella venía de allí? —dijo la cocinera—. Es eso lo que quieres decir, Miriam, ¿verdad?

—Así es que todos somos nacidos en este distrito —concluyó Bullivant, que tenía un ejemplo por el cual guiarse para hacer frente a estas circunstancias.

—Tienen que haberte dicho por lo menos dónde naciste —insistió la cocinera, que carecía de esta ventaja.

—No. Me encontraron.

—¿En el umbral? —dijo Bullivant.

—Sí —respondió Miriam.

—¿En qué umbral? —preguntó la cocinera.

—En el del orfanato —dijo Miriam, sorprendida de que alguien pudiese creer que había algún otro lugar posible para tal cosa.

—Pero tus padres tienen que haberte dado tu nombre.

—No. Era el nombre del bebé que murió; yo tomé su puesto.

—¡Qué historia más triste! —exclamó Bullivant, musicalmente.

—Bueno, un nombre sirve tanto como otro —dijo la cocinera—. ¿Y cuál es tu apellido?

—Sí que lo tengo. Es Biggs, el apellido de ese bebé —puntualizó Miriam.

—Miriam Biggs —dijo Bullivant, como si no se pudiese felicitar al bebé—. Me imagino que estarás contenta con tu nombre de pila, ¿verdad?

—No.

—¿Y por qué no? —quiso saber Bullivant, que lo había considerado un poco presuntuoso para ella—. ¿Qué clase de nombre preferirías?

—Un nombre como Rosa —dijo Miriam, con una especie de resplandor en la voz.

—A lo mejor te gustaría que te llamaran lirio —dijo la cocinera.

Los ojos de Miriam demostraron que así era.

—¿Cuál es tu semejanza con esas flores? —preguntó la cocinera, provocando en el sensible Bullivant un leve estremecimiento.

Miriam no tuvo palabras para expresar que le encantaría tener aunque fuese un detalle común con ellas.

Esta charla sobre apariencia personal hizo que la cocinera se aproximara al espejo para acomodarse el cabello, examinando luego su frente lisa y brillante, el cutis pálido y los penetrantes ojos grises, con ese aire satisfecho que siempre sigue a tal examen, como si la gente se sintiese aliviada al encontrar todas las facciones aún en su lugar.

En el rostro de Bullivant aleteó una expresión que sólo puede describirse como maliciosa. De pronto había pensado en preguntar a la señora Selden a qué flor se parecía ella, pero su sentido de las conveniencias y su deseo de mantener cordiales sus relaciones futuras, así como la convicción de que tampoco él podía reclamar tal parecido, lo hicieron desistir.

—¿Te sentías contenta y bien en el orfanato, Miriam? —preguntó.

—Siempre me siento bien —dijo Miriam, con una nota inesperada en la voz.

—¿Y eso no te agrada?

—No, no mucho.

—¿Y por qué razón preferirías tener mala salud? —dijo la cocinera.

—Nunca he estado enferma —respondió Miriam, apesadumbrada.

—Déjame decirte que estar enferma no es algo digno de desearse —dijo la cocinera, reaccionando como ante una ofensa personal—. He estado postrada más a menudo que la mayoría de la gente: sé de qué hablo.

—Me gustaría sufrir una verdadera enfermedad. Me parece que ella me debilitaría un poco y podría hacerme cambiar.

—Pero al recuperarte engrosarías otra vez —dijo Bullivant, como si el problema de la obesidad y la delgadez fuese de poca importancia.

—Me imagino que no querrías que tu enfermedad se transformase en algo crónico —dijo la cocinera—. Yo no podría decir que la recuperación después de mis dolencias, aun las más benignas, haya sido completa. Y ésa es una desventaja más contra la que hay que luchar.

—A nadie le hace mal tener los huesos bien cubiertos —observó Bullivant.

—No todos podemos ser delgados —dijo la cocinera, expresando veladamente su satisfacción de contarse entre éstos.

—No deseas estar enferma hasta que llegue el momento en que debas estarlo, Miriam —añadió Bullivant.

—Y hay algunas contexturas que no tienen propensión a las enfermedades —dijo la cocinera, en tono casi amenazante—. No son susceptibles.

Miriam no pudo oponer nada a esto.

—Y a mí me agrada ver a una muchacha sana —dijo Bullivant, lo que no consoló a Miriam, que ya había oído que daba este placer a la gente, lo que aumentaba lo que esperaban de ella más que su buena opinión.

—¡Qué cantidad de huérfanos de caridad hay en esta casa! —exclamó la cocinera—. Es la primera vez que tengo contacto con casos así. Mi familia no despreciaba a nadie, pero nos ateníamos a ciertos límites.

—Nuestros salarios, señora Selden, nuestros salarios —dijo Bullivant, en voz baja calculada para escapar a los oídos de Miriam y que logró eludir su atención.

—No fue mucho lo que te enseñaron en el orfanato —dijo la cocinera, inspeccionando el resultado de su trabajo.

—Es que estudié en libros hasta que tuve dieciséis años —explicó Miriam.

—¿Fuiste una estudiante prometedorá? —preguntó Bullivant.

—En cuyo caso la promesa no pasó más adelante —añadió la cocinera.

—No, no adelanté mucho —confirmó Miriam, en tono de asentimiento.

—Ya sabes lo que tienes que hacer ahora, después de haberlo oído mil veces —dijo la cocinera.

Como resultado de ese método, Miriam sabía, y abandonó el cuarto para hacerlo.

—Siempre he dicho que enseñar a muchachas no ha sido la menor de mis labores —dijo la cocinera.

—Lo mismo digo, señora Selden, tanto de usted como de mí mismo.

—Los muchachos no dan tanto trabajo.

Bullivant meneó la cabeza y se levantó, en la necesidad de actuar bajo una apreciación contraria. Pero no tuvo éxito en su persecución de George, ya que casi inmediatamente éste apareció en la puerta, vio que la cocinera estaba sola, y recorrió la habitación con la vista para asegurarse de que sus ojos no lo engañaban. Luego cogió la silla de Bullivant, traicionando así su agitación, mientras la cocinera lo observaba con ojos ambiguos pero desprovistos de prejuicios. George era un hombre

y no era Miriam.

—Mi secreto ha sido descubierto, señora Selden.

—No tienes por qué bajar la cabeza, ya que no has recurrido a engaños.

—El señor Mortimer me habló como un padre.

—Siempre he dicho que en él late un corazón.

—Pero no me gustó la mirada del amo.

—Las miradas pueden ser más frías que el corazón —opinó la cocinera.

—Esto será siempre un obstáculo en mi camino, señora Selden. No me dejará progresar.

—Puede ser una desventaja, pero ya está quedando atrás —dijo la cocinera, que suponía a George satisfecho de sus progresos.

—¡Qué afortunada es la gente que nace de hogares respetables!

—Admito que ése es el caso de mi familia —dijo la cocinera.

—Podría sentir por usted el afecto que se tiene a una madre, señora Selden —declaró George impulsivamente.

—Entonces condúctete como un hijo y pásame esos tenedores —dijo la cocinera, considerando que ésta era la mejor manera de hacer frente a un exceso de sentimentalismo—. Teniendo al señor Mortimer por padre y a mí de madre, tus días de orfandad serán contados, ya veo. ¡Y qué pareja más dispareja haríamos el señor Mortimer y yo, en cuanto a posición social, ya que no en otros puntos! Tu combinación es muy arbitraria.

En las palabras de la cocinera se traslucía una satisfacción de la que George no era responsable. La entrada de Bullivant lo salvó de esta situación. El mayordomo le clavó los ojos cargados de significado.

—¿Eres el ama o la señorita Emilia, George, que has decidido pasar la mañana en esa silla?

George se levantó y se apresuró a recuperar su propia personalidad volviendo a sus quehaceres, mientras Bullivant ocupaba la silla sin especificar a cuál de ambas damas personificaba.

George llegó hasta el repostero, donde Miriam lavaba la vajilla.

—Termina lo que tienes que hacer y deja lugar para hacer cosas mejores. Y que no tenga que repetírtelo dos veces, porque no hablo dos veces a gente como tú.

Miriam comprendió que se le pedía que se apresurara y aceleró levemente sus movimientos.

—Y no pierdas el día tratando de comprender lo que digo —continuó George, probando así que hacía bien en lamentar su origen— porque tengo otras cosas que hacer y gente superior a ti que pueda escucharme.

Miriam supuso que este discurso era una repetición del primero y no le prestó atención.

—¿A quién hablas, George? —dijo una voz desde la puerta, en la que se había detenido Bullivant con la cabeza muy erguida, como mirando a sus oyentes desde lo

alto.

—A Miriam —dijo George, triunfante, suponiendo que Bullivant creía que hablaba a otra persona.

—¿Cuándo has oído al amo o al señor Mortimer hablar así a una mujer?

George evocó la conducta de sus amos y esperó palabras más claras.

—Miriam —dijo Bullivant—, ¿quieres tener la bondad de apresurarte lo más posible, para que George pueda ocupar tu lugar en el lavaplatos? Hay varias cosas que reclaman su atención una vez que tú lo desocupes. Te lo agradezco, Miriam.

Hubo una pausa en la cual Miriam reconoció en las palabras de Bullivant la misma demanda que en las de George.

—Espero no volver a presenciar jamás tal exhibición de falta de hombría, George. Una mujer es siempre una mujer, cualquiera que sea su posición, como te lo prueba la conducta de los amos. Hay cosas que hacen a un hombre indigno de ese nombre, y ninguno de nosotros, cualquiera que sea nuestro origen, necesita cometerlas. Te dejaré para que expreses tu pesar a Miriam.

Bullivant se marchó; Miriam reanudó su tarea; George mantuvo un silencio no interrumpido por palabras de excusa.

—Ya he terminado —dijo Miriam con su voz habitual, despreocupándose de un interludio que no formaba parte de su vida—. Te dejo en mi lugar.

George lo ocupó y se encontró formando en los labios unas palabras que no llegó a pronunciar: «Te lo agradezco, Miriam».

Miriam permaneció sin hacer nada, su estado natural cuando no se la urgía a abandonarlo, y George se sintió poseído de uno de sus súbitos impulsos.

—Siempre seré rudo, Miriam —dijo.

—Bueno, es mucho el trabajo rudo que hay que hacer —dijo Miriam, sintiendo que George tenía su sitio en el esquema de las cosas.

—Me gustaría poder aspirar a algo mejor.

—No habría quien lo hiciera, si todos aspirasen a algo mejor —dijo Miriam, que se expresaba mejor ante sus iguales, y que veía a George como a uno de ellos.

—Pero la gente agradece igualmente las labores más altas y las más bajas. ¿No te gustaría ser más de lo que eres?

—No, no mucho —dijo Miriam, que veía a la cocinera como al ejemplo máximo de lo que se podía llegar a ser en su profesión.

—Podrías elevar tu condición mediante el matrimonio —dijo George, buscando algún método de progresar que no necesitara de una base personal.

—Preferiría no casarme. Me gusta estar sola. Y aquí tengo un cuarto para mí —dijo Miriam, en tono que expresaba cierta incredulidad ante tamaña suerte—. Tiene una cómoda y un espejo sobre la mesa.

—¿Y tú te miras al espejo? —preguntó George, haciendo eco al tono de Bullivant.

—Me veo. Nadie podría evitarlo.

—¿Y dices que no te gustaría mejorar de situación? —dijo George, como si tal contemplación debiera provocar ciertas aspiraciones.

—Bueno, me gustaría ser diferente.

—Y no querrías ser inferior, ¿verdad?

—Sería difícil serlo y permanecer respetable.

—Soy igual a ti —dijo George en otro tono—. Quiero subir, sin saber a qué puedo aspirar, o sabiendo que a nada.

—Podrías llegar a ser como el señor Bullivant.

—Sí, es a lo que debo aspirar, pero no eran esas mis esperanzas.

—¿No pretenderías llegar a ser como el amo y el señor Mortimer? —susurró más que dijo Miriam.

—No, hay cosas que quedan por encima de mí. Pero hay puntos intermedios. Eso no quiere decir que un trabajo honrado sea una deshonra —dijo George, terminando con una nota sardónica.

—No una verdadera deshonra —dijo Miriam, como si notara alguna semejanza entre ambas cosas.

—Y los criados están a la altura de cualquiera —dijo George en el mismo tono.

—Bueno, hay otra gente que sabe más acerca de las cosas. Y que hablan y se comportan mejor.

—Y que piensan mejor también —dijo George—. Basta comparar la mente del señor Mortimer con la de Bullivant. Sé distinguir. Comprendo cuando algo es auténtico. No soporto las copias.

—Nunca podríamos ser más que una copia —dijo Miriam—. Me gustaría ser buena dentro de mi clase. Así sería auténtica, aunque no fuera gran cosa.

—No estás tan mal —dijo George, observándola.

—Soy peor que tú —dijo Miriam con sencillez.

—Yo que tú no pensaría en eso.

—Es en lo que pienso —dijo Miriam, admitiendo que todos tienen algún campo para sus pensamientos.

Bullivant volvió a la cocina con aspecto de preocupación y responsabilidad que, aunque sin testigos, no fue desperdiciado, ya que se veía con los ojos de la mente. No mencionó el asunto a la cocinera, sintiéndose inseguro de la reacción de la señora Selden ante el derecho de Miriam a la caballerosidad. La cocinera lo miró sin decir nada, prefiriendo no solicitar informaciones y sospechando que no tendría necesidad de hacerlo.

Bullivant se sentó y pareció hacer un esfuerzo para desprenderse de su preocupación.

—Dudo mucho que los jóvenes lleguen a nuestro nivel, señora Selden.

—Pero no actúan de acuerdo a esta idea. Ese muchacho se siente superior a su oficio, aunque parezca increíble.

—Sentir vergüenza por cosas absurdas es una característica de la juventud.

—George no está desprovisto de motivos personales de vergüenza. No debería buscar otros.

—No son cosas que se le puedan echar en cara.

—No soy persona capaz de tomar esa actitud ante circunstancias que son una desgrada más que una falta. Pero no me refería a eso.

La cocinera esperó para oír lo demás.

—Hay algo, señora Selden, entre usted y yo, entre el amo y la señora, entre cualquier hombre y cualquier mujer, que no puedo soportar ver pisoteado. Prefiero corregir esa actitud en sus comienzos, sin ahorrarme esfuerzos.

La cocinera contempló a Bullivant muellemente recostado en su silla y su réplica de que debía ahorrarse una buena provisión de esfuerzos no fue menos rápida por ser muda.

—¿Dónde está ahora esa muchacha? —dijo, sin equivocarse, porque el nombre de Miriam no había sido mencionado.

—No defendía a Miriam, sino al sexo débil en general, señora Selden.

—Miriam no puede ser considerada todavía como miembro de esa comunidad —dijo la cocinera, suavizada por la negación de todo sentimiento personal—. Es mejor que vayamos a ver qué hacen. El que usted haya empleado bien su tiempo no es garantía de que lo hayan hecho ellos.

La visión de George y Miriam juntos pareció confirmar las palabras de la cocinera.

—¿Hay alguna razón, Miriam, para que consideres necesario supervigilar a George esta mañana?

Miriam no respondió; en realidad, no pudo hacerlo, porque no estaba segura del sentido de la pregunta.

—¿Y qué motivo puedes tener tú, George, para apartar a Miriam de sus obligaciones? —preguntó Bullivant.

—¿Y cuál tiene usted para meterse en los asuntos de los demás y no preocuparse de los suyos? —dijo George, con el rostro vuelto hacia Miriam y el lavaplatos.

—Nos pusimos a conversar —dijo Miriam, como si acabara de darse cuenta de ello.

—¿Y cuál fue el tema de esa conversación? —inquirió la cocinera.

—Hablábamos de lo que podría traernos el futuro —respondió George, como si tuviese pleno derecho a hacerlo.

—¿Podemos saber en qué consistían esos castillos en el aire?

—No llegarán a concretarse si no puedes mantener la mente en las cosas terrenales —dijo Bullivant—. Retrocederás a tu punto de partida, que no era precisamente un castillo.

—Vuelve al trabajo y pon la mente en lo que haces, Miriam —dijo la cocinera—. El imaginarte que eres una rosa o un lirio no te llevará muy lejos. Esas flores son ornamentales más que útiles, mientras que tu obligación es muy diferente.

Miriam obedeció con aire de asentimiento.

Al regresar a la cocina, la señora Selden prorrumpió en un himno religioso y lo mantuvo con todo el desaprensivo fervor y el completo fraseo que resultan generalmente de una versión modificada. La fe era el fundamento y la alegría de la vida de la señora Selden, que en ninguno de estos aspectos quedaba corta. Sus motivos para elegir esta ocupación habían sido que no se le habían puesto exigencias sobre prácticas religiosas convencionales. Charlotte no parecía saber que podía controlar sus opiniones sobre este punto, y Emilia, que lo sabía, no ejercitaba este derecho.

Bullivant comenzó a pulir la plata con movimientos automáticos y resultados rápidos y seguros. De vez en cuando alzaba la voz para unirse a la cocinera en los trozos que conocía mejor, cuidando de mantener sus tonos subordinados a los de ella, para lo que no se requería excesiva galantería.

CAPITULO II

—Qué manera de llenar esa chimenea de leña. ¿Quién lo hizo? —preguntó Horace, abriendo la puerta del cuarto de sus hijos—. ¡Y en momentos en que mucha gente no tiene siquiera fuego!

—Algunos niños pobres no pueden tener fuego —dijo el niño menor, con inseguridad.

—¿Y quién ha derramado agua? —siguió Horace con voz más profunda.

Hubo una pausa.

—Responded —dijo el padre, golpeando sobre la mesa.

—Yo —dijo otro de los niños, con voz firme.

—¿Por qué jugabas con agua? Sabes que está prohibido.

—Estaba echando un poco en un platillo para ver si se congelaba.

—Sabes que eso es imposible. No estamos en el Polo Norte.

—Nadie ha estado allí aún. Pero nos hallamos a sólo cincuenta millas de la costa este de Inglaterra —dijo el chico, como si estuviese mencionando un punto similar—. Anoche se congeló el agua en la ventana.

—Pero entonces no estaba encendido el fuego.

Marcus miró la chimenea, como si lo que veía allí apenas mereciera ese nombre.

—¿Y para qué quieres agua congelada?

—Ocupa más espacio que el agua corriente —dijo Marcus, sin extenderse sobre las causas de su interés y colocando el platillo cerca de la ventana.

Marcus era un muchacho de unos once años, bajo y robusto, con un rostro redondo e inocente, una cabeza morena bastante grande y ojos verdosos muy abiertos. Estaba vestido con un gastado traje de marinero que ocultaba variadas pertenencias personales. Su apariencia raída trascendía incluso las convenciones de su edad, pero él parecía no notarlos.

—¿Por qué no mantienes mejor el orden, Sara?

—No quieren que les diga lo que deben hacer, y no estaban haciendo nada malo.

—Parecen no haber estado haciendo nada. Y la gente no debe sentarse sin hacer nada. Te lo he dicho miles de veces.

Sara no contradujo esta afirmación. Era una muchachita de unos trece años, de aspecto infantil, pequeña y delgada, con el cabello liso y oscuro, el perfil sin relieves de su madre, la boca grande y arqueada de Emilia y hermosos y límpidos ojos grises. Su gastado vestido dominguero, ahora de uso diario, le quedaba estrecho y sus medias rotas y zapatos remendados parecían pesarle sobre la mente. La mirada que lanzó a su padre podría haber sido de aversión, si eso fuera posible; y era posible.

—¿Por qué no está con vosotros la niñera?

—Salió del cuarto hace un rato. No sé dónde fue ni con qué objeto —dijo Sara, anticipándose a las preguntas.

—Dónde o para qué, dónde o para qué —canturreó un chico de unos doce años,

saltando al compás de su refrán.

—No te portes como un payaso, Jasper. No eres un bebé —dijo Horace, mezclando así los personajes que le sugería la conducta de su hijo mayor.

Jasper se detuvo con muy buena voluntad, hurgando en sus bolsillos con dedos cortos y manchados en busca de sus pertenencias, menos numerosas que las de su hermano, debido al precario estado de su vestimenta. Marcus y él estaban ya demasiado crecidos para su atuendo, pero cualquier cambio hubiese significado gastos y preocupaciones, por lo que no se había mencionado esa posibilidad. Jasper era totalmente indiferente a su aspecto. Sus pequeños ojos claros buscaron los de su padre para conocer su estado de ánimo, sin que su rostro bien parecido mostrara turbación alguna.

—¿Por qué estás leyendo sola, Tamasin, en lugar de jugar con los demás? —dijo Horace.

—La gente tiene que leer sola —dijo una niña de diez años con la mano puesta sobre su libro abierto—. Y la gente no hace nada sola. Estamos esperando que pase el tiempo.

—¡Qué manera de referirse al tiempo, que es lo máspreciado que poseemos! Tus palabras son terribles.

—Me parece que hay tiempo de sobra, y que no sirve de mucho. No sabemos qué hacer con él.

Tamasin volvió el rostro hacia su padre y lo mantuvo así. Sabía que los ojos que lo miraban eran los de su madre, y casi sabía que su padre aguardaba su juicio.

—¿Qué libro es éste? —preguntó Horace, con la sospecha que acompaña siempre a tal pregunta.

—Un cuento que sé de memoria. Es el frío el que reclama la mayor parte de mi atención.

—El frío, el frío, el frío. Este hablar tanto del frío debe terminar. Tendré que enseñaros el significado real de esa palabra. ¿Por qué no jugáis juntos, en lugar de permanecer sentados de esta manera? Me disgusta veros así.

El niño menor, un chico de siete años y el primero que tenía más de un año de diferencia con el hermano inmediatamente mayor, corrió a unirse al juego. Tenía los ojos grises de Sara y sus mismas facciones indefinidas en el rostro ovalado de Tamasin, y ostentaba ese aire conmovedor de dependencia que tarda mucho en desaparecer en el menor de una familia. Era una expresión que Sara había perdido cuando tenía la mitad de sus años, que Jasper y Tamasin no habían tenido nunca, vi que Marcus mostraba todavía en intervalos de enfermedad o disgustos, pero que no tenía ahora al acercarse a la ventana para ver si se había producido el cambio que esperaba.

—No seas necio, Marcus —dijo su padre—. El agua no se congela en unos segundos.

—A veces puede congelarse en menos de un segundo. Allí pueden verse las gotas

que se congelaron mientras caían de la casa.

—Pero eso sucede afuera.

Marcus miró a la ventana abierta y luego otra vez al agua, como si en cualquier minuto pudiese responder a las condiciones atmosféricas.

—Aquí viene el primo Mortimer —dijo Horace—. No encontrará que seáis muy interesantes. Cuando se hace tanto por vosotros, podríais por lo menos mostrar un poco de vivacidad y gratitud. Sois descorazonadores.

Sara buscó con la mirada alguna señal de tales beneficios, puso los ojos sobre la niñez de sus antepasados y se volvió a la chimenea buscando atenciones contemporáneas.

—Si es el fuego lo que debemos agradecer, fue una buena medida tratar de mejorarlo —dijo Tamasin, cuya reticencia en presencia de su padre tomaba la forma de palabras dichas para sus propios oídos.

—El fuego no puede considerarse como un derecho adquirido —dijo Horace.

—Siempre lo ha sido en el invierno —dijo Marcus.

—No lo es para todo el mundo —dijo Horace, como si estuviese corrigiendo un concepto equivocado de la vida.

—Tristes palabras, mi querido muchacho —dijo Mortimer—. Suenan duras y desprovistas de ternura. Bueno, queridos, no sé por qué he venido aquí, excepto tal vez porque éste es el lugar más agradable de la casa. ¿O lo es la cocina?

—Allí hace más calor —observó Tamasin.

—Todos fingen tener frío —dijo Horace—. Se está convirtiendo en una pose un tanto monótona.

—No fingimos —dijo Marcus—. Si no tuviésemos frío, no pensaríamos en eso.

—¡Arriba todos! ¡Las cabezas erguidas, manos a los costados, marcha rápida! —dijo Horace, dando palmadas y usando un tono marcial que contenía una nota doméstica—. Ésa es la manera de hacer correr esa sangre perezosa. No hay ninguna necesidad de llenar de leña la chimenea y cavilar frente a ella. Hay medios mejores y más rápidos.

Los niños obedecieron automáticamente, y Horace los mantuvo en movimiento hasta que vio en ellos signos de fatiga que aliviaron sus sentimientos.

—¿Tenéis calor ahora?

—Sí, papá.

—¿Tienes calor, Sara? —preguntó Horace, que no había notado si la voz de su hija se había unido al coro—. Porque si no lo tienes, puedes seguir tú sola con los ejercicios.

—No son de ese tipo, mi querido muchacho —dijo Mortimer—, como ya parece haberlo comprendido.

—Dije que tenía calor, papá.

—¿Y ahora, quién encendió el fuego? —dijo Horace como si hubiese estado posponiendo la pregunta hasta el momento oportuno—. Quiero saber la verdad.

—Fue encendido de común acuerdo —dijo Mortimer—. Todos gozaron de él.

—Fui yo —dijo Sara después de un momento—. Hacía demasiado frío para los niños.

—Y demasiado frío para cierta señorita, ¿verdad, Sara?

—Demasiado frío para cualquiera —dijo Marcus.

—Hablaba a Sara, Marcus.

—Sí, el cuarto estaba demasiado frío para estar en él, papá.

—¿Pero por qué tienes que estar sentada? ¿Por qué no te paras y corres o caminas? ¿Cuántas veces te he dicho que cuando la sangre está helada lo mejor es el ejercicio? No hay nada que te impida ponerte en pie y moverte. ¿O te habían atado a la silla?

—No, papá —dijo Sara, sin mencionar que el frío hubiese convertido en superfluo tal ardid humano.

—La gente tiene que descansar de vez en cuando y entonces el frío la deja inmóvil —dijo Jasper, forzando algo su imaginación, ya que éste no era su caso.

—¿Te he hablado, Jasper?

—No, pero él te habló a ti —dijo Marcus—. Todos tenemos derecho a hablar.

—Debes esperar a que tu padre te hable antes de dirigirte a él.

—¿Y si necesitáramos decirte algo?

—Dilo entonces —dijo Horace, elevando la voz—. Dilo, dilo, dilo. No te lo estoy impidiendo. Estoy esperando. ¿Cuál es esa importante comunicación? Soy todo oídos. Dilo, dilo.

Marcus no obedeció.

—Así es que no había nada que decir.

—No dijo que hubiese algo, mi querido muchacho —dijo Mortimer.

—¿Había algo, Marcus? —preguntó Horace.

—No —dijo Marcus, con los ojos llenos de lágrimas.

Horace consideraba que había ganado una discusión cuando su oponente estallaba en lágrimas, y como siempre lo perseguía hasta ese punto, no había experimentado derrotas en sus duelos verbales.

—Y ahora, Sara, levántate y quita ese carbón del fuego. Usa las tenazas y ponlo otra vez en el cesto. No está encendido.

—A lo mejor inicia un fuego en el cesto —comentó Jasper.

—Es posible —dijo Mortimer.

—Entonces nos entibiaríamos todos —concluyó Tamasin.

Avery comenzó a reír en forma incontrolada, pero sintió sobre sí la mirada de su padre y su alegría murió.

Charlotte abrió la puerta, observó la situación y se adelantó a hacerse cargo de ella. Detuvo la mano de Sara, avivó el fuego y atrajo a su hija a su regazo. Sara se apoyó contra ella y fijó los ojos en la lumbre, mientras Avery respiraba profundamente, mirando alrededor, como si el mundo se le apareciese diferente.

—¿Nunca has visto antes un fuego, Sara? —dijo Horace.

—Uno tan bonito como éste, no —dijo su esposa.

—No hace demasiado frío, y el carbón vale dinero.

—Yo encuentro que hace frío y los enfriamientos valen otras cosas.

Charlotte llamó a Marcus a su lado y lo rodeó con un brazo como a su hermana. De sus hijos, eran éstos los que le parecían más patéticos. Era lo que más notaba en ellos, mientras cosas tales como sus placeres o éxitos le parecían secundarios, lo que probablemente era así. Ambos se sentían seguros en su presencia, y Avery se aproximó al fuego, apoyándose sobre la rejilla protectora.

—¡Mirar directamente al fuego! ¿Está permitido? —dijo Horace.

—Sólo mientras se calienta —respondió Charlotte.

—¡Mirar directamente al fuego! ¿Está permitido? —dijo Horace, repitiendo tanto el tono como las palabras.

—Sólo mientras se calienta —dijo Charlotte, sonriendo al seguir su ejemplo.

—Ése es un juego entre dos —dijo Jasper.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Horace.

—Vosotros dos, repitiendo lo mismo una y otra vez.

—Me gustaría que eso no fuera necesario —dijo Horace suspirando—. No debería serlo. Quisiera que Avery me respondiese, Charlotte.

—Te he respondido por él. Creí que te dirigías a mí.

—¿Lo creíste tú también, Avery?

—Sí. Que hablabas a mamá —dijo Avery con ligereza.

—Tendremos que imponer una multa por avivar tanto el fuego sin permiso —dijo Horace.

—El fuego ha sido la causa principal de todos los progresos humanos —dijo Mortimer—. Pero parece que ha dejado de serlo.

—No tendremos más multas —dijo Charlotte, jugando con el cabello de Sara y sin apartar los ojos de ellos—. Vemos demasiadas cosas en función del dinero.

—La mayoría de las cosas tienen que comprarse y pagarse —dijo Horace—. El carbón, por ejemplo.

—Debería ser una excepción. El calor debería ser gratis.

—Hay mucha gente que no puede permitirse un fuego. No debemos olvidarlo.

—¿Por qué te gusta tanto recordarlo? —preguntó Mortimer—. ¿Para sentir que si tú puedes soportar el frío, también pueden hacerlo ellos?

—Es mejor olvidarlo si no vamos a hacer nada por remediarlo —dijo Charlotte—. Recordarlo y no hacer nada me parece una perversidad.

Tamasin rió y Jasper se acercó a su madre.

—¿Recibiremos los seis peniques cada semana? ¿También Sara?

—Sí. Y ninguno de vosotros debe ser una excepción.

—Sara está demasiado crecida para liberarse de las consecuencias de sus actos —dijo Horace.

—En ese caso, también tiene edad suficiente para que se le den los medios para hacerles frente.

—Ésa es una amenaza encubierta —dijo Mortimer—. Me interesa. En la vida real, las amenazas son rara vez encubiertas.

—No es un crimen ser doce meses mayor que el niño que la sigue —dijo Charlotte, con ojos centelleantes— y no quiero que se le haga sentir así. No lo evitamos a menudo.

Tamasin se sentó con los ojos puestos sobre su madre y su hermana, aceptando esa preferencia por otra que no fuera ella, pero encontrándolo difícil de creer. Tamasin era tal como sería siempre, así como Marcus era el niño que siempre había sido.

—¿Les regalamos a los pobres los carbones que no encendemos? —preguntó Avery.

—No sé qué hacemos con ellos, querido —dijo Mortimer—. Pero eso no sería ahorrarlos.

—Deben de estarse acumulando —dijo Tamasin.

—¿Te das cuenta, Charlotte, de que los niños desperdiciarán media corona a la semana? —dijo Horace.

—Creí que sólo la gastarían.

—¿Y que eso hará seis libras y diez chelines anuales?

—Son sólo seis peniques semanales, mi querido muchacho. ¿Qué tiene que ver eso con ese dinero anual?

—¿Qué pueden necesitar los niños que requiera de esa suma?

—No es mucho lo que pueden obtener con esa suma —replicó Charlotte.

—No deberán comprar basuras —dijo Horace—. En eso soy terminante.

Recalcó sus palabras golpeando el suelo con el pie y Avery lo imitó inconscientemente, pues se hallaba observándolo.

—Cierra ese libro, Tamasin, y ven a reunirte con los demás. No te sientes apartada uniéndote a la conversación sólo cuando se te antoja.

Tamasin se acercó al fuego y extendió sus manos hacia él, como si estuviese cumpliendo un deseo propio.

—¿Por qué haces que parezcan malas las cosas que no lo son? —comentó Marcus.

—Baja de las rodillas de tu madre, Sara —dijo Horace, sin mirar a su hijo—. Eres demasiado pesada para permanecer allí tanto tiempo.

La boca de Sara formó una línea decidida y no se movió.

—¿Me oyes, Sara?

Sara no dio señales de hacerlo.

—Ahora vemos la utilidad de las multas —dijo Horace, mirando alrededor.

—O el resultado de ellas —apuntó Charlotte.

—El resultado de interrumpirlas. Tendremos que implantar el uso del látigo. Si no

podemos usar un método, tendremos que recurrir a otro.

—Mamá no te permitiría usar el látigo —dijo Marcus.

—Yo no recibo órdenes de nadie.

—Bueno, entonces no permitiría que nosotros lo recibiésemos.

—Ésa es una manera mejor de decirlo —dijo Charlotte—. Vosotros sí que estáis bajo mi mando.

—Sí, bajo el mando de mamá —confirmó Avery.

—Ahorrar látigo... —dijo Horace, mirando alrededor mientras aguardaba la continuación de la frase.

—... echa a perder al niño —dijo Jasper con voz triunfante.

Charlotte hizo bajar a Sara de sus rodillas, como para desautorizar toda rebeldía y la chica se paró a su lado apoyada contra ella.

—Aléjate de tu madre, Sara. No le echés tu peso encima.

Sara pareció no oír.

—¿Estás sorda, Sara? Sí, es evidente que lo estás —dijo Horace, hablando despectivamente de esta enfermedad—. ¿De qué te ríes, Jasper?

—Si dices que la gente está sorda, no puedes esperar que te oigan, y no puedes culparlas por eso.

—Es una simpleza reír de eso. No te pares frente al fuego, Tamasin. Estás impidiendo a los demás aprovecharlo.

—Si el fuego es demasiado grande, eso no tiene importancia —comentó Marcus.

Horace le lanzó una mirada y movió la cabeza como si lo que oía confirmara sus ideas.

—El fuego está muy hermoso ahora —dijo Avery—, pero no es necesario que sea tan grande si todos nos agrupamos alrededor.

—Tal vez tendremos una regla nueva: que nadie debe moverse de su lado —dijo Tamasin—. A fin de cuentas, puede ser un ahorro mayor.

—Si lo que estás diciendo no te avergüenza, Tamasin, dilo en forma que todos podamos oírlo.

—Dije que tal vez sería más barato hacer un fuego más pequeño y mantenernos cerca de él, papá.

Horace no dijo nada, ya que en su corazón sentía lo mismo.

—El carbón no puede ser demasiado caro —dijo Jasper—. Los mineros no ganan mucho.

—¿Cuánto vale, papá? —preguntó Tamasin.

Horace hizo oídos sordos.

—Vosotros tenéis las ideas más extraordinarias acerca del dinero —dijo—. No me explico de dónde las habéis sacado.

—Los niños nacen con ideas generosas —explicó Mortimer—. La economía les parece una cosa ruin y mezquina. Y me parece que hasta cierto punto tienen razón. Tal vez yo tenga el corazón de niño; y mi experiencia está a la altura de la de uno de

ellos.

—Tienen que aprender que ser egoísta es algo aún más mezquino. Y esa generosidad de que hablas es sólo una forma de ser indulgente consigo mismo, lo que es aún peor. Tal cosa tiene que ser extirpada, arrancada de raíz, por el método más efectivo.

—Es terrible —dijo Avery, con los ojos fijos en el rostro de Horace.

—¿Qué cosa? —preguntó Jasper.

—Lo que papá ha dicho —respondió su hermano.

—Aquí viene la niñera con el té —dijo Charlotte—. Ya ha pasado parte de la tarde.

—Justamente, ha pasado —dijo Horace—. Porque no he visto señales de que se haya hecho nada.

Marcus miró a su padre y a su tío, como si buscara en ellos tal evidencia.

—Sí, yo soy una advertencia, querido —dijo Mortimer, que aceptaba la idea general de que Horace llevaba una vida atareada—. Pero dicen que un cambio de ocupación equivale a un descanso; por lo que es posible que yo no descance tanto como algunos.

—¿Has recuperado el oído, Sara? —preguntó Horace.

—Sí, papá —respondió Sara sin meditar.

—¿Y cómo llegaste a perderlo?

—No lo sé, papá.

—Yo sí lo sé —dijo Horace, aproximándose a ella y agitando el índice ante su rostro—. Yo lo sé, Sara. Por obstinación, mal genio, terquedad. Lo sé, y pronto podrás comprobarlo. ¿Me entiendes?

—Sí, papá —dijo Sara, retrocediendo.

La niñera abarcó la escena sin parecer verla, pues sus métodos de observación estaban agudizados hasta el punto de parecer inexistentes. Ordenó a los niños que se preparasen para la merienda y Sara recibió con alegría este pretexto para escapar; Jasper quedó rezagado sin hacerse notar, ya que su aversión al agua era insuperable. Tamasin se quedó también, pues deseaba instintivamente estar ante los ojos de sus padres.

—Tu estado de ánimo me parece muy extraño, Charlotte —dijo Horace.

—Sólo me he permitido mostrarme natural. Mis hijos deben conocerme tal como soy antes de dejarlos.

—La vida civilizada consiste en suprimir nuestros instintos.

—¿No consiste en satisfacerlos?

—El instinto maternal no necesita ser suprimido —comentó Mortimer.

—Debe adaptarse a la civilización, como todos los instintos comunes a la... naturaleza —dijo Horace, dominando su deseo de emplear otras palabras.

Avery entró corriendo, secándose las manos en su ropa. Tras él venía Marcus, haciendo lo mismo. Sara se aproximó a la silla de su madre, buscando su protección.

—Tengo las manos limpias —afirmó Tamasin.

—Por supuesto —dijo su padre—. No han hecho nada útil.

Jasper se miró las manos como si éstas sugirieran alguna ocupación.

—Prepararé algunas tostadas con mantequilla —dijo.

—No, no, eso sería un derroche de mantequilla —dijo Horace, abrumado por este aspecto del asunto.

—No le pongas en exceso, Jasper —dijo Charlotte, dando así su aprobación.

Horace se levantó y salió del cuarto, como si quedarse hubiese sido inútil. Mortimer se sintió obligado a seguirlo. La niñera los miró salir sin variar de expresión. Charlotte no se movió de su asiento.

La niñera era una mujer delgada y erguida, de unos cuarenta y cinco años, con ojos pequeños y prontos a las lágrimas que parecían reservarse su opinión sobre lo que veían; su mentón era prominente, la nariz larga y su expresión resuelta y emotiva. Era una personalidad estimable más que atrayente, recta para consigo misma y los demás, severa y caritativa, pronta a juzgar a los demás y a juzgarse a sí misma, actuando, luego, de acuerdo a su juicio. Los niños no le tenían gran afecto, pero confiaban en ella y sabían que les pertenecía para mejor y para peor, aunque tal vez más para lo último.

—¿Estarás siempre en contra de papá de ahora en adelante? —preguntó Marcus a su madre.

—Sólo cuando me parezca que está cometiendo un error. Ha cuidado mi dinero durante tanto tiempo, que ha olvidado que me agrada gastar algo de él en mis hijos. Eso es algo que gusta a todas las madres.

—¡Qué bueno que el dinero sea tuyo! —exclamó Avery.

—Generalmente es del hombre —opinó Tamasin.

—¿Qué hacéis vosotros con el dinero que ahorramos? —preguntó Marcus.

—Debería invertirse a nombre de mamá —intervino Sara.

—Yo creo que papá se queda con él —dijo Jasper, sin tener idea de que esto era precisamente lo que hacía Horace.

—¿Van a cambiar entonces las cosas? —quiso saber Marcus.

—Sí, un poco. Quiero que disfrutéis de alguna variedad y de más libertad.

Jasper lanzó al aire un pedazo de pan, de acuerdo con estas nuevas condiciones.

—No te morirás hasta que estés mucho más vieja, ¿verdad, mamá? —dijo, deseando asegurarse de la solidez de la nueva situación.

—Espero que no. Vosotros me necesitáis.

—¿Qué edad tienes? —preguntó Marcus.

—Sólo cincuenta y un años.

—No haga preguntas, señorito Marcus —dijo la niñera, desconcertada por la respuesta más que por la pregunta.

—Eso es mucho, ¿verdad? —dijo Avery.

—No, por supuesto que no —dijo Sara ásperamente.

—Cincuenta es la edad de una abuela —opinó Jasper.

—No lo es. Las abuelas a menudo tienen ochenta y cinco años —dijo Tamasin.

—¡Mis pobres hijitas! —exclamó Charlotte.

—¿Por qué son más pobres que tus hijos? —preguntó Marcus.

—No creo que lo sean —dijo Avery—. Creo que los muchachos son más pobres. No, creo que todos son iguales.

—Esa mesa para el té se ve tan agradable, que me encantaría sentarme a ella con vosotros —dijo Charlotte, con el aire de quien sugiere un imposible y sin causar sorpresa al dirigirse a la puerta, mientras hablaba.

—Han usado una libra de mantequilla —dijo la niñera—. No sé qué va a decir el amo.

—Deberías saberlo, después de tanto tiempo —dijo Tamasin.

—¿Te lo digo yo? —invitó Marcus.

—Me gustaría comer un trozo de bizcocho añejo —dijo Jasper, pronunciando las dos palabras juntas, ya que la añejez era la condición para que se les diera.

—¿Quién se atreve a bajar y a pedirle un poco a papá? —preguntó Tamasin.

—Podríamos pedirle a mamá —sugirió Avery.

—No, no, la señora ya ha sido demasiado bondadosa con ustedes hoy —dijo la niñera, sabiendo a qué costo podía mostrar bondad Charlotte.

—Yo me atrevo a bajar —dijo Jasper—. Lo que papá diga no me puede doler.

—Las palabras duras no rompen huesos —sentenció Tamasin.

—Pueden romper otras cosas —dijo Sara.

—¿Pero no a Jasper, verdad? A veces, papá nos da algunas cosas después de haberse mostrado especialmente disgustado —dijo Avery en voz alta y excitada—. ¿No es verdad, Sara?

Jasper bajó hasta el comedor, en el que Horace y su primo se encontraban solos. El salón estaba destinado a las mujeres y nadie había considerado la posibilidad de encender un tercer fuego en la biblioteca. Jasper se acercó a su padre y habló sin pensar en sus palabras.

—¿Hay un poco de bizcocho añejo, papá?

—¿Bizcocho? —repitió Horace, mirando por encima de sus gafas—. ¿Por qué? ¿Quieres un trozo?

—Sí, por favor, si nos puedes dar.

Horace se dirigió al trincherero y de allí extrajo un trozo de bizcocho en el estado descrito.

—Y con esto es suficiente por hoy —dijo, al entregarlo a su hijo, con maneras que sugerían que su severidad era sólo un deber que no se extendía a sus horas de descanso.

—Sí, papá, gracias —dijo Jasper, alejándose sin fingir otro interés y haciendo que Horace sonriera a Mortimer al ver tal simplicidad de propósitos.

—Cierra la puerta al salir —exclamó, en tono de ruda indulgencia.

Jasper fue saludado por un agradecido coro y se sentó con la sonrisa de un benefactor. Antes de cortar el bizcocho, la niñera lo examinó de cerca.

—Venga aquí, señorito Jasper.

Jasper se acercó inmediatamente.

—Corté un trozo para mí en la escalera —confesó, mientras ella le registraba los bolsillos con expresión inescrutable—. Ese trozo es para los demás.

La niñera dejó sobre la mesa un trozo de bizcocho en un silencio más expresivo que las palabras.

—¿Cómo lo adivinaste? —quiso saber Tamasin.

—Un lado del bizcocho estaba recién cortado, y sólo se sirve de él cuando hay visitas.

—Jasper pensaba comerse dos trozos —comentó Avery, impresionado por esta iniciativa.

—Bueno, fue él quien se arriesgó a ir a buscarlo —dijo Sara.

Horace entró en el cuarto y Jasper se mostró inquieto por primera vez. Su padre había escuchado a la puerta más de una vez. Pero su expresión lo tranquilizó.

—¿Estoy a tiempo para ver alimentar a los leones? ¿O para sus últimos bocados? ¿Estaba bueno, niños?

—Sí, papá, gracias.

—Les agrada recibir alguna golosina de vez en cuando —dijo Horace, sonriendo a la niñera—. Pero nos sería imposible tener tostadas con mantequilla y bizcocho todos los días.

—No los tenemos ni siquiera todas las semanas —intervino Marcus.

—Oh, ya veo el resultado de mimarlos un poco. No se repetirá. Es fácil comprobar cuándo la indulgencia daña a la gente.

Hubo un silencio.

—¿Dieron un trozo de bizcocho a la niñera? —preguntó Horace, sintiendo el impulso de abordar este punto peligroso.

—No tenía deseos, señor. Ya me he servido pan con mantequilla y una taza de té. Eso me basta —dijo la niñera, acomodando el cuello de Avery—. Y había apenas suficiente para los niños.

—Había suficiente para todos. No hubiese pensado nunca lo contrario. Me avergüenzo de ellos, especialmente de Sara.

—¿Por qué? —preguntó Marcus.

—¿No lo comprendes?

—No veo por qué Sara tenía que haber pensado en eso más que los demás.

—Tendré que enviarte a Coventry, jovencito —dijo Horace lanzándole una mirada rápida—. Si fueras mayor y tus palabras tuviesen más peso, te enviaría allí. ¿Dónde vas, Sara?

—Voy con mamá, al salón. Me dijo que podía ir cuando quisiera.

—Es una jovencita muy difícil —suspiró Horace.

—No molesta en nada y es muy buena con el señorito Avery, señor.

—¿No está él a su cuidado, entonces? —interrogó Horace, alzando las cejas.

—Hay muchas cosas que debo hacer para ellos, señor, y no puedo estar siempre a su lado.

—Me gusta Sara —afirmó Avery.

—¿No te gustan todos tus hermanos? —preguntó Horace.

—No —replicó Avery, mirándolo—. Me gusta Sara, y algo también Tamasin, Jasper y Marcus no me gustan; los soporto, nada más. Y por supuesto que me gusta la niñera, y mamá y tía Emilia.

—Viene siendo más o menos la misma cosa —dijo Horace, atajando a tiempo la eliminación.

—No, es diferente —declaró Avery después de meditar un momento.

—¿Por qué no quieres que la gente quiera a Sara? —quiso saber Marcus.

—Naturalmente que eso es lo que quiero. Por eso trato de enseñarla a hacerse querer.

—A mí me gusta más que todos nosotros —dijo Tamasin.

—A mí también —terció Jasper.

—Es la mayor y la mejor —añadió Avery.

Sara, que volvía enviada por su madre, oyó estas palabras con lágrimas en los ojos, dio la vuelta y desapareció.

—¿Por qué lloraba Sara? —preguntó Avery.

—Se sintió conmovida por lo que escuchó —dijo la niñera, pestañeando.

—¿Qué es conmovida?

—Con el corazón emocionado —explicó la niñera.

—No hay necesidad de exagerar —dijo Horace con aspereza—. No hay motivo para compadecer a alguien porque ha escuchado algo agradable sobre sí misma.

—No le sucede a menudo —dijo Avery.

—Y por eso llora cuando le sucede —terminó Marcus.

Horace salió del cuarto y Sara entró inmediatamente, como si hubiese estado espionando el momento. Se acercó al fuego y se sentó mirándolo. Avery se colocó a su lado, como si se sintiese más feliz en su presencia. Horace, compungido por esta vigilancia de sus pasos, miró otra vez hacia dentro como recordando algo.

—Tenía que darles una noticia, pero la he olvidado.

—Yo la sé —dijo Jasper—. Tendremos un preceptor.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Horace, en otro estado de ánimo.

—Lo oí decir a alguien.

—¿No repetiste lo que habías oído? —dijo Horace, expresando su incredulidad ante tal reticencia.

—No, papá —respondió Jasper.

Los demás miraron a su hermano tratando de adivinar la oportunidad del descubrimiento, y Avery mantuvo los ojos sobre él mientras su mano tocaba sus

juguetes.

—¿Ninguno de ustedes lo sabía? —preguntó Horace.

—No, papá —replicó Sara.

—Yo no lo sabía —dijo Avery, obedientemente.

—¿No sentiste mayor interés por este asunto, Jasper? —interrogó Horace, traicionando que la conducta que aprobaba no le agradaba.

—No estaba muy seguro de lo que había oído, papá, y no me pareció que pudiera resultar efectivo, ya que las niñas no tienen preceptores.

—Pues es verdad —dijo Horace, con el tono de quien hace una revelación sorprendente, y mirando a todos sus hijos—. Jasper puede haber oído algo, y a veces las niñas también tienen preceptores, y vosotros tendréis uno muy pronto.

—¿Lo tendremos siempre? —preguntó Marcus.

—¿Vendrá todos los días? —quiso saber Tamasin.

Y Sara añadió:

—¿Serán más difíciles las lecciones?

—Preguntas muy naturales —dijo Horace, casi con aprobación—. Y la respuesta a todas ellas es sí.

—¿No me enseñará a mí? —inquirió Avery, en tono que pedía apoyo más que información.

—No. Tía Emilia continuará enseñándote.

—¿Por qué no sirve ella para los demás? —preguntó Jasper.

—Tía Emilia sirve —dijo Horace con desaprobación—. Pero estima que sois ya demasiado mayores para seguir estudiando con ella.

—No lo somos —dijo Marcus.

—Supongo que no, pero es usual que los muchachos tengan un preceptor que les enseñe.

—De otro modo llamaría la atención —dijo Jasper.

—Eso no tendría importancia. Pero este cambio nos pareció recomendable por varias razones.

—¿Resultará muy caro? —preguntó Sara, pensando en otras necesidades más apremiantes.

—No debemos hablar de lo que vale la gente que tiene inteligencia suficiente para enseñaros.

—La tía Emilia no costaba nada —observó Marcus.

—¿Oíste lo que dije? —dijo su padre.

—¿El preceptor enseña para ganarse la vida? —preguntó Jasper.

—Podría hacer otras cosas con su inteligencia —dijo Tamasin.

—Sería agradable que les enseñara una señora —propuso Avery.

—Por supuesto que las cosas que hacemos por vosotros acarrearán gastos y molestias —puntualizó Horace.

—Los gastos corren por cuenta de mamá, ¿verdad? —dijo Avery.

—Cuando dos personas forman una sociedad, las cosas que poseen les son comunes.

—Así es que tú también puedes disponer de ellas.

—Bueno, os dejo para que digiráis esta noticia junto con las tostadas y el bizcocho —dijo Horace.

Avery se dedicó a sus juegos, ya que el cambio no le atañía.

—Me gustaría saber dónde daremos las lecciones —dijo Sara, recorriendo el cuarto con la vista.

—Aquí, para ahorrar otro fuego —aseguró Tamasin.

—Esta habitación es mejor de lo que usted cree —intervino la niñera—. Los muebles antiguos se han puesto de moda otra vez.

—Y nuevos no hay —agregó Tamasin—, por lo que no necesitamos preocuparnos.

—Tía Emilia nos enseña aquí —recordó Marcus.

—Tía Emilia nos enseña aquí —repitió Avery, corriendo al lado de Sara y reconfortándola con estas palabras antes de volver a sus juegos.

—¿Hay alguna vela? —preguntó Marcus.

—Puede usted traer una de su cuarto —dijo la niñera— si no va a desperdiciarla.

—Se derretirá —comentó Avery, mientras su hermano ponía la vela cerca del fuego y la niñera observaba con desconfianza.

Marcus cogió la vela, moldeó la cera y de sus manos surgió la forma identificable de un hombre.

—¿Dónde están los alfileres? —preguntó, con un temblor en los labios—. No los desperdiciaré. Tendrán un uso honorable.

Jasper se acercó, al ver que se hacía algo concreto.

—¿Por qué haces eso? —preguntó Avery.

—Si clavas alfileres en la efigie de una persona, esa persona siente dolor.

—¿Pero no sabes quién es éste? —dijo Tamasin.

—Es papá —dijo Marcus sin darle importancia.

—No, no —exclamó la niñera—. Eso no es una broma simpática. Me avergüenzo de ustedes.

—¿Qué es una efigie? —preguntó Avery a Sara.

—Una imagen de alguien; una especie de estatua.

—Papá no los siente —dijo Avery, con los ojos sobre la figura.

—En realidad se parece algo a papá —observó Sara con su sonrisa lenta.

—Aprieta un poco la cera y se le parecerá aún más —recomendó Tamasin.

—Ahora es papá —dijo Avery, gravemente.

—Clávale alfileres en la cabeza —dijo Jasper, inclinándose, con las manos sobre las rodillas.

—No tantos —pidió Avery.

Una doncella abrió la puerta.

—Pregunta el amo si la niñera puede darle un poco de su loción. Siente algo de reumatismo con el cambio de viento.

La niñera se levantó sin mover un músculo del rostro.

—¿Qué es reumatismo? —preguntó Avery.

—Dolores en los brazos y las piernas —explicó Marcus con los ojos bajos.

—¡No, no! ¡Pobre papá! Quítaselos —exclamó Avery.

—Quítaselos o comenzará a gritar —dijo Sara.

Marcus quitó los alfileres, lanzó la imagen al fuego y la contempló mientras ardía.

—¿Aún es papá? —preguntó Avery a su hermana.

—No, no. Es un trozo de cera que se derrite.

—La vela no ha sido desperdiciada —dijo Marcus—. Ha tenido una historia muy noble y ha terminado como una mártir.

La niñera volvió a la habitación y Avery corrió hacia ella.

—Ya no es papá —dijo.

—Se quemó vivo —comentó Jasper.

—No —dijo Avery, sacudiendo la cabeza sabiamente—. Ya no es papá. Sólo fue papá durante unos segundos. Fue la vela la que terminó como mártir.

Horace bajó a reunirse con su familia a la hora de la cena. Se sentaron en un extremo de la mesa y ocuparon cuatro sillas de las doce que la rodeaban. Había ocasiones en que se usaban las doce, pero como eso significaba encender el fuego, desenterrar vajilla y platería, y el renacimiento e incluso el ensayo de formalidades caídas en desuso, tales ocasiones eran escasas. Horace creía que la austeridad de su hogar era desconocida y que cierta hospitalidad periódica disipaba todas las dudas, lo que demuestra hasta qué punto el deseo es padre del pensamiento. Los niños sabían lo que se pensaba de su modo de vida, aunque no hubieran podido decir cómo lo sabían. Charlotte consideraba que en este asunto la ignorancia equivalía a la felicidad y la mantenía como una de las pocas oportunidades para tal sentimiento en sus vidas, dejándola seguir su curso.

—Hubiese sido suficiente con seis chuletas —dijo Horace—. Saben que no comemos siete. Y una chuleta fría no sirve para nada. Eso quiere decir que uno de los criados se la comerá para la cena.

—¿Y te parece que eso es no servir para nada? —inquirió Mortimer.

—Sí, cuando tienen otras cosas para comer. Será un extra, lo que es puro derroche.

—No tan puro ¿verdad? —sonrió Emilia.

—Supongo que la cocinera pensó que Emilia o yo deseáramos una segunda chuleta —dijo Charlotte—. No me parece una cosa tan extraordinaria.

—Desearía que no pensasen —dijo Horace, que alternaba este deseo con el contrario—. Nosotros podemos pensar por ellos.

—Pero hay otras cosas que no podemos hacer sin ellos —intervino Emilia—. En eso reside la fuerza de su posición.

—Me serviré la chuleta —declaró Charlotte—, y así evitaré que se cumpla ese destino tan temido.

—Pero estableceré la costumbre de preparar una extra —dedujo Horace.

—No es tan fácil modelar el futuro. No creo que una simple chuleta logre tanto. Sólo pensarán que generalmente no comemos lo suficiente, lo que estoy segura de que ya piensan.

—No tienen por qué —dijo Horace—. No somos glotones. ¿Por qué deberíamos llenar la mesa de cosas sólo para exhibirlas?

George entró a retirar los platos y echó una mirada a la fuente vacía.

—George había contado con esa chuleta —dijo Horace con ceñuda comprensión.

—No expongamos las tragedias de la vida cotidiana —dijo Charlotte—. No sería propio que al volver George me encontrara bañada en lágrimas. Aunque no podría saber que lloraba por él.

—A veces pareces muy infantil, Charlotte. Sabes perfectamente que George está bien alimentado.

—No sé nada de eso. Pero algo me dice que no es así. No puedo preguntarle si a él le sucede lo mismo.

—Tú no estás a cargo de la casa.

—No, esa tarea es una corriente oscura que no me atrevo a sondear. Tal vez por eso me gusta referirme a ella. Hablar de una cosa la despoja de gran parte de su terror.

George volvió con un budín y lo ofreció a todos con la cabeza inclinada sobre él en forma protectora, como si hubiese querido salvarlo de su destino, que era lo que realmente sentía. La ocasión era oportuna, ya que Bullivant tenía la tarde libre. Los ojos de Horace también vigilaban, aunque lo disimulaban mejor. Cuando George salió con el budín, Horace se levantó y se dirigió rápidamente a la puerta que llevaba a la cocina. En el pasillo, frente a una mesa, George se hallaba dedicado a cortar una porción de budín, con un aire similar al de Jasper en parecidas circunstancias, pero con emociones mucho más intensas.

—¿Es eso parte de tus obligaciones, George? —dijo una voz que al principio George creyó de origen divino, pero que luego reconoció como proveniente de una fuente mucho más alarmante.

—No. No, señor.

—¿Entonces por qué lo haces?

—Porque lo que como es tan poco, que el budín fue una tentación irresistible —dijo George, pero sólo en su corazón.

—¿No recibes lo necesario?

—Sí, señor —dijo George, creyendo que las palabras se referían a las necesidades de la vida.

—¿Qué edad tienes, George?

—Dieciocho; casi diecinueve, señor.

—Si haces cosas como ésta, no podremos tratarte nunca como a un hombre —

dijo Horace, indicando así la clase de trato que hasta ahora había recibido.

—No, señor —dijo George, agradeciendo cualquier escapatoria.

—¿Y no te avergüenzas de haber cedido a este tipo de tentación?

—Sí, señor —dijo George, concediendo que un pecado mayor provocaría un estallido menor de ese sentimiento.

—¿Entonces por qué no te dominaste? ¿Fue demasiado fuerte para ti?

—No, señor —dijo George, casi sintiendo que ése no podía haber sido el caso.

—Bueno, no perderé más tiempo por ahora —dijo Horace, volviendo al comedor, pero sin olvidar el dirigir los pensamientos de George en el futuro al irse.

—¿Qué creéis que hacía George en el pasillo?

—Algo que sabremos pronto —dijo Emilia.

—Estaba sirviéndose un trozo de budín de la mesa. Eso fue lo que vieron mis ojos.

—La visión de una gran necesidad humana —dijo Mortimer—. ¡Qué experiencia dignificante!

—No sé qué fue lo que me hizo levantarme y seguirlo —dijo Horace, con cierta excitación en la voz.

—Algún propósito culpable en su aspecto —sugirió Mortimer.

—Tú no lo notaste.

—No, yo vivo en la superficie, no en las profundidades.

—Me pareció que miraba el budín de manera sospechosa.

—Así es que tú lo miraste a él en la misma forma, mi querido muchacho.

—¿Qué me hizo observarlo al principio?

—George seguramente cree que fue una inspiración de lo alto. ¿Opinas tú lo mismo?

—Probablemente fue más bien un instinto bajo —dijo Charlotte—, una premonición de lo que sentirías en su lugar.

—Le dije que no podríamos tratarlo como a un hombre si observaba esta conducta de niño —dijo Horace, recalando por el tono la moderación de su comportamiento.

—Es posible que el salario de un hombre acabara con la necesidad de tal conducta.

—No seas necia, Charlotte. El budín no era de él.

—¿Y los salarios justos lo son? ¿Qué sucedió con el budín?

—Lo llevó a la cocina. Espero que no le haya puesto los dedos encima —dijo Horace, a quien repugnaba el contacto de aquellos que contrataba para servir y preparar los alimentos de la familia—. Algunas personas lo denunciarían.

—No. No por un trozo de budín —dijo Emilia.

—A nadie le gustaría que se supiera que lo necesitaba —comentó Charlotte.

—No lo necesitaba; sencillamente lo deseaba —puntualizó su marido.

—Eso me parece patético. Y las cortes se emocionan fácilmente, lo que lleva a

muchos paréntesis explicativos.

—Vosotros sólo compadecéis a los sirvientes y a los niños —dijo Horace.

—Es difícil que los criados sientan gratitud —afirmó Charlotte—. Todo sentimiento debe ser provocado por algo.

—Tienen un hogar, buena comida y todas las comodidades.

—Se los ganan. Y me parece que el budín debería estar incluido bajo alguno de esos encabezamientos.

—¿Qué has hecho hoy, Charlotte? —preguntó Horace como si el otro tema se hubiese agotado.

—¿Qué pregunta tan poco frecuente en tus labios! ¡Y justamente hoy, cuando no deseo decírtelo!

—¿Te avergüenzas de lo que has hecho?

—Sí, algo.

—No quiero forzar tus confidencias.

—Tendrás que hacerlo, ahora que he dicho que me avergüenzo. He cambiado mi testamento y eso es algo que avergüenza a la gente. Siempre significa que se le está quitando algo a alguien.

—Charlotte —dijo Horace—. ¿Es algo que pueda hacerme avergonzar de ti?

—Me imagino que siempre nos avergonzamos de otra gente cuando ella se avergüenza de sí misma.

—No tengo deseos de oír secretos.

—No puedo creerlo. Yo quisiera escucharlos todos. Creí que todos sentían lo mismo. Cuando los niños quieren sobornar a alguien, siempre ofrecen contar un secreto. Pero los que se confían a un abogado no son los mejores.

—Ni los que se confían a alguien —dijo Emilia.

—¿Lo sabe Emilia? —preguntó Horace.

—Sí, pero nadie más.

—Entonces no es un secreto —dijo Horace implicando casi que estaría justificado al tratar de desentrañarlo.

—No hay nada que pueda ser un secreto para todo el mundo. No; estoy equivocada. Por supuesto que hay.

—Creo que es lo que todos deseamos —dijo Emilia.

—Me parece que mi esposa está tratando de decírmelo —dijo Horace con voz suave.

—Y me es imposible —dijo Charlotte—. Es algo más fuerte que yo.

—No tengo una curiosidad vana.

—No, es de otro tipo, del mismo de la que tengo yo. Nunca he conocido un ejemplo de esa otra. Y de pronto veo que puedo decírtelo. He dividido mi dinero entre tú, los niños y Mortimer, en lugar de dejártelo todo a ti. Me reservo las proporciones, para guardar cierto grado de misterio. Y en este caso es misterio suficiente.

Horace estuvo a punto de decir que su propio testamento estaba a disposición de todos los ojos, pero recordó que las abultadas cifras causarían sorpresa. No dijo nada, pero pensó que ahora la economía era doblemente imperiosa. Siempre se imaginaba que sobreviviría a su esposa, a pesar de que por ser hombre y el mayor, su esperanza era poco razonable. Pero si no la alimentase, significaría que estaba ahorrando sin objeto, lo que sería lo mismo que estar viviendo sin objeto. Iba a hablar cuando una voz rompió el silencio.

—¡Así que éste es el juego, señorito! ¡Así es como después me culpan a mí!

El sonido era sorprendente, nuevo y familiar al mismo tiempo, y los que lo escucharon se levantaron y lo siguieron hasta su punto de origen en ese pasillo que se estaba transformando en un sitio de mal agüero.

—¿Qué sucede? —preguntó Emilia.

—¿Qué sucede, George? —inquirió Charlotte.

Y Horace:

—¿Qué sucede, Avery?

—También yo preguntaré qué sucede —comentó Mortimer.

—George, retira la mano del hombro de Avery —mandó Charlotte.

—Yo no fui; no hice nada —dijo su hijo—. Nadie ha sacado nada.

Charlotte vio la alacena abierta y dentro de ella una caja de confites también abierta, por lo que no pudo eludir la verdad.

—Son estos niños los que causan problemas a la gente —dijo George—. Quiero decir que son los señoritos, señora, los que hacen estas cosas y no las dicen. La gente cree que sólo yo puedo poner las manos sobre las cosas.

—Yo no lo había hecho nunca antes; es Jasper el que saca cosas —dijo Avery, demasiado confuso para recordar sus principios—. Yo sólo abrí la caja para mirar dentro.

—¿Qué quiere decir todo esto? —dijo Horace.

—Está muy claro —comentó Mortimer— y no tiene mucha importancia.

—Haz venir a la niñera y al señorito Jasper, George —dijo Horace.

—No, Jasper no ha hecho nada —dijo Avery, en tono de desesperación—. Yo no he dicho nada; no le digáis que he dicho algo.

George partió con aire de satisfacción. Avery no le parecía un adversario poco apropiado. Todo ser que pudiese causarle algún daño era para él un enemigo, y tomaba posiciones en su contra. Horace y su tía mantenían los ojos fijos en Avery, tratando de leer en su corazón con espíritus muy diferentes, mientras el niño enterraba la cabeza en su madre: un pequeño ser extraño, vestido con una bata heredada de Tamasin, totalmente inadecuada para su tamaño y su sexo.

Jasper se unió al grupo llevando ropas que habían sido sólo suyas, pero que a pesar de eso, o tal vez a causa de eso, apenas tenían forma. La niñera lo seguía con expresión preocupada y vigilante, como si pudiese decir mucho, pero no quisiese hacerlo. Tras ello entró Marcus, una réplica de Avery con su bata heredada de Sara.

Jasper sólo estaba preocupado por encontrar una solución al momento presente. No sentía rencor alguno contra Avery ni contra sus mayores. Tomaba las cosas como venían y como venían a menudo, mantenía su sistema.

—¿Por qué estás aquí, Marcus? —inquirió Horace acusadoramente.

—No he hecho nada —dijo Marcus, respondiendo al tono de su padre—. Sólo vine a decir que Jasper no necesitaba bajar. No tiene nada que ver con esto.

—¿Deseas que Avery haga frente solo a la situación?

—Es el único que está implicado —dijo Marcus, paciente ante todas las provocaciones—. Y la situación tendrá sólo la gravedad que tú quieras darle. Avery es muy pequeño.

—Subid todos —ordenó Horace después de un momento—. No quiero veros más hoy. Tú también puedes irte George. No hemos sospechado que has cometido más faltas de las que conocemos, pero eso ya es suficiente. Y tu prontitud para acusar a un niño indefenso debe hacerte meditar sobre tus actos. No creí que fueras tan infantil.

George desapareció en dirección de la cocina, sabiendo que su salario seguiría siendo el de un niño por un período indefinido y teniendo la intención de no mencionar el incidente. Pero esperaba demasiado del destino. Ante sus ojos apareció Bullivant, impedido de entrar en el comedor por las ropas propias de su vida privada, que parecían exhibir misteriosamente su personalidad y que hacía parecer dudoso que sus amos supiesen qué clase de hombre era realmente.

Bullivant obstruía el camino de George, con los ojos fijos en su rostro, sacudiendo lentamente la cabeza y con una expresión de saberlo todo. La forma en que se había enterado permanecería siempre ignorada para George, aunque el hecho mismo no lo sorprendía en absoluto. George se detuvo en actitud de escapar, con las manos extendidas, pero como no se atrevía a volver al comedor ni a empujar a Bullivant, su único camino hubiese sido emprender el vuelo.

—Hace un momento... Ciertos disgustos... El señorito Avery... La alacena... —barbotó.

Bullivant redobló las sacudidas de cabeza, para incluir su reprobación ante la mención de Avery, y se volvió con un último movimiento de cabeza, dirigiéndose a la cocina e indicando a George que lo siguiera. George sabía que allí esperaban las mujeres y que encararía lo imposible. Oro para que le fuese dado desmayarse, y casi esperó hacerlo bajo la presión de sus sentimientos, pero vio que sus pies lo hacían avanzar. La cocinera y Miriam se hallaban de pie ante la mesa y por primera vez George sintió envidia de Miriam. La cocinera lo miró y Miriam no lo hizo sin que George supiese o siquiera considerase si procedía así por delicadeza o por apatía.

Bullivant permaneció de pie, sacudiendo aún la cabeza, mientras la cocinera esperaba interesada y George se movía indeciso, tratando instintivamente de parecer ocupado.

—¿Tendremos que saberlo todo a través de una pantomima? —quiso saber la cocinera.

Bullivant explicó su actitud.

—Las palabras no pueden revelar lo sucedido, señora Selden.

—Pero no hay necesidad de condenarnos al silencio por asuntos que no nos conciernen.

—No tengo ánimo para otra cosa, señora Selden.

—Espero que no perdamos todos el ánimo y la esperanza por la acción mal inspirada de una persona, que ni siquiera es la más importante.

—Tiene razón, señora Selden. Pero ése es el problema. ¡Estos gustos y tentaciones infantiles que se cruzan en nuestro camino! ¡Increíble! ¡El budín que acababa de retirar de la mesa! Y George que ya es un muchachón de diecinueve años.

—No me parece tan increíble, ya que la prueba está sobre la mesa. ¡Y cortar el budín con cuchillo! George sabía muy bien que debía servirse con una cuchara, pues la llevaba con la fuente.

—Ni siquiera es capaz de guardar las formas —dijo Bullivant—. ¡Qué acción más mezquina!

—Sería peor si no fuera tan mezquina —dijo George—. Ni siquiera me comí el budín. Fue algo realmente mezquino.

—¿Te gustaría corregir la omisión? —preguntó la cocinera, señalando la fuente sobre la mesa—. Entonces podremos juzgar, por tu deleite, si has alcanzado la recompensa por tus acciones.

—No, señora Selden —dijo Bullivant, adelantándose con un gesto—. No nos pongamos a esa altura. ¿Somos responsables en cierto modo de ese paso atrás? ¿Seremos culpados por ello?

—No. George ha estado sometido a una influencia impecable y él lo sabe. No se gana nada con imputar las cosas erróneamente.

—¿Has encarado tu situación, George? —preguntó Bullivant.

—Sí —dijo George, que había encarado a Horace y a la cocinera y consideraba este último esfuerzo como el menor de todos.

—¿Con la decisión de que ésta sea la última vez? —dijo la cocinera.

—Tal vez, señora Selden —apuntó Bullivant, agitando la mano para hacer lugar a sus propias consideraciones.

La cocinera se calló como si ésa hubiese de ser su actitud permanente.

—¿Has respondido a la pregunta de la señora Selden, George? —dijo Bullivant, con una cortesía que no iba dirigida al muchacho.

—No.

—¿Pero la respuesta es afirmativa?

—Sí.

—En ese caso, George, tal vez podamos relegar este asunto al olvido. Lo que se diga sobre él sólo puede degradar, nunca elevar. Le ruego respetar mi decisión, señora Selden, y lo mismo tú, Miriam.

—La muchacha no es propensa a los chismorreos ni a resucitar asuntos ya

pasados —dijo la cocinera—. Su petición es superflua.

—Estaba seguro de ello, y me alegro. Confío en ti, Miriam —dijo Bullivant, refugiándose tras el periódico con una sonrisa—. El amo no dirá una palabra más. Y a tal amo, tal criado.

Horace volvió al comedor con su primo y se sentó a partir nueces sin mencionar la reciente escena y ensayando tácitamente la próxima. Se reprimió durante el llanto desesperado de Avery, y al escuchar pasos que bajaban la escalera y se detenían ante la alacena con propósitos que no dejaban lugar a dudas. Ni siquiera el cese del llanto de Avery lo sacó de su silencio, y al entrar Charlotte en el comedor su actitud estaba ya establecida.

—Avellanas del árbol del prado oeste —dijo, ofreciéndoselas.

—¡Cómo les agradarían a los niños! —exclamó Charlotte, comprendiendo tardíamente lo inoportuno de sus palabras.

—Entonces me imagino que las cogerán —dijo Horace, sintiendo que había malgastado su esfuerzo al fracasar su resolución.

—No sé por qué puedes pensar eso.

—¿No lo sabes? —dijo Horace, alzando las cejas.

—Viven entre cosas prohibidas y rara vez las tocan.

—Rara vez son descubiertos haciéndolo. George podría decir muchas cosas si quisiera. Pero me pareció mejor no alentarlos —dijo Horace, evocando una actitud paternal que a los demás les costó muchísimo reconocer.

—Después de todo, no hay nada en su propia casa que no les pertenezca.

—Me imagino que así ven ellos las cosas —comentó Horace.

—No sabía que existiera este punto de vista —dijo Mortimer— y creo que ellos tampoco lo saben.

—No me atreveré a darles nada —dijo Horace, descubriendo así sus inclinaciones—. ¿No piensa bajar Emilia?

—No todavía. Está leyendo a Avery para hacerlo dormir —respondió Charlotte.

—¿A modo de recompensa?

—No; de necesidad. Está muy excitado.

—Espero que lo esté —dijo su padre.

—Tus esperanzas se han cumplido —aseguró Emilia, acercándose a la mesa—. No es capaz de escuchar lo que se le lee. Los niños están jugando con él y Sara le leerá más tarde.

—¿Permanecerán todos levantados para atender a sus deseos?

—A sus necesidades. Está asustado.

—Nadie lo ha atemorizado —dijo Horace—. Apenas le hablamos. Es claro que no sé lo que sucedió arriba.

—Creo que lo sabes —dijo su tía.

—George lo atemorizó al ponerle las manos encima —dijo Charlotte.

—¿Crees que debería haberlo felicitado? —preguntó su marido.

—Sabía perfectamente que se trataba de un niño de siete años, que sólo hacía lo mismo que él había hecho.

George, que entraba a levantar la mesa, cogió las últimas palabras con la impresión de que el tema no había variado desde su partida, lo que le pareció natural.

Horace frunció el ceño para imponer silencio a su esposa, con el resultado acostumbrado.

—George, la próxima vez que encuentres a los niños haciendo algo indebido, no tomes el asunto en tus manos. Yo soy quien debe juzgar.

—No, señora. Sí, señora —dijo George, reuniendo los platos apresuradamente.

—Los niños siempre son niños, George. Y hacía muy poco que tú habías demostrado no ser más que ellos.

—Sí, señora —dijo George, lanzando una mirada furtiva a Horace.

—No crecerás nunca, George —dijo este último con voz indulgente, pero mostrando a George perspectivas más oscuras de las que éste había esperado—. Bueno, es mejor que suba a hablar con Avery.

—No, no —dijo Charlotte—. Ya ha soportado lo suficiente.

—Mi querida Charlotte, Avery es un culpable, no un mártir. No le haremos ningún bien al confundirlo al respecto. Es necesario que su mente comprenda claramente. Soy su padre, en la misma forma en que tú eres su madre.

—Eso es mucho decir —dijo Emilia.

Horace salió al vestíbulo sin replicar. Charlotte le dio alcance y ambos subieron las escaleras hombro con hombro, sin cederse lugar. Sara estaba sentada en la cama de Avery, leyéndole del Libro de Job, no porque lo considerase apropiado, sino porque su hermano lo había escogido. El niño yacía con aspecto de convaleciente, mientras su rostro se iluminaba cuando las palabras confirmaban las que tenía en la memoria. Tamasin soplaba pompas de jabón, que Avery hacía estallar con mano lánguida, mientras sus hermanos realizaban toda suerte de pruebas, preocupándose de verlo entretenido y atento.

—Es demasiado tarde para estar jugando —dijo Horace—. ¿Es Avery quien os mantiene levantados? ¿O estáis aprovechando la ocasión?

—Ha recibido una fuerte impresión —dijo Charlotte—. Necesitaba algo que le hiciera olvidarla.

—Espero que no lo haga más.

—No creo que pueda —dijo Marcus—. Mamá se refería sólo a esta noche, porque temía que soñara con todo esto.

—Espero que sueñe con esto, que piense en esto, que se le grabe en todas formas posibles.

Avery se encogió sobre sus almohadas, con los ojos fijos en su padre.

—No me tienes miedo, ¿verdad? —dijo Horace, haciendo una pregunta, que sólo se hace cuando es ése el caso, y de la que se espera una respuesta negativa.

—Sabes que lo estás asustando —dijo Marcus.

Horace no volvió la vista hacia Marcus, sino que la mantuvo sobre Avery, alejándose lentamente en dirección a la puerta.

—¿Se fue ya papá? —preguntó Avery—. No quiero que venga aquí. Siempre está en todas partes. No quiero que entre en mi dormitorio. No me gusta pensar que puede mirarme mientras duermo.

—No volverá acá —le aseguró Charlotte.

—Mamá prohibirá a papá que entre aquí —dijo Avery mirando alrededor y hablando con severidad disciplinaria.

—No debemos olvidar la causa de estos disgustos —dijo su madre.

—Ya dije que no lo haría más.

—La gente siempre dice eso —comentó Jasper.

—Bueno, no puede decir otra cosa —dijo Tamasin.

Avery estalló en risas y continuó riendo en forma ruidosa y artificial.

—Silencio. Papá puede oírte —dijo Sara.

—Pero no entrará aquí —repitió Avery, dejando de reír bruscamente.

—Ojalá siempre pudiéramos acostarnos tan tarde como ahora —suspiró Jasper.

—Mamá dice que podréis hacerlo siempre —dijo Avery, con voz que se apagó suavemente.

—Nunca despierta después de haberse quedado dormido —dijo Marcus—. A menos que tenga pesadillas.

—Tiene suficientes motivos para tener pesadillas esta noche —observó Sara, prediciendo la verdad.

CAPITULO III

—Buenos días —dijo Gideon Doubleday.

—Buenos días —replicaron sus cuatro alumnos.

—¿Ha sucedido algo que os ha alterado?

—Mamá acaba de marcharse —le informó Marcus—. Por eso debía usted venir hoy. Para darnos otra cosa en qué pensar.

—El método no ha tenido resultados inmediatos.

Tamasin rió levemente y Jasper le hizo eco.

—Bueno, ya veo que no debo temer que no volváis a sonreír.

Sara dio señales de que ése no era el caso.

—¿Creéis que un poco de lectura os distraerá? —preguntó Gideon, mirándolos con sus ojos pálidos y prominentes, provistos de gafas—. Aquí tenéis algunos libros para traducir del francés, uno para cada uno.

—¡Cinco libros iguales! —exclamó Marcus, mostrando que sus propósitos de distracción se cumplían—. Siempre tenemos sólo uno.

—¿No perdéis así mucho tiempo?

—El tiempo no tiene importancia. Aunque tal vez ahora la tenga.

Sara frunció el ceño ante su hermano y su acto atrajo la atención de Gideon sobre las ropas de sus pupilos. Dominó el impulso de apartar la vista y continuó examinando a sus alumnos como si sólo los viera a ellos.

—Así es que es una tía abuela la que os ha enseñado hasta ahora —dijo al distribuir los libros con sus manos largas y pálidas.

—Sí, pero la llamamos tía —dijo Marcus—. En realidad es tía de papá. Seguirá enseñando a Avery. Siempre usaba un solo libro para todos nosotros.

—Y seguirá necesitando el mismo número de libros —dijo Sara.

—No podré brillar como su sucesor.

—Cinco parece demasiado —dijo Jasper—, pero supongo que uno es suyo.

—Sí, por supuesto —dijo Gideon, que había tenido la intención de que todos pertenecieran a Horace hasta el fin del trimestre, cuando uno pasaría a poder suyo.

—¿Pidió usted el libro suyo junto con los nuestros? —preguntó Marcus.

—Sí —dijo Gideon, comprendiendo que eso era precisamente lo que había hecho—. Si le pido a la gente que compre los libros, siempre dicen que hay en la casa. No les importa cuáles sean.

Sara rió comprensiva.

—¿Usted quería tener uno nuevo? —preguntó Tamasin—. ¿No había leído este mismo libro con otros alumnos antes?

—Sí, pero mi libro estaba muy viejo y necesitaba ser reemplazado.

—Los libros viejos también sirven —afirmó Marcus, en tono de reproche—. Las cosas deben usarse hasta que se acaben.

—¿No recuerdas el libro de oraciones de Jasper, que se hizo pedazos y debió ser

reemplazado? —preguntó Sara, para demostrar que en la familia también se reponían algunas cosas.

—No veo por qué no escogió un libro que usted no tuviese —dijo Tamasin.

—Ésa hubiese sido una buena idea —respondió Gideon, sintiendo que la practicaría en el futuro.

—Usted es un poco viejo para ser preceptor —dijo Marcus—. Tenía la idea de que todos ellos eran jóvenes.

—Algunos jóvenes comienzan siendo preceptores y luego pasan a otras cosas.

—¿Entonces usted es un fracasado? —preguntó Tamasin.

—Creo que se me podría llamar así. Cuando joven presté demasiada atención a mis estudios, y eso hace generalmente que se llegue a ser preceptor.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Marcus.

—Cuarenta y un años.

—Es bastante joven —dedujo Tamasin.

—¿Su mujer cree que usted es un fracaso? —inquirió Marcus.

—No soy casado. Vivo con mi madre y mi hermana. Y si ellas piensan así, no lo dejan ver. Las mujeres son muy leales.

—¿Qué hace con el dinero que gana? —quiso saber Jasper—. Si no tiene esposa no puede tener hijos, y usted no parece gastar mucho en usted mismo.

—Contribuyo a los gastos familiares y deposito el resto en un fondo que me proporcionará una renta para mi vejez.

—Tiene el cabello cano —observó Marcus.

—Sí, pero es una canicie prematura. Sirve para darme cierta personalidad.

—¿Cómo lo sabe?

—Es lo que me dice mi madre.

—¿Su madre lo sabe todo?

—Por lo menos sabe esto; no le cabe la menor duda.

—A usted no le molesta contestar preguntas —afirmó Tamasin.

—Hoy no. Es conveniente que vosotros satisfagáis la curiosidad antes de brindarme vuestra atención.

—¿Por qué debemos sentir curiosidad? —preguntó Marcus.

—No lo sé, pero evidentemente la sentís.

—Es usted el que debe interesarse en nosotros.

—En vuestros estudios. Así es. Y estoy a punto de comenzar.

—¿Trabaja usted en otra cosa además de enseñar? —inquirió Sara, haciendo conversación.

—La gente siempre considera la enseñanza como complementaria. Pues bien, estoy escribiendo un libro de ensayos.

—¡Oh! ¿No es un libro de verdad? —exclamó Tamasin.

—No, no es uno de los que tienen principio y final.

—Eso sería más difícil.

—Sí, lo sería.

—¿Tarda mucho en escribir un libro de ensayos?

—El libro mismo, no. Pero he tratado de perfeccionarlo al máximo. Tanto lo retoqué, que tuve que quitarle algunos agregados, lo que me pareció luego un derroche y los volví a incluir. Y así continuó.

—Como la tela de Penélope —observó Sara.

—Sí, así mismo.

—¿Cuál es el título de los ensayos? —preguntó Tamasin.

—No podría decirlo; está aún en la etapa de los cambios. Y en tal caso es imposible hablar de él.

—¿Porque eso le incomoda?

—Sí, ésa es la razón. Espero que recordéis lo que os he dicho.

—¿Gana mucho como preceptor? —quiso saber Jasper.

—No, no mucho.

—¿No es un trabajo especializado?

—No creo que ésa sea la palabra precisa.

—¿Le paga papá lo mismo que otra gente? —preguntó Marcus.

—Toda la gente me paga lo mismo —contestó Gideon Doubleday, tratando de no traicionar el hecho de que Horace Lamb había esperado no tener que hacerlo, y viendo en los ojos de Sara que ella lo había comprendido.

—Sabes que no se habla de esas cosas —dijo a su hermano.

—Papá lo hace y no puede hacer algo incorrecto; o por lo menos, nosotros no debemos pensar que puede hacerlo.

—Las cosas hay que discutir las —dijo Gideon—. Eso lo sabemos por experiencia propia. Y ahora nos pondremos a trabajar. ¿Quiere comenzar, señorita Sara?

Sara leyó con algo de inquietud y también con éxito, y Tamasin con menos de ambas cosas; Gideon las corrigió en forma de sugerencias.

—Es tu turno, Marcus —dijo luego.

—No, es el del señorito Jasper.

Se produjo un silencio.

Marcus había adoptado la forma convencional de dirigirse a su hermano como una deferencia a una clase superior, suponiendo que quien trabajara en la casa tendría que observarla. Su ignorancia de los usos sociales era inmensa. Gideon percibió la verdad pero no supo cómo enmendar el yerro. Sara y Tamasin también lo notaron, lo que alteró la tranquilidad de la primera y la gravedad de la segunda. Gideon sonrió a Tamasin, como atribuyendo su regocijo a alguna causa personal. Pero de pronto el rostro de Marcus mostró que había comprendido.

—Continúe entonces, Jasper —dijo Gideon.

—Alégrate, señor Jasper, y sigue el ejemplo de la señorita Sara —dijo Marcus en tono forzado—. Porque este día ha encendido una antorcha que alumbrará nuestro camino.

—¿Quién habla así? —preguntó Jasper.

—Los personajes del «Libro de los Mártires», de Foxe.

—Así es —dijo Gideon—. Siga ese consejo, Jasper. Su hermana leyó muy bien. Marcus relajó su actitud y su rubor dio paso a la palidez.

Jasper puso los codos sobre el libro, como para afianzar su atención a la página, lo que era una precaución muy razonable, pues su atención tendía a dispersarse. Pero su movimiento dejó al descubierto algunos puntos de su vestimenta que no estaban destinados a exhibirse.

—Tenemos nuestra propia manera de vestir —dijo Sara—. Somos una familia que sigue un camino propio.

Marcus la miró a los ojos y un sentimiento de comprensión los unió.

Horace entró en la habitación y recorrió la mesa con la vista.

—Te veo muy andrajoso —dijo a su hijo—. Pero es verdad que estáis en la edad más descuidada.

Sara sonrió confirmando estas palabras, deseosa de que su aspecto apareciera como voluntario.

—Veo que están leyendo francés —continuó Horace, mirando la hilera de libros—. ¿Lo hacen todos juntos?

—No, de uno en uno —dijo Gideon—. Los demás siguen la lectura y escuchan las correcciones.

—Fue muy amable de su parte al proveerse también de un libro —añadió Horace tratando de introducir el principio de los objetos compartidos—. Pero, ¿no hubiera podido compartirlo con uno de ellos?

—No me gusta retardar mi tarea por falta de material —dijo Gideon.

—¿Tiene usted familia? —preguntó Horace, pensando que era difícil que así fuera.

—No, vivo en casa de mi madre. Y me gustaría que ella conociera a mis alumnos.

—Espero que la traiga usted un día a tomar el té. Estando mi esposa ausente, agradezco todo interés que se les dedique.

Gideon aceptó la invitación, sorprendiendo a Sara y a Horace al tomarle la palabra.

—Me imagino que no tienen frío —dijo éste, mirando al fuego que había sido encendido para la ocasión.

—Creo que no me olvido del fuego —dijo Gideon, levantándose a ponerle más leña.

—El tiempo del señor Doubleday es oro en más de un sentido —murmuró Tamasin.

—¿Qué dices, Tamasin? —preguntó Horace con una sonrisa.

—Nada, papá.

—La respuesta inevitable —dijo Horace, transfiriendo la sonrisa a Gideon.

—Siempre me preocupo mucho de mantener el fuego —dijo éste—. No tenga

ningún cuidado al respecto.

Horace no pudo contradecirlo.

—Mis hijos no están acostumbrados a fuegos muy intensos. Les he enseñado a no depender demasiado de ellos.

—No se los confiaré. Sé lo que es eso de encargar el fuego a los demás.

—Quiero que mis hijos se hagan resistentes. Es una buena base para el futuro.

—¿Cómo pueden serlo ahora que son tan jóvenes y débiles? Ni siquiera la gente mayor lo es, aunque deberían estar más preparados.

—Siempre he pensado con satisfacción en que les doy el ejemplo.

—Espero que los niños no lo sigan. No puedo enseñar a gente que tiene frío. No pueden pensar en dos cosas a la vez, y me hacen perder tiempo y trabajo.

—Espero que no pueda hacérseles ese cargo hoy.

—De ninguna manera, pero es que no tienen frío. Nos hemos preocupado de eso.

—Bueno, no les haré perder tiempo ni trabajo ni fuego ni libros —dijo Horace, completando así la lista de cosas que se derrochaban—. Ya oiré su opinión sobre sus alumnos cuando los haya examinado más.

Gideon dio por terminada la lección y se despidió en un plano de amabilidad y compañerismo que puso punto final a cualquier intención de disgustarlo. Pero en Jasper ese instinto se despertó en otra dirección.

—¡Y bien, señorito Marcus! —dijo.

Marcus le lanzó una mirada y comenzó a reunir los libros.

—¡Y bien, señorito Marcus! —repitió Jasper.

Marcus lanzó una bofetada al rostro de su hermano. Éste se defendió y tuvo que seguir haciéndolo. Tamasin se alejó asustada; Avery entró en la habitación y llamó a la niñera; Sara trató de separar a los combatientes. El tumulto atrajo a Horace, que vagaba por la casa debido a la ausencia de su esposa.

—¡Hermanos peleando! —exclamó, como si su parentesco debiera excluir tal cosa—. ¡Hermanos golpeándose mutuamente! ¡Y sus hermanas obligadas a presenciar esta escena!

Las víctimas de esta obligación mantenían los ojos sobre la puerta. Gideon había escuchado el ruido y volvía preocupado.

—¿Quién comenzó? ¿Quién dio el primer golpe? —interrogaba Horace, interesado en la atribución exacta de la culpa—. ¿Viste cómo sucedió, Sara?

—Jasper comenzó y Marcus dio el primer golpe —respondió Sara, hablando con tono intrascendente para los oídos del preceptor.

—¡Oh, así es que ambos comparten la culpa! —continuó Horace, viendo a Gideon y siguiendo el ejemplo de su hija—. El señor Doubleday se llevará una mala impresión de vosotros.

—Jasper dijo una cosa para molestarme —dijo Marcus.

—Y lo logró —comentó Tamasin.

—¿Qué te dijo? —preguntó Horace, fiel a su personalidad.

—Sólo lo llamé «señorito Marcus», papá.

Gideon se retiró discretamente y cerró la puerta.

—Espero que estéis tan avergonzados de vuestra conducta como lo estoy yo. ¿Por qué querías molestar a tu hermano, Jasper? Dile que lo sientes.

—Sólo quiero que me prometa no decirlo más —dijo Marcus—. Ni a mí ni a nadie.

—¿Eso es todo? —dijo Jasper—. Bueno, te lo prometo.

La expresión de Marcus cambió como si viera el futuro abierto ante él.

Gideon volvió a su casa y encontró que su madre y su hermana se hallaban ocupadas esperándolo. No pensaban en llenar el tiempo de otro modo ya que lo consideraban así bien empleado. Gideon se acercó a besar a su madre en forma rutinaria.

—Y bien ¿qué tal la nueva familia? —preguntó ella.

—Nueva. La más nueva que he conocido.

—¿También a ti te consideraron ellos nuevo?

—Creo que sí, pero hay muchas cosas que serían nuevas para ellos.

—¿Tan poca experiencia tienen?

—Muy poca experiencia del tipo corriente. Pero creo que tienen su propia experiencia.

—He oído que son niños criados a la antigua y que no se ven con nadie.

—Me conmovieron —dijo Gideon—. Y creo que yo los conmoví a ellos. Se mostraron muy bondadosos respecto de mi situación en su casa. Pocas veces he tenido alumnos tan gentiles en ese sentido.

—¿Por qué no los enseñas mejor?

—No es eso lo que se espera que les enseñe. Yo debo representar algo así como una advertencia. Y esta lección no sería convincente si no fuera humillante trabajar por un emolumento. Y los niños exageran su propia importancia. Tienen tanta gente alrededor ocupándose de ellos.

—Me imaginé que romper el hielo en una casa nueva debe ser bastante fatigoso —dijo Magdalen Doubleday, trayendo a su hermano un refrigerio sin esperar que su acción fuese notada.

—Gracias, querida —dijo éste con voz cariñosa.

Magdalen llevó otro a su madre en forma aún menos conspicua, ya que lo necesitaba menos.

Gertrude Doubleday era una mujer alta y maciza de sesenta y ocho años, facciones sólidas y pequeños ojos claros siempre alertas. Se le suponía cierta semejanza con George Eliot, y aunque sabía que la fisonomía de la escritora no era su punto fuerte y no estaba descontenta de la propia, esa semejanza le brindaba satisfacción y se sentía complacida cuando un retrato que había en la pared llamaba la atención sobre ella. Magdalen se parecía a Gideon, pero su rostro era más suave y menos expresivo, con falta casi anormal de expresión. A los treinta y ocho años,

mantenía aún un aspecto juvenil y una voz que también lo era. Estaba hecha según el molde generoso de Gertrude y se movía con cierta pesadez agradable que le era muy propia. Los servicios que prestaba a su familia se le aparecían como la misión de su vida, y la ilusión no podía disiparse porque se aferraba a ella. Tanto ella como Gideon se cansaban fácilmente y necesitaban de muy poco para llenar sus días. Aceptaban esta satisfacción y la sorpresa de los demás ante ella, lo mismo que aceptaban la opinión de su madre de que tenían todos los motivos para no desear más. La energía de Gertrude los dominaba y la veían como a otra fuerza natural. Se les creía muy apegados a su madre, y compartían o aceptaban este concepto. Gertrude no amaba a sus hijos menos que otras madres, pero se amaba más a sí misma. Su camino estaba señalado por crisis personales de las que extraía un ímpetu y un vigor que se agotaban con el tiempo. Se alegraba de que su hijo permaneciese soltero, ya que le agradaba contar con su devoción, que todos conocían. Apreciaba en menor grado el cariño de su hija, o lo consideraba tal vez inferior, pero su deseo de verla casada no enturbiaba su satisfacción de ser el único miembro de la familia con completa experiencia de la vida. Gertrude era capaz de competir con sus hijos. Su vitalidad no titubeaba ante nada. La contribución de su hijo a los gastos de la casa, añadida a su renta, llenaba sus necesidades y los cuidados materiales no formaban parte de su vida. Decía que tenía motivos para sentir gratitud, y ponía en este sentimiento el mismo vigor que en otras emociones más instintivas.

—¿Son simpáticos los niños, Gideon? —preguntó Magdalen.

—Sí, así me parece. Son dos niños y dos niñas.

—¿No son tres niños?

—Creó que sí, pero el menor seguirá a cargo de su tía.

—Su tía abuela ¿verdad?

—¡Sabes mucho! —dijo Gideon recostándose en la silla.

—¿Es verdad que van muy mal vestidos? —inquirió Gertrude, con un toque de adusta satisfacción.

—Sí, es verdad, aunque probablemente yo no me daría cuenta de lo contrario.

—¿Por qué no has de ver lo que pueden ver todos?

—Sólo fue un pequeño alarde de afectación, mamá.

—Deberías adoptar afectaciones que hablen en favor tuyo.

—Seguramente he creído que ésta lo hacía.

—Las cosas que realmente nos hacen superiores no pueden ser afectadas. Tenemos que poseerlas.

—Es agradable saber que ese tipo de esfuerzo puede abandonarse, entonces.

—La gente que ha visto a esos niños en la iglesia dice que es imposible creer en qué forma los visten si no se les ve —dijo Gertrude, cuya credulidad no funcionaba sin este requisito, y cuya religión, muy intensa, consistía en la incredulidad.

—Llevan ropas viejas y rotas. Desde luego viejas, y algo se rompió mientras me hallaba con ellos.

—Por lo menos podrían remendárselas —dijo Magdalen.

—Creo que están remendadas; en realidad pude comprobar que así era.

—¿Cómo es la casa? —preguntó Gertrude.

—Buena de ver y no tan buena para vivir en ella. Es grande, iluminada y fría, amueblada con unos pocos muebles imponentes.

—Me imagino que nosotros vivimos con más comodidad —dijo Gertrude, mirando alrededor de la habitación—. ¿Te pareció el señor Lamb tan tacaño y difícil como dicen?

—¿Por qué no me hiciste esas preguntas antes de ir allá? El señor Lamb apareció personalmente. La señora Lamb está ausente y pensó que debía intercambiar algunas palabras conmigo.

—Era natural que alguien estuviera presente en la clase el primer día. Era un deber de cortesía.

—Se lo debía a sí mismo —dijo Gideon con voz perezosa.

—Lo que me parece muy bien, si lo lleva a tratar a los demás como es debido. Soy partidaria de la dignidad personal que tiene por resultado la consideración hacia los demás.

—La gente siempre tiene tantos tipos de dignidad. Sería agradable conocer a alguien que no la tenga.

—Nunca se tiene la suficiente.

—¿La tienen los niños? —preguntó Magdalen sonriendo.

—Los niños la tienen siempre, ya lo dije. Pero estos niños no esperaban que otra gente la tuviera por ellos.

—¿Pero qué te pareció el señor Lamb? —inquirió Gertrude.

—Un hombre como yo. No, en verdad no. Tal vez él diría lo mismo de mí. No, estoy seguro de que no lo diría.

—Sabía de ti lo suficiente para que viniera en tu busca. Me imagino que tiene muy buen concepto de lo que puedes dar a sus hijos. Te has hecho un nombre en el vecindario. Y no tenemos motivos para ocultar nuestra vida privada. Somos gente respetable; eso es algo que podemos decir.

—Me gustaría ver a esos niños —dijo Magdalen.

—Pronto tendrás la oportunidad —anunció Gideon—. Su padre quiere que vayamos a tomar el té con ellos muy pronto.

—¿Estás seguro de lo que dices? —exclamó Gertrude, incorporándose y usando un tono a medias excitado y admonitorio—. ¿Estás seguro de lo que dijo, y de cómo lo dijo? ¿A quién invitó y para qué día? Suponte que fuésemos todos y sólo esperasen a uno.

—No nos dejarían notar lo, mamá —dijo Magdalen.

—Yo lo vería en seguida, sin necesidad de su ayuda. La intuición femenina no engaña en estas cosas. Sería difícil que me ocultaran lo que tuviesen en la mente.

—Me parece que la intuición femenina es un atributo del que se ha exagerado

mucho —comentó Gideon.

—Mamá —dijo Magdalen con voz clara y suave—. ¿No sería mejor invitar al señor Lamb y a su primo a tomar el té aquí? Después veremos lo que sucede.

—Me parece bien. Después de todo, tenemos nuestro hogar —dijo Gertrude, refiriéndose a esta circunstancia como si le pareciera poco corriente—. Y cualquiera puede llegar aquí en todo momento. Creo que muy pronto enviaré un mensaje al señor Lamb por intermedio de Gideon. O más bien a su tía. Supongo que eso será lo correcto.

—Sí, a su tía, mamá —afirmó Magdalen.

—No veré a la tía a menos que vaya a conversar conmigo acerca de los niños, pero miraré despectivamente su intuición femenina si no lo hace. ¿Los invitaremos a los tres?

—Sería muy difícil excluir a uno de ellos —dijo Gertrude, que estimaba en mucho las ventajas de la hospitalidad—. Sería imposible correr ese riesgo de partida.

—¿Invitarás también a otras personas, mamá? —preguntó Magdalen.

—No. No la primera vez. No. Sólo ellos y nosotros. Creo que no nos encontramos en desventaja en nuestro hogar ni creo que la impresión que causemos juegue gran parte en nuestras vidas. Gozamos de demasiada serenidad fundamental para eso. Y por lo que he oído, no puede decirse lo mismo de ellos. El señor Lamb lo impide.

—¿Por qué quieres conocerlo? —preguntó Gideon, que no sabía que su madre estaba deseosa de conocer a todo hombre que no tuviera más de veinte años de diferencia con ella, y dispuesta a conocer a cualquiera que sobrepasara ese límite.

—No es que quiera conocerlo —replicó Gertrude, que tampoco lo sabía conscientemente—. Y creo que puede ser ventajoso para ti que te vea en tu hogar.

—No creo que piense que no lo tengo.

—Sería mejor no postergarlo demasiado, mamá —opinó Magdalen—. Es preferible trabar conocimiento desde el principio y no esperar a que Gideon progrese en ese sentido por su cuenta.

—Puedo ver a la gente dos veces a la semana durante años sin llegar a hacer amistad con ellos —reflexionó Gideon.

—Lo que no me parece algo digno de mencionarse con orgullo —contestó Gertrude—. En realidad no hay motivo para postergar esa invitación. No necesitamos a ese grupo de gente que sólo hace buen uso de su casa cuando espera visitas.

—¿Eso quiere decir que estamos decididos a recibir visitas? —dijo Gideon—. Algo parece decírmelo.

—Tu humor es hoy contradictorio; no te prestaremos atención. No tengo por qué temer a los padres de tus alumnos. Hasta ahora no me han parecido temibles.

—Pero éste tiene miedo de sí mismo y eso me asusta. Demuestra que hay algo digno de temerse en él.

—¿Le temen los niños? —dijo Magdalen.

—Se muestran nerviosos en su presencia; pero no temen que les haga daño.

—Así lo espero —exclamó Gertrude.

—Me gusta el aspecto del primo del señor Lamb —dijo Magdalen—. Su rostro siempre me ha llamado la atención en la iglesia.

—¿Ese hombre bajo y redondo que está tanto con la señora Lamb? —dijo Gertrude implacablemente—. A mí me hace recordar un bebé demasiado crecido.

—Si parece un bebé tiene que ser de los demasiado crecidos —comentó Gideon.

—Me gustan los rostros algo ingenuos en los hombres —suspiró Magdalen—. ¿O quiero decir los rostros que tienen algo de ingenuidad en ellos?

—Quieres decir que te gusta el rostro de Mortimer Lamb —puntualizó su madre con tono de respeto y simpatía.

—Yo me he dedicado a observar a la vieja señorita Lamb —dijo Gideon—. No desperdicio mis oportunidades religiosas.

Gideon y Magdalen no tenían formación religiosa alguna, ya que no se les había proporcionado. Habían heredado la incredulidad, pero le eran menos fieles que su madre. Magdalen sentía cierta atracción por el ritual de la iglesia y le gustaba la compañía de su hermano en ella; Gertrude no veía motivo alguno que la impulsara a seguir personalmente ese ejemplo.

—No trates de insinuar que no prestamos atención a las mujeres —dijo—. Ése no es uno de mis defectos. Y estoy de acuerdo en que esa mujer llama la atención. Su rostro es bondadoso y fuerte, un rostro que ha mejorado con la experiencia.

—A lo mejor van a pensar que vienen aquí en calidad de extraños —dijo Gideon.

—Todavía no saben siquiera que van a venir aquí —dijo Gertrude con una breve risa, considerando que ese privilegio no podía darse por hecho de antemano.

La invitación fue transmitida y aceptada ya que toda distracción era bienvenida durante la ausencia de Charlotte, y porque se consideró conveniente conocer algo del ambiente en que se desenvolvía el preceptor. Los Lamb vivieron ese día como de costumbre, y los Doubleday simularon hacer lo mismo. Al reunirse en el salón para esperar a sus invitados, ese esfuerzo llegó a su apogeo.

—Creí que no era necesario hacer cambios —dijo Gideon, mirando alrededor del cuarto.

—No los hicimos por necesidad —replicó Gertrude, en un tono liviano que ocultaba su excitación.

—Excepto en cuanto ella es la madre de la inventiva —comentó su hijo.

La mesa del té presentaba un aspecto tieso y elaborado y Gertrude y Magdalen hacían juego con ella. La primera se movía en forma mecánica y ausente, demasiado anhelante para atender a lo que se decía.

—Se han retrasado, mamá —dijo Magdalen.

—¿Sí? Pues me imagino que ya llegarán. Y si no lo hacen hoy, será otro día —dijo Gertrude, como si no tuviese preferencias sobre este punto.

—¡Aquí están, mamá!

Gertrude caminó hasta su escritorio y alzó una pluma, que examinaba

cuidadosamente al entrar sus invitados. Inmediatamente la dejó en su lugar y avanzó a recibirlos, pidiendo ayuda a su hijo con la mirada. Una vez que éste los hubo presentado, sus modales cambiaron y llevó a Emilia hasta su asiento con el aire de quien cumple un deber capital. Magdalen saludó a los invitados con gentileza y se ocupó de instalarlos cómodamente.

Gertrude tomó asiento y se acomodó el vestido inconscientemente, para arrugarlo después descuidadamente entre la silla y la mesa. Los hombres comenzaron a conversar, y Magdalen se sentó con expresión que indicaba que estaba a punto de tomar parte en la charla, mientras esperaba el momento oportuno para levantarse y pasar las tazas.

—¿Es parienta suya la dama de este retrato, señora Doubleday? —preguntó Horace—. Me parece conocer su rostro.

—No, no es una parienta. Es un retrato de George Eliot —replicó Gertrude, fingiendo ocultar su expresión al inclinarse a servir las tazas de té—. O más bien, es una reproducción de su retrato más famoso.

—Por eso me parecía conocido. ¿Pero no tiene cierta semejanza con usted?

—Sí, la gente me dice que la tiene —dijo Gertrude, pasando una taza y lanzando una mirada rápida al retrato—. Aunque más bien dirían que yo tengo cierta semejanza con el retrato.

—Es una semejanza muy marcada —comentó Mortimer, mirando de las mangas del retrato a las mangas de la dueña de casa, al comprobar que la semejanza se extendía también a ellas.

—Sí, es bastante marcada —dijo Gertrude con calma.

—Hasta tú misma puedes percibirla ¿verdad mamá? —dijo Magdalen con voz nítida.

—Así es.

—¿Pusimos ese retrato ahí para que pudiese aquilatarse ese parecido? —preguntó Gideon.

—Sabes perfectamente que está ahí por casualidad —dijo Gertrude.

—No creo que ese parecido nos haga honor.

—Me imagino que no —dijo Gertrude suavemente—. George Eliot era una mujer fea.

—Pero seguramente esa semejanza superficial debe indicar algunos rasgos comunes más profundos, mamá —dijo Magdalen en tono que sugería que sus palabras eran las usuales en ese caso.

—No sé hasta qué punto el rostro pueda ser el espejo del alma —dijo Gertrude en tono intrascendente.

—Dice usted que puede percibir la semejanza —dijo Emilia—. ¿Eso quiere decir que al mirarse en el espejo recuerda usted el retrato?

—A menudo me parece tener una visión de él, cuando estoy cepillándome el pelo o haciendo cualquier otra cosa frente al espejo. Y entonces debo recordarme que no

soy más que yo.

—Es una prueba para el orgullo recordarse a sí mismo que uno no es una gran personalidad —dijo Mortimer—. Eso demuestra que uno lo es. Las cosas que nos forzamos en recordar nunca son verdaderas.

—¿A qué cosas se refiere usted? —preguntó Gertrude.

—Por ejemplo, a que otras personas son tan importantes como nosotros, y a que seremos ancianos algún día.

—Yo ya soy vieja; no necesito recordarlo —dijo Gertrude riendo—. Y nunca he creído que los demás sean menos importantes que yo.

—Entonces usted es realmente grande.

—No, no lo soy —dijo Gertrude sacudiendo la cabeza para apoyar su negativa.

—¿Nunca se ha sentido inclinada por esa semejanza a copiar los pasos del original? —preguntó Horace.

—No me sería posible. En eso no he podido elegir.

—¿Se preocupa usted mucho de sus sobrinos señor Lamb? —preguntó Magdalen a Mortimer.

—Bueno, forman parte de mi vida.

—Tienen suerte al tener un tío soltero —dijo Gertrude, que generalmente se interponía cuando Magdalen hablaba con un hombre.

—Si hubiese podido darme el lujo de casarme, podría haber sido una figura distante.

—No es eso lo que se dice.

—Creí que era lo que todos decían. Cometo el error de creer que la gente habla de mí.

—En eso no se equivoca —dijo Gertrude con su tono naturalmente franco—. ¿De qué otra cosa habla la gente, que no sea de otras gentes? Si usted cree que puede aparecer en la iglesia los domingos sin provocar comentarios, está equivocado.

—Pero si no lo creo. Ya lo he dicho. Y me alegro de no estar equivocado.

Magdalen lanzó una carcajada.

—Mi hija goza al oír el tipo de conversación que le agrada —dijo Gertrude explicativamente.

—¿Usted no va a menudo a la iglesia, señora Doubleday? —preguntó Horace.

—No voy nunca —replicó Gertrude con sencillez—. Creo que una profesión pública de fe debe corresponder a un sentimiento. Hace muchos años que no me he sentido capaz de ir.

Dejó de hablar y miró al retrato, como si hubiese establecido un nuevo lazo entre ambas.

—Pero su hijo y su hija sí asisten ¿verdad?

—Sí, a veces asisten.

—Usted cree en la libertad de pensamiento y de acción, por lo que veo —dijo Mortimer.

—Así lo espero —dijo Gertrude gravemente—. Es un privilegio que otorgaría a cualquiera. Y en el caso de mis propios hijos este deber se hace aún más imperativo.

Hubo una pausa.

—¿Durante cuánto tiempo tendrá usted que actuar en su doble calidad de padre y madre? —preguntó Gertrude a Horace con suavidad.

—Temo que por algunos meses. Difícilmente puede ser menos. Mi tía es un gran apoyo para mí.

—He oído otros cumplidos acerca de ella —dijo Gertrude mirando a Emilia—. Mi hijo ha quedado impresionado por la preparación de los pequeños. Tiene que haber dedicado a su labor esfuerzo y paciencia.

—Ha dado interés a mis últimos años —dijo Emilia—. Y he evitado el error de aferrarme a mi puesto durante demasiado tiempo.

—¿Por qué se enorgullecen tanto las gentes de no pretender ser jóvenes cuando son viejos? —preguntó Gideon a Mortimer.

—Se enorgullecen de tener el valor de aceptar la vejez. Y creo que su madre y mi tía son las únicas personas que lo hacen.

—Eso es lo que ellas piensan —comentó Gideon.

Magdalen se levantó sonriendo y moviendo la cabeza y se colocó entre los dos hombres, para separarlos y recordarles sus deberes.

—Creo que los que enseñan a la juventud son los forjadores de la historia —dijo Gertrude mirando alrededor—. Se proyectan hacia el futuro más que cualquier otra categoría de gente. El mundo puede no apreciar debidamente esta labor, pero yo estoy orgullosa de que mi hijo la haya elegido.

—Creo que eres injusta con el mundo, mamá —le reprochó Magdalen—. La enseñanza es un trabajo altamente respetado.

—Será una Navidad extraña para ustedes —dijo Gertrude a Horace, sin atender a su hija.

—Lo será. Extraña es la palabra. Nos parecerá totalmente desconocida.

—Lo que es muy poco apropiado para esa ocasión. Una tristeza que ya nos es familiar tiene un lugar en la vida. Pero no así lo que nos es ajeno, desconocido.

—Tendremos que sobrellevarlo lo mejor posible.

—¿Supongo que no hay nada que yo pueda hacer para... no digamos aliviar... para hacerle las cosas más fáciles? —preguntó Gertrude con mayor suavidad aún, y haciendo un movimiento como para poner su mano en la de él, sin llegar a completarlo—. A veces lo que nos es totalmente extraño se nos hace más fácil de soportar que lo que nos es extraño en nuestro ambiente habitual. Si esto fuera posible, sería para mí y los míos un gran privilegio y un gran placer.

—Eso es ofrecer mucho —dijo Horace.

—Lo es —comentó Gideon, como para sí mismo.

—Es ofrecer muy poco, casi nada —dijo Gertrude, alzando la voz al ver que el primer paso ya había sido dado.

—Es pedir algo para nosotros —afirmó Magdalen.

—Y si gentes extrañas pueden pedirlo, nos gustaría recibirlo —dijo Gideon sintiéndose obligado a apoyar a su madre—. Aunque no sé exactamente en qué consiste.

—Puede consistir en lo que resulte —dijo Gertrude—. Cualquier cosa que implique el uso de nuestro hogar, de nuestra hospitalidad si es que debemos usar esa palabra, de nosotros mismos. No deseamos más que serles útiles.

—Tal vez podrían ustedes acompañarnos en la comida de Navidad, que significa tanto para los niños —sugirió Emilia, sintiendo que debía corresponder en alguna forma—. Eso solucionaría muchos de nuestros problemas.

—¿No les parecería menos triste el ambiente nuevo de esta casa?

—No podemos dejarnos caer sobre ustedes. Somos ocho.

—¿Y por qué no? —dijo Gertrude, casi con dulzura—. Naturalmente que esta casa es pequeña comparada con la de ustedes; es lo lógico. Pero eso es muy elástico. Cuando no falta voluntad, no falta espacio.

—No me parece tan claro —comentó Gideon—. Las mesas no son elásticas.

—No —replicó su madre—. Pero se puede agregar otra mesa. No nos faltan muebles. Y a los niños no les preocupa que las sillas no hagan juego.

—Y eso no nos falta —observó Gideon mirando alrededor con aire soñador.

—Tal como nosotros la usamos, nuestra mesa es pequeña —dijo Horace—. Pero estamos acostumbrados a adaptarla. Se le puede agregar otro tablero.

—Eso es verdaderamente elasticidad —apuntó Gideon—. No podemos ofrecerles imitaciones si ustedes tienen el original.

—No. Aceptaremos el original —dijo su madre, con calma.

—Son ustedes muy amables —contestó Emilia.

—Sí, somos amables —dijo Gertrude en el mismo tono— porque esperábamos tener una felicidad mayor. Pero nos conformaremos con desempeñar nuestro papel en la forma más aceptable.

—Creo que deberíamos partir —dijo Horace—. No podemos dejar el barco sin timonel durante mucho tiempo.

—Me siento conmovida ante usted —dijo Gertrude, reteniendo su mano—. Lleva usted encima una gran carga, una gran responsabilidad. Lo comprendo mejor que nadie. También he tenido que cargar las mías.

—Ya es algo tener amigos que traten de compartirlas —contestó Horace.

—Usó la palabra «amigos» con toda naturalidad —comentó Gertrude, reuniéndose con sus hijos—. Parece que desea que lo seamos. En realidad, es gente interesante y una adición a nuestra vida. Creo que comprendieron que deseábamos ayudarlos.

—Han hecho cosas más difíciles —dijo Gideon.

—¿Te parece que insistimos demasiado, mamá? —insinuó Magdalen.

—Oh, no me parece insistencia el sugerir que podríamos ayudarlos en un

momento difícil. ¿Qué nos sucedería a todos si la gente no se atreviera a hacer estas cosas?

—Nada —dijo Gideon—. Pero ahora sucederá algo.

—Estoy segura de que sentían lo que dijeron. No creo que sean gentes que recurran a subterfugios. Tienen suficiente confianza en ellos mismos para no hacerlo. Podemos tomar sus palabras por sinceras, y creo que ellos lo preferirán así.

—¿Cuál de ellos te gustó más, mamá? —preguntó Magdalen.

—Tal vez el señor Lamb. Me pareció un hombre fácil de juzgar mal. Incluso yo lo había juzgado mal. Hay en su rostro algo profundo, casi trágico; se ve que ha vivido. Creo que se dio cuenta de que yo lo había comprendido.

—A mí me gustó más el señor Mortimer —dijo Magdalen.

—Es un hombre más superficial, con un atractivo más liviano. Ha vivido menos, aunque puede haber vivido más tiempo. Tu preferencia es natural.

—¿Y qué hay de la anciana señorita Lamb? —preguntó Gideon.

—No aceptaré que se tache de vieja a la gente que ha pasado la flor de la edad. Le quedan muchos años por delante, y muchas cosas por hacer. Lo que ha hecho por esos niños lo prueba. Me pareció una personalidad profunda y un rostro agradable. Confirmé la impresión que ya me había formado. Pero en cuanto al señor Lamb, siento que había juzgado con menos fundamento. Me apresuré a escuchar rumores, a aceptar la opinión general. Creo que él comprendió que deseaba formarme una opinión por mí misma.

—Me gustaría saber qué más comprendió —dijo Gideon.

—Te burlas de todo y no logras tu propósito. La gente que se mofa de todo, no se mofa de nada. Magdalen y yo podemos estar serias o no, según la ocasión. Todo se reduce a esto: Las palabras de una mujer tienen significado.

—¿Qué estarán diciendo de nosotros? —preguntó Magdalen.

—No temería oírlo —declaró Gertrude, parándose muy erguida y distante, como para encarar la situación—. Creo que lo que digan será con ánimo amistoso y sincero, y nadie debe temer eso.

—¡Qué punto de vista tan poco frecuente! —comentó su hijo.

—No creo en la teoría de que los amigos deben hablar mal unos de otros. Si lo hacen dejan de ser tales. Ésa no es mi costumbre. Mis amigos pueden confiar en mí. Una vez que se han convertido en mis amigos, por supuesto. Es diferente con la gente que no conozco.

—Así es —recalcó Gideon.

—Yo no creo haberme equivocado sobre Mortimer Lamb, mamá —dijo Magdalen—. Creo que la opinión que me había formado de él era la verdadera. Posee un atractivo casi juvenil.

—Sí. Sí, comprendo lo que quieres decir. Hay gente que no se endurece en la superficie. Es un tipo de gente a la que no pertenezco; en mí queda muy poco de lo que fui antes. También en el señor Lamb quedan pocos rastros de juventud. Ambos

difieren mucho en este aspecto. Más que la mayoría de nosotros.

—Yo he sido acusada de tener el rostro y la voz demasiado juveniles —dijo Magdalen, sin tratar de refutar esta imputación.

—Ése es un punto que tienes en común con Mortimer Lamb —afirmó Gertrude amablemente.

—¿Pensaban caminar hasta su casa? —preguntó Gideon.

—Sí —dijo su madre—. Vinieron en coche, pero lo despidieron. Quisieron actuar con sencillez. Tal vez los caballos habían resistido mucho trajín durante el día. Es posible que sólo tengan dos. No quisieron ocultarlo.

Los Lamb caminaban a casa por las razones que Gertrude había dado.

—Así es que por primera vez en la vida tendremos invitados el día de Navidad —comentó Mortimer.

—Es la primera vez que Charlotte no está con nosotros —replicó Horace.

—Y necesitamos esa excusa —agregó su primo.

—Si la necesitamos, no puede ser mejor —afirmó Emilia—, ya que para llenar el vacío que ha dejado son necesarias tres personas.

—No podíamos separar a una familia el día de Navidad —dijo Horace—. Tenían que ser todos o ninguno.

—Ellos estaban dispuestos a recibirnos a los ocho —recordó su tía.

—Dispuestos en todo sentido —aseguró Mortimer—. No veo cómo te las arreglaste para salvarnos.

—Lo hice en la única forma posible.

—Creo que me gusta el profesor —dijo Mortimer—. Pero no puedo respetarlo. No se atreve a ser él mismo. Mantiene una actitud falsa ante su madre.

—Debería ser la última persona ante quien fuera necesario mantenerla —sentenció Horace.

—Amables palabras, mi querido muchacho; las palabras de un amigo —zumbó Mortimer.

—No necesitas burlarte —contestó Horace fríamente—. También nosotros formamos una familia.

—Así es. Y tendremos tres invitados el día de Navidad. Eso debería enseñarnos a no burlarnos de nadie.

—Pareces creer que hay algo de absurdo en todo esto.

—Me parece tan absurdo que apenas puedo creerlo. Nos hace iguales a las otras familias.

—¿Y no lo somos?

—¿Realmente no lo sabes, mi querido muchacho? La señora Doubleday tampoco lo sabía. El profesor no le cuenta cosas. Tampoco siento respeto por ella: no ha sido capaz de conquistar la confianza de su hijo.

—Tendremos que decirles a los criados que habrá invitados para Navidad —dijo Emilia.

—¿Será necesario? —preguntó Mortimer—. Creí que los criados lo sabían todo sin necesidad de decírselo.

—A menudo encontramos, al decírselo, que ya lo saben.

—Por supuesto que para entonces ya lo saben; no me parece muy meritorio.

—Así es que usted caminó hasta la casa, señora —dijo Bullivant—. El coche no esperó.

—La escarcha era excesiva para los caballos —cortó Horace.

Bullivant miró a Emilia como si en tal caso también debiera ser excesiva para la dama.

—Tenemos que pensar en los pobres animales que no pueden hablar —añadió Horace, en tono de réplica— y estos caballos son bestias costosas.

Los labios de Bullivant palpitaron al oír esta exposición del caso.

—Creo que los animales reciben demasiadas compensaciones por el hecho de ser mudos —comentó Mortimer—. Después de todo, nosotros no tenemos la culpa. Tampoco la tenemos de poder hablar, lo que ya es penalidad suficiente.

—¿Y no crees que a veces merecemos ser castigados por eso? —preguntó Emilia.

—Los animales no pueden hacernos conocer sus sentimientos —replicó Horace.

—Siempre llegan a conocerse —afirmó su primo—. La gente se enorgullece de poder adivinarlos. Emilia tiene mucho más mérito, porque podía habernos hecho conocer sus deseos y no lo hizo. Bullivant, tendremos invitados para la comida de Navidad.

—Sí, señor —contestó Bullivant en tono de confirmación—. ¿Los tres, señor?

—Dos damas y un caballero —dijo Horace.

—Sí, señor. Otro tablero en la mesa pero no la mejor plata.

—Tampoco la que usamos todos los días —dijo Horace.

—Oh, no, señor —replicó Bullivant.

—¿De qué nos sirve la plata fina? —preguntó Mortimer.

—Está siempre preparada en caso que se necesite, señor.

—¿Quiere decirle a la cocinera lo de la comida de Navidad? —pidió Emilia.

—Se lo diré, señora, si es necesario —dijo Bullivant al retirarse.

—Ya ves que saben las cosas sin que se les digan —dijo Mortimer—. No creo que la mudez fuese un obstáculo para ellos. Así es que tal vez tampoco lo sea para los animales, es preferible no preocuparse por esas cosas.

Horace siguió a su tía escalera arriba y Bullivant volvió a aparecer en el vestíbulo. De vez en cuando se permitía algunos gustos, y uno de ellos era cambiar algunas palabras con Mortimer.

—Supongo que nos disculpará por tener invitados para Navidad, Bullivant.

—No es ese mi papel, señor.

—Espero que a la cocinera no le importe.

—Servir es el lema de la señora Selden, señor.

—¿Y George? —preguntó Mortimer.

Bullivant levantó las cejas, desestimando el problema de las preferencias de George.

—¿Sabe usted algo sobre la familia del señor Doubleday?

—No, señor. Supe de él por primera vez cuando llegó como profesor a esta casa.

—Los niños parecen tenerle simpatía.

—Probablemente es el hombre indicado, señor.

—¿Esperaría usted que un profesor tuviese madre y hermana?

—Difícilmente, señor, por lo menos en cuanto concierne a esta familia.

—El señor Doubleday las tiene.

—No es imposible, señor.

—Creo que siente temor ante su madre.

—Eso se puede decir de muchos de nosotros, señor.

—¿Sentía usted miedo de la suya?

—No quisiera hablar contra ella, señor.

—¿Cree usted que ella lo puede oír?

—Hay cosas que no sabremos nunca, señor.

—Me imagino que su madre murió.

—Así es, señor.

—¿Espera usted unirse a ella en el más allá?

—No podría asegurarlo, señor, ya que unidos no es la palabra que yo aplicaría a nuestras relaciones en este mundo. Aunque por supuesto que todo significado derogatorio en mis palabras se aplica sólo a mí.

—¿Desearía usted haber sido un hijo mejor?

—Todos llevamos ese tipo de sentimientos en el corazón, señor. Aunque yo jamás olvidé que ella era una mujer. Sólo que no pude dejar de ver que era otras cosas al mismo tiempo.

—¿Recordará usted todo esto en su lecho de muerte?

—Me parece que entonces será un poco tarde, señor.

—Al contrario. Ése sería el momento oportuno.

—En ese caso, señor, tal vez me venga a la mente. Pero no me esforzaré por recordarlo. No me atrae la idea de hacer las paces en el último momento. Mi madre no lo hubiese aprobado. En realidad, ésa era su tendencia. El problema estribaba en que sus principios eran demasiado elevados, señor. En cierto sentido, no podía haber tenido una madre «mejor».

Bullivant terminó con una sonrisa y regresó a la cocina.

—Los tres, señora Selden, tal como usted lo había predicho.

—¡Aceptar esa invitación a todos, como si hubiese sido posible hacerles otra! —dijo la cocinera—. Deberían haberlo comprendido. Aunque no me extraña que no lo hayan hecho. Y bien, Miriam ¿aprendes mucho mirándome con la boca abierta? Porque si es así, tu aprendizaje debe ser ya muy completo.

—¿Por qué no deberían venir los tres? —preguntó Miriam, incapaz de contener

su curiosidad.

—Porque los meros conocidos no se visitan en familia, como ya deberían saber.

—Tal vez es prematuro esperarlo, señora Selden —intervino Bullivant.

—Al invitar a nuestra familia, debieron ser invitados a su vez —terció George en el mismo tono—. Así tiene que haber sucedido.

—Me parece evidente —dijo la cocinera—. Pero me extraña que el amo haya correspondido a esa invitación.

—Era lo debido, señora Selden —dijo Bullivant, con cierto aire de reproche—. Y en todo caso, el cambio de invitaciones tiene que haberse hecho a través de las señoras.

—¡Once personas para la comida de Navidad! —exclamó George—. ¡Y se supone que es un día de descanso!

—Puedes expresar al amo tus opiniones sobre ese día —dijo Bullivant—. No creo que sean las tuyas.

—Tal vez cambie sus planes según lo que le digas —dijo la cocinera—. Pero cualquiera que haya sido nuestra educación, ése es el espíritu del día de Navidad.

Se produjo un silencio mientras Bullivant tarareaba un aire religioso, de acuerdo con el ambiente.

—Espero que estés a la altura de la ocasión, George, y que me secundes con eficiencia y discreción. Pero es tu obstinación la que nos crea obstáculos y obra en tu contra en cualquier ocasión importante.

—Esas ocasiones pertenecen al pasado —dijo la cocinera—. Hemos perdido la costumbre y es difícil recuperarla.

—Me hubiese gustado presenciarlas —dijo Miriam.

—¿Quién sabe? A veces grandes cosas siguen a modestos comienzos. Los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros —dijo Bullivant, todavía bajo la influencia del espíritu religioso de la cocinera.

—Es difícil que esas palabras tengan un sentido literal —dijo la cocinera.

—En realidad se refieren más a la vida futura, señora Selden —dijo Bullivant, aclarando las cosas sin mejorarlas.

—¿Qué diría la señora de este uso de su ausencia?

—Me parece que el propósito de esto ha sido compensar en parte su falta. Y la Navidad siempre ha tenido un lado secular.

—Lo único que pido es poder ocupar mi banco esa noche —dijo la cocinera, sin estimar necesario definir mejor su lugar en la capilla.

—Yo no considero necesaria la asistencia —dijo Bullivant.

—Bueno, se puede estar en comunión con lo alto desde cualquier lugar.

—Usted es más comprensiva que la mayoría de la gente, señora Selden.

—Sólo practico lo que creo, y en esto no entra la intolerancia. Todos tienen derecho a pensar por sí mismos.

—¿Frecuentas tú algún templo, Miriam? —preguntó Bullivant.

—Voy a los servicios religiosos del orfanato, y estoy invitada allí la noche de Navidad.

—¿Y tú, George? ¿Irás al lugar donde pasaste tus primeros días?

—No, jamás voy allí. Estoy invitado a algunos hogares.

—Tampoco yo soy muy aficionada a las instituciones —dijo la cocinera—. Lo que no quiere decir que Miriam haga mal en asistir a la suya.

—Tampoco degradaría a George el hacer lo mismo —dijo Bullivant, aún con tono bíblico.

—Ésa es la opinión ajena —dijo George—, pero en lo que se refiere a nosotros mismos, debemos guiarnos por la nuestra.

—Yo no tengo otra parte donde ir —dijo Miriam—. Nunca he estado en una casa.

—¿Nunca? —repitió Bullivant.

—Es muy posible —dijo la cocinera—. Sólo hace unos pocos meses que dejó el orfanato.

—Pero ése fue un hogar para ti, Miriam —dijo Bullivant.

—Era donde vivía —dijo Miriam, con voz indecisa.

—Seguramente allí hay gente que te quiere bien —dijo Bullivant, con tono melodioso.

—Bueno, miran por mi bienestar. Dicen que me tienen desde que era un bebé de seis meses —dijo Miriam, sintiéndose forzada a dar crédito a tales palabras.

—¿Es agradable la reunión de Navidad?

—Cantamos himnos y bebemos té —dijo Miriam, sin atribuir gran importancia a todo esto, ya que la cocinera tampoco se lo hubiese regateado.

—Hablando de hogares —dijo George—, esta casa no lo es verdaderamente. No para los niños, por lo menos.

Bullivant y la cocinera se miraron.

—Los aristócratas tienen sus propias costumbres —aseveró Bullivant—. Y cuanto más alto están colocados, más evidente es.

—No se sienten tan obligados a seguir la corriente —añadió la cocinera—. Es algo que los bisoños no pueden comprender bien.

—¿Qué pensará el profesor de todo esto? —preguntó George.

Bullivant y la cocinera, que se habían comunicado ya esta duda, consideraron impropio que George hiciera lo mismo.

—Ha estado en otras casas —replicó la cocinera—. Su trabajo lo lleva a ellas.

—No todas deben de ser como ésta —dijo George, insistiendo sobre el mismo punto.

—George no puede comprender, señora Selden. No tiene elementos de juicio.

—¿No es mejor estar en los lugares de privilegio? —preguntó Miriam.

—Para las personas que los ocupan no siempre —contestó Bullivant—. Y eso es algo que sucede desde la realeza misma.

—Estamos muy lejos de la realeza —dijo George.

—Hay lugares intermedios —afirmó la cocinera—. Pero los que ocupan lugares muy inferiores no pueden comprenderlo. Deben limitarse a cumplir con su deber en el tramo de la escala en que están colocados. Y me parece que ese deber no incluye la emisión de opiniones. Y no me parece que en este momento se estén cumpliendo aquí muchos deberes.

George y Miriam aceptaron estas palabras de despedida y Bullivant miró a la cocinera.

—Es natural que los jóvenes se sientan desconcertados, señora Selden. Es un asunto difícil de explicar.

—Por lo tanto es mejor no intentarlo. Un paso en falso tendría graves consecuencias.

—Estamos aún peor desde que la señora partió. No quiero pensar en lo que será el día de Navidad.

—Ante los invitados se observan ciertas normas.

—¿Se hará ante éstos, señora Selden? ¿Lo considerará necesario el amo? Y el que no sean gentes de nuestro mismo nivel hace aún más pronunciado el... la incomodidad.

—La desazón —corrigió la cocinera.

—Sufro al caminar alrededor de esa mesa —continuó Bullivant, aceptando la palabra con una inclinación de cabeza—. ¡Y George que lo ve todo con tanto simplismo, y la señorita Emilia y el señor Mortimer que no dan señales de percatarse de nada! Son circunstancias muy incómodas.

—Cuya complejidad recae sobre ellas mismas.

—Señora Selden, usted se expresa mejor de lo que uno podría esperar.

—Nunca me ha faltado la palabra. Más de una persona me ha envidiado este don. «El pensamiento se ve disminuido cuando no se le sabe vestir con palabras, señora Selden», me dijeron una vez.

—Esta situación no sólo está más allá de la comprensión de George —dijo Bullivant—. Pero siendo así, no debe expresar críticas.

—No son una contribución —añadió la cocinera.

—No lo son, señora Selden —dijo Bullivant, levantándose y acomodándose la chaqueta, para encontrarse a sus anchas durante la escaramuza que seguiría—. Es suficiente con que cumpla con su deber y mantenga una actitud respetuosa. Sus opiniones, especialmente si son adversas, no se necesitan. No esperábamos que olvidar su origen produjera este resultado. No era lo que podía esperarse.

CAPITULO IV

—¡Navidad por fin! Sólo llega una vez al año —exclamó la niñera desde la puerta del cuarto de las niñas, dando la única descripción de este día en que pudo pensar. Las hermanas se incorporaron y miraron a los pies de sus lechos, donde en años anteriores colgaban medias de Navidad.

—Bien puede llegar trescientas sesenta y cinco veces, ya que no se nota diferencia —comentó Tamasin.

—Jasper preguntó si recibiríamos medias con regalos —dijo Sara, mirando al techo—, pero tía Emilia contestó que papá lo había prohibido, aunque me parece que Jasper no estaba completamente seguro. Tampoco creo que lo estuviera Marcus.

No mencionó a nadie más y Tamasin la miró con compasión.

—Por lo menos tendremos regalos y cosas ricas para comer. Eso es algo que no nos pueden suprimir por haber crecido.

Avery entró corriendo en la habitación llevando en la mano una media con juguetes, y vació su contenido, examinado ya muchas veces, sobre la cama de su hermana Sara.

—Recibí una media, pero soy el único.

Las hermanas no trataron de nublar su alegría, ya que tales momentos en su vida eran demasiado escasos para serle envidiados. Los muchachos mayores entraron en la habitación y contemplaron el despliegue, mientras los ojos de Jasper adquirían una expresión de interés y determinación.

—No dejes que los toquen —rogó Avery a Sara—. No quiero que los transformen en otras cosas. Me gustan como son.

—Si prometo no tocarlos —propuso su hermano—, ¿me darás un dulce?

—Después de la cena —replicó Avery, luego de meditar un poco y deseando mantener sus cosas intactas hasta el último minuto.

Miró alrededor con aire generoso.

—Daré uno a cada uno —dijo.

—Ustedes están ya demasiado crecidos para permanecer en el dormitorio de sus hermanas —advirtió la niñera a los muchachos.

—Entonces ellas también están demasiado crecidas para tenernos aquí —replicó Marcus, a quien le molestaba toda diferencia basada en los privilegios de cada sexo.

—Vayan entonces a vestirse a su cuarto. Y esta mañana no necesitan comer su cereal, si no lo desean.

Esta ventaja atrajo a los cinco a la mesa de desayuno, y el cereal fue despreciado como un ejercicio de libre voluntad.

—No es un desayuno muy especial, para ser la mañana de Navidad —comentó Avery.

—Piensen en la comida —sugirió la niñera.

—¿Tendremos que ir a la iglesia? —preguntó Jasper, pensando en el intervalo

hasta entonces.

—Sí, por supuesto. Es el día de Navidad.

—Navidad es igual a cualquier otro domingo —dijo Avery.

—No es domingo —observó Sara.

—A veces lo es —contestó Jasper—. Lo fue hace tres años.

Avery lo miró, pero no continuó con un tema que le hubiera exigido mucho esfuerzo.

—¿Por qué vamos a la iglesia si no es domingo? —preguntó.

—Porque es el día más importante del año —le informó la niñera, cuya instrucción religiosa no era de las más completas.

—¿Saldremos antes del sermón? —quiso saber Jasper.

—No, no en el día de Navidad. Y ya están en edad de quedarse hasta el fin.

—Conservemos nuestros antiguos privilegios —dijo Tamasin—. Porque no veo que sean reemplazados por otros nuevos.

—Las medias de Navidad era uno de los antiguos, ¿verdad? —dijo Avery, compasivamente.

—¡Feliz Navidad a todos! —exclamó Horace—. Y para cada uno de ustedes, aquí hay un regalo de mamá, de tía Emilia, del primo Mortimer y mío. Hemos venido en persona a entregároslos.

Esto fue considerado casi una exageración y los niños mantuvieron sus ojos apartados de los adultos afectados por este procedimiento.

—Son cuatro regalos para cada uno —dijo Avery.

—¿Y cuántos en total? —preguntó Horace, alzando la mano para detener una respuesta general—. Que conteste Avery.

—¿Cuántos? —repitió Avery, mirando alrededor.

—Cuatro regalos cada uno, cinco personas —ayudó Sara.

—Cinco veces cuatro —colaboró a su vez Marcus.

—O cuatro veces cinco —añadió Jasper.

Avery los miró uno tras otro, vacilando nerviosamente.

—Cinco veces una son cinco, cinco veces dos son diez, cinco veces tres son quince, cinco veces cuatro son veinte.

—Bien —dijo Horace—. ¡Pero qué manera más complicada de llegar al resultado!

—Está bien —aseveró Avery, mirando alrededor.

—¿Qué regalos abriréis primero? —preguntó Horace.

—Yo ya he abierto los míos —dijo Jasper.

—Deberías haber esperado a los demás. ¿Por qué tienes que actuar por tu cuenta?

—Jasper estaba excitado —dijo Avery, justificando a su hermano.

—El señorito Avery no debe usar jamás su cuchillo a menos que esté con una persona adulta —intervino la niñera.

—No lo haré —contestó Avery con toda seriedad—. Sara y yo lo usaremos

juntos.

—Espero que los escritorios os sirvan toda la vida —dijo Horace—. Para eso son.

—Cinco escritorios, todos negros e iguales —observó Avery, con la complacencia de aquél cuyos años podrían haberlo condenado a alguna diferencia y a un color más infantil—. Los usaremos siempre.

—Y el señor Mortimer les ha regalado papel y sobres para guardar en ellos —dijo la niñera, sin imaginar otro uso para esos artículos.

—¿Eso os regalé? —dijo Mortimer, mirando los regalos que habían sido comprados en su nombre como complemento a los de Emilia—. Sí, así es. Que Dios os bendiga, queridos míos.

—¿Os gustaron los libros? —preguntó Horace.

—Sí, gracias, papá —dijo Avery, sintiendo que pisaba en terreno seguro—. Lo leeré hasta que pueda recitar algunas partes y luego me lo leerá Sara.

—Eso es lo que más le gusta —dijo Marcus.

—Hay gustos peores —dijo Horace.

—Hay gustos peores —repitió Avery, mirando alrededor—. La repartición de regalos ha sido muy justa, ¿verdad?

—Todo es igual —dijo Horace—. Pero justa no es la palabra. Lo justo hubiera sido que ninguno de vosotros recibiera algo. Nadie está obligado en justicia a hacer regalos a otro.

—Para Navidad, sí.

—No. Lo hacen sólo por bondad y para celebrar el día. Y hubiese sido igualmente justo que algunos de vosotros hubieseis recibido regalos mejores que otros.

—No, eso no hubiese sido justo.

—Sí, lo hubiese sido. La gente puede hacer lo que quiera respecto de los regalos.

—Sí, pero estos regalos fueron justos —insistió Avery—. Los tuyos también lo fueron, ¿no es así? Todos recibimos un hermoso libro.

—No puede comprenderlo —dijo Horace a Mortimer—. Los niños siempre creen que tienen derecho a las cosas.

—Y parece que lo tenían, ya que hubo que hacérselos.

—Me parece de dudoso gusto esto de mezclar el placer con las cosas serias.

—En realidad sería mejor obtener el placer sin adulteraciones. Pero todo tiene sus desventajas.

—Esta media corona que tengo en la mano —dijo Horace a sus hijos— no tiene que ir necesariamente a vuestras manos. Pero si yo la obsequiase a uno, los demás no podrían pensar que esto era una injusticia, ya que ninguno tiene derecho a ella.

—No sería injusto si fuese el cumpleaños de alguno —dijo Avery.

—¿Comprendéis los demás lo que quiero decir? Y ahora os daré esta media corona a todos: seis peniques para cada uno.

—Muy justo —dijo Avery.

—Calla —advirtió Sara.

—De ahí debéis dar algo para la colecta de Navidad, y quedaros con el resto. Lo que deis en la iglesia es asunto de cada cual. ¿Qué pensáis hacer?

—Yo daré medio penique —dijo Jasper en tono ligero, apartando sus ojos de los adultos.

—Yo daré un cuarto de penique —dijo Avery.

—Ya veo que todos harán algo diferente —dijo Horace, manteniendo su neutralidad ante las opiniones que sobre la caridad en la iglesia manifestaban sus hijos—. Avery dará menos que Jasper, pero puede hacer lo que quiera con lo que le pertenece.

—Voy a dar lo mismo.

—No. Un cuarto es menos que medio.

—¿Por qué no dan todos un penique? —sugirió la niñera, considerando tantos propósitos de disciplina moral como el efecto de las donaciones en el platillo de la iglesia.

—Sí, y así todos nos quedaremos con cinco peniques —dijo Avery, dudando de si debía añadir que esto era justo.

—Nos iremos hacia la iglesia dentro de un cuarto de hora —anunció Horace con voz tan diferente que causó un sobresalto, arrojando dudas sobre la teoría de que la religión formaba parte de la vida cotidiana—. Quitaos de la cabeza placeres y regalos. Es tiempo de pensar en otras cosas más importantes. Es mejor que os pongáis a meditar un rato para impregnaros del espíritu de este señalado día.

—Yo recibí una media —le confió Avery a su tía, como si entre ellos estuviese permitido este grado de interés en las cosas seculares.

—¿Comprendéis bien el significado de este día? —preguntó Horace, mirando interrogativamente a sus hijos y hablando con cierto aire de reproche.

—Sí, papá —dijeron los cuatro mayores, en tonos convencidos y convincentes, temerosos de incurrir en la necesidad de exponer su fe, lo que hubiese traído la posibilidad de reproches.

—¿Cuánto falta para que salgamos? —preguntó Avery una vez que los adultos abandonaron el cuarto y mientras ordenaba sus juguetes.

—Cerca de quince minutos —le respondió la niñera.

—Quedan quince minutos; no, catorce; no, trece —dijo Avery, que creía que los minutos se sucedían con ese intervalo.

—Estás pensando en segundos —dijo Sara.

Su hermano la miró detenidamente y se puso de pie con la actitud de quien ha hecho progresos.

Horace se hallaba en el vestíbulo con su primo y su tía, imaginándose una demora de sus hijos y alerta para descubrir el minuto de retardo que daría pie a ella.

—¡Las cabezas en alto, los libros de oraciones en la mano, los varones al lado derecho de las niñas! Jasper y Sara, Marcus y Tamasin, Avery y la niñera, el primero Mortimer, tía Emilia y yo.

—Papá se pone al final —dijo Avery.

—Parecemos las parejas que entraban al arca —comentó Tamasin.

—Una escena bíblica de acuerdo con el día —terció Marcus—. Y nos vemos tan pasados de moda que podríamos hacer muy bien ese papel.

Sara guardó silencio considerando que esto no era materia de broma.

—Los niños parecen una tribu de espantapájaros —dijo Horace.

—No se les ha comprado abrigos de paseo porque los usaban tan poco —dijo Emilia con voz inexpresiva—. Les fueron quedando pequeños.

—Podrían salir de la iglesia antes del sermón, así la gente no reparará en ellos.

—¿Es ésa la solución adecuada a este problema? —preguntó Mortimer.

Horace sintió ciertas dudas al ver retirarse por la nave esa fila grande de figuras. Se mantuvo imperturbable hasta que la niñera, completamente impecable, cerró la marcha. Las ropas de la niñera le quedaban estrechas cada cierto tiempo, por lo que de vez en cuando tenía ropas nuevas, en una sucesión de causa y efecto que a Sara le parecía absurda. Mantenía los ojos fijos sobre los niños, para hacer ver la necesidad de velar sobre ellos en su calidad de seres importantes.

—Bueno, ya estamos a salvo de todas las miradas —suspiró Tamasin—, pero la gente nos pudo ver a su gusto.

—Dicen que a los niños hay que verlos sin oírlos —dijo Marcus—. Pero papá no siguió hoy esa regla.

—No estoy tan segura —comentó Sara.

—Pero es mejor haber salido —afirmó Avery—, especialmente en Navidad. El sermón es muy triste, y ninguna persona que esté viva ahora tiene la culpa.

—Estás pensando en la Semana Santa —dijo Marcus—. Nunca escuchas lo que dicen en la iglesia.

Avery lo miró sin decir nada. Tal vez hubiese tratado de escuchar el sermón, pero le parecía que el resto de los servicios religiosos no estaba destinado al mismo objeto.

—¿Habrán cohetes durante la comida?

—Seguramente —dijo la niñera—. Sé que la señorita Emilia dio órdenes al respecto.

—Pediré permiso para que tú y yo podamos llevar los nuestros arriba —dijo Sara—. Tal vez papá nos lo permita. Da la impresión de ser un ahorro. Y podremos dar a Jasper la parte que estalla.

—Cada vez me molestan más los cohetes y los fuegos artificiales —dijo Avery con voz grave—. No quisiera tenerlos ni siquiera en la próxima Navidad. Cuando sea mayor impediré que los enciendan.

—Entonces serás siempre un bebé —intervino Jasper.

—No, seré un hombre que podrá impedir cosas. Las prohibiré.

—¿Dónde está su Biblia, señorito Jasper? —preguntó la niñera.

—Está hecha pedazos, así es que la tengo en el bolsillo. No quería que para Navidad me diesen otra Biblia en lugar de un libro de verdad —confesó Jasper, que

tenía sus propios puntos de vista sobre asuntos literarios—. Papá no lo ha notado todavía.

—Apenas se atreve a mirarnos —comentó Tamasin.

—Bueno, nosotros tampoco lo miramos mucho a él —dijo Avery.

—La niñera no sabe qué hacer —añadió Tamasin—. Y eso le sucede a menudo.

—No me gustaría ser niñera —dijo Jasper.

—No, no eres lo bastante bueno —terció Avery.

Las familias Lamb y Doubleday, se reunieron en el vestíbulo y Horace dio una mirada a sus hijos, como esperando que no causaran molestias.

—Es una gran cosa que nuestros abrigos sean lo peor de nuestra vestimenta —susurró Tamasin a Marcus—. No podemos salirnos antes de la comida, como hicimos en la iglesia antes del sermón.

—Así es que éstos son los hombrecitos y las señoritas —dijo Gertrude— y uno de ellos es un pequeñuelo aún.

—¡Los cuatro mayores tienen apenas un año de diferencia entre ellos, mamá! —exclamó Magdalen, como anunciando un acontecimiento.

—Temo que aumentamos mucho el número de comensales —dijo Gertrude a Emilia, como si esperase que sus temores fueran disipados.

—Estamos encantados de ver la mesa llena —respondió Emilia, encontrando una fórmula que le pareció más segura.

—Y no podemos dejar de sentir cuánto preferirían ustedes tener aquí a la persona cuyo lugar estamos ocupando —dijo Magdalen.

—Sabemos que es una presunción imaginar siquiera que ocupamos ese lugar —señaló su madre.

Emilia sonrió de tales protestas de inquietud ante la hospitalidad de su mesa.

—Mamá no ocupaba tres sillas —apuntó Marcus.

—Tienes razón —dijo Gertrude, cariñosamente—. No se trata de llenar su lugar; estamos empleando palabras equivocadas.

Horace sonrió a sus invitados, ya que acostumbraba sonreír en público ante los dichos de sus hijos, que en esos momentos le proporcionaban el único placer que derivaba de su existencia.

—No son una familia de parlanchines —dijo Gertrude.

—No están acostumbrados a sentarse a la mesa junto a gente mayor —intervino Horace.

—No lo habíamos hecho nunca antes —aseguró Jasper.

—Sólo con los mayores de la familia, me imagino.

—Oh, sí, con ellos sí.

Horace se unió a las risas que siguieron a estas palabras, complacido por esa impresión de alegría familiar.

—Nosotros no somos tomados en cuenta —dijo a Gertrude.

—Eso quiere decir que los toman en cuenta en la forma más apropiada.

—¿Será prematuro hacer estallar los cohetes? —preguntó Horace, cogiendo uno de la mesa—. El mayor y el menor de la familia comenzarán la serie.

Avery se echó atrás y miró a Sara.

—¿Podemos Avery y yo llevar los nuestros arriba y abrirlos más tarde?

—No, por supuesto que no —replicó su padre—. Esos cohetes están aquí para que gocemos todos juntos, no para que se los lleven. ¡Vamos, Avery, un tirón y un estallido, para despertarte! No queremos dormilones en el día de Navidad.

Las palabras parecieron arrojar luz sobre algo que lo necesitaba. Gideon sintió que una pregunta había recibido respuesta y Mortimer supo que así había sido.

Avery tiró con todas sus fuerzas, aumentadas por sus sentimientos; dejó escapar la cuerda de las manos e hizo que su padre cayera hacia atrás en su silla. Éste recogió el cohete y golpeó con él el hombro de su hijo, antes de ponérselo otra vez en la mano.

—Sujétalo firme y tira con fuerzas —dijo Jasper, mientras sus dedos ardían por hacerse cargo de esta tarea.

—Dale un tirón rápido y estallará con facilidad —recomendó Sara suavemente.

Avery lo hizo así, pero Horace no estaba preparado para el tirón y esta vez fue el pequeño el que cayó hacia atrás en su silla.

—Vamos, enderézate y prueba otra vez —ordenó Horace, sin prestar atención a la cabeza golpeada y a los ojos llenos de lágrimas de su hijo, y tendiéndole la mano mientras golpeaba impaciente con el pie en el suelo—. Los demás esperan su turno; no somos los únicos en la mesa. Se diría que nunca habías visto un cohete.

—Hace un año que no ve uno —dijo Emilia—. No ha tenido oportunidad de acostumbrarse a ellos.

—Pues ahora la tiene —dijo Horace en tono de chanza.

—Mamá, el pequeño está llorando —dijo Magdalen en voz baja, indecisa sobre si era apropiado hacer un comentario público.

Gertrude sonrió sin responder, indicando así que no lo era.

—¡Llorando por esto! ¡Qué muchacho! O más bien debería decir: ¡Qué bebé! —exclamó Horace, sin mirar a su hijo—. Vamos, muchachos, enseñadle cómo se hace. Un cohete en cada mano, Jasper; un cohete en cada mano, Marcus. Así se hace.

Los muchachos se entregaron a la faena, mientras Avery los contemplaba admirando su valor, preocupado casi por el derroche de cohetes y siguiendo con los ojos el contenido de los que eran desechados.

—¿Quieres hacer estallar uno antes de que se acaben? —dijo Horace, viendo que su método no se ajustaba a las existencias de cohetes.

—¿Me puedo quedar con las cosas que salen de ellos?

—Bueno. Recógelas —dijo Horace, suavizado por su sentido de la economía y juntando con la mano algunos restos—. Los que quedan son para las niñas. Nuestro bebé no los quiere.

Avery, ya tranquilizado, juntó sus pertenencias y las dejó a un lado. Sólo le importaban las cosas que para él tenían algún valor, y entre éstas no se contaba la

opinión de su padre.

—Ya es hora de que subáis —dijo Horace—. Pronto dejaremos la mesa. Bullivant y George también tienen que comer. Y lo hacen después de nosotros.

Su voz revelaba con naturalidad y sencillez la marcha de la casa.

—¿Para que puedan servirse lo que ha sobrado? —preguntó Avery con tono compasivo—. Y ha sobrado mucho, ¿verdad?

—Por supuesto que no —replicó su padre—. Tendrán su propia comida de Navidad, así como nosotros hemos tenido la nuestra. No sois vosotros los únicos que recibís algunas cosas extra para Navidad.

—No. Todo el mundo recibe algo —dijo Avery impresionado—. Y no es poca cosa, ¿verdad? Es mucho.

Gertrude se volvió a Horace al cerrarse la puerta tras sus hijos.

—Debe de ser una tarea difícil la de encontrar un término medio entre la indulgencia y la firmeza, entre la inclinación y el deber. Conozco la tentación de elegir el camino más fácil.

—El problema estriba en decidir si el bien de un momento es el verdadero bien —dijo Horace—. Es un esfuerzo que no se nos agradece.

—No —repitió Gertrude, con voz firme y calmada—, pero el pan que se lanza a las aguas vuelve después de muchos días. He tenido que sobrellevar la querida carga que son los hijos.

Posó los ojos sobre sus propios hijos.

—El tiempo pasará y traerá de vuelta a su madre, pero algunos de los problemas permanecerán. En cierto modo los llevo conmigo.

—Sí, sí. Ningún problema que sea verdaderamente nuestro puede ser transferido.

—Los niños no se despidieron de nosotros —dijo Magdalen a Mortimer.

—No están muy acostumbrados a los usos sociales.

—Deben de echar mucho de menos a su madre.

—Mucho. Y en eso nadie puede ayudarlos.

—Por la manera en que lo miran, me parece que ocupa usted un lugar aparte en su afecto.

—Ésa es una buena descripción de mi persona. Yo no tengo un lugar propio.

—No es eso lo que dije.

—Era difícil que lo dijera.

—Tampoco lo pensé.

—Fue muy gentil de su parte el no verlo. El encarar las cosas es un hábito fatigante.

Magdalen rió y Gertrude sonrió inmediatamente en dirección a ella.

Gideon sugirió que era hora de partir y su madre se levantó en seguida, inclinándose ante su mayor conocimiento de las costumbres de la casa.

—¿Tuviste una conversación agradable con la señorita Lamb? —preguntó Gertrude, mientras se dirigían a su casa—. Me parece una compañía interesante.

—Ella opina lo mismo.

—Creo que no es persona que hable para producir una impresión determinada.

—No lo es, en efecto; se preocupa del tema.

—No mereces conocer gente fuera de lo común, si criticas justamente lo que la distingue.

—¿Qué estarán haciendo ahora los niños? —preguntó Magdalen—. ¿Lo sabes tú, Gideon?

—Nunca me imagino la vida de mis alumnos entre bastidores.

—No sé cómo puedes resistir la tentación, con esta familia.

—Yo mismo me siento sorprendido, pero una regla es una regla.

—Me parece que su tío se interesa mucho por ellos.

—Ahí tenéis otro punto común: el amor a los niños —comentó Gertrude.

—Es reconfortante sentir que los vigila afectuosamente, mamá. No sé la causa de este sentimiento, pero es así.

—No sería difícil de explicar —dijo Gideon—. Tienen que penetrar solos en su mundo de oscuras profundidades.

Los niños habían hecho lo que decía Gideon, y habían encontrado a la niñera aguardándolos.

—¿Espero que no haya sucedido nada? —preguntó con ojos interrogadores.

—Nada especial —dijo Tamasin—, si es eso lo que quiere saber.

—Un pequeño problema con los cohetes de Avery —dijo Sara—. Nada importante.

—No hice estallar ninguno —informó Avery en tono consolador.

—Pueden ustedes leer sus libros nuevos mientras yo como. Estaré fuera cerca de una hora.

—No quiero leer —dijo Jasper.

—¿Por qué no? Siempre hay algo que aprender. Los libros de lecciones no son los únicos que enseñan.

—Eso es lo que piensa Jasper —dijo Tamasin.

—Os daré un dulce a todos —anunció Avery, corriendo hacia su caja con el aire de estar resolviendo un problema—. Daré uno a cada uno porque es Navidad.

Abrió la caja y contempló su contenido, escogió el dulce más pequeño para Tamasin, cogió el que le seguía en tamaño y corrió hacia Marcus y luego hizo lo mismo con los dos dulces siguientes y Jasper y Sara. El último era de superior calidad y sus ojos lo siguieron al abandonar su mano. Sus hermanos no pusieron en duda su derecho a disponer a su antojo de lo que le pertenecía. Le dieron las gracias y comieron los dulces, poniéndolo Jasper entero en la boca y provocando en su hermano una mirada de dolorida sorpresa. Avery escogió luego dos dulces para sí, puso otros objetos sobre la caja y se adelantó a reunirse con los demás.

—¿Quieres que te dé una caja para guardar tus juguetes? —ofreció Jasper.

—Bueno —dijo Avery, dudoso.

—¿La caja que he hecho con la mejor madera?

—¿Y si me la prestas? —sugirió Avery, pensando que esto implicaría menos compromiso y mirando su colección de objetos, que indudablemente necesitaban de un hogar.

—¿Qué me darás a cambio? —dijo Jasper, haciendo caso omiso de esta sugerencia.

Avery meditó con la tranquilidad del que no había esperado que su primera idea fructificara.

—Puedes leer mi libro.

—Pero tú también puedes leer el mío. Eso no cuenta.

—Yo te los leeré —dijo Avery, que era más adicto que su hermano a la palabra impresa.

—No. Marcus me lee en la cama. Eso no es darme nada.

—Te daré otro dulce.

—¿Por qué no me das tu caja de cartón con dulces a cambio de la mía de madera, que no se rompe? Así, cuando se acaben los dulces, siempre tendrás la caja.

Avery consideró el trueque.

—¿Será mía la caja? ¿Tú no la usarás ni querrás que te la preste?

—No. He comenzado a hacer otra. Pero ésta es mejor.

—¿Será siempre la mejor, aun cuando la otra esté terminada?

—Sí, porque está hecha de madera más dura.

Avery meditó otra vez, empujó su caja de dulces hacia su hermano, la retiró, y dándole luego un empujón final, examinó la caja de madera para ver si confirmaba su primera impresión; luego la puso sobre la mesa con expresión satisfecha y comenzó a ordenar sus cosas en ella. Jasper se dedicó a los dulces y Avery le puso los otros dos en la mano, volviendo su atención a los juguetes, hablando en voz alta mientras los ordenaba y dirigiéndose a veces a ellos.

—No devores los dulces —dijo Sara a su hermano—. Has acabado la mitad, y diste tu caja por ellos.

—No me importa. Puedo hacer otra caja. No me gusta tanto la caja como hacerla —dijo Jasper, examinando las golosinas con la preocupación de verlas acabarse demasiado pronto.

Avery dejó los juguetes y corrió hacia su hermana.

—Di mi caja de dulces a Jasper. Y también le di los dos que tenía en la mano —dijo en tono rápido—. Se la cambié por su caja de madera, para guardar mis cosas en ella; y a él le gusta más hacerla.

—Bueno, no debes arrepentirte ahora. Lo hiciste por tu propia voluntad.

—Tendré la caja para siempre. Y los demás se comerán los dulces. Hasta Jasper lo permite. Pero yo di uno a cada uno de vosotros, ¿verdad? —Avery miró los dulces considerando su derecho a ellos, pero el asunto se le apareció bajo algún punto de vista personal y volvió a sus juguetes.

La niñera entró en la habitación y la recorrió con la vista.

—¿Por qué no lee su libro, señorito Jasper?

—Se lo prestaré a los demás, si lo quieren. Y Marcus lo está leyendo.

—¿Por qué no lee primero su propio libro?

—Porque es una edición adaptada —dijo Marcus, sin levantar la vista—. Me gustan los libros completos, no fragmentos de ellos.

—Tal vez el libro completo no hubiese sido apropiado para usted —sugirió la niñera, tratando de hacerle aceptar la situación.

—Si quieres te lo cambio —ofreció Jasper—. Todavía no llevan nuestros nombres. Un libro adaptado es sólo un poco más corto y ese libro parece bastante largo.

—No sé si el amo aprobará el cambio.

—No le importará —dijo Avery con voz preocupada—. Eso no es más caro.

—Tal vez la señorita Sara quiera leer en voz alta algunos de sus *Cuentos de Shakespeare* —dijo la niñera, sabiendo que Sara era la propietaria de éstos.

Los demás se reunieron alrededor de su hermana, Tamasin cerrando su libro y Marcus dejando un dedo entre las páginas del suyo. Sara leía como a ellos les gustaba, dándose a entender sin dar al texto un énfasis superfluo. Bebían las palabras, ya que no tenían otro método de acceso a ellas, mientras la niñera escuchaba con el mismo interés, como miembro acostumbrado del auditorio. Avery tenía en la mano un soldado de plomo y lo mantenía de cara a su hermana Sara, acomodándolo de vez en cuando con aire que podría describirse como maternal.

—Aquí está el té —dijo la niñera—. Vengan inmediatamente a la mesa. El amo no quiere que sean desordenados ni aun el día de Navidad.

Avery eligió algunos juguetes y los colocó en su lugar ocultándolos con la mano.

—Dos panecillos para cada uno —advirtió Jasper.

—Yo sólo quiero uno —dijo Avery en un rápido paréntesis ofreciendo un trozo a su soldadito.

—No siga jugando, señorito Avery —dijo la niñera, en tono demasiado automático para significar un verdadero reproche.

—Escucho pasos en la escalera —dijo Tamasin—. Ya me parecía que nos harían una visita.

—Papá sólo quiere vernos —dijo Avery, mirando a la niñera en busca de apoyo.

—Bien, bien. El día de Navidad vino y ya ha pasado —dijo Horace—. Espero que haya sido un buen día para vosotros.

Fue una lástima que sus palabras no hubiesen tomado la forma de una pregunta, ya que nadie respondió.

—¿U os habéis sentido desilusionados? Supongo que podréis expresar una opinión.

—No, papá —respondió Jasper.

—Yo recibí una media —declaró Avery.

—Lo sé. Los demás estaban muy crecidos para eso. Era lo apropiado.

Hubo un silencio.

—Vosotros no esperabais medias, ¿verdad?

El silencio se mantuvo.

—¡Las esperabais! —dijo Horace, con la voz quebrantada por el peso de su incredulidad.

—Tamasin tiene sólo diez años —le recordó Marcus—, y Jasper y Sara las recibieron cuando tenían once y doce años.

—Lo que fue absurdo; por eso lo prohibí. Supongo que no queríais hacer el ridículo. ¿O queríais hacerlo?

—Los niños siempre reciben medias.

—¡Querían hacer el ridículo! —dijo Horace—. He aquí un muchacho de doce años que ha recibido buenos regalos de Navidad y ha pasado un día agradable y apropiado, que tiene un preceptor, y que se siente defraudado porque no ha recibido una media llena de juguetes. No me lo hubiera imaginado nunca. Apenas puedo creerlo.

—Es divertido, ¿verdad? —dijo Avery con incertidumbre.

—Supongo que los dos mayores no querían medias, ¿verdad?

Hubo otro silencio.

—¡También las querían! —volvió a exclamar Horace, dando a su voz un temblor agudo.

—Nos habíamos acostumbrado a ellas, papá —expuso Sara.

—También a la cuna y al alfabeto. Pero no os gustaría seguir en ellos. O tal vez sí. ¡Qué cosa más rara! ¿Os hubiese gustado recibir medias toda la vida?

—No, pero sí hasta que fuésemos más grandes.

—Entonces ya sé lo que haremos el año próximo. Suprimiremos los regalos, la comida y todas las cosas razonables, y os daremos una media llena de naderías. Será más sencillo y más barato, además.

—Siempre hemos recibido las medias además de todas esas cosas —afirmó Marcus.

—Oh, así que ése es el problema. ¡Se les ha privado de algo! Eso es lo que os roe el alma. ¡Se os ha quitado algo! Espero que el preceptor os enseñe algo más que este sentido de adquirir cosas. No es agradable verlo. Ya se os había dicho que este año deberíais renunciar a las medias.

—Tía Emilia podría habérmolas dado —sugirió Avery.

—Me alegro de haberlo impedido. Me alegro de no haber cedido a la presión tácita. Así es que eso era lo que flotaba en el aire; ya me parecía que había algo. ¿Qué le parece este asunto, niñera? ¡Aquí estoy bajo una andanada de reproches, porque he suprimido las medias de Navidad! —Horace habló con un estremecimiento de risa, como si fuera incapaz de reprimirla—. ¡Medias de Navidad para muchachos y muchachas de esta edad! ¿Qué podemos hacer al respecto?

La niñera no ofreció sugerencias.

—Y ahora —siguió Horace, cambiando de tono—, bajaremos y os leeré la historia de la Navidad, la historia verídica que recordamos hoy y por la que hemos estado rodeados de cosas buenas. Y después, volveréis a vuestro cuarto y meditaréis hasta la hora de iros a la cama.

—¿Será muy triste? —preguntó Avery a Sara, mientras bajaban las escaleras.

—No, es acerca del Niño que nació.

Avery se volvió e hizo una rápida selección de juguetes, cogiendo otra vez la mano de su hermana.

—Nos sentaremos alrededor del fuego —dijo Horace—. No, no tan cerca que pensemos más en nuestro propio bienestar que en cosas más importantes. ¿Para qué traes esos juguetes, Avery?

—Están escuchando —repuso Avery, volviéndolos para que estuvieran de cara a su padre.

Horace no se opuso a esta adición a su auditorio, sino que pareció casi satisfecho por este interés.

—¿Qué Evangelio preferís? —preguntó en tono que suponía ciertos conocimientos en sus hijos.

—San Mateo —dijo Marcus.

—¿Estáis todos de acuerdo?

—Sí, papá —dijeron cuatro voces, mientras Avery contemplaba a sus dueños con gran admiración y respeto.

—Ya hemos gozado de este día y no debemos olvidar lo que significa. Debemos fijar nuestras mentes en el sentido profundo de la Navidad. ¿De qué te ríes, Tamasin? Exijo una respuesta.

Tamasin y Marcus trataron de dominar su regocijo.

—Bueno, reíd cuanto gustéis. Seguiremos cuando hayáis terminado —dijo Horace, cuyo tono indicaba que estaba llevando la tolerancia a límites extremos.

Los niños se pusieron serios inmediatamente.

—Acabad de reír de una vez —insistió Horace, sacudiendo la cabeza con vehemencia.

Era lo más difícil que se les podía pedir.

—Bien. Si esas risas eran sólo una afectación, empezaremos nuestra lectura dejando atrás estas exhibiciones. Recordad que esto lo hago por vosotros, no por mí.

Horace lanzó una mirada a su hijo y a su hija, y como resultado de ella se levantó, cerró el libro y salió de la habitación.

Marcus y Tamasin se estremecían aún; Jasper no demostró interés alguno; el rostro de Sara era inescrutable; y Avery demostró que comprendía, riendo brevemente de vez en cuando.

—¿Por qué se reían tanto? —preguntó a Sara.

Esto acabó con los ataques de risa y sus víctimas se miraron unas a otras y al

futuro.

—¿Querrá papá leernos otra vez? —preguntó Avery—. Ni tú ni Jasper ni yo nos reímos.

—No lo sé. En su lugar yo no lo haría —dijo Sara.

Avery la miró largamente.

—No siempre la culpa es de papá, ¿verdad? —preguntó, como tentando el camino.

—Es mejor que subamos. No estamos autorizados para quedarnos en el comedor.

—Marcus y Tamasin no deben quedarse aquí —señaló Avery, escandalizado por la presencia de delincuentes en ese lugar.

—Papá repite a menudo que prefiere las cosas corrientes a las cosas religiosas —dijo Marcus.

—Es evidente que tienen que ser serias —dijo Sara—. Eso no se puede evitar.

—Son muy tristes, ¿verdad? —preguntó Avery—. Pero es necesario que hablemos de ellas de vez en cuando.

—Eso es lo que dijo papá.

—Tú siempre estás de parte de papá cuando así debe ser —afirmó Avery más para sí mismo que para los demás.

—¿Tuvieron una agradable sesión de lectura? —preguntó la niñera.

—Marcus y yo nos reímos —añadió Tamasin.

—¿Tanto como para eso? —preguntó la niñera.

—Sí, tanto como para eso —puntualizó Avery gravemente.

—No podíamos esperar dormir libres de problemas en la noche de Navidad —comentó Tamasin.

—Es precisamente la noche en que todos deberíamos hacerlo —dijo la niñera.

—Es una noche muy buena, ¿verdad? —preguntó Avery mirando sus tesoros como si ellos confirmaran este punto de vista.

—¿Les gustaría que yo les leyera? —propuso la niñera.

—La historia de Navidad podría servirnos de penitencia —dijo Tamasin.

—No, el amo les estaba leyendo eso —dijo la niñera, como si no fuese tan fácil acomodar la situación—. ¿Qué les parece otro de los *Cuentos* de la señorita Sara, si ella nos lo permite?

—El mismo, el mismo —pidió Avery.

—¿Le molesta a alguien oírlo otra vez?

—No —dijeron Marcus y Tamasin, con la sensación de que en los momentos que atravesaban no les correspondía a ellos poner inconvenientes.

—No —respondió Jasper, a quien nunca le molestaba tal cosa.

—No —dijo Sara, que estaba preocupada por otros asuntos.

—Y bien, ¿de qué libro se trata? —preguntó otra voz, mientras Horace se paraba tras de ellos.

—La versión de Lamb de los *Cuentos de Shakespeare*, señor; el libro que usted

dio a la señorita Sara —replicó la niñera con voz que no traicionaba su toque de diplomacia.

—Así es que sois capaces de escuchar una historia —dijo Horace.

—Nos gusta escuchar algo que no conocemos —afirmó Marcus.

—Por supuesto que vosotros conocéis la base real de la fe cristiana.

—Sara y yo estábamos escuchando, papá —le recordó Jasper.

Avery no pudo dilucidar si su propio estado de atención justificaba una afirmación semejante.

—La niñera podría leérmola ahora —dijo este último.

—No era ella quien iba a leerla —replicó Horace.

—Entonces podría leerla papá —sugirió Avery, sin mirar a nadie.

—¿Queréis que lo haga? —preguntó Horace.

—Sí, papá, por favor —pidió Jasper, con voz que parecía querer inducir a los demás.

—Sí, papá, por favor —dijeron Marcus y Tamasin.

—¿Eres la excepción, Sara?

—No, papá.

La niñera puso una Biblia en manos de Horace y se sentó con las manos vacías de libro y labor. Avery mantuvo sus juguetes ocultos debajo de la silla, como si la ocasión no fuese propicia a una participación más visible.

Horace no esperó a comprobar la gravedad en los rostros, ya que no había duda acerca de ello.

CAPITULO V

—Buenos días, señorita Buchanan —saludó Gertrude.

La señorita Buchanan miró en silencio a través del mostrador, ya que no acostumbraba a hablar sin necesidad ineludible.

—¿No es un alivio este tiempo más templado?

La señorita Buchanan no se sintió obligada a responder, y no lo hizo.

—¿Nota usted si esto aumenta su clientela? ¿O se mantiene en un término medio estable?

La señorita Buchanan alzó los ojos, como si no viese razón alguna para que la pregunta fuese hecha o respondida. La conversación, como formalidad, no formaba parte de su vida. Si lo hubiese hecho, hubiese adquirido enorme importancia, y no veía ganancia alguna en eso. Se esforzaba en ganar lo que necesitaba, especialmente el pan cotidiano.

Era una mujer de unos cincuenta años, alta, pálida y lenta, con manos y pies pesados, rostro cuadrado, facciones indefinidas y pequeños ojos pálidos, muy movedizos. Llevaba gruesas trenzas, ropas que nadie miraba, ni siquiera ella misma, y ostentaba una expresión que intimidaba. Era la dueña de una pequeña tienda que proporcionaba lo que era necesario a la vida civilizada y también lo superfluo. Además exhibía un letrero que anunciaba que allí se recibía y se enviaba correspondencia.

La señorita Buchanan miraba este negocio secundario con ojos equívocos, que no contribuían a tranquilizar a los ya intranquilos clientes que se valían de este servicio. Entre éstos se encontraba Gertrude Doubleday, que había establecido en su hogar una actitud de franqueza respecto de la correspondencia que la había obligado a buscar algún modo de eludirla. No tenía secretos culpables ni otra vida misteriosa, sólo algunos parientes cuya modestísima posición le impedía reconocerlos públicamente.

Pocas veces es posible decir que hay una clave para comprender una personalidad humana, pero éste era el caso con la señorita Buchanan. Su juventud había transcurrido en una época en que la educación estaba a su alcance, pero en que también podía eludirse; y sus padres habían preferido su inmediata utilidad a su bienestar futuro. El resultado fue que la señorita Buchanan no sabía leer. Los servicios que ella rendía a los que sabían hacerlo podrían haber sugerido cierta simpatía hacia ellos, si su actitud hacia la vida no lo contradijese. Vivía aterrada de ver emerger la verdad, por lo que mantenía una actitud distante ante todos. Había preferido una vida de soledad a un marido que conociese su secreto, y el aislamiento a tener amigos que pudiesen sospecharlo. Si su manutención no dependiera de ellos, hubiese alejado a sus clientes. La gente le mostraba cartas, le llamaba la atención sobre los periódicos y siempre exhibían su relación con esa habilidad que ella no poseía. Podría haberla adquirido, pero había llegado a asumir en su mente proporciones aterradoras. Nadie la consideraba una figura trágica, ni sabía que había

tenido éxito en su empresa. Llevaba la cabeza muy en alto sobre su tragedia y su secreto le pertenecía.

Confiaba en el cartero para los nombres de las cartas, diciendo que le costaba entender las diferentes caligrafías, una afirmación que no se apartaba de la verdad. La práctica le permitía memorizar los nombres inmediatamente. No llevaba cuentas y pagaba todo al contado, por ser naturalmente hábil para los números y haber perfeccionado dicha habilidad con el uso. Hubiese sido un buen sujeto para la educación que había perdido. Nunca se la veía con un libro en la mano, ya que su buen juicio le prohibía este subterfugio peligroso, y a menudo llevaba con ella labores de aguja, circunstancias ambas muy frecuentes en la aldea. Algunas de esas labores aparecían en sus vitrinas, y nadie sabía el paradero de las demás, lo que tampoco interesaba a nadie.

Gertrude buscó con la mirada algún objeto de utilidad práctica, ya que acostumbraba a fingir que el motivo de su visita era sólo secundario.

—¿Tiene arroz, señorita Buchanan?

—No hay cartas para usted —dijo ésta, buscando en los estantes.

—Espero que sea arroz del bueno. El que sirve para prepararlo con curry, no el que se usa para los budines.

La señorita Buchanan cambió recipientes sin alterar el ritmo de sus movimientos, e hizo el paquete sin preguntar por otras necesidades.

—Es un día de lloviznas —comentó Gertrude.

La señorita Buchanan le pasó el paquete.

—¿No desea que le pague el arroz? —preguntó Gertrude, sonriendo.

La señorita Buchanan extendió la mano.

—Lo siento, pero no tengo una moneda menor —dijo Gertrude, entregándosela.

La señorita Buchanan abrió su caja y le dio el cambio.

—Le envidio su facilidad para los números —dijo Gertrude—. Es un don que me hubiera gustado poseer.

La señorita Buchanan echó una mirada al rostro de Gertrude, encontrando natural que un don pudiese ser útil a ambas.

—Es un don muy pequeño —dijo repentinamente en tono profundo.

—No estoy tan segura. Estos pequeños talentos no son tan corrientes y en cambio son muy útiles. Y que conste que uso la palabra pequeños porque lo hizo usted.

La señorita Buchanan no continuó con el tema, ya que había descubierto que todos los temas llevaban a un mismo fin: los libros.

—Esperaré un minuto, hasta que pasen esas nubes.

La señorita Buchanan no dijo nada.

—Si puedo hacerlo, por supuesto.

—Sí.

—Aquí está el cartero —dijo Gertrude, acercándose a la puerta y recibiendo una carta.

—No debería coger las cartas. Si la gente quisiera que fuesen vistas, no las harían enviar aquí —dijo la señorita Buchanan, con reproche seco e instantáneo, y mirando a Gertrude a los ojos al terminar de hablar.

—El cartero me la puso en la mano —replicó Gertrude con calma—. Debería decirle que le entregue las cartas sólo a usted.

—A usted tampoco le gustaría.

—Oh, no me importaría —dijo Gertrude con una breve risa y mirando el sobre—. Y, además, es para mí, lo que lo soluciona todo.

—No debería usted examinar los sobres; esa carta podría no haber sido para usted.

—Pero lo es, así que no hay problema. Y en el futuro ambas deberemos tener más cuidado. ¿No cree usted que se muestra algo dura en sus métodos... y aun en sus modales... respecto de las cartas? Después de todo, fue usted la que quiso hacerse cargo de este nuevo servicio.

La señorita Buchanan miró el sobre como para confirmar la afirmación de Gertrude de que iba dirigido a ella.

—Supongo que sus propias cartas personales le llegarán aquí junto con éstas —dijo Gertrude amablemente, para borrar la impresión anterior—. ¿Recibe usted muchas cartas de amistades de otros lugares?

—No —dijo la señorita Buchanan, que no tenía amistades ni podría tenerlas en caso de que enviaran cartas.

—En ese rincón hay papel de cartas. ¿Podría decirme de qué clase es?

La señorita Buchanan le pasó el paquete y Gertrude se puso las gafas.

—Usted no se puso gafas para leer el sobre de esa carta.

—Nuestro propio nombre nos es tan familiar —dijo Gertrude, mirando a la señorita Buchanan por encima de los lentes, y examinando después las estanterías—. No, no es éste el que quiero. Es ese otro que está marcado «Segunda clase». Eso quiere decir que no es muy bueno, pero es lo que necesito. Tengo papel con monograma para escribir a mis amistades. No, no abra las cajas. La inscripción está afuera.

La señorita Buchanan puso varias cajas ante Gertrude, encogiéndose ligeramente de hombros al complacer exigencias que le eran usuales.

—Sí, de ése, por favor. ¿Por qué no coloca cada tipo de papel junto a sus sobres correspondientes? Así sólo necesitaría mirar las etiquetas para encontrar lo que busca. Le ahorraría mucho trabajo.

La señorita Buchanan puso las cajas en el mismo lugar de donde las había sacado, sugiriendo con su actitud que ella conocía mejor sus propios métodos.

—Y ahora a hacer el cálculo relámpago —dijo Gertrude, tendiéndole la moneda con una sonrisa.

La señorita Buchanan dio el cambio sin variar la expresión de su rostro, demasiado acostumbrada a este intercambio de comentarios.

—¿Quiere que le preste un libro que se llama *La Ciencia de los Números*? Es un libro de vulgarización, muy sencillo y al alcance del lector corriente. Creo que podría interesarle.

Una expresión perseguida cruzó el rostro de la señorita Buchanan.

—No tengo tiempo para leer.

—¿Ni siquiera a ratos perdidos? De noche, cuando está sola.

«Si supiera leer no necesitaría estar sola», se dijo la señorita Buchanan, y las palabras estuvieron tan cerca de sus labios que su respiración se aceleró.

—¡Oh, esos retazos de tiempo! —comentó.

—¿Quiere decir que prefiere leer todo el libro inmediatamente?

—No, no quiero decir eso.

—¿Preferiría usted algunos libros más livianos? ¿O no le gusta leer? Me imagino que los periódicos ocupan gran parte de su tiempo libre.

La señorita Buchanan no recibía el periódico, naturalmente, y la necesidad de explicar sus motivos le quitaba gran parte de su tiempo y paciencia.

—¡Oh, los periódicos! Sólo sirven para poner ideas absurdas en la mente de la gente.

—¿Usted prefiere seleccionar lo que lee? —continuó Gertrude—. Estoy segura de que sé qué tipo de libros le agradarían. Le traeré algunos y luego me dirá lo que piensa de ellos. Sé que se mostrará sincera al respecto.

La señorita Buchanan, incapaz de confirmar esta afirmación, fingió recordar algo y desapareció en la trastienda.

Gertrude permaneció ante la puerta con la carta en la mano y el rostro levantado al cielo. Su hija, que debía venir a su encuentro, apareció ante la vista, y Gertrude salió del despacho con los ojos aún en alto.

—Las nubes han pasado; creo que podemos aventurarnos a caminar hasta la casa.

—No eran muy amenazadoras, mamá. ¿Por qué vienes tan lejos a comprar estas cosas? La otra tienda queda más cerca y la gente que la atiende es más agradable.

—Seguramente. Y no podemos decir lo mismo de la señorita Buchanan. Pero me gusta comprarle a ella. Tiene que ganarse la vida.

—Dicen que rechaza todo acercamiento, así es que es imposible hacer algo por ella.

—Pues hoy no rechazó los míos —dijo Gertrude en tono trivial—. En realidad me pidió que me quedara hasta que pasara la llovizna. Por eso lo hice. No es que el agua me hubiera atemorizado. Pero no quise repudiar una amabilidad tan ajena a su carácter. A propósito, querida, ¿quieres volver atrás y dejar esta carta en el buzón de la señorita Buchanan? La recibí por error de manos del cartero; me encontraba totalmente confundida por su acceso de cordialidad. No quiero ir yo, ya que no debería haberla cogido. Aunque no tiene mayor importancia, porque no pude leer el nombre. La próxima vez que venga acá, el incidente estará olvidado. La señorita Buchanan no es muy sistemática con las cartas; he podido advertirlo.

Magdalen tomó la carta y volvió sobre sus pasos; le echó una ojeada automática y acortó la marcha; la miró otra vez y continuó caminando, dejando que su mano colgara como inconsciente de lo que llevaba en ella. Al llegar a la tienda se detuvo a mirar por la ventana, colocando la carta dentro de su guante, y luego, como recapacitando, volvió al lado de su madre.

Gertrude trazaba un dibujo en el suelo con el paraguas y levantó la vista sonriendo.

—No tuviste necesidad de entrar en la cueva del león. ¿No saltó la leona sobre ti?

—No. Estaba dentro de su cubículo.

—¡Pobrecita! Pasa demasiadas horas en él. Me gustaría poder hacer algo por ella. Es una persona que siempre hace pensar que necesita ayuda.

—Sólo podemos ayudarla siendo sus clientes.

—Bueno, es lo que hago. Me parece que una mujer soltera que debe ganarse la vida tiene derecho a esperar de sus vecinos por lo menos tal ayuda, aunque su tienda quede un poco más lejos. No cuesta tanto caminar un poco.

—¿Por qué tiene ese letrero sobre las cartas?

—Me imagino que algunas personas carecen de domicilio fijo, y que otras tienen motivos para no usar su propia dirección. Y eso le deja alguna ganancia.

—El aviso dice que las cartas pueden ser retiradas aquí. Eso significa que la gente que las espera vive en el vecindario. Y que son cartas privadas.

—Ya lo creo que lo son, definitiva y deliberadamente privadas —dijo Gertrude, riendo—. No sé si ésta era una de ellas. Si lo era, la señorita Buchanan debería haberla recibido personalmente. Tal vez fuera para ella, aunque no se me había ocurrido que la señorita Buchanan recibiera cartas.

—¡La señorita Buchanan manteniendo una correspondencia! —exclamó Magdalen con una sonrisa, encontrándolo fantástico, pero sin saber hasta qué punto.

—No tiene mucho tiempo, debiendo atender su casa y la tienda. Pero le he ofrecido prestarle algunos libros. Casi pudiera decirse que insistí en prestárselos.

—¿Crees que servirá de algo? La gente dice que ni siquiera recibe el periódico.

—Tal vez lo comparta con alguien. Es posible que no desee comprarlo.

—No me puedo imaginar a la señorita Buchanan esperando turno para leer el periódico dentro de un tiempo fijo —dijo Magdalen, todavía protegida por su imaginación.

—Bien; vamos, hija. Vas muy lenta y tu hermano llegará a comer. No tardes en tu cuarto. Las mujeres no deben hacer esperar a los hombres.

Magdalen no lo hacía. Bajó casi inmediatamente, sin haber alterado su apariencia y mostrando en los ojos una expresión ardiente que recordaba algunas ocasiones de su niñez. Su madre la atribuyó a algún disturbio emocional provocado por sus palabras y se esforzó en mostrarse afectuosa, pero sin resultados.

—Ya no tengo que trabajar más por hoy —dijo Gideon—. Puedo comenzar a vivir.

—Si pusieras el alma en tu trabajo podrías vivir todo el tiempo —comentó Gertrude.

—Ese sistema me sería fatal. Aun ahora veo mi vida como una serie de escapadas casi milagrosas.

—La gente no puede esforzarse de la mañana a la noche, mamá —intervino Magdalen.

—Ésa sería mi definición de un día de trabajo. El señor Lamb y yo estuvimos de acuerdo en que el debilitamiento de nuestra energía significaría que nuestra labor había sido cumplida.

—Basándose en ese principio, la labor de algunas personas no comenzaría nunca —contestó Gideon—. ¡Qué idea más cruda! ¡Y qué conclusión más brutal! No sabía que el señor Lamb era tan implacable como una mujer.

—No podemos mencionar tema alguno sin que hagas intervenir en él al señor Lamb, mamá —observó Magdalen—. Nunca decimos palabra sin que tú cites alguna de él. La gente se dará cuenta.

—Que lo haga. Puedo mostrarme natural y franca, y puedo interesarme en mis amistades sin preocuparme de lo que diga la gente.

—Despreciar la opinión pública no es una virtud.

—¿No? —dijo Gideon—. Pues debería serlo; suena como una actitud muy noble.

—Puede ser una de mis cualidades, ya sea o no —dijo Gertrude—. En realidad no sé si lo es.

—Es una cualidad muy dudosa —comentó Magdalen—. Compromete a otras personas. Creo que olvidas ese detalle.

—Hay algo que has olvidado tú, querida, y es el respeto que me debes.

—¿Realmente no te das cuenta de lo que estás haciendo, mamá? Cada día que pasa te ves más a menudo con el señor Lamb, lo que hace que su primo se sienta solo y no haga más que pensar en la señora Lamb, y escribirle y apresurar en todo sentido el día en que se derrumbará todo. Y cuando esos niños se queden sin padre o sin madre, tendremos que hacer frente a la verdad, que recaerá sobre nuestras cabezas. O en todo caso, es lo que pensarán los demás.

—Que lo hagan; no me preocupa —respondió Gertrude, chasqueando los dedos—. No tengo por qué dar cuenta de mis actos. Lo que opinen los demás me tiene sin cuidado.

—Dejemos a los demás fuera de este asunto —dijo Gideon—. Es algo que no les incumbe y parece que no lo comprenden así.

—Mamá está ciega ante el resultado que tendrá el seguir sus impulsos. Se precipita adelante sin mirar a derecha ni izquierda.

—Lo mismo podría decirse de ti —replicó Gertrude—. Es algo que debo decir. Hay muchos hogares que se han deshecho con menos motivos que éste. No es asunto mío ni culpa mía el que Mortimer Lamb y la mujer de su primo sean lo que son el uno para el otro. Si es que lo son, que no lo sé. No interfiero en las vidas ajenas;

reconozco el derecho a mantenerlas ajenas.

—Es una lástima que no las mires con algo más de penetración. Te cruzas en sus caminos como si no existieran. No piensas más que en la impresión que estás causando en el hombre del momento. Lo único que te importa es tu pequeño triunfo personal. Y éste adquiere tal primacía, que te muestras ciega y sorda a toda consideración.

—A la consideración hacia tus sentimientos, quieres decir. Generalmente eso es lo que significan tales palabras. No has tenido éxito, y que otra mujer lo tenga no es el remedio más apropiado. ¿No es ésa la verdad, pobre hija mía? ¿Qué estás tratando de decir? Díselo a tu madre, pero no lo disfraces con palabras desagradables que no tienen verdadero sentido.

—No quiero decir más de lo que he dicho. Estás jugando con fuego, mamá. Estás influyendo en los sentimientos de un hombre casado, dispuesta a aceptar cualquier resultado. Pero de esto pueden derivarse cosas trágicas; ya se están derivando cosas trágicas.

—¡Vaya una luz para iluminar mi camino cotidiano! —dijo Gertrude, sonriendo a su hijo sobre la cabeza de Magdalen—. Tal vez mi corazón es muy duro, pero no había pensado mucho en los afectos de Horace Lamb, aunque admito que ha hecho bastante para obtener el mío. Siempre lo he considerado una figura patética. Diría yo que es él y no su primo quien está solo. Lo que los ha separado no es culpa nuestra. Ahora vete un momento y vuelve cuando estés más tranquila. No comenzaremos a comer sin ti. Por esta vez el hombre tendrá que esperar a la mujer.

Magdalen desapareció y Gertrude sonrió y suspiró al coger su labor.

—¿Qué nos está sucediendo? —dijo Gideon.

—Es a Magdalen a quien le está sucediendo algo, con intensidad mayor por haberle sucedido tarde. Espero que le haya sucedido también a Mortimer Lamb, pues en caso contrario tendremos problemas.

—Me parece que algunos de los problemas están ya muy vistos. Es una suerte que por lo general mis ocupaciones no nos traigan estas consecuencias. Podría llegar a provocar mi retiro prematuro.

Gertrude no necesitaba este tipo de ayuda.

—¡Pobrecita! Es un caso muy claro —dijo con compasión no exenta de cierta satisfacción—. Menos mal que no se lo ha guardado en el corazón. No es ése un riesgo frecuente en nuestra familia. Y mientras sus sentimientos salgan a la luz, el peligro no es grande. Las cosas fermentan y se pudren en la oscuridad. Ya sabía yo que tarde o temprano me revelaría todo. Pero he necesitado paciencia. Al principio no comprendí lo que todo esto significaba. Magdalen confiaba en la intuición de su madre y tenía pleno derecho a hacerlo. Siento haberla desilusionado por un momento.

—De pronto parece saber y sentir tanto. Es una persona diferente.

—Su percepción se ha aguzado por el sentimiento —dijo Gertrude, sacudiendo su bordado—. Es poco lo que una mujer que se encuentra en sus circunstancias deja de

percibir. O más bien deja de sentir, ya que es algo que se refiere al corazón más que a la cabeza. Pero ese sentimiento pronto pasa a la cabeza y se transforma en conocimiento.

—No debemos descubrirla ante los demás.

—¿Te parece que esa advertencia sea necesaria a su madre? ¿Quién es la persona más indicada para guardarla de ojos indiscretos? ¿Crees que les permitiría tocarla? ¿Acaso soy un hermano soltero, como tú? Creo que mi Magdalen tiene suerte. Está rodeada de los sentimientos más profundos, y además la protegen los más superficiales, que llenan los intersticios. Sí, ése es el papel de los sentimientos fraternales.

—Mis sentimientos no son superficiales; van muy hondo, como todo en mí.

—¡He aquí el pequeño toque de celos! Es el sentimiento del varón cuando otro usurpa su lugar. Estamos reaccionando todos en la forma más normal. Somos fieles a nuestra personalidad.

—¿Así que Magdalen quiere a Mortimer Lamb más que a nosotros?

—Por el momento, sí; debemos aceptarlo. Puede pasar; puede desaparecer. Pero aquí viene mi pobre querida. Debemos ser cuidadosos y discretos.

Gertrude se puso un dedo sobre los labios, todavía presa de cierta excitación.

Magdalen penetró en la habitación y pareció deslizarse por ella, a pesar de que no había obstáculos en su camino. Se acercó a la mesa y se detuvo sin mirar a su madre. Ésta se quitó las gafas y comenzó a servir los platos, mientras su hija esperaba para pasarlos.

—Para Gideon; para ti, querida —dijo con una sonrisa—. Mi Magdalen es otra vez la de siempre, pensando en lo que puede hacer por los demás.

Magdalen se deslizó en su asiento, como si ese aspecto de su personalidad no fuese permanente.

—Sí, no hay duda de que algo se ha interpuesto entre los primos Lamb —dijo Gertrude, como resumiendo el tema para prevenir el tener que evitarlo perpetuamente—. Dudo mucho que el mayor de ellos comprenda la naturaleza de esta barrera; es un hombre para quien la integridad es algo que no se pone en tela de juicio.

—No pueden compararse —dijo Magdalen, sugiriendo su voz que bajo la calma se agitaba un remolino de sentimientos—. Mortimer ha pasado la mitad de su vida ocupando un lugar difícil. Y al brindarle Charlotte cierta simpatía femenina enteramente natural, sentó las bases para otros sentimientos.

—Creo que así debe de haber comenzado, mi pequeña sabia. Pero tú sabes que el sentimiento no permanece estacionario. Se mueve en una o en otra dirección, y en este caso no hay dudas sobre la dirección en que se ha movido. Si yo hubiese sido Mortimer, hubiese encontrado la manera de tener una profesión.

Magdalen lanzó una carcajada cargada de emoción.

—Aquí viene el hermano al rescate —dijo Gertrude levantándose—. Dejaré que el sentimiento de toda una vida haga su obra. Después de todo, fue el primero.

—No excluye otros —dijo Gideon—. Y me alegraría de ver otro añadido a él.

—Es una alegría muy curiosa —dijo Gertrude, de pie con aire imparcial y franco—. Me cuesta creer en ella o en el sentimiento que la permite. Uno de los dos sentimientos tiene que ser falso. Un afecto realmente intenso excluye otros. Tiene que hacerlo. Lo hace.

—Creo que la señora Lamb está por regresar muy pronto —dijo Gideon.

—Dentro de seis semanas —puntualizó Magdalen.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó su madre.

—No tengo la menor idea. Supongo que lo escuché por ahí.

—¿No te has estado encontrando con Mortimer Lamb sin mi conocimiento?

—¿Cómo puedo encontrarme con él? ¿Cómo puedo reunirme con persona alguna sin que mi familia me observe desde todos los ángulos?

—Te sentirías muy desgraciada si no tuvieras una familia, hija. En estos momentos, es tu única salvaguarda.

—Todo el mundo ha deseado a veces desprenderse de su familia —comentó Gideon.

—Pues yo no —dijo Gertrude con el mismo aire de franqueza—. Sencillamente deseo compartirlo todo con ella. No podría mantener una parte de mi propia vida separada de la de mi familia. Es posible que esto sea poco frecuente; no puedo decirlo.

—Yo diría que es único —dijo su hijo.

—No es la primera vez que se me aplica esa palabra. Pero yo no soy quién para juzgar si ha sido con justicia.

Magdalen lanzó otra carcajada.

—A menudo compartir significa compartir lo que pertenece a los demás.

—Es difícil no desearlo —dijo Gideon.

—Eso sólo haría que las cosas nos fueran más propias —afirmó Gertrude—. A mí me haría sentir como si hubiese recibido una porción mayor de ellas, no una menor.

—Me parece una buena razón para compartir —observó su hijo.

—Sí; así deben verse las cosas, hablarse de ellas y resolverlas —dijo Gertrude, aún de pie ante sus hijos—. Debemos compartir lo que sentimos, exponerlo abiertamente ante los ojos de los demás. Así nada puede fermentar o pudrirse bajo la superficie. Todo permanecerá sano y seguro, salvaguardado naturalmente por la luz del día. ¿No es así, hija mía?

Magdalen salió de la habitación con rapidez, casi furtivamente.

—¿Experimentará un sentimiento realmente profundo por Mortimer Lamb? —preguntó Gertrude.

—Mi querida mamá, es fácil verlo. ¿Y por qué no? Me parece un hombre muy agradable. Y me imagino que su primo podría hacer algo por él.

—La que controla la bolsa es la mujer de su primo, y está dispuesta a concederle todo, incluido a sí misma, si no me equivoco.

—¿Crees realmente que ese matrimonio está cerca de una ruptura?

—Así lo creo —dijo su madre con deliberación—. No puedo cerrar los ojos.

—Entonces no es de extrañar que Magdalen esté tan perturbada. Tiene motivos suficientes. ¿Estará Horace Lamb preparado para algo así?

—No sabe nada aún. No está preparado. Su barca se aproxima a los arrecifes y lo lleva hacia ellos sin que él lo sospeche. Por supuesto que no es un hombre feliz y que no está satisfecho de la vida que le ha tocado en suerte. Pero de todas maneras recibirá una fuerte impresión. Su barca deberá chocar y volcarse antes de que sobrevenga la calma.

—¡Pobre Magdalen! —dijo Gideon.

—Ya se librá de todo esto y volverá a ser la misma. Su vida tiene satisfacciones suficientes para llenarla.

—Ya no la satisfacen.

—Lo que ha sido, volverá a ser. Sabemos a quién pertenecía su corazón y a quién retornará.

—No lo había dado a nadie pero lo ha hecho ahora.

—Puede tener menos significado del que tú le atribuyes. Magdalen es muy impresionable.

—Que la gente sea propensa a sufrir emociones no hace que éstas sean menos intensas.

—Tiene un hermano excelente —dijo Gertrude, como si esto fuese algo extraordinario—. Volverá a sentir que eso le basta.

—Sus sentimientos se habían volcado por su única vía de escape. Ahora han encontrado otra. Nunca será lo mismo.

—No. No. No será lo mismo. No es eso lo que quiero decir. Habrá una diferencia. Magdalen será una persona que ha despertado a la vida, lo que no había hecho hasta ahora. Y por lo tanto podrá dar mucho más.

—Pero no a nosotros. La gente no puede al mismo tiempo ofrendar sus sentimientos y guardarlos. Lo has dicho tú misma. No te estás mostrando consecuente.

—Tal vez no; no estoy tratando de hacerlo. Hay tanta verdad en los diferentes aspectos de las cosas.

—Tendrás que tener paciencia con ella.

—Puedo hacerlo. No necesitas temer por mí. Creo que ya he demostrado paciencia. Y ahora, tengo algo que hacer. Cuando Magdalen vuelva, sé con ella el mismo de siempre.

—Desgraciadamente no puedo ser otra cosa.

Gertrude tardó algún tiempo en su cuarto y luego bajó vestida para salir. Por la puerta posterior, Magdalen apareció silenciosamente y se unió a ella.

—¿Vas a caminar conmigo, querida?

—Vamos a la misma casa. Sería absurdo ir separadas.

Gertrude, confundida tanto por las palabras como por el tono, continuó caminando, pronunciando de vez en cuando algunas frases triviales. Ambas llegaron a su destino sin haberlo mencionado.

Bullivant abrió la puerta.

—¿Está en casa el señor Lamb?

—Se está reponiendo de un resfriado, señora, y está descansando.

—¿Quiere usted decirle que una vieja amiga desea verlo?

Bullivant le lanzó una mirada interrogativa.

—Sí, ya sé que no es ése el caso —dijo Gertrude, sonriendo—. Bueno, desplegaré mi propia bandera. Pregúntale si puede recibirme.

Bullivant volvió con un rostro que podía haber sido una máscara, y que lo era, si por máscara se entiende algo que disimula lo que está detrás; precediéndolo hacia el cuarto de Horace, Gertrude miró hacia atrás como si presintiera una amenaza y casi pudo ver caer esa máscara.

—¡Entró y fue bien recibida, señora Selden! Es como para preguntarse lo que diría la señora.

—Creo que podríamos imaginarlo, si ella fuese capaz de decirlo. Y mi opinión es la misma. No siento ninguna afición hacia lo que es falso. Palabras y personas deben tener autenticidad para que yo las pueda apreciar. Nunca finjas ser lo que no eres, Miriam, ni lo que no puedes llegar a ser.

—Es fácil ver lo que soy.

—Pues conténtate con eso. Es suficiente ser una muchacha buena y hacendosa, sin falsas pretensiones. Es absurdo aspirar a ser sólo una imitación.

Miriam no dijo nada.

—Y si te toca en suerte ser útil a otros, debes saber agradecerlo, como lo he sabido yo, pues te servirá para conseguir un bien muy superior.

—Creo que me bastaría un bien corriente —dijo Miriam, con cierto fulgor en los ojos.

—¿De qué puedes quejarte tú?

—De nada —dijo con sinceridad y apresuradamente.

Gertrude había subido hasta la habitación de Horace y le había cogido una mano, mientras su hija la había seguido dando la impresión de caminar en puntillas.

—Vuelva usted a su diván —dijo Gertrude apoyando sus manos en los hombros de Horace—. Ya vi que se levantó al vernos entrar. Esas cosas no se me escapan. Vuelva a él antes de que cambiemos una palabra más. Nos dijeron que usted no se sentía bien, pero espero que la presencia de una persona amiga sea bienvenida y pueda ayudarlo a sentirse más animado.

—He estado alejado de la vida, pero es tiempo de que este interludio termine; aunque es la parte más fácil de vivir.

—Sí. Lo difícil es la vida.

Horace sonrió a Magdalen y le indicó un asiento, incapaz de imitar la ceguera de

su madre ante su presencia. Gertrude se movió automáticamente para dejarla pasar.

—Los amigos siempre representan una ayuda recíproca —dijo, sin volver a su posición anterior y casi sin notar que la había abandonado.

—Yo vivo sin ayuda. No forma parte de mi vida. Se supone que estoy por encima de ella, que debo darla pero no necesitarla.

—Y su posición le hace necesitarla mucho. Ser a la vez padre y madre, protector, consejero y gobernante, si así se necesita; es una carga pesada para llevarla solo.

—Pareció que iba a caer enfermo, y ahora necesito ayuda, no en mi enfermedad, sino al haberme librado de ella. Siento el peligro de la recuperación; hubiese sido más seguro estar enfermo.

—Todos hemos conocido la sensación de seguridad que proporciona una enfermedad —dijo Gertrude—, excepto aquellos que, como mi Magdalen, no han abandonado jamás su primer refugio. No está allí el peligro para la mayoría de nosotros. El peligro está afuera, como usted bien dice. Pero en su caso, el amenazado es usted y no otros a través suyo, como usted parece creerlo.

La conversación que se desarrollaba entre Gertrude y Horace era escuchada por Magdalen y fue interrumpida por Emilia.

—Siempre debe haber final para todas las cosas. Nuestro enfermo se mostrará agradecido y nuestros amigos obedientes, no lo dudo.

Gertrude se puso de pie inmediatamente y se dirigió a la puerta, dedicando apenas una mirada a Horace, ninguna a su hija y dando un apretón de manos a Emilia al pasar.

—Obedecer a las autoridades es uno de los deberes de la vida... uno de nuestros deberes para con ella. Lo sé. He tenido que imponer a menudo mi propia voluntad.

Dejó la casa con cierta excitación en su aspecto, y Magdalen la siguió a pasos cortos y rápidos, como esforzándose por mantenerse a su lado. Su expresión era más fija, y su madre volvió al tono normal de sus relaciones.

—Así es que Mortimer Lamb no se encontraba allí hoy.

—No preguntamos por él. Tú querías ver al señor Lamb.

—Creo que nuestra visita le hizo bien. Me pareció que era lo que necesitaba. Es muy fácil recetar soledad, cuando lo que hace falta realmente es la compañía apropiada. La monotonía no es una buena medicina.

—Cuando vuelva su esposa, la casa cobrará más vida. Volverá a ser la de antes.

—Y volverá a ser extraña, por lo que se puede deducir. Es una situación que lleva en sí material explosivo. Sólo podemos esperar. La explosión tendrá que venir.

—Hablas como si la desearas.

—Si las cosas han de suceder, no tiene objeto retardarlas.

—Esperemos que no tengan que suceder.

—¿Y eso de qué sirve? La gente habla como si sus esperanzas pudiesen influir sobre el futuro.

—Y también como si sus profecías hiciesen lo mismo. En este caso, la esperanza

me parece más generosa que la profecía.

—Un hogar desgraciado que se deshace no es motivo de lágrimas —dijo Gertrude, suavemente—. Es un cambio saludable y mientras más pronto sobrevenga, mejor.

—No puede haber cosa más triste que ver niños privados de su madre.

—Así es —dijo Gertrude—. En eso tienes razón. Los niños y la madre no deben verse separados. No es así como deben arreglarse las cosas.

—Me imagino que no querrás a los niños.

—No. Tengo mis propios hijos —dijo Gertrude, volviéndose y cogiendo entre sus manos el rostro de su hija—. Y no los cambiaría, aunque uno de ellos es una personilla perversa que no comprende a su madre.

Horace y su tía quedaron solos.

—Espero que no estés fatigado —dijo Emilia—. No hay nada más agotador que dos personas hablando a la vez.

—Eso no llegó a suceder —respondió su sobrino—. No sé con qué objeto vino la hija.

—Esperaba ver a Mortimer. Pero no quise enviarlo aquí. No me gusta influir en estas cosas.

—Eso es algo que no se me había ocurrido.

—Ya me parecía. Pero para mí ya ha dejado de ser una novedad.

—¿Lo sabe Mortimer?

—Difícilmente podría no verlo.

—No creo que piense en una cosa así.

—No. Me imagino que no podría mantener a una esposa.

—Nunca he pensado que tuviese deseos de hacerlo.

—No —dijo Emilia—. Cuando una persona no tiene medios de vida, nos imaginamos que manteniéndolo satisfacemos todas sus necesidades.

—No puedo imaginar mi vida sin él. Tendría que quedarse aquí.

—Podrías imponer tus condiciones —dijo Emilia.

Alcanzó luego a su sobrino todo lo que le era necesario, recogió una carta del suelo y se la puso en la mano, y lo dejó para que se repusiese.

Al volver encontró otra diferencia. Horace se paseaba por el cuarto en forma que le era extraña, y no parecía ver ni oír. Emilia supuso que estaba alterado por la posibilidad de perder a Mortimer, y le aconsejó irse a la cama como un medio de escapar hacia la soledad.

CAPITULO VI

—Sé que no me esperabais —dijo Charlotte—. Me declaro culpable de haber cometido la locura de volver inesperadamente. No apruebo lo que hacéis, pero debía imaginarme que así sería. No habéis preparado nada de lo que pensabais tener dispuesto para mi regreso. Lo dejasteis para los últimos momentos, que son siempre los mejores, pues tienen gran capacidad. ¿Y de qué sirve cumplir con los deseos de una persona que no está presente para apreciarlo? Y he llegado a pareceros una extraña. Cuando la gente se halla fuera de nuestra vista se halla fuera de nuestra mente. Las mentes por sí solas parecen no tener gran utilidad.

—Ya estás otra vez en nuestras mentes —dijo Emilia, mirando a los niños—. Y nos ha costado mucho trabajo mantenerte fuera de ellas.

—Ninguno de los niños ha crecido lo suficiente como para no reconocerlo. En realidad, no han crecido en absoluto. Son más pequeños de lo que yo imaginaba. Ni siquiera Jasper ha avanzado hacia la edad ingrata. Y Mortimer no parece haberse vuelto más viejo ni más ordinario. Y Emilia no está más delgada; es exactamente la misma y nunca ha sido delgada. Y aunque Horace ha estado enfermo, no tiene el aspecto de haber escapado de la muerte. En realidad, todos hemos escapado a la muerte. Horace sólo ha escapado menos que los demás.

—Tú te has librado de ella, ¿verdad? —preguntó Avery, aferrándose a su mano—. Podrías haberte ahogado en el mar.

—Debería haber algo en común entre la muerte y un regreso feliz —dijo Charlotte—. Ninguna de estas dos cosas enaltece a la gente. Regresar es algo que hace todo el mundo y el desaparecer no contribuye a realzar una personalidad. Pronto empezará a decir que parece que yo no hubiese estado nunca ausente, lo que habla por sí mismo.

—Papá no nos dijo que era posible que no volvieras —dijo Avery.

—No había necesidad, pequeño —interrumpió Horace—. Estaba seguro de que mamá regresaría, y no me equivoqué.

—¿Tú también estabas segura? —preguntó Avery a Sara.

—Tan segura como es posible estarlo.

—Bullivant no ha envejecido un día —dijo Charlotte—. Y se mueve entre nosotros igual que el día en que partí. Por supuesto que esto era lo más probable, pero me hace sentirme sorprendida y llena de agradecimiento. Y creo que George se ve algo mayor, por lo que todo parece estar muy bien.

—Y así ha sido por un período corto —dijo Emilia, mientras la mirada que Bullivant lanzó a George le hizo ver que éste apenas tomaba en cuenta una diferencia que no se traducía en resultados concretos.

—Las cosas se prolongan tanto —dijo Charlotte—. El único cambio verdadero que noto es que todo parece estar mejor que antes.

Recorrió su hogar con la vista y vio que había dado en el clavo. Las cosas habían

mejorado: la alimentación, los fuegos, las luces, las ropas de los niños, que eran las que ella recordaba como las mejores.

—¿Me esperabais? ¿Os había llegado algún rumor? ¿Sabíais de la llegada del barco?

—No sabíamos nada —respondió Mortimer, hablando por la primera vez—. No teníamos noticia alguna. Ha sido una sorpresa completa.

El sonido de su voz hizo notar a Charlotte otro cambio. Sabía ahora por qué le había parecido más viejo. Parecía hallarse alejado de Horace y de los niños, que se mostraban extrañamente unidos y en paz. Su bienvenida había sido más vaga de lo que ella había esperado, y la de los niños más infantil y menos profunda. Habían vuelto a ser niños y eso es lo que la había hecho encontrarlos más pequeños. La voz de su hijo mayor, que se dirigía al más pequeño, interrumpió sus pensamientos.

«Fai, fi, fo, fe,
huelo la sangre de un inglés.
Ya esté muerto o vivo esté,
Con sus huesos pan me haré.»

Avery atravesó el cuarto corriendo hasta la silla de su padre, y Horace lo rodeó con el brazo.

—Hoy beberéis el té con nosotros porque mamá ha regresado a casa. No necesitáis devoraros unos a otros. El pan con mantequilla es más sabroso que un pequeñuelo.

Avery comenzó a reír y continuó haciéndolo hasta que su risa se volvió artificial, con el propósito evidente de complacer a su padre.

—No estáis acomodados como para tomar té en el salón —observó Emilia.

—Nos vemos mejor que con nuestras ropas anteriores, que nos quedaban chicas —replicó Jasper.

—Así es que no, no os habéis vuelto más pequeños sino que habéis crecido —dijo Charlotte.

—Eran las ropas las pequeñas —dijo Avery—. Y se hacían cada vez más estrechas. Las ropas encogen.

—Apenas merecían ese nombre —comentó Tamasin—, si ropa quiere decir algo que cubre.

—Creo que la gente no nos miraba cuando las llevábamos puestas —dijo Marcus.

—Ahora nos mira aún menos. Parece que preferían nuestro aspecto anterior como espectáculo.

—La gente siempre se fija en las desventajas de los demás —dijo Sara—, aun en los niños.

—¡Qué grupo de cínicos! —exclamó Horace.

—Ahora podemos quedarnos para escuchar el sermón —dijo Avery, mirando a su

madre—. Eso es algo que no es tan agradable como antes.

—La niñera puede salir fuera contigo si lo quieres —propuso su padre.

—Podría salir con mamá.

—No, mamá se quedará conmigo. Tendrás que salir con la niñera o quedarte.

—Entonces será con la niñera —contestó Avery en tono de conformidad.

—Estamos pareciéndonos a los otros niños —dijo Marcus—. Pero creo que sabemos más sobre las cosas que ellos. Parece que mientras menos se tiene, más se aprende.

—No está de más tener algunas reacciones infantiles —dijo Horace.

—Ahora no —intervino Avery—. Ni siquiera en Sara.

—En ninguno de vosotros —añadió su padre.

Charlotte escuchaba a su esposo y a sus hijos sin saber dónde volver los ojos. Dominó un impulso de mirar a Mortimer, sintió que él hacía lo mismo, miró a Emilia y vio en ella la misma reacción.

—¿Por qué tratas de descubrir defectos en nosotros, ahora que papá no lo hace? —preguntó Marcus a su tía.

—¿Es ése el caso? Bueno, debe de ser porque alguien tiene que ejercer un control saludable.

—¿Por qué ha de ser saludable?

—Si hay motivos para descubrir defectos, probablemente lo es.

—Pero mamá no lo hará —dijo Avery, apoyándose en Charlotte.

—No podemos esperar que las cosas sucedan antes de tiempo —recordó Horace.

—Era muy triste cuando teníamos que hacerlo —dijo Marcus para sí.

—Tía Emilia debería haberme señalado mis defectos —observó Horace, apartando los ojos de su esposa—. Tuve que hacerlo por mí mismo.

—No es algo que la gente haga a menudo —dijo Avery.

—Mamá se alegrará —opinó Jasper—. Así no tendrá que estar siempre contra ti.

—En el fondo, mamá y yo deseamos las mismas cosas.

—Supongo que a veces te olvidarás de ser diferente —dijo Marcus.

—Seguramente lo haré, pero vosotros seréis pacientes. Y es posible que no lo olvide tan a menudo. Me alegro de estos cambios tanto como vosotros. Tuve que sufrir a causa de mis propios errores. No fuisteis solamente vosotros los que tuvisteis que pagar por ellos. Ahora lo comprendo.

—¿El estar enfermo hace que la gente vea las cosas con más claridad? —preguntó Marcus.

—Tendría que haber estado terriblemente enfermo para eso —comentó Jasper.

Horace sonrió para sí.

—¿Tienes frío, Sara? —preguntó.

—No todavía, papá, gracias. Sólo estoy tomando precauciones.

—Prevenir es mejor que curar —sentenció Tamasin.

—Avivaré el fuego —dijo Jasper, adelantándose—. Hubiese preparado un montón

de leña si hubiese sabido que mamá se encontraría aquí.

Horace lo contemplaba con expresión reposada pero ausente. Emilia miró a Charlotte y Bullivant hizo lo mismo.

—Llevaré la taza de mamá al lado del fuego —dijo Avery.

—Huelo la sangre de un inglés —gritó Jasper, avanzando hacia él.

Avery se volvió para escapar, tropezó con una alfombra y cayó haciendo trizas la taza.

—Nuestra pobre mamá tendrá que esperar un poco por su té —suspiró Tamasin.

Avery dejó escapar una carcajada estridente que terminó en sollozos.

—No le ha sucedido nada, ¿verdad? —preguntó Horace.

—En ese caso no lloraría —dijo Marcus.

—Quiero decir si no se ha lastimado.

—No, no lo creo.

—No se ha lastimado, papá —informó Sara.

Avery contempló un pequeño corte en un dedo como si no estuviese de acuerdo con esta afirmación.

—Te lo vendaré —ofreció Jasper.

—Ahora sí que Jasper puede oler la sangre de un inglés —comentó Tamasin.

—¡No! —exclamó Avery, repudiando la idea.

—Que alguien me traiga una taza de té —dijo Sara, sentándose junto a su madre.

—¿Por qué no vas tú a buscarla? —replicó Marcus.

—Creo que bien puedes atender a tu hermana mayor. Bastante te he cuidado a ti.

—No últimamente; ya no eres tan buena como antes.

—Era demasiado buena —intervino Avery.

—Tal vez —dijo Sara, mirando a Charlotte—. Y no es verdad que el pensar en los demás antes que en uno mismo nos haga más felices.

—Es demasiado anormal para ser conveniente —comentó Tamasin—, pero tú eres la única que podía caer en ese error.

—Tendremos que preocuparnos de que no caiga en él muy a menudo —dijo Horace.

—Es mejor ser sólo lo suficientemente bueno —sugirió Avery.

—Los borrachos y los niños... —dijo Horace, sonriendo a su esposa.

—¿Habéis hecho el trabajo que os encargó el señor Doubleday? —preguntó Emilia.

—La dilación es un robo al tiempo —dijo Jasper cuidadosamente.

—En este caso el robo ya se ha hecho —concluyó Tamasin—. Es demasiado tarde para hacer algo.

—Mamá no regresa todos los días —recordó Horace.

—Desgraciadamente lo hace el preceptor —dijo Tamasin—. Se nos está haciendo difícil encontrar excusas.

—Pero en esta ocasión ya la tenéis —afirmó su padre.

—¿Con quién aprendéis más? —preguntó Charlotte—. ¿Con el preceptor o con tía Emilia?

—Con tía Emilia —replicó Marcus.

—Yo no estoy tan segura —dijo Sara.

—Yo sí —dijo Tamasin—. Yo aprendía más con tía Emilia.

—Sara avanza más que nosotros con el señor Doubleday —dijo Marcus—. Pero Jasper parece no avanzar en absoluto.

—Y es él quien hizo necesario un preceptor —musitó Horace, con voz triste.

—Jasper no puede depender siempre de su familia —dijo Charlotte—. Tiene que buscar su propio nivel. Y el preceptor sirve para este propósito.

—El señor Doubleday ya ha descubierto cuál es ese nivel y lo considera muy bajo —terció Tamasin.

—¿Qué opina del tuyo? —preguntó Horace.

—Que es algo mejor, pero no mucho.

—¿Y el de Sara?

—Mucho mejor —dijo Tamasin, sentándose frente a su padre y alzando los ojos hasta él.

—¿Por qué te sientas siempre donde papá pueda verte? —quiso saber Marcus.

—Espero que lo hagas siempre —suspiró Horace.

—Incluso antes lo hacía —dijo Avery.

—Me agrada saberlo —dijo Horace—. Y ahora, os diré que no podré leeros esta noche. Mi excusa es la misma que daréis vosotros al preceptor. Mamá no regresa todos los días.

—Sara nos leerá —dijo Avery—, y será mejor así. Las cosas están siempre bien, desde que se pusieron mejor, ¿verdad?

—Así parece —dijo Horace.

—Te gustaría haber sido siempre como eres ahora, ¿verdad, papá? —preguntó Marcus, mirando a su padre.

—Sí, pero nunca es tarde para cambiar. Por lo menos, es lo que espero.

—Tenía la idea de que en cierto sentido era siempre tarde para cambiar. ¿A menudo es la gente tan diferente de lo que aparenta?

—Puedo haber sido un extremo. Temo que vosotros tenéis mucho que olvidar.

—¿Es que la gente puede olvidar las cosas que han sucedido durante mucho tiempo?

—Entonces diré que tenéis mucho que perdonar —corrigió Horace.

—Ahora resulta todo mucho más agradable, porque antes no lo era —dijo Avery, como tentando camino.

—¡Mi bondadoso hijito! —exclamó Horace.

Emilia se levantó y salió de la habitación, como para poner fin a la conversación, y Marcus la siguió indeciso con la vista.

—¿Puedo asistir a la primera parte de la lectura? —preguntó Horace.

—Sara es capaz de leer para un hombre grande —afirmó Avery, poniendo su mano en la de su hermana y transfiriéndola luego a la de su padre.

—Veo que se considera poco peligroso dejarnos solos, Charlotte —dijo Mortimer inmediatamente—. Eso quiere decir una cosa: que debemos aprovechar la ocasión al máximo.

—¿Qué sucede? ¿Está Horace en peligro de muerte? ¿O acaba de escapar a ella? No sabía que se hubiese encontrado tan enfermo. ¿Es esto lo que debemos aceptar? ¿Deberemos olvidar el pasado, cincuenta y cuatro años de pasado en tu caso? Tengo que oír lo que ha sucedido. Tengo que saberlo por labios humanos.

—El cambio está a la vista. No necesito describirlo. De pronto Horace se transformó en el padre que has visto. Lo que hay detrás de esto, es algo que no podemos saber ni adivinar. Apenas me dirige la palabra. Se muestra conmigo tan cambiado como con los niños, pero en el sentido opuesto.

—¿Qué ha llegado a saber? Ése es el problema; ésa es la solución, el punto vital. Debe de saberlo todo. Horace no adivina. Sí pudiese hacerlo, lo hubiese hecho hace mucho tiempo.

—No podemos arrebatarse los niños ahora que está unido a ellos por todos los lazos naturales. La bondad y la comprensión ganan pronto el corazón de los pequeños. Es un camino fácil.

—Esas virtudes ganan cualquier corazón. Ese camino puede no ser el más fácil, pero es el mejor. Casi conquistó el mío mientras lo observaba. Me hace recordar las esperanzas de mi juventud. ¡Pero que sea Horace el que tome este camino, y que lo tome abiertamente! Sólo lo creo cuando lo veo ante mis ojos.

—Y allí estará a menudo —dijo Mortimer—. Tan a menudo como lo estén los niños, lo que sucede con mucha más frecuencia que antes. Los niños se están convirtiendo en la razón de su existencia, y él en el centro de la de ellos.

—No renunciará jamás a ellos —dijo Charlotte, como si las palabras le fueran arrancadas a la fuerza.

—Ése es el sentido de todo esto, Charlotte. Y tampoco tú renunciarás a ellos. Eres madre ante todo, y fuiste esposa en primer término. ¿Qué puedes darme que sea de verdadero valor?

—No tendría nada que ofrecerte —dijo Charlotte, estallando en lágrimas—. Nostalgia por los niños, remordimiento por haberlos abandonado, temor de que Horace volviese a sus antiguos métodos o exagerara los nuevos. Sería demasiado poco. No puedo ofrecértelo.

—Yo lo aceptaría si lo hicieras. Pero sé que no lo harás y tú también lo sabes. Este hogar se ha transformado en un hogar feliz y nuestras esperanzas se basaban en su infelicidad. Horace vio que nuestro futuro se cimentaba en la arena.

—¿Qué más ha visto? ¿Y cuándo lo vio?

—Tiene que haberlo visto todo. Tiene que haberse encontrado con alguna prueba. ¿Cómo? No lo sé. Tampoco sé exactamente cuándo. No tengo ningún indicio. A la

casa no han llegado cartas. En realidad no he recibido cartas tuyas durante varias semanas. Tuve que preguntar a Horace para tener noticias tuyas.

—Deberías haber recibido una carta junto con la última para Horace. La envié donde la señorita Buchanan. Tiene que hallarse allí, a menos que se haya perdido. Es mejor que averigües; puede caer en otras manos. Es suficiente que Horace conozca lo que sentimos. Y ahora no nos atreveremos a mirar al futuro.

—Y Horace sí se atreve. No sé si lo sabes, Charlotte, pero Horace es un hombre muy valiente. Lo ha demostrado durante estas últimas semanas. Cambió repentinamente, completamente, y lo hizo ante los ojos de todos. Minuto a minuto se coloca ante la boca del cañón. Casi puede decirse que está viviendo ante él. Y ahora avanzará hacia él, personificado por ti.

—Y yo puedo personificarlo —dijo Charlotte, retorciéndose las manos.

Horace entró en la habitación con Emilia, como trayendo un testigo para la escena que se produciría.

—Charlotte —dijo, mirando a su esposa a los ojos—. No te he hablado aún de lo que se interpone entre nosotros. Es posible que no te hable de ello.

—Lo haré yo —dijo Charlotte al instante—. No mantendremos un inmenso silencio artificial. Mortimer y yo no podíamos soportar lo que sucedía en esta casa; habíamos llegado al cabo de nuestra capacidad de sufrimiento. No podíamos dejar que unos niños indefensos siguieran padeciendo. Pensamos en alguna vía de escape para todos nosotros y habíamos decidido tomarla. Hubiese sido la manera mejor, la única posible. Pero he vuelto a casa y he encontrado que todo es diferente, que todo está como siempre debería haber sido. ¡Si te hubieses mostrado siempre así, Horace! ¡Si hubieses vivido así desde el comienzo! Esto prueba que eres capaz de hacerlo, que hubieses podido hacer fácil el camino más difícil. No mejora los años pasados, pero por el momento destruye la base de nuestra posición. Tienes el futuro en tus manos, y el poder de mantenerlo allí. Pero el pasado constituye mi tragedia y tu culpa. No eres un mártir. El martirio a que tú me sometiste fue mucho más largo.

—El pasado no retornará —dijo Horace—. Sé que mi camino es difícil, pero el saberlo me ayudará a mantenerme en él.

—¿Comprendes que tu esfuerzo es tardío? Tienes que borrar muchos años. Los niños llevan esos años en la memoria, y su niñez desgraciada en el corazón. Cualquiera recaída será algo que se añada a todo eso. Deberás entenderte con Marcus tanto como con Avery. Avery ha sido protegido; las cosas le han llegado suavizadas; no está fuera de la verdad. Pero los otros no pueden evitar sus actitudes. Deberás aceptarlas. Serán implacables con tus errores. Es lo que tu propio pasado les ha legado.

—Hablas bien, Charlotte.

—Es el resultado de no haber hablado antes. No siempre he guardado silencio en mi corazón.

—¿Por qué guardaste este silencio? ¿Qué razón tuviste? ¿Por qué no mencionaste

tus sufrimientos? Podrían haber sido aliviados. Hubiese sido más justo, tanto para ti como para mí.

—Durante los primeros años hablé muchas veces, y comprendí la inutilidad de mis palabras. Lo sabes, Horace; tu memoria no es tan mala. Entonces no eras el hombre que eres ahora, el hombre en que te has transformado repentinamente. Ha sido un cambio radical e inesperado. Y muestra lo que podrías haber sido. Señala el pasado que podría haber sido el nuestro y que ya no podrá serlo. Como ves, esto implica muchas cosas.

—No te sabía una mujer dura, Charlotte.

—Sabes que ver sufrir a sus hijos día a día endurece a cualquier mujer. No estás desprovisto de entendimiento. No eres una persona tan diferente de las otras. Si no lo supieras, no habrías obrado como lo has hecho. Y tú conoces la verdad que yace a nuestras espaldas. Tú aplastaste la fuente de la niñez, la limitaste por el terror, la forzaste al engaño y presenciaste el daño que habías causado. Abrumaste y estrujaste el corazón de una madre. Lo hiciste mes tras mes, año tras año. Sabías que lo estabas haciendo. Sabes ahora lo que hiciste. Tu conducta actual prueba que lo sabes. Tal vez hable bien. He escuchado a menudo el eco de estas palabras en mi corazón, sorprendida de que tú no las escucharas también. Las digo ahora, no para acusarte o debilitar tus esfuerzos, sino para reivindicar a los que son inocentes. Mortimer y yo actuamos bien, no mal, así como tú siempre actuaste mal y jamás bien. Y ahora que esto ha sido dicho, no necesitaremos mencionarlo otra vez.

—¿No crees que yo pueda tener algo que decir?

—No. Sé que no tienes nada que decir. Y tú también lo sabes.

—¿Cuál esperas que sea mi conducta, Mortimer? —preguntó Horace, como si no hubiese escuchado las palabras de su esposa.

—No espero cosa alguna, mi querido muchacho. He perdido la costumbre de esperar una palabra o una mirada.

—No tomaré en cuenta lo que has dicho. Suena algo extraño. Pero hay algo que debo decir: que conozco la verdad. Y que no quiero escuchar una sola palabra de ti. Veo que no tienes nada que decir.

—Me parece que debería decir algo —dijo Mortimer.

—No podrás seguir viviendo como hasta ahora. No compartirás más mi techo ni comerás mi pan mientras tratas de socavar mi vida. Dejarás de ser un hombre bajo y un falso amigo. Te has comportado mal conmigo. No diré más. También he actuado mal yo. Pero mi pecado ha sido más difícil de evitar, y he sufrido y he tratado de redimirlo. No seré yo el único que comience una vida nueva. Lo harás tú también, o no habrá ningún otro contacto entre tú y yo. ¿Qué pan comerás, si no es el mío?

—El de Charlotte; tengo que comer del de alguien. Yo no lo tengo.

—¿Renunciará Charlotte a los niños por ti?

—Así es que ése es el planteamiento. Ya sabía yo lo que todo esto significaba. Los niños deberán quedarse contigo.

—Sí, eso es lo que quiero decir, Mortimer, aunque eso no es todo. Hace algún tiempo comprendí que había equivocado el camino en mi vida familiar. Pero no me decidía a alterarlo. Todo esto me ha hecho decidirme, me ha mostrado el camino que debo tomar; me ha forzado a ello, si así lo quieres.

—Parece que te ha servido de mucho. Llegarás a sentirte agradecido con el tiempo.

—Nunca me has pedido nada, pero siempre has cogido lo que has necesitado, hasta llegar a desear quitármelo todo. Al cambiar mi vida me he sentido recompensado; no será lo mismo para ti. Pero lo harás, así como yo lo he hecho. No permanecerás bajo mi techo como una amenaza para los que se cobijan en él. Hay dos alternativas para ti. Puedes casarte y quedarte aquí, y yo te proporcionaré habitación y ayuda. O puedes partir, y en ese caso, también te ayudaré a mantenerte. No puedes quedarte con nosotros soltero. No necesitas preguntarme la razón. ¿Hay algo más que decir?

—No creo, mi querido muchacho. No creo que pueda haber quedado algo sin decir. No puede haber habido tanto que hablar.

—¿Admites la verdad de mis palabras?

—¿Es eso lo que he hecho? Entonces no puedo tener nada más que decir.

—Has sido un buen amigo para mí, Mortimer, o más bien, un amigo muy querido. Pero has hecho temblar los cimientos de nuestra amistad. Ahora que ambos comenzamos una vida nueva, llenos de remordimientos por el pasado, y deseando enmendar rumbos, no podemos hacerlo juntos. En el futuro avanzaremos por rutas separadas.

—Ahora que nuestra influencia mutua podría ser tan beneficiosa. Parece que hasta el momento sólo nos hemos brindado la parte peor de nosotros. ¿Y cómo debo seguir avanzando yo?

—Puedes ayudarte a ti mismo y habrá otros que te ayuden también. Yo haré cuanto esté de mi parte, aunque tú no has obrado así conmigo.

—Tendré que dejar mi futuro en las manos tuyas y de los demás. Estás maravillosamente bien situado. No me extraña que hables así. Debe ser maravilloso tener poder y usarlo con moderación y crueldad. No son frecuentes las ocasiones en que podemos ser indulgentes con nosotros mismos y atraer la admiración ajena al mismo tiempo.

—Si te casas, puedes permanecer aquí. Y hay una persona que está dispuesta a ocupar un lugar a tu lado. Sabes que Magdalen Doubleday lo haría. ¿Puedes pedir algo mejor?

—Sabes perfectamente que sí lo he pedido; no has fingido no saberlo. Y justamente el haber aspirado a ese algo es lo que ha provocado todo esto entre nosotros.

—Sería una buena esposa para ti, Mortimer. Y es una criatura intachable. Estoy seguro de que nunca ha hecho daño a nadie.

—Me parece muy gentil de su parte. La mayoría de nosotros lo hace. Aunque no sería intachable si lo hiciera.

—Ella te daría todo lo que posee. Cada vez que te mira, el corazón asoma a sus ojos.

—¿Cómo lo supiste? Tú eras la persona que no sabía ver. Cuando hablas siento que tengo el corazón en la boca. Tal vez eso signifique que Magdalen y yo tenemos algo en común. Pero no son cosas fundamentales.

—¿Por qué no te agrada?

—Creo que tú mismo has expresado los motivos. Parece que ambos la vemos con los mismos ojos.

—Tú no puedes ofrecerle mucho.

—¿No, mi querido muchacho? Eso es algo que debes decidir tú. Dar no ha sido mi hábito. He aprendido a aceptar, lo que es en sí un don.

—Entonces recibe lo que ella tiene que ofrecerte.

—Es que no creo que ella tenga nada que ofrecer. No me parece que las hermanas de los preceptores tengan algo.

—¿Y ella misma?

—Trato de no tomar eso en cuenta —dijo Mortimer.

—Ya te dije que me preocuparía de que tuvieras con qué vivir.

—¿Por qué no me dejas morir, en lugar de planear para mí una muerte en vida?

—No es posible dejar que lleves adelante tus planes, deseas morir tan poco como lo deseo yo.

—Tal vez un poquitín más que tú.

—El amor a la vida es muy fuerte en todos nosotros. Lo sabrías si te hubieras visto cara a cara con la muerte.

—¿Por qué hablas de encarar la muerte, si has dicho que te ocuparás de que pueda seguir viviendo?

—Está la cabaña junto al molino.

—¿Sí? Tiene que haber sido por culpa de alguien, por poco que uno desee mostrarse duro con la gente. ¿Quieres decir que serviría para que alguien encarara allí la muerte? Es húmeda, desde luego.

—En realidad es una casa pequeña.

—Así es. Realmente pequeña. Por eso es una cabaña.

—No puedes pedir mucho, Mortimer.

—Me gustaría no llamarme Mortimer; tiene un sonido recriminatorio. Puedo pedir un poco más que eso, aunque me sorprenda a mí mismo.

—En tu lugar, ningún otro hombre lo haría.

—¿De verdad? No he conocido otros hombres. Ni siquiera te he conocido a ti.

—Es lo mismo que yo siento respecto de ti, Mortimer —dijo Horace tristemente.

—Entonces estamos iguales, y esta charla puede terminar. Me hace sentirme algo incómodo; creo que tú has permitido que sea así. Y no soy el hombre que crees.

Cuando quise quitarte a Charlotte, pensé que sería lo mejor para ella. Y todavía lo pienso. Y cuando pensé en quitarte a los niños, también creí que sería lo mejor para ellos, aunque ahora veo que tal vez no hubiese sido así. No podría serlo si tú has de transformarte en el padre perfecto. Los niños se opondrían, lo que no hubiera sucedido siempre, Horace. Esta vez puedes sobrellevar el reproche. Todo depende de hasta dónde puedas mantener el rumbo de hoy. Fue el mejor que podías tomar. Si Charlotte debe elegir entre los niños y yo, podemos predecir su elección. ¿Pero cómo descubriste la verdad acerca de nosotros?

—No tienes derecho a hacer esa pregunta.

—¿No? No lo sabía. Creí que querrías decírmelo.

—Piensa en lo que te he dicho.

—No, no lo haré; mis pensamientos se alejarán de todo esto. Quedará en el fondo de mi mente, en esas profundidades que no nos atrevemos a perturbar. Todos tenemos esos lugares ocultos, intocables, aunque creo que yo no los he tenido antes. Eso demuestra que puede comenzarse a tenerlos a cualquier edad.

—Bullivant necesitará hacerse cargo de esta habitación. La rutina hogareña no debe interrumpirse.

—Lo que me parece muy curioso; por lo menos podría aparentar detenerse. Pero sería tal vez más curioso que lo hiciera. Es algo que no sabremos jamás. ¿Cuántas comidas más podré paladear en mi viejo hogar?

—No muchas —dijo Horace.

—Me imagino que las cosas no tendrán el mismo sabor en la casita del molino. ¿Has pensado en mi apetito? ¿O esperas que realmente vaya allí a encarar la muerte?

—A encarar la vida, a encarar un futuro mejor. Y no estarás solo.

—Y las penas son más leves si son compartidas. Aunque podría pensarse lo contrario; no me parece una visión muy bondadosa de la vida. Así es que seré uno de esos seres que se casan para escapar a la soledad. Preferiría casarme por un motivo más agradable. Escapar a la soledad no lo es.

—Magdalen se casará contigo por amor. Serás más afortunado que ella.

—¿Sí? Pensé lo contrario. Pero estoy aprendiendo a dudar de mí. ¿Supongo que vendrás a verme?

—Será mejor que no nos veamos demasiado a menudo.

—Oh, no demasiado a menudo; sólo el número apropiado de veces. Siempre serás bienvenido en la casita del molino, Horace. Y trata de pensar bien de mí. Siempre lo hice respecto de ti, aun en los momentos en que era difícil hacerlo. Cuando comprendí que te estabas haciendo perfecto, pude apreciar la diferencia. Siento que esto es una despedida; es posible que sea la despedida al Horace de antes. Pero hay algo que debo pedirte.

—Charlotte no sufrirá más.

—Me has concedido lo que te pido, sin haber formulado mi petición. No creo que esto me haya sucedido antes. Mis peticiones son a menudo desestimadas aun después

de haberlas expresado. Y el expresarlas hace que pierdan valor. La palabra no parece ser adecuada a las peticiones. Preferiría no pedir una casa mejor que la del molino; preferiría que me la concedieras antes de pedirla.

—Es lo más que puedo hacer por ti, Mortimer. La verdad es el camino más caritativo.

—¿Sí? No quiero saber entonces cuál será el menos caritativo. Después de todo, eres el mismo Horace de siempre. Debería sentir cierta alegría ruin por eso, pero no es así.

—Me gustaría poder decir que eres el mismo viejo Mortimer.

—Tal vez tengas derecho a decir la última palabra, pero me parece que te estás aprovechando de la ocasión. ¿Cómo podrías decir que soy el mismo, si has organizado las cosas para aplastarme?

—Te creí más hombre, Mortimer.

—Siempre pensaste de mí más de lo que yo merecía.

—Temo que ésa sea la verdad.

—Te estás aprovechando, pero tal vez tengas razón. La mayoría de la gente me consideraba apenas un hombre. Y ahora voy a ser un marido. Me parece un poco absurdo.

—¿Cuáles eran tus planes para el futuro?

—Te estoy dando todas las oportunidades, ¿verdad? No creo que a Magdalen le agrade verte rebajándome constantemente.

—Que ésta sea la última vez que hables así de ella. Tienes que comprender cuál es tu situación y la de Magdalen. Tienes que ser un marido leal.

—¿Lo seré realmente? He recuperado mi buena opinión de mí mismo y tú también lo has hecho. No hubiese podido soportar perder tu estimación, Horace.

—Ésa es la parte que más me apena.

—A mí no. Nunca he podido creer que las penurias materiales no sean las peores.

—Ya he dicho que no las tendrás.

—¿No recibiré la casa del molino y escasamente lo necesario para vivir? ¿O sólo me has estado amenazando, Horace?

—Sabes que no puedes permanecer en esta casa. Y sabes que no pensabas permanecer en ella. Olvidas que conozco tus intenciones.

—Es difícil olvidarlo. Esta entrevista debe haber tenido alguna base. Pero no puedo comprender cómo lo supiste. Me imagino que me lo dirás.

—Es mejor que no —dijo Horace.

—Sería mejor que tú pudieses mostrarte aliviado y triunfante, y que yo satisficiera mi curiosidad. No veo cómo puedes resistir a la tentación de contármelo.

—¡Pensar que Charlotte iba a ser objeto de lenguas maliciosas y ojos curiosos! Ibas a causarle mucho daño, Mortimer.

—¿Por qué tienes que imaginarte cosas así? Tú no sabes hasta qué punto pensábamos ser francos y sinceros.

—No, eso no lo sé.

—¡Qué gran oportunidad! ¡Cómo te hubiese admirado yo si no la hubieses aprovechado, Horace! Y en verdad casi siento admiración por ti. Te has portado como todo un hombre en esta entrevista. No puedo evitar el deseo de que te hubieras conducido como una mujer y que hubieras explicado cómo llegaste a saber todo esto, gozando de tu pequeño triunfo. No me extraña que nos agrade estar en compañía de mujeres, que no pueden guardarse nada. Me encanta compartirlo todo. Pero no lo has hecho mal en tu estilo rígido y masculino.

—Tampoco lo has hecho mal tú, Mortimer —dijo Horace con una semisonrisa—. Me mantuviste mucho tiempo viviendo en las nubes. De la vorágine que ellas ocultaban sólo me separaba una delgada corteza. ¿Qué sentías al verme caminar en el aire?

—También yo me sentía así. Y estaba en lo cierto. Es a mí a quien me ha faltado la base en que pisaba.

—No hay amarguras entre nosotros. Yo no la siento; sólo siento desilusión y dolor.

—También yo siento desilusión. No puedo fingir lo contrario. Y no comprendo cómo tú puedes no sentir amargura. Me hace sentirme aún más incómodo. Tal vez ése es tu objeto, lo que es amargura, después de todo.

—Tú no puedes sentir ninguna.

—Creí que el que estaba actuando mal era el que la sentía. Pero me alegro de que no sea así. Esas sutilezas me inquietan.

—¿Conocías los sentimientos de Magdalen hacia ti?

—Sí, y me sentí halagado y fui demasiado bondadoso como para repudiarlos. Así es que tal vez las bases estén echadas. ¿Conocías tú el sentimiento que inspiras a su madre?

—Vi en ella amistad e interés por mí, y me he sentido agradecido.

—Veremos cómo reacciona ante un romance entre Magdalen y yo. Eso aclarará la situación, lo que me parece muy necesario.

—Vendrán a visitarnos mañana por la tarde. Podrás aprovechar la oportunidad.

—Tal vez Magdalen venga para proporcionármela. Sería muy propio de su espíritu generoso. Debo comenzar a hablar de ella en forma apropiada.

—Deberías agradecer todo sentimiento humano. Son difíciles de conquistar.

—No lo creo. Tú y yo hemos conquistado algunos últimamente, y te he visto atraer el cariño de los niños. Debemos poseer personalidades encantadoras.

—Me parece que es la mejor solución, Mortimer.

—Trataré de sobrellevarla por ti, Horace. Me parece que te debo ciertas compensaciones. Te las brindaré durante toda mi vida.

Al día siguiente, los visitantes llegaron a hora temprana, y Gertrude se dirigió inmediatamente al dueño de casa.

—Hemos llegado demasiado temprano, pero no me disculparé por ello. No creo

que retardar un encuentro con nuestros amigos sea un proceder recomendable. Por eso estoy aquí antes de la hora convencional y sin sentir remordimientos.

—Siempre estamos contentos de verlas —dijo Emilia—. Y la esposa de mi sobrino se halla aquí para darles la bienvenida. Bajará en seguida. Seguramente saben ustedes que llegó repentinamente.

—Me imagino que lo supimos casi tan pronto como ustedes —dijo Magdalen, sonriendo—. Las noticias circulan rápidamente en una aldea.

—Usted parece que se halla cansado por el esfuerzo de volver a la vida cotidiana —dijo Gertrude a Horace, casi simultáneamente con las palabras de su hija.

—He tenido preocupaciones, pero me siento ahora mejor que nunca. Veo mi camino con claridad.

—Ven a sentarte a mi lado y a conversar con el señor Lamb —dijo Gertrude a su hija, que aceptaba una silla que le ofrecía Mortimer—. Ése es el asiento que iba a ocupar la señorita Lamb.

—No. Prefiero unirme a su conversación con mi sobrino —dijo Emilia.

—Seguramente no sabe usted qué hacer con este resurgimiento del pasado —dijo Gertrude a Horace, sin mirar a su tía.

—Va a hacerle frente —dijo ésta—. Y pronto nos encontraremos siguiendo nuestro antiguo surco.

—Debemos evitar los surcos, siempre que nos sea posible. Yo siempre he tratado de hacerlo.

—Me refiero sólo a nuestros hábitos establecidos.

—Los cambios son la sal de la vida —dijo Gertrude, con voz clara y grave—. De ellos depende nuestra felicidad y nuestra salud mental, lo mismo que nuestro deber hacia los demás. No deberíamos temer ni siquiera a los grandes cambios.

—Me parece alarmante —dijo Emilia— e incompatible con la vida familiar.

—Todo es posible —dijo Gertrude, suavemente—. Y muchas veces los cambios que se producen dentro de una familia son muy convenientes; resultan saludables, vigorizantes y beneficiosos para cuerpos y mentes.

—Esos cambios son muy difíciles —dijo Horace.

—¿Difíciles? Sí. Pero a menudo eso mismo los hace más dignos de conseguir. Todos somos peregrinos cuyo camino está sembrado de obstáculos. No debemos tener miedo de superarlos.

—No necesitamos tenerlos ni imaginarlos —dijo Emilia.

—En realidad no es que haya necesidad de ellos. Están en nuestro camino lo queramos o no. Pero no hay satisfacción mayor que superarlos. No hay nada más estimulante ni que sea más digno del esfuerzo que demanda.

—Parece que estamos en desacuerdo —dijo Emilia con una sonrisa— y no sé bien sobre qué.

—No estamos muy habituadas a encontrarnos juntas —dijo Gertrude suavemente—. No es que quiera sugerir que dos son compañía y tres no, pero voy a pedir a mi

hija que le ceda su lugar. Lo ocupó cuando usted tenía los ojos puestos en él. Alcancé a notarlo.

—No, no la molestemos. Me siento a gusto aquí.

—Estoy segura de que se sentiría más a gusto en otro lugar —dijo Gertrude, inclinándose hacia ella y bajando la voz.

—No; me sentiría extraña. Éste es mi lugar habitual.

—Eso no quiere decir siempre que sea el más agradable. No debemos suponer que lo sea. Usted pensaba conversar con su otro sobrino, y seguramente él se siente ahora postergado. Magdalen, ven a sentarte junto a tu madre. Le arrebataste el asiento a la señorita Lamb bajo sus propios ojos.

—No, no creo haberlo hecho, mamá —dijo Magdalen, sin moverse.

—Magdalen y yo debemos mantenernos juntos —dijo Mortimer—. Me parece que ambos somos las ovejas negras de nuestras familias, y que hacemos buena pareja.

—Seguramente las parejas se hacen en el cielo —dijo Gertrude con voz tranquila, desmentida por la expresión de sus ojos.

—Tal vez es eso lo que estoy tratando de decir.

—Pues no ha tenido mucho éxito.

—Probaré otra vez. Esta pareja se hizo en el cielo. ¿Está claro ahora?

—No considero a Magdalen la oveja negra de la familia, si con esa expresión quiere usted decir la persona diferente y extraña del grupo. Creo que soy yo la que tengo esa posición. Mis dos hijos están muy unidos y soy yo la que se mueve en otra esfera distante e imparcial. Creo que soy yo la que está disponible, si han de formarse nuevas parejas.

—No, no han de formarse nuevas. Esta pareja ha existido siempre, aunque no lo sabíamos.

—Poca satisfacción brindan las cosas si no nos damos cuenta de ellas.

—Pero ahora lo comprendemos. Recuperaremos el tiempo perdido. Y quiero saber lo que Magdalen opina de la casita del molino.

—¿Esa casita tan pequeña? —dijo Gertrude—. ¡Pero si es una cabaña!

—Sí, ésa. No es una cabaña. Mi primo lo dice. Y por humilde que sea, no hay nada comparable al hogar. Y ambas cosas serían verdad de éste.

—Me parece una casita muy simpática —dijo Magdalen.

—Pues a mí no —replicó su madre—. Es un lugar húmedo y lóbrego. Sentiría ver a un ser querido viviendo allí. No podría consentir en ello.

—Mi primo y usted tienen opiniones muy diversas —dijo Mortimer—. Así es que hay obstáculos en su camino. Pero no debe temer superarlos. Me alegró mucho oírsele decir hace un momento.

—¡Obstáculos! No me refería a la humedad, al lodo o a la neblina, ni a la lóbreguez del río. Perder la salud es un obstáculo demasiado grande. No queremos tal obstáculo en nuestro camino; no creo que podamos aceptarlo.

—Esa casa ha estado siempre habitada, mamá —dijo Magdalen—. Lo estuvo

hasta hace muy poco.

—¿Por qué clase de gente?

—Creo que por gente de trabajo, muy respetable.

—Claro —repuso Gertrude—. Ese tipo de gente no está acostumbrada al mismo nivel de comodidad ni a las mismas exigencias de salud. Tal vez eso no sea justo, pero es un hecho. Espero que no lo será siempre, pero mientras lo sea, tendremos que tomarlo en consideración. ¿Y por qué dejaron la casa? ¿Puedes responderme a esta pregunta?

—Mi primo deberá responder —dijo Mortimer—. Horace, estamos hablando de la casita del molino. ¿Por qué la dejaron las gentes que vivían en ella?

—No lo sé con certeza. Creo que deseaban otra ubicación.

—¡Ya lo ven! —exclamó Gertrude, poniéndose de pie—. Eso me es suficiente. No quiero oír hablar más sobre esto. No me extraña que hayan deseado una ubicación diferente. No puedo permitir que una persona querida viva allí, respirando ese aire húmedo y tratando de imaginarse que no hay lugar como el hogar, cuando el hogar en cuestión es ése. Estoy completamente de acuerdo en que es un lugar distinto a los demás.

Se dirigió a la puerta, erguida y con paso firme, olvidando despedirse de sus huéspedes en medio de la agitación de sus sentimientos. Emilia se interpuso en su camino y le tendió la mano.

—Ésta ha sido una visita muy rápida. En la próxima, la esposa de mi sobrino estará con nosotros y usted podrá vernos tal como somos.

—Tengo grandes deseos de que usted me vea con mi vida completa —dijo Horace—. Me ayudó usted durante mi período de viudez y no debe abandonarme ahora que los días de antes han vuelto.

—Me cuesta imaginarme esos días —dijo Gertrude, deteniéndose y hablando con una sonrisa y con el ceño fruncido—. Hay algo que parece haber escapado a mi comprensión. A menos que el interludio haya tenido una atmósfera propia que yo tomé por la verdadera. Creo que no podré sentirme a gusto bajo el antiguo estado de cosas, que para mí constituye el nuevo. Pertenezco a un tiempo que, al pasar, me lleva con él, dejándome sus recuerdos. Ven, Magdalen; si quieres que me acostumbre a la idea de verte viviendo en esa cabaña junto al río en lugar de hacerlo en tu casa, rodeada de comodidades, tienes mucho trabajo por delante.

Magdalen la siguió, deseando un respiro momentáneo entre tantas emociones, y ambas caminaron un rato en silencio, que al fin fue roto por Gertrude.

—No sé si los Lamb adoptarán alguna vez un determinado modo de vida. Parece que no saben lo que quieren. Y cuando llegan a saberlo, sólo lo desean a medias.

—Creo que las cosas se hallaban haciendo equilibrios, mamá, y que ahora se han inclinado en el sentido más conveniente. Debemos alegrarnos de que el peligro haya pasado.

—Y lo hacemos, cuando esto significa que obtenemos lo que deseábamos —dijo

Gertrude volviéndose y colocando su mano bajo la barbilla de su hija—. Pero no podemos estar seguras de nada en esa familia. No me había encontrado jamás en un ambiente tan desconcertante.

—No le he quitado nada a nadie.

—No, querida. Tienes derecho a tu felicidad, y ahora nos dedicaremos a pensar en ella. Tu felicidad hará la de tu madre —dijo Gertrude, transfiriendo la vitalidad de su propia vida a la de su hija, no sin cierto alivio al visualizar un futuro sin perturbaciones—. La cabaña del molino no es el ideal a los ojos de una madre, pero la alegría de tenerte cerca puede llegar a hacerme aceptarla. Así es que mi Magdalen será la señora de Mortimer Lamb, aunque continuará siendo siempre la pequeña Magdalen para su madre.

—Eso no alterará la humedad, mamá —dijo Magdalen, sonriendo.

—No, y tendremos que descubrir alguna forma de contrarrestarla. Tendremos que examinar las estufas y chimeneas; mejor dicho, tendré que hacerlo yo. Me extraña que Horace Lamb no pueda proporcionar a su primo una casa mejor. Seguramente lo considera útil en este lugar. Y debe sentirse agradecido de ti por haberlo alejado de su esposa. Me temo que sea un hombre que sólo tiene ojos para su propia vida.

—Ahora tendrás dos hijos, mamá —dijo Magdalen con voz dulce.

—Ya había pensado en eso y había comprendido que mi vida se vería enriquecida así. Mi Magdalen está haciendo mucho por ella misma y por los demás; no sería propio de ella hacer una cosa sin la otra.

—Me sentiré muy contenta cuando Mortimer haya dejado atrás los próximos días. Tendrá que exponer ante su familia sus intenciones para el futuro, que han cambiado tanto. No retrocederá ante esta prueba, pero será difícil de encarar.

—Creo que la señorita Lamb lo apoyará —dijo Gertrude—. Siempre me ha parecido una persona de singular integridad. Es la única que ha permanecido digna de mi primer concepto sobre ella. Es extraordinario comprobar cuán a menudo mi primera intuición resulta acertada.

El primer favor que Emilia hizo a Mortimer fue lograr que se quedase solo; el segundo podría haber consistido en hacer saber esos deseos de soledad a Bullivant, si hubiese sentido alguna duda sobre la necesidad de esa comunicación. Bullivant entró a llevarse los restos de la merienda con una cara tan inexpresiva, que sugería la falta de una expresión adecuada.

—¿Necesita comentar el asunto, Bullivant? —dijo Mortimer.

—Tal vez eso evitaría transformarlo en tema prohibido, señor.

—¿Se siente incómodo ante esta situación?

—Siempre es difícil encarar lo que no es habitual, señor.

—Mi vida ha sido trazada y yo lo he aceptado. ¿Cree usted que hemos adquirido el gusto por la dominación despótica?

—Por lo menos la hemos experimentado, señor; podríamos decir en la misma forma que hemos adquirido el gusto por la vida misma.

—¿Alguna vez ha pensado usted en casarse, Bullivant? ¿No hay vínculo alguno entre usted y la señora Selden?

—Ninguno, fuera del respeto mutuo y una larga asociación, señor. Ambos aceptamos las condiciones de nuestro trabajo. Un hogar dentro de otro hogar siempre presenta aspectos peligrosos.

—No me parece una mujer de tendencias maternas.

—Y no lo es, señor, si usted no entiende mal lo que quiero decir, así como no lo hice yo.

—¿Piensa felicitarme?

—¿Puedo agregar mis felicitaciones a las de los demás, señor?

—¿Se sintió usted muy sorprendido?

—Bueno, fue inesperado, señor.

—¿Puede imaginarme en la casita del molino?

—Eso requiere cierto esfuerzo mental, señor.

—La señora Doubleday dice que será muy húmeda.

—Creo que se reconciliará con la idea, señor.

—¿Haré lo mismo yo?

—Francamente, señor, no puedo imaginarlo.

—El amo no quiere que venga aquí muy a menudo.

—No lo sabe, señor, o yo no lo conozco a él, lo que no es el caso.

—Bullivant; ¿lo sabe usted todo?

—Sé lo que le corresponde saber a un criado y a un amigo de la familia, señor. El que sepa más, no es ni lo uno ni lo otro.

—¿Ha perdido el respeto que sentía por mí?

—Saberlo todo es perdonarlo todo, señor.

Bullivant recogió tazas y platillos y miró los objetos esparcidos por la sala con ojos equívocos. Pasó por encima de los restos del accidente de Avery, avanzó a levantar algunos juguetes cerca de la chimenea como si debiese cubrir una gran distancia, y llevó la bandeja a la cocina con los labios comprimidos.

—Esto no puede continuar, señora Selden. Se derrumbará por sí mismo.

—Las cosas avanzan, ¿verdad? ¿Cómo habrán afectado a la señora?

—En el rostro de la señora permanece un enigma —dijo Bullivant, sin pensar en decir lo mismo de su propio rostro—. George, ¿tomarás esta bandeja, o supones que debo tenerla yo indefinidamente en las manos?

—No carece de fundamento el alabar tanto el justo medio —dijo la cocinera—. Tal vez la cruz del amo ha sido que no estaba en su naturaleza, y puede haber sido impulsado al otro extremo al dejarla caer de sus espaldas.

—Yo creía que la cruz debía llevarse siempre —dijo George.

—George, ¿no tienes nada mejor que hacer que blasfemar? —dijo Bullivant, señalando hacia el repostero.

George partió con la bandeja en la dirección indicada.

—Mientras yo pueda impedirlo, no estará usted expuesta a irreverencias, señora Selden. Ese tipo de expresiones son intolerables. Como siempre, tendré que seguir a George.

—Así es que ahora tendremos que luchar contra esto, George. Es peor de lo que me hubiera imaginado. Sugiero que te retires y medites en la soledad para llegar a un entendimiento contigo mismo y con alguien más a quien no mencionaré. Después de todo, no soy más que un hombre.

Bullivant suspiró como quien ha encontrado que sus recursos mortales deben enfrentarse a demandas sobrehumanas, y observó cómo George seguía sus recomendaciones; la primera parte de ellas, por lo menos.

—Miriam, espero que seas capaz de distinguir entre la sustancia y la hojarasca en las conversaciones que tienes con George.

—Bueno, conozco la diferencia.

—No siempre podemos elegir a la gente que nos rodea.

—No —dijo Miriam, que en ese caso no hubiese pasado tanto tiempo junto a la cocinera.

—Las malas compañías corrompen a las gentes.

—George no es malo —dijo Miriam con voz insegura, sintiendo que ése no era el caso.

—No; sólo ignorante y obstinado en sus ideas. Es extraño ver brotar el orgullo en los seres más desposeídos. George debería estar satisfecho de su situación, si tomamos en cuenta su punto de partida.

—Sí —dijo Miriam, asintiendo con convicción.

—¿De qué se habla? —preguntó la cocinera que había visto a George atravesar la cocina y había deducido que Bullivant ocupaba su lugar.

—Estaba expresando a Miriam mi esperanza de que supiera separar la sustancia de la hojarasca en la conversación de George —dijo Bullivant, pensando que sus palabras merecían ser citadas y haciéndoles esta justicia—. Las malas compañías corrompen a las gentes.

—Espero que Miriam no permita demasiada hojarasca en sus propias palabras. Y conversar no es la primera de sus obligaciones, aunque podría pensarse lo contrario al verla en cualquiera de sus encuentros con George.

—Tendremos que hacer frente al momento en que George se entere del compromiso del señor Mortimer, señora Selden —dijo Bullivant, retornando con ella a la cocina.

—Ordenaremos que no se hable del asunto —dijo la cocinera con cierta aspereza—. Al final resultará que deberemos ocuparnos de ese muchacho como si fuese una obligación crónica. El asunto no debe comentarse y eso es todo.

—Eso lo hará pensar más en él.

—Tal vez no. El pensar no forma parte de nuestras obligaciones, y no creo que ocupe mucho lugar en la vida de George.

CAPITULO VII

—Arroz y nuez moscada, señorita Buchanan. Y cartas, por favor, si las hay.

La señorita Buchanan puso la nuez moscada sobre el mostrador.

—No necesita comprar arroz cada vez que viene —dijo, con las manos sobre el recipiente y los ojos sobre el rostro de Gertrude.

—¡No comprar arroz, cuando mi familia lo come con placer! Es fácil ver que usted no tiene familia.

La señorita Buchanan posó sus ojos en Magdalen, como la representante del grupo familiar.

—No sabía que te hacías enviar cartas aquí, mamá.

—Pues ahora lo sabes. Ya tienes edad suficiente para compartir algunos de los pequeños secretos de tu madre —dijo Gertrude, acariciando la mejilla de su hija con el guante—. Hay cosas que prefiero que los criados no vean. Ya comprenderás cuando tengas tu propia casa. ¿Sabe la señorita Buchanan que ese acontecimiento se producirá muy pronto?

—Sí —dijo ésta.

—Eso quiere decir que las noticias le llegan a usted con velocidad extraordinaria, puesto que nosotros no conocemos aún la fecha exacta.

—La casa está limpia y esperando.

—Lo único que sé de esa casa es que me preocupa su humedad.

—No se le harán reparaciones.

—¡Qué conveniente es hablar con usted! Nadie ha podido darnos tantas informaciones sobre nuestro futuro. Nos alegramos mucho de saber algo sobre un asunto de tanto interés para nosotros. Pero desearía que usted pudiera decirme que la casa iba a ser remplazada por otra. Es lo que me gustaría oír.

La señorita Buchanan guardó silencio.

—Guarda la nuez moscada en el bolsillo, querida, y coge ese arroz que la señorita Buchanan considera una compra superflua. A pesar de ser una fuente de informaciones, no está muy al tanto de la manera de satisfacer el apetito de los jóvenes.

La señorita Buchanan no necesitó hablar para decir claramente con los ojos que la edad de Magdalen la excluía de tal alusión.

—Espero que antes de mucho tenga usted por cliente a un nuevo hogar —dijo Gertrude.

La señorita Buchanan no respondió.

—Aunque me parece que a usted le es indiferente vender o no.

La señorita Buchanan estuvo de acuerdo, ya que le disgustaba vender y dependía de sus ventas para vivir, lo que equilibraba la balanza de sus inclinaciones; dejó que su silencio confirmara las palabras de Gertrude.

—¡Mamá, aquí está Mortimer! —exclamó Magdalen.

—Ya lo veo —dijo Gertrude echando una mirada hacia atrás y continuando su charla en forma algo forzada—. Nos hemos reunido en trajines domésticos antes de que nos sea necesario hacerlo. Pero si podemos ayudar en algo a su inexperiencia masculina, lo haremos con gusto, anticipándonos a nuestros deberes.

La señorita Buchanan se mantuvo expectante, esperando que sus primeros clientes salieran y dejaran al último expresar sus deseos.

—Vine a preguntar por una carta —dijo Mortimer, demasiado preocupado para mantener un secreto que había perdido su significado—. Una carta que debería haber llegado aquí y parece no haberlo hecho.

—También nosotras vinimos en busca de cartas —dijo Gertrude con franqueza y naturalidad, como queriendo hacerlo sentirse a gusto—. A veces es conveniente reservar las cartas para nuestros propios ojos.

—Siempre que lleguen ante ellos, pero la que yo busco no lo ha hecho. Por eso quiero averiguar si la señorita Buchanan puede arrojar alguna luz sobre este asunto.

Gertrude adelantó un paso y alzó los ojos hasta los de la señorita Buchanan.

—Una carta para el señor Mortimer —dijo, como refiriéndose a una persona de su intimidad—. Debería haber llegado aquí pero no lo ha hecho; está un poco inquieto.

Sonrió y bajó la voz al hacer partícipe a la señorita Buchanan de esta confidencia.

—¿Cuándo debería haber llegado aquí?

—Durante la primera semana de febrero —respondió Mortimer—. Venía del otro lado del océano y debería haber sido recibida entonces. Otra carta que fue enviada al mismo tiempo, llegó en esa fecha.

—Esa semana sólo llegó aquí una carta —dijo la señorita Buchanan.

—¿Está usted segura? —preguntó Gertrude.

La señorita Buchanan no dijo nada.

—Sé que usted es un testigo completamente digno de fe.

«¿Entonces para qué me hizo esa pregunta?», expresaron los ojos de la señorita Buchanan.

—¿Estaba dirigida a mí esa carta? —preguntó Mortimer.

—No, a la señora Doubleday, ya que ustedes saben que también recibe cartas aquí.

—Hemos llegado a una etapa en la que es natural que sepamos lo que unos y otros hacemos —dijo Gertrude.

—El silencio de la señorita Buchanan indicó que no confiaba demasiado en tales resultados.

—Entonces el asunto es inexplicable —dijo Magdalen.

—Veamos si yo puedo aclararlo en algo —propuso Gertrude, adoptando una actitud franca y retrospectiva, deseosa de desempeñar un papel de importante utilidad—. Esa semana yo cogí una carta por equivocación. Son tan pocas las que me hago enviar aquí, que recuerdo aproximadamente las fechas en que las recibo. Ésa la recibí

directamente del cartero y la señorita Buchanan me riñó por ello. Yo esperaba una carta del extranjero y no llevaba puestas mis gafas. Cuando comprendí que no era para mí, ya que el sobre me era desconocido, envié a mi hija a devolverla. Y ella la trajo hasta aquí. Lo recuerdo claramente. ¿Y tú, Magdalen?

—Me parece recordar algo, mamá.

—Aquí no llegó ninguna carta devuelta —dijo la señorita Buchanan.

—Lo recuerdo perfectamente —dijo Gertrude—. No sé a quién iría dirigida la carta, puesto que no la examiné, como es natural. Cuando comprendí que no era para mí, tanto la carta como yo misma fuimos protegidas por el natural deseo de evitar mezclarnos en asuntos ajenos. Y naturalmente que Magdalen tampoco la examinó. Así es que no podemos asegurar a quién iba dirigida. Pero estamos seguras de lo que sucedió.

—La carta no volvió aquí —repitió la señorita Buchanan.

—Perdóneme, pero así fue. Volvió en manos de mi hija y fue puesta en el buzón.

—No tengo buzón.

—Entonces fue dejada sobre el mostrador. Recuerdo el episodio con toda nitidez. Esperé a mi hija en la curva del camino. Tengo muy buena memoria.

La señorita Buchanan podía haber dicho lo mismo, pero siempre sentía que su memoria estaba mezclada a su secreto.

—¿Vio usted a su hija traer esa carta de vuelta?

—No la estaba observando todo el tiempo, por supuesto. La esperé a cierta distancia. Me dediqué a hacer dibujos sobre el camino con la punta de mi paraguas; es mi costumbre cuando estoy desocupada. Veán hasta qué punto recuerdo esa ocasión. Pero sé que mi hija la trajo hasta aquí. La vi venir acá y la esperé.

—Entonces es ella la que ha cometido algún error.

—¿Qué error puede haberse cometido? Magdalen, querida, piensa un poco. ¿Pusiste la carta sobre el mostrador? ¿Qué hiciste con ella? ¿Estaba la señorita Buchanan en la tienda cuando volviste?

—Estoy segura de no haber cometido error alguno. No; la señorita Buchanan no estaba en la tienda cuando volví a ella.

—Bueno, esto es algo que deberás dilucidar con Mortimer —dijo Gertrude, usando el nombre de Mortimer a propósito, al hablar más que todo para los oídos de la señorita Buchanan—. Yo no falté a mi deber. Al encontrarme en posesión de algo que no me pertenecía, tomé medidas inmediatas para devolverlo, que es lo más que se puede hacer en tal caso. Si esta muchacha distraída ha cometido algún error, no es culpa mía, y ella será la última persona en querer hacer recaer sus responsabilidades sobre su madre.

La señorita Buchanan puso otra vez los ojos en Magdalen.

—En fin, por lo menos la carta no anda dando vueltas por ahí —dijo Mortimer, suponiendo que Magdalen había sufrido algún accidente con ella y que no había querido admitirlo ante su madre—. Eso es lo esencial.

—Sí, eso es lo más importante —dijo Magdalen.

Mortimer se puso a su lado.

—Ya me dirá usted lo que sucedió —dijo en voz baja— o comenzaremos a tener secretos. Y es mejor que comencemos guardando este pequeño secreto entre ambos.

Magdalen le dirigió una sonrisa débil y Gertrude los miró y apartó luego la vista, reconociendo su derecho a tales privilegios.

—¿La estropeó usted y luego creyó que sería mejor destruirla? ¿Por qué no me lo dijo? —preguntó Mortimer, pensando que Magdalen deseaba la oportunidad de poder confesar privadamente, y tratando de proporcionársela—. ¡Oh! ¿Supo usted de quién era la carta?

—¿Cómo podía saberlo?

—Podía usted conocer la letra de Charlotte. Ha circulado muchas veces por la aldea y es muy característica. Y además estaba el matasellos de correos. ¿No siguió usted el ejemplo de su madre, evitando mirarlo?

—No pude dejar de verlo. Mis ojos son mejores.

—¿Creyó usted preferible que yo no la recibiera?

—No podía hacerle ningún bien.

—Había oído que algunas parejas se leen mutuamente las cartas que reciben, pero no sabía de nadie que no pudiese leer las propias. Y en esa época no formábamos aún una pareja, aunque tal vez usted lo sabía ya en el corazón. Creo que en el futuro haríamos bien en leer nuestras propias cartas, o no servirá de nada que la gente las escriba. Leeré ésta cuando usted me la dé y luego la guardaré como un recuerdo del pasado. Eso probará que ha muerto. En caso contrario, no necesitaría de recuerdos.

—No puedo dársela.

—Así es que usted la destruyó pensando que sería lo mejor para mí. Pero el resultado no fue ése. Tuve que preguntarle a Charlotte lo que me decía en ella, y ésa fue una manera de despertar viejos sentimientos.

—Por lo menos no hay engaños entre nosotros.

—Pero si es eso lo que ha habido. Y ahora no sé hasta qué punto. ¿Ha sido realmente destruida esa carta?

—Tiene que confiar en mí —dijo Magdalen.

—No puedo hacerlo. En cualquier momento usted puede decidir actuar por mi bien. Y cuando la gente lo hace, algo muy precioso muere entre ellos. Si usted me da esa carta, eso nos unirá; y creo que nos hacen falta lazos de unión.

—Es posible que pueda hacerlo, pero no puedo prometérselo.

—Dígame qué hizo con ella. No podemos basar el futuro en un malentendido; no en uno tan importante como éste, en todo caso. Mientras peor sea la verdad, más la respetaré por decírmela. En cambio no puedo respetar una mentira. Soy un hombre sencillo y me parece que mentir está mal.

—¿Qué pensaba usted de su propia actuación?

—Supongo que merezco esta estocada. Pues no me sentía satisfecho. Estoy lleno

de compunción y remordimientos.

—Eso debería hacerlo juzgar a los demás con cierta tolerancia.

—Me hace ver lo mal que está el obrar mal, y hasta qué punto es indigna la gente que se entrega a esa práctica.

En ese momento el cartero se acercó a la puerta y se detuvo ante ella, tendiendo un sobre.

—¡No! —exclamó Gertrude, apartándose y sacudiendo la cabeza—. No quiero tener nada que ver con esto. No volverá a pasar por mis manos una carta que llegue a esta puerta. Ya he recibido una lección y no deseo otra.

La señorita Buchanan tendió la mano sobre el mostrador y mantuvo el sobre ante los ojos del cartero. Éste dio una mirada a los espectadores de la escena, sin saber si podía revelar el nombre, y la señorita Buchanan disipó sus escrúpulos golpeándole en el hombro con la carta.

—Esta gente conoce mutuamente sus asuntos y por el momento no hay nadie más.

—Para la señora Doubleday —dijo al cartero, y la señorita Buchanan dio la carta a Gertrude.

—¿De dónde es el timbre? —preguntó Gertrude—. No tengo aquí mis gafas. Leeré la carta en casa, pero me gustaría tener algún dato antes.

La señorita Buchanan devolvió la carta al cartero, pero éste sacudió la cabeza y continuó su camino, no queriendo perder más tiempo en asuntos que no eran oficiales.

—¿Tiene usted mala vista, señorita Buchanan? —preguntó Mortimer.

—No, pero me cuesta comprender las diferentes caligrafías.

—El timbre de correos se halla estampado en letras impresas. Me imagino que su vista es demasiado larga para ver de cerca. ¿Alcanza usted a ver la hora en el reloj de la iglesia? Quiero corregir el mío.

—Nunca miro cosas a tanta distancia —repuso la señorita Buchanan, sin romper esta regla ahora—. Tengo demasiado que hacer aquí cerca.

—Una de las manecillas estaba suelta —dijo Mortimer examinando la máquina del reloj— y ha caído sobre el mostrador, entre el polvo. Será peor que encontrar la aguja del pajar. Gracias, señorita Buchanan; tiene usted ojos de lince. Ya veo que su vista es perfecta.

La señorita se volvió hacia las estanterías para ocultar una sonrisa; no estaba acostumbrada a este tipo de cumplidos. Cambió de sitio algunos paquetes y luego regresó a su lugar. Mortimer vio que las mercaderías se hallaban agrupadas según su especie, de manera que las estanterías tenían un aspecto extraño y desordenado.

—Usted lleva una vida muy solitaria, señorita Buchanan. ¿Le gustaría que le prestara algunos libros?

—Oh, no —intervino Gertrude—. No le gustaría. No es usted el primero en ofrecérselos. Yo lo hice antes que usted y fui rechazada ignominiosamente. ¡Libros

para la señorita Buchanan! Prefiere perder el tiempo en cualquier otra forma. Y, sin embargo, no puedo evitar la sensación de que se siente inclinada a ellos.

—Tengo poco tiempo después del trabajo del día, y en mis horas libres hago labores de aguja.

—¿Hizo usted esa de la vitrina? —preguntó Mortimer—. Es hermosa. Sus ojos tienen que ser realmente buenos.

—Deberíamos ir caminando ya, mamá —dijo Magdalen—. La señorita Buchanan no desea tenernos aquí todo el día.

—Me gustaría aclarar del todo este misterio de la carta —dijo Gertrude—. No me agrada irme dejando atrás un problema que no se ha resuelto. Me molesta la sensación de que hasta cierto punto somos responsables de lo sucedido. ¿No puedes recordar lo que hiciste con esa carta, cabeza loca?

—No hice nada desacostumbrado con ella, mamá. Pero no puedo decirte exactamente lo que hice.

—Entonces no nos queda más que abandonar el tema. Pero me contraría. ¡Cartas ajenas! ¡Una de las cosas más sagradas! Buenos días, señorita Buchanan.

La señorita Buchanan no respondió.

—Adiós, señorita Buchanan —dijo Mortimer.

—Adiós —respondió la señorita Buchanan.

—Aquí nos separamos —dijo Gertrude, estrechando la mano de Mortimer—. Tenemos algo que hacer en esta avenida. Espero que no esté resentido con nosotras por lo de la carta. Tenemos la conciencia limpia.

—Tal vez pueda caminar con ustedes. Tengo por delante una hora solitaria.

—Nunca imponemos deberes de este tipo sobre los demás. Lo que tenemos que hacer es un deber de caridad, insignificante y fastidioso, y podemos hacerlo solas.

—No me inmiscuiré entonces. Nunca he practicado la caridad. Siempre la he recibido. Pero no deseo volver al seno de mi familia reunida y ver a mi tía alegrándose por las alegrías de los demás. A ella le es suficiente, porque realmente se alegra con esas cosas, pero yo sólo puedo disfrutar de mis propias alegrías.

—Lo que me parece muy natural en estos momentos. ¿Qué otra cosa podía esperarse? Pues bien, espérenme ustedes aquí mientras yo continúo con mi obra caritativa. No tardaré más de lo imprescindible. Es sólo que tengo que cumplir una promesa, y no hay razón para no hacerlo. Me imagino que el tiempo no se les hará largo.

—Tendré que desperdiciar algunos de estos valiosos minutos —dijo Mortimer inmediatamente—. Siento tener que insistir en el mismo asunto, especialmente porque representa algo desagradable entre nosotros. Pero quiero comprenderlo bien, para que nuestra vida en común pueda basarse en la confianza mutua. Sé que usted me ayudará a que sea mutua. Usted vio mi nombre en ese sobre y se sintió impulsada a saber lo que decía la carta. ¿Pero no era un poco prematuro en ese momento seguir los usos de la vida conyugal?

—Mientras más pronto, mejor.

—Así es que usted actuó por principio. Debería haberlo adivinado. La juzgué según mis propias limitaciones y creí que había sucumbido a la tentación, o que la había resistido sin éxito. He resistido a menudo a la tentación, y siempre sin éxito. Frecuentemente he pensado que las gentes que resisten a las tentaciones, no las han tenido.

—Supongo que me encontré ante la tentación y sucumbí a ella.

—Bien, me dará usted esa carta. Después de todo, es mía y no suya. Aún no la he dotado de mis bienes terrenales. Y esa carta constituye mi bien terrenal; todo lo demás pertenece a Horace.

—No la tengo.

—Y no me dirá lo que hizo con ella. Así es que no habrá sinceridad entre nosotros. Nuestros corazones no se abrirán recíprocamente.

—Es lo que más deseo —dijo Magdalen, casi con lágrimas.

—Pero usted rehúsa concederme la primera cosa que le pido, cuando ninguna otra petición puede tener la importancia de ésta.

—Desearía no necesitar hacerlo.

—Necesito saber lo que sucedió con esa carta. Y quiero saberlo de sus labios, para poder sentir que nunca me han ocultado nada.

—La dejó caer en el suelo; en una habitación.

—¿Por accidente?

Magdalen guardó silencio.

—La dejó caer deliberadamente; para que alguien la viera. Si hubiera deseado librarse de ella, seguramente la hubiera destruido. ¿Su madre? ¿Su hermano? ¿Mi tía, para prevenirla? Pero ella siempre lo había sabido. Sólo Horace no lo sabía. La persona más implicada en algo es siempre la última en saberlo. Nadie puede mencionarlo en su presencia. ¡Usted la dejó caer para que la viera Horace! ¡Y él la vio, la leyó y trazó sus planes! Y sus planes tuvieron éxito, lo mismo que los suyos. Ahora lo comprendo todo. Ahora veo cómo un matrimonio puede basarse en una comprensión completa, y no llegar a ser un éxito.

—¿Qué podía hacer? —dijo Magdalen.

—Tal vez ése fuese el único camino. Tal vez todo lo es. Manifestamos nuestra personalidad, eso es todo. No sé si esto expresa la suya por completo. Debería decirle que nunca me había gustado usted tanto. Es sólo un defecto de mi carácter el que no pueda decírselo.

—Ambos debemos tratar de olvidar esto.

—Eso es imposible. El decirlo sólo significa que es peligroso recordarlo.

—No hubiese estado bien deshacer el hogar de su primo.

—No estuvo bien leer una carta privada. Temo que ambos actuamos mal. Tenemos eso en común. Y tal vez ésta sea una semejanza exclusiva. La gente que se casa debe ser diferente. No podremos sentir la atracción de los opuestos. Es

perjudicial tener muchos rasgos comunes especialmente si uno de ellos es una tendencia al mal. Sólo uno de nosotros debería tenerla.

—Estoy segura de que juntos seríamos felices.

—Pero ambos deberíamos enmendar nuestras vidas. ¿Y quién puede ser feliz en esas circunstancias? ¿Dos personas haciéndolo juntas? No, estoy seguro de que no. Notaríamos cada fracaso. Creo que eso se nota en nosotros aun ahora. Sería el comienzo del fin, que siempre es peor que el fin mismo. Lo más misericordioso es librarnos de esto cuanto antes. Dejemos que se transforme en un recuerdo. Por lo menos eso no podremos evitarlo. Y ninguno de nosotros vivirá en la casita del molino. Dentro de todo, no deja de ser un pequeño alivio.

—Usted no ha deseado nunca casarse conmigo.

—Y usted lo sabía. Usted sabía que yo quería casarme con Charlotte. Tuvo las pruebas en la mano y tomó medidas para impedirlo. No puedo decir que usted sea la única mujer en mi vida. Como ve, no puedo ofrecerle lo que es debido.

—Hubiese sido mejor que no tener nada. Me era suficiente con que usted formase parte de mi vida.

—No me agrada sentirme tan insignificante. Mi opinión de mí mismo es muy baja, pero no me gustaría verla compartida por la compañera de mi vida. No me parece base suficiente para dos vidas.

—Yo no tengo una baja opinión de usted.

—Pero ha de saber que la tengo yo de usted. Y eso es algo tan ruin, que debo retirarme de su vida. ¿Cómo puedo pedirle que se case con un hombre que no siente respeto por usted? No creo que hombre alguno haya pedido tal cosa a una mujer; no si era digno de ser llamado hombre. Eso no quiere decir que no mantendré siempre en el corazón un lugarcito que pertenecerá a Magdalen. ¿O creyó usted que eso era lo que quería decir?

—Ya no sé lo que usted quiere decir.

—Si no lo sabe, tendré que decírselo. Y preferiría no hacerlo. El lugarcito en mi corazón no podría ser nunca el mismo. Es mejor que nos separemos cuando todavía permanece inmaculado. Después de todo, es lo único que tenemos.

—Supongo que es lo único. Siempre habría otra mujer entre nosotros.

—Por eso iba a casarme con usted. Para poder seguir viviendo aquí y que ella permaneciera ante nosotros. Pero he comprendido que era un camino equivocado. Hubiese estado sembrado de peligros. Y mi lema siempre ha sido: «La seguridad ante todo». Pero le diré algo que no podría decir a otra persona. Charlotte no significa tanto en mi vida como lo creía yo. La separación nos ha vuelto extraños, o nos ha mostrado la verdad, o ha hecho cualquier otra cosa vergonzosa de ese tipo. Me alegro de poder decirle esto al separarnos. Ahora nuestra despedida será todo un éxito. Mi vida no tiene sentido alguno, y he comprendido que no quiero que lo tenga. Soy uno de esos seres que se deslizan por la vida sin objeto, y que no son tan dignos de lástima como la gente cree.

—Usted no es el hombre que yo me había imaginado —añadió Magdalen.

—Está comenzando ya la vida de perro y gato que hubiésemos llevado. Yo podría haberle respondido que usted era exactamente la mujer que yo había adivinado. Me alegro de que no necesitemos caer tan bajo. Aquí viene su madre. No me quedará para que sea testigo de mi humillación. Aceptaré su rechazo. Que Dios la bendiga, querida.

Mortimer se alejó al tiempo que Gertrude se acercaba, llevando aún en los ojos la luz de su reciente benevolencia.

—Así es que nuestro acompañante ha partido —dijo con voz agradable—. Temo que lo hice esperar demasiado. Seguramente tenía otras cosas que atender.

—Partió cuando salías de esa casa. No hay nada entre nosotros, mamá.

—¡Nada entre vosotros! Pero si yo creí que ya estaba todo decidido. Es lo que cualquiera hubiese pensado. ¿Ha sucedido algo?

—Estábamos equivocados, mamá. Ambos lo estábamos. Ninguno de nosotros es lo que el otro había imaginado. Ésa es la mejor manera de decirlo.

—¿Pero cómo podéis haber aprendido tanto el uno del otro en tan corto tiempo? —preguntó Gertrude, que consideraba que la vida entera era apenas suficiente para poder vislumbrar una personalidad—. Tiene que haber algún malentendido. No te escudes en tu dignidad, querida. Los hombres necesitan que se les facilite el camino. No destruyas tu vida por un momento de enfado. Llegarás a arrepentirte.

—Mortimer partirá lejos. Tal vez no volvamos a vernos. Volveré al lado de Gideon y al tuyo. Sé que últimamente he vivido alejada de vosotros.

—¡Qué cambio más repentino y total, mi pobre querida! Sólo deseamos tu felicidad. ¿Serviría de algo que yo hablase con Mortimer, o que lo hiciese tu hermano? Siento que deseas casarte con él.

—Nunca desearé casarme con otra persona, y tampoco lo hará Mortimer. Me dio su palabra. Siempre nos perteneceremos el uno al otro, y eso es lo más importante.

Los ojos de Gertrude dijeron que eso no era nada, pero sus labios callaron.

—Entre nosotros hay algo que no puede ser explicado ni borrado. Tenemos que aceptarlo, y nos mantendrá siempre separados. Pero cada uno representará para el otro algo que nadie más podrá representar. Y tengo sus últimas palabras como recuerdo.

—¿Cuáles fueron, querida? —preguntó Gertrude, rodeando a su hija con los brazos.

Magdalen enterró la cabeza en el hombro de su madre.

—«Que Dios te bendiga, querida» —dijo.

Mortimer caminó rápidamente, ansioso de aumentar la distancia que lo separaba de aquéllas a quienes veía como a sus perseguidoras. Bullivant lo hizo entrar, y su actitud indicaba que esperaba noticias que pudiese conceptuar de tolerables.

—Bullivant, tal vez sea ésta la última vez que me dé la bienvenida en mi antiguo hogar. Debo pedirle que separe mis ropas y empaquete las que me serán necesarias, y

que dirija las cartas que me lleguen a la dirección que le voy a dejar, o más bien que me dará usted cuando me encuentre un lugar para vivir. Deberá buscarme alguna vivienda modesta, pero conveniente, no lejos de aquí. Pienso aventurarme en el mundo.

—Bien, señor. Así es que no será la casita del molino. Tal vez pueda decir que me alegro, señor.

—Esa casita ya ha pasado a formar parte de un mundo irreal.

—Tal vez lo fue siempre, señor, por lo menos en cuanto a usted. ¿Tampoco continúa lo de la señorita Doubleday, señor?

—No. El mundo irreal constaba de esposa y hogar; pero todo era irreal.

—Permítame decir otra vez que me alegro, señor. Suponiendo que usted sienta lo mismo, señor.

—No creo que pueda permitírselo, Bullivant. No me caso con la señorita Doubleday porque no soy digno de ella. No hay motivos de alegría en esto.

—La palabra digna describe a esa familia, señor. Y no es la que se debe aplicar a usted. Lo que usted piensa hacer ahora es algo momentáneo y no me inquieta.

—Es para siempre, Bullivant. Debe recordarlo.

—No volveré a equivocarme, señor.

—¿No me pregunta usted por qué me voy?

—Usted me lo dirá si lo desea, señor.

—¿Por qué iba a desear guardar secretos con usted? Supongo que es mi único amigo. La gente que está en aprietos siempre tiene sólo uno. El amo me ha desterrado del fuego de su hogar.

—No ha sido ese nuestro fuerte, señor —dijo Bullivant sin levantar los ojos—. Por lo menos, no hasta hace muy poco.

—Ahora hasta la misma austeridad se me ha hecho querida.

—No es de extrañar, señor. Se remonta tan atrás en el pasado.

—El amo tiene toda la razón, Bullivant.

—No soy el indicado para juzgar, señor.

—Bullivant: ¿Lo sabe usted todo, como siempre?

—La omnisciencia es una pretensión demasiado alta, señor.

—Espero que no haya comentado el tema.

—Y yo hubiese esperado que el señor me conociese mejor. ¿Con quién hubiese podido discutirlo, excepto con las mujeres y con George? ¿Le parece alguno de ellos la persona indicada?

—Sé que puedo confiar en usted.

—Puedo corroborarlo, señor.

—Bien, me pongo en sus manos. Debo partir mañana mismo.

—Sí, señor. ¿Temprano?

—Durante la mañana.

—Sí, señor. El amo lo echará de menos. Es decir, llegará a echarlo de menos.

—Tal vez descubra que no me quiere menos por haber actuado mal. Pero tiene a los niños.

—Esa situación es aún precaria, señor. Me he preguntado a menudo si los cimientos serán firmes.

—¿Y no ha podido responderse?

—En forma satisfactoria, no, señor.

—Supongo que éste debe ser un tópico frecuente de conversación entre ustedes.

—Es un asunto que está ante los ojos de todos, señor. Y al no ser un tema prohibido, la señora Selden y yo hemos permitido que se comente en la mesa.

—¿Conoce usted a la señorita Buchanan, Bullivant?

—¿La propietaria de la tienda? Sí, señor, la conozco.

—¿No le parece que necesita amigos?

—No puedo decirlo, señor. No la conozco lo suficiente.

—¿Podría usted creer que hay un secreto en su vida?

—Me parece poco probable, señor. Nunca he oído decir nada de ella.

—¿Podrá usted guardar ese secreto?

—No necesita preguntarlo, señor, habiendo una mujer de por medio. Mis labios estarán sellados, ya se trate de un pecado o de un dolor.

—Es sólo una desgracia —dijo Mortimer.

—Me alegro. Quiero decir que, de ambos males, éste me parece el menor. Su vida no podía haber escapado a la desgracia, que es patrimonio común. En toda vida debe caer alguna lluvia.

—Esta desgracia no es patrimonio común hoy. La señorita Buchanan no sabe leer.

—¿Realmente, señor? No lo había sospechado. Ni he sabido de nadie que lo haya hecho.

—Me alegro de oírlo. Ése es un triunfo solitario.

—Las palabras precisas, señor. Tiene que haber sostenido una gran lucha para superar tal desventaja. Cuesta comprender cómo ha podido solucionar ciertas dificultades.

—No estoy insinuando que le enseñe usted a leer.

—No, señor. Sería una situación muy delicada, que requeriría mucho tacto. Es mejor tratar de aliviar su suerte en otras formas.

—Enseñarle a leer incluiría también el traicionar que usted conoce su secreto, lo que no debe suceder.

—No, señor, puesto que echaría por tierra el objetivo de su vida.

—Usted lo ha dicho. ¿Pero no sería posible invitarla aquí, proporcionándole un cambio de ambiente, sin que necesite saber que su secreto ha dejado de serlo?

—No sería difícil, señor.

—Le he dicho la verdad para que usted pueda protegerla. Al saberlo usted, su secreto estará más seguro. Sus hábitos de soledad seguramente se deben al temor de traicionarse.

—Me parece que la situación tiene ciertos elementos patéticos, señor.

—Es lo que yo creo. ¿Podrá contar con el apoyo de la cocinera?

—Nunca se lo he pedido en vano, señor, en cosas que no sean del orden terrenal, que no es el caso. Por supuesto que la señora Selden tiene sus limitaciones.

—Esto es algo que está dentro de ellas. Pero no debe sospechar la verdad.

—Comprendo perfectamente, señor. Creo que puedo guiar la barca sin chocar con las rocas. Una mujer en dificultades puede sentirse segura a mi lado.

—Su actitud hacia la señorita Buchanan es más bondadosa que hacia la señorita Doubleday.

—Verá usted señor; la primera de ellas está más lejos de nosotros. Y uso la palabra nosotros en sentido familiar. La señorita Doubleday no necesita de mis buenos oficios, hallándose colocada por encima de ellos. Aunque no lo suficientemente alto como yo hubiese deseado, para las circunstancias que nos amenazaban.

—Éste es el último día de mi antigua vida, y me encuentro pensando en otra persona, no en mí mismo.

—No había dejado de notarlo, señor.

—Y hay alguien más que deseo dejarle encomendado.

—Adivino a quién se refiere al señor y haré lo que esté de mi parte en este sentido. Debo decirle que esto me lo había dicho ya el corazón. Con el tiempo tal vez pueda dejar caer una palabra sugiriendo que esta idea nació de usted.

—Eso puede hacernos bien a ambos.

—No puede haber una razón mejor para hacerlo, señor.

CAPITULO VIII

—Ésta es una verdadera ocasión para nosotros, señorita Buchanan —dijo Bullivant—. Me parece que usted y la señora Selden apenas se conocen. Creo que sólo se han encontrado ocasionalmente.

—Deberemos encontrarnos más en el futuro —dijo la cocinera—. Los vecinos deben mantener relaciones de amistad.

—Tomaremos té en la cocina, como de costumbre —dijo Bullivant—. En verdad, es lo que hemos hecho durante mucho tiempo. La salita de la servidumbre se está convirtiendo ya en un recuerdo. Estamos más limitados ahora que antaño.

—Hemos visto limitarse muchas cosas —dijo la cocinera—. Pero seguramente no somos los únicos. Es la tendencia actual entre los amos; es algo en lo que están todos de acuerdo. Además, muchos consideran que la cocina es el lugar más acogedor.

Se elevó un murmullo de asentimiento, al que no se unió la señorita Buchanan, que guardó silencio.

—Éstos son dos de nuestros compañeros más jóvenes, señorita Buchanan —dijo Bullivant, indicando a George y a Miriam.

—Nos acompañarán en la mesa —dijo la cocinera— y luego quedaremos librados a nuestros propios medios.

La cocinera y Bullivant hubiesen preferido recibir a su invitada sin testigos, y habían sugerido a las doncellas que tomaran té fuera. Pero George y Miriam resultaban un problema diferente, puesto que tenían derecho a tomar té, y no tenían parte alguna donde ir a tomarlo.

—¿Nos sentamos? —invitó la cocinera.

La señorita Buchanan avanzó hacia la mesa, con obediencia que trajo cierto alivio a los demás.

—¿Prefiere usted el té cargado, o simple, señorita Buchanan?

—Ni lo uno ni lo otro —dijo la invitada, haciendo oír por primera vez su voz algo estridente.

—Yo lo prefiero cargado —dijo Bullivant.

—Yo me inclino a tomarlo más flojo —agregó la cocinera con los ojos sobre la tetera—. No apruebo los excesos.

—¿Qué opinan los jóvenes? —preguntó la señorita Buchanan, sorprendiéndolos tanto por haber hablado como por la naturaleza de sus palabras.

—Estoy al tanto de sus preferencias —dijo la cocinera, sin que su tono indicara que se dejaría influir por ellas.

—¿Tiene usted mucho trabajo estos días, señorita Buchanan? —preguntó Bullivant.

—Es siempre la misma gente que acude de las mismas casas, y a menudo en busca de las mismas cosas. La ubicación de mi tienda resulta conveniente para algunos y para otros no.

—Y naturalmente deberá seguir siendo así —dijo la cocinera.

—Nosotros no le hemos hecho nunca pedido alguno —dijo Bullivant, pensando por primera vez en este aspecto de la situación.

—Ustedes piden todo lo que necesitan a la tienda del pueblo —dijo la señorita Buchanan, sin fingir ignorancia de este detalle.

—Lo que resulta más práctico —dijo la cocinera—. Pero a veces necesitamos algunas cosas que la señorita Buchanan podría proporcionarnos.

—Lo haré con gusto —dijo ésta.

—¿Cuál de estas conservas prefiere? —preguntó la cocinera, volviendo hacia la señorita Buchanan las etiquetas de dos frascos.

—Ciruelas ácidas y pasas —dijo Bullivant, leyéndolas en tono ruminativo, como pensando por anticipado en la elección que haría después.

—Por lo menos no son ciruelas corrientes ni bayas —dijo George, que estaba muy consciente de la presencia de la señorita Buchanan y, por lo tanto, más que consciente de su propia persona.

La señorita Buchanan pareció no haber oído, y Bullivant siguió su ejemplo, indiferencia que fue contrarrestada por la larga mirada que le lanzó la cocinera.

—Ciruelas ácidas —dijo la señorita Buchanan— a menos que las bayas estén en forma de jalea.

—Eso hubiera deseado yo también —dijo la cocinera— pero la economía forma parte de los usos de todas las casas.

—Se dice que así es en ésta —dijo la señorita Buchanan, sin sospechar hasta qué punto sus huéspedes se identificaban con la familia.

—Esas habladurías son inevitables, haya o no verdad en lo que dicen —replicó la cocinera—. Y nuestra familia no sigue los usos modernos, en los que se busca la ostentación. Tiene sus raíces en el pasado, y sigue sus propias costumbres, como todas las de su categoría.

—Y una de esas costumbres es el ahorro —puntualizó George.

Bullivant indicó a George la mermelada de pasas, para dejar la otra a su invitada; George cogió el frasco como quien está condenado a alimentos muy mediocres.

—Tienes ahí la mermelada para Miriam, George —dijo Bullivant, como haciendo una observación al paso.

George pasó el frasco con la cuchara dentro y aguardó despreocupadamente a que volviese a sus manos.

—Aquí se cultivan todas las economías —dijo, devorando la mermelada con la desaprensión acordada a un producto sin valor alguno.

—No lo demuestras en este momento, George —dijo Bullivant.

La señorita Buchanan rió.

—Me imagino que la mermelada no era de uso diario en el orfanato —dijo la cocinera—. Y digo orfanato para no llamarlo por otro nombre.

—Asilo de indigentes es la palabra —dijo George—. No temo oírla. Nos daban

mermelada una vez a la semana, pero era mermelada de verdad.

Hubo un momento de silencio.

—Me alegro de comprobar que sentías tanta estima por ese lugar —dijo la cocinera—. No me lo hubiera imaginado.

—Me extraña que te hayas esforzado tanto por borrar sus huellas —dijo Bullivant—. Veo que estaba equivocado al creer que deseabas ayuda en este sentido.

—Prefiero la mermelada que no es toda semillas, eso es todo —declaró George, escarbando en el frasco como si buscara una parte que no las contuviese.

—¿Qué opinas de esta conserva, Miriam? —preguntó Bullivant.

—Me gusta —contestó Miriam, dejando escapar un ruido involuntario que confirmaba su apreciación.

—Basta con expresarlo en palabras —observó la cocinera, que no consideraba impropio hacer este reproche a su ayudanta; Miriam lo aceptó de buen grado, ya fuese debido a su enfrentamiento previo o a su carácter. Probablemente la causa estaba en su carácter, ya que un tipo similar de educación había tenido efectos opuestos en George, cuya reacción ante las amonestaciones había sido tal, que había traído cierta ceguera ante las faltas subsiguientes.

—¿Prepara usted sus propias conservas, señorita Buchanan? —preguntó Bullivant.

—Preparo las que uso para mi consumo. No me gustan las de fábrica.

—Sólo las vende —apuntó Bullivant, con una sonrisa.

—Hay mucha demanda. De otro modo no las fabricarían.

—Ahorra trabajo —dijo Bullivant con aire de condonación.

—Que es lo único que interesa a la gente hoy —terció la cocinera.

—Todo el mundo trata de ahorrarse esfuerzos —afirmó la señorita Buchanan.

—¿Y por qué no? —intervino George—. El esfuerzo es algo que no tiene sentido.

Hubo un silencio de desaprobación, reconociéndose y condenándose la falta de amor al trabajo que demostraba George.

—Evadir una obligación lleva a evadir otras —dijo la cocinera—. Hasta que al final no se cumple con ninguna.

—Evadir no fue la palabra que usé yo —se defendió George.

—¿Debemos recordar tu fraseología exacta? ¿Es lo que deseas?

—Al alterar las palabras, altera usted el sentido.

—¿Ha habido novedades en la aldea, señorita Buchanan? —preguntó Bullivant, cuya atención no podía detenerse mucho tiempo en George.

—Sólo las que proceden de esta casa, que no serían novedades para ustedes.

—Nos gustaría oír las. Pueden haber tomado un aspecto diferente en boca de otro —dijo la cocinera, sin comprender del todo la verdad de sus palabras.

—Bueno, se dice que el señor Mortimer está y no está comprometido con la señorita Doubleday.

—No lo está, ni lo estará —precisó Bullivant—. Lo supe por el propio señor

Mortimer, refiriéndose a los rumores que circulaban.

—Tiene que haber habido algo —observó George—. Hubo demasiado humo para que no hubiese habido fuego.

—George —dijo Bullivant con voz controlada—. Es posible que aún no sepas que cuando hay de por medio una señorita, estos asuntos se consideran inexistentes, a menos que terminen en matrimonio.

—Tampoco lo sabe la aldea —dijo la señorita Buchanan con una leve sonrisa.

—Conque es así, ¿no es cierto? —dijo George.

—Tu manera de expresarte difiere en tal forma de la del señor Mortimer, que me siento tentado a negarte el vínculo de una común humanidad —dijo Bullivant, francamente exasperado.

—Es muy natural que haya diferencia —dijo la señorita Buchanan, con lo que no se atrajo la gratitud de George.

—¿Y qué más se dice en la aldea? —inquirió la cocinera—. Es mejor que sepamos lo que se cuenta de esta casa, puesto que nosotros no parecemos estar al corriente.

—Se dice que ha habido ciertas diferencias entre el señor Lamb y el señor Mortimer y que no es difícil conocer la causa —explicó la señorita Buchanan, mirando a George y a Miriam con la esperanza de que las palabras que iban destinadas a oídos maduros no fuesen audibles para los demás.

La mirada que cambiaron Bullivant y la cocinera expresaba la ausencia de tal esperanza.

—Circulan muchos chismes que no merecen ser escuchados —dijo Bullivant.

—Pero que lo son —afirmó George—. Y además, sucede que se basan en hechos ciertos. La circunstancia a la que se refieren ha sido de importancia en la familia, si quieren ustedes mi opinión.

—¿Dijo alguien que la queríamos? —indagó la cocinera.

—Estás dando por hechas cosas que no puedes saber, George. Y no puedes saberlas porque no tienen base alguna —dijo Bullivant con cierta agitación—. Seguramente crees que así te das importancia ante los patanes, cuando la verdad es que... que...

—Que eso obra en sentido contrario —ayudó la cocinera.

—Y estás ante gente que debería hacerte cuidar el lenguaje —terminó Bullivant.

—Miriam —dijo la cocinera con suavidad—. ¿Puedes subir a mi cuarto y traer mi monedero que está en el tocador?

Al retirarse Miriam, Bullivant la siguió con los ojos y luego miró a George, reconociendo todos que ésta era una ocasión en la que el silencio expresaba más que las palabras.

—Ustedes me pidieron que les contara lo que se decía en la aldea —dijo la señorita Buchanan, en tono muy expresivo.

—Una petición impremeditada de la que somos enteramente responsables —

replicó la cocinera cordialmente.

—La conversación de la señorita Buchanan era por demás interesante —observó Bullivant— sin necesidad de apremiarla para que... que...

—Actuara en forma que no le es habitual —contribuyó la cocinera, recibiendo de manos de Miriam una bolsita de piel, y dejándola sobre la mesa sin mirarla.

—¿Quiere una tostada? —preguntó la señorita Buchanan, con voz calmada después de la tempestad, acercando las tostadas a Miriam.

—No son para George ni para mí.

—No puedo preparar cosas calientes para todas las edades y todas las categorías —explicó la cocinera—. Si lo hiciera, no tendría tiempo de separar los ojos del fogón.

—Nuestros años maduros merecen ciertos privilegios, señorita Buchanan —dijo Bullivant, dejando las tostadas en el ángulo más apropiado a su uso.

—Una cocinera debe hallarse en contacto permanente con el fogón —intervino George, cuyos sentimientos habían llegado a un punto de ebullición en que le era imposible callarlos.

Hubo un silencio.

—¿Quieres hacerme el favor de repetir tus palabras, George? —pidió Bullivant.

—No me pediría que las repitiese si no las hubiese oído.

—Extraña sucesión de causa y efecto —observó la cocinera.

—Te lo pediré una vez más, George —dijo Bullivant.

—Parece que las repeticiones están de moda.

—No lo están, George. Ya lo verás. No lo haré otra vez.

—Después dirá que la señorita Buchanan debe tener contacto sólo con su mostrador —dijo la cocinera, deseosa de tener una compañera de situación.

—Pues sería lo más indicado —contestó George.

—¡George! —exclamó Bullivant, señalando a la puerta. George la atravesó, para alivio de todos, incluso de él mismo.

—¿Te gustaría seguir a George, Miriam? —invitó Bullivant, indicando así que las compañías que Miriam escogiera no eran cosa de su incumbencia.

—No —replicó Miriam.

—Me alegro —afirmó la cocinera—, y espero que sea la verdad en todo sentido. Aunque no hay motivo para que Miriam permanezca indefinidamente alejada de sus deberes.

Miriam salió y la tensión se relajó.

—Bueno, ahora nosotros los viejos podremos instalarnos cómodamente a conversar —dijo Bullivant—. Aunque el término sólo puede aplicarse a mí mismo.

—Su elección de palabras es a veces muy precipitada —comentó la cocinera.

—No hay motivo para ofenderse —dijo la señorita Buchanan.

—¿Desea usted otra tacita de té, señorita Buchanan? —invitó Bullivant, extendiendo la mano para coger su taza.

—¿Terminó de beber Miriam el suyo? —preguntó la señorita Buchanan,

aceptando el ofrecimiento.

—Si no lo hizo, debe haber dejado muy poco —replicó la cocinera—. Fue la única que probó la conserva, excepto George, que lo hizo en forma despreciativa. Aunque esa actitud no siempre consigue los resultados buscados.

—George es casi un enigma —dijo Bullivant suspirando.

—Que no podemos resolver aunque le quitemos tiempo y atención a nuestras propias ocupaciones —dijo la cocinera.

—¡Qué taza más original! —comentó la señorita Buchanan, dándose cuenta demasiado tarde de que tenía una inscripción.

—¿Qué dicen esas letras? —inquirió la cocinera.

La señorita Buchanan se inclinó sobre la taza.

—«La sed después de la rectitud»... «Yo te daré de beber»... «Aguas de aflicción» —murmuró Bullivant, leyendo en una copa tras otra las palabras bíblicas afines a sus funciones.

—Son de mi propiedad —dijo la cocinera— y están entre las pocas cosas que poseo, en la forma de vida que he elegido.

—La señora Selden las recibió de regalo durante una celebración en su templo —explicó Bullivant.

—Era una especie de aniversario —continuó la cocinera—, y considerando que yo había seguido todos los preceptos fielmente.

—Usted está siempre rodeada de cosas de su propiedad, señorita Buchanan —dijo Bullivant.

—Sí; no me sería posible instalarme entre cosas ajenas.

—Es una suerte que no todos nos hallemos atados a la tierra por tales consideraciones —comentó la cocinera—. Yo he tenido que colocar mis afectos y esperanzas en un lugar más alto y las fuerzas no me han faltado.

—Sin duda podría decirse lo mismo de la señorita Buchanan, si se encontrara ante un requerimiento similar —observó Bullivant.

—¿Quiere usted hojear el periódico mientras retiro las cosas de la mesa, señorita Buchanan? Esto debería hacerlo Miriam, pero prefiero pasarme ahora sin sus servicios y su presencia. Puede usted leernos lo que le parezca interesante. Aún no lo he mirado.

La señorita Buchanan tendió una mano decidida, pero fue interceptada por Bullivant.

—La señorita Buchanan conversará conmigo entretanto, señora Selden. No quiero desperdiciar el tiempo que una visitante nos concede.

La señorita Buchanan sintió que había atravesado ilesa una zona peligrosa y se preguntó si podría confiar en su inmunidad.

La puerta se abrió y entró George, quien cruzó el cuarto descuidadamente, cogió el periódico en forma que pareció arrebatándolo casi de manos de Bullivant y la señorita Buchanan, y se instaló a leer en un sillón.

—¿Puedo recordarte que expresé el deseo de que te retiraras, George? —dijo Bullivant, con voz temblorosa.

—No lo sé. ¿Puede hacerlo? —dijo George, alzando apenas los ojos.

—¿Te sientes con derecho a decidir por tu cuenta? —preguntó la cocinera.

—¿Te dignarás responder a la señora Selden, George? —dijo Bullivant.

—Quien calla, otorga. Por supuesto que tengo ese derecho —replicó George, que había vuelto para reivindicarlo.

Un silencio que no otorgaba siguió a estas palabras. Fue roto por Bullivant:

—Seguramente has llegado ya a la madurez, George, puesto que puedes alternar conmigo de igual a igual.

George levantó la cabeza e hizo un gesto de confirmación, mientras Bullivant se descubría buscando los ojos de la cocinera, y retirando luego la vista, avergonzado de esta apelación a un ser más débil.

El silencio subsiguiente pareció imposible de romper por medios humanos y en realidad sólo pudo ser superado por Bullivant tras invocar ayuda sobrehumana.

—¿Te has dado cuenta, George, de que no has avanzado una línea desde que tomaste el periódico?

George alzó los ojos, luego alzó los brazos, arrojó el periódico al suelo, y salió de la habitación con los brazos en alto.

—¡Caramba! —exclamó la cocinera.

—¡Vaya, vaya, vaya! —dijo Bullivant.

—¡Vamos, vamos! —agregó la señorita Buchanan, dominando el impulso de repetir la palabra por tercera vez.

Se hizo un silencio, mientras Bullivant sentía que su sorpresa ante el efecto de sus palabras sobre George se debía a su poca fe.

—Me imagino que George no tardará mucho en recuperarse —dijo la cocinera con voz ligera.

—Aunque todavía no presenta señales de haber llegado a esa etapa —dijo Bullivant con una sonrisa.

—¿Ocurre esto a menudo? —preguntó la señorita Buchanan.

—Es sólo un incidente aislado —contestó la cocinera.

—Y completamente ajeno al carácter de George —agregó Bullivant, sin intenciones de violar la verdad.

—Todos nosotros obramos a veces en forma inconsecuente —dijo la cocinera.

—Tal vez sean los caracteres los inconsecuentes —observó la señorita Buchanan.

—Una reflexión muy profunda —comentó Bullivant.

—Y que explica por qué a veces sorprendemos a los demás y a nosotros mismos —dijo la cocinera.

—¿Le gusta a usted reflexionar sobre las cosas, señorita Buchanan? —preguntó Bullivant, suponiendo que éste debería ser un recurso utilizado a menudo por su invitada.

—Yo diría que usted es una gran lectora —afirmó la cocinera— y me imagino que el señor Bullivant opina lo mismo.

—Yo diría que la señorita Buchanan hace las cosas a fondo o no las hace en absoluto —dijo Bullivant.

—Así es —contestó la señorita Buchanan, pensando que podía elegir cualquiera de ambas alternativas.

—¿Qué la hizo pensar en recibir correspondencia en su tienda? —preguntó la cocinera, que siempre había deseado saberlo.

—Es una manera de atraer gente. La tienda no está muy bien ubicada.

—Me imagino que por sus manos deben pasar misivas muy curiosas, si pudiese usted conocer su contenido —observó Bullivant.

—A menudo debe sentirse una fuerte tentación de abrir los sobres y echarles una mirada —dijo la cocinera.

—El carácter de la señorita Buchanan es el indicado para asuntos tan confidenciales —dijo Bullivant.

—Una tentación a la que uno debe resistir, por supuesto —añadió la cocinera, como completando su frase anterior.

—La clientela de la señorita Buchanan está segura en sus manos —dijo Bullivant. La señorita Buchanan frunció el ceño con aire de interrogación.

—Sus clientes —dijo la cocinera—. Los que hacen uso de ese servicio.

—¡Oh, los que quieren ocultar sus cartas! —dijo la señorita Buchanan, indicando que esta expresión más vulgar le parecía la apropiada para esas actividades.

—También son clientes quienes reciben sus atenciones en otros sentidos. Es lo que dicen los periódicos todos los días.

El concepto que la señorita Buchanan tenía de los periódicos se hizo aún más confuso.

—Me imagino que la señorita Buchanan lee de preferencia las noticias y los artículos políticos —dijo Bullivant.

La imaginación de la señorita Buchanan había ido más lejos, soñando que leía todo el periódico.

—¿No puede usted divulgar los nombres de los que se sirven de su tienda? —preguntó la cocinera.

—¿De mi clientela? —repitió la señorita Buchanan, con un mohín en los labios—. No, no puedo.

—El sistema es confidencial —explicó Bullivant—. Pero me extraña que la gente no se encuentre al retirar las cartas.

—Sucede a menudo, pero fingen que han ido a comprar algo. En realidad, siempre que van, fingen que desean comprar algo.

—Tal vez por eso vemos que ambos negocios se llevan juntos con tanta frecuencia —dijo Bullivant, sonriendo—. En todo caso, usted es la persona precisa para ese cargo.

La señorita Buchanan no lo contradijo, pues le pareció que estaba llegando a ser un hecho establecido.

—Lo que es siempre un cumplido, cualquiera que sea el cargo que se ocupe —dijo la cocinera.

—Seguramente guarda usted las cartas separadamente —dijo Bullivant—. ¿La ayudan sus amistades a separarlas cuando usted tiene otros quehaceres?

—No, nadie debe verlas. Lo hago todo por mí misma.

Bullivant guardó silencio.

—¿Qué aspecto tienen las cartas? —preguntó la cocinera—. ¿Difieren en algo de las corrientes?

—No. Son cartas corrientes. Sólo que son privadas, eso es todo.

—Y con usted siguen siéndolo —dijo Bullivant—. Aunque no serían tan corrientes si los sobres fuesen transparentes.

—Menos mal que no lo son —dijo la señorita Buchanan con la sombra de una sonrisa.

—Una honradez total es el primer requisito —observó la cocinera.

—En el curso del año deben de pasar por sus manos toda clase de caligrafías —dijo Bullivant.

—No soy muy buena para descifrar caligrafías. El cartero me lee los nombres —dijo la señorita Buchanan, que consideraba mejor no ocultar su sistema—. Tiene que leerlos de todos modos antes de entregarme las cartas.

—¿Prefiere usted las letras de molde? —preguntó Bullivant, sintiendo el impulso de aventurarse en terreno peligroso.

La señorita Buchanan no negó, ya que no tenía motivos para hacerlo.

—Espero que esta casa esté volviendo a la normalidad —dijo, tocando instintivamente el punto débil de los demás—. No tiene objeto fingir que no se ha sabido nada.

—Creo que hemos considerado mejor hacerlo, señorita Buchanan —replicó Bullivant con tono franco—. Pero, tal como usted lo sugiere, hubo cierto elemento de intriga en todo esto. Y no tuvo éxito.

—Como debe suceder con lo que no está basado en la sinceridad —intervino la cocinera—, ya sea a los ojos de todos, o en un sentido más trascendental.

—Pero creo que podemos decir que nuestra casa está recuperando su normalidad, como lo ha expresado la señorita Buchanan —dijo Bullivant—. O mejor, que ya la ha recuperado, y que nunca estuvo tan alejada de ella como se creyó.

—Las malas noticias vuelan —comentó la cocinera—. Y crecen. Aunque una casa de esta categoría no puede degradarse en modo alguno, sentíamos que habíamos descendido.

—Ustedes se identifican demasiado con la familia —observó la señorita Buchanan—. Me cuesta comprenderlo. No podría sentir lo que ustedes.

—Ni lo desearía —dijo Bullivant, sonriendo—. Usted es una persona muy

independiente.

—En este tipo de vida, nuestros propios deseos juegan un papel secundario —opinó la cocinera—, lo que, sin duda, se adapta mejor a algunos caracteres que a otros.

—Y al de la señora Selden en especial —puntualizó Bullivant.

—Se dice que el señor Lamb es una persona difícil —dijo la señorita Buchanan.

—Usted me hace recordar a los antiguos atenienses —contestó Bullivant—. Siempre está escuchando algo nuevo.

—Generalmente es lo mismo que se repite una y otra vez.

—Como debe ser en este caso —dijo la cocinera—. Y el amo no está hecho por el molde común; eso no podemos negarlo.

—Nadie lo niega —aseguró la visitante—. Pero he oído que ahora ha disminuido su afán de ahorro.

—El amo ha tenido sus principios y ha vivido de acuerdo con ellos, sin exceptuarse, lo que es digno de respeto; y últimamente ha hecho ciertas concesiones, tanto para los demás como para sí mismo.

—Lo que también es digno de respeto —añadió Bullivant—. ¿Qué más ha oído de nosotros, señorita Buchanan?

Ésta comprendió que sus revelaciones causarían mal efecto y su franqueza no le permitió ocultarlo. El sentimiento de sus propias desventajas no la impulsaba a paliar las de los demás.

—Veo que nada agradable —observó Bullivant.

—Los comentarios se basan siempre en lo que desacredita a los demás —dijo la cocinera—. Es natural. Los chismes son chismes, no comprensión ni caridad.

En ese momento, Miriam entró en la cocina y miró a la mesa.

—¿La preparo para la cena? —preguntó.

—¿Qué crees tú? —replicó la cocinera.

—Está preparada ya —dijo Miriam.

—¿Entonces para qué preguntas?

—Creí que usted quería que lo hiciera yo.

—¿Y no has visto nada que te hiciera cambiar de opinión?

—Llegué a tiempo para prepararla —dijo Miriam, como anticipándose a cualquier posible crítica.

—La señora Selden quiso arreglarla por sí misma —dijo Bullivant.

George entró con las manos en los bolsillos y tarareando una melodía. La cocinera y Bullivant lo miraron y luego cambiaron una mirada. George gravitó hacia la ventana y permaneció ante ella, levantándose los pantalones con las manos y tarareando con más fuerza. Su entrada estaba calculada para hacer olvidar su anterior salida, lo que necesitaba de cierto esfuerzo.

—Creo que puedes correr las cortinas, Miriam —dijo la cocinera—. No hay mucho que George y tú podáis contemplar en esa oscuridad que está aumentando por

momentos.

—Cenaremos temprano esta noche, señorita Buchanan —explicó Bullivant—, para que la señora Selden pueda dedicarse a su cena.

—Eso no quiere decir que yo tenga la costumbre de servirme luego una colación privada —dijo la cocinera—. Generalmente sucede lo contrario, ya que mi apetito es muy variable.

George tomó asiento un minuto después que los demás, tratando de dar la impresión de que se sentaba sólo por casualidad. Su actitud fue muy oportuna, ya que el primer plato no estaba destinado a él ni a Miriam. La cocinera había tenido ciertas dudas respecto de la conveniencia de tal medida, pero finalmente había resuelto seguir adelante con los planes ya trazados. George permaneció en trance aparente, paseando los dedos sobre el mantel y canturreando casi sin darse cuenta.

—Vamos, George, ya hemos tenido suficiente de ese himno —dijo Bullivant—. Y preferimos escuchárselo a la señora Selden.

Sorprendido al saber que su canción no sólo era religiosa, sino que la debía a la cocinera, calló y aceptó el segundo plato, pareciendo comprender apenas lo que hacía, lo que coincidía con la realidad.

—Usted tiene una gran ventaja sobre mí, señorita Buchanan —dijo la cocinera—. Sus tardes le pertenecen. Mi trabajo es constante desde la mañana hasta la noche.

—Siempre tengo que limpiar la tienda después de cerrar; y no tengo a nadie que me ayude como le ayudan a usted.

La cocinera miró a Miriam como si ésta fuera un detalle insignificante en su vida.

—Y tiene que llevar sus libros, y ocuparse de las cartas —agregó Bullivant, examinando el rostro de la señorita Buchanan.

—Vendo mi mercancía al contado y me la pagan en el mostrador. Llevar libros es demasiado trabajo para una mujer sola. Me doy cuenta perfectamente de la marcha del negocio. Puedo retener mucho en la memoria.

—Tengo la impresión de que si usted se viese afectada por alguna desventaja, señorita Buchanan, sería capaz de desarrollar facultades compensatorias en el más alto grado.

—Tal vez lo haría —dijo la señorita Buchanan, que tenía pruebas de ello.

—¿Una desventaja? —preguntó Miriam.

—Una desventaja, una desgracia —dijo la cocinera—. Ceguera o sordera, por ejemplo. Es a lo que se refiere el señor Bullivant.

George había estado rebuscando en la mente alguna observación que lo rehabilitara.

—¡En esta mesa no hay nadie que haya sido casado! —dijo, como si se le hubiera ocurrido en ese momento, y asombrado realmente por lo que se podría llamar una leve desventaja.

—Y en la casa sólo el amo y la señora —dijo la cocinera—. La señorita Emilia y el señor Mortimer nos han dado el ejemplo contrario.

—No creo que haya sido ése su propósito al no casarse.

—¿Crees que cualquiera que hubiese sido su propósito, te lo habrían comunicado a ti? —replicó la cocinera, pensando que George había vuelto a la normalidad en forma oportuna, pero no completa.

—Hay ocupaciones que exigen el estado célibe más que otras —observó Bullivant.

—Y elegir una de ellas es una buena manera de ocultar la imposibilidad de casarse —afirmó George.

—¿Que ya has sufrido desilusiones, George?

—Yo no elegí mi oficio —dijo George, implicando que no todos podían decir lo mismo.

—¡Vaya! ¿Y qué sabe George de casarse o darse en matrimonio? —preguntó la cocinera.

—Tanto como cualquiera de los que están aquí —replicó George.

—George cree que la experiencia es el único camino hacia el conocimiento —dijo Bullivant, sonriendo ante tanta inocencia.

—Cuando en realidad somos los herederos de las edades pasadas —sentenció la cocinera—. Aunque esto no se puede decir de todos.

—Hubiese sido agradable heredar alguna otra cosa además —comentó la señorita Buchanan.

—No podemos elegir el camino que hemos de recorrer en la vida —dijo Bullivant—, y si lo hiciésemos, los caminos se reducirían. No podría existir equilibrio.

—Yo no he sentido nunca el deseo de cambiar de estado —aseguró la cocinera—, y creo que a la señorita Buchanan le ha sucedido lo mismo.

—La gente no admite jamás que desea cambiarlo —dijo George.

—¿Está usted de acuerdo, señorita Buchanan? —preguntó Bullivant—. Me refiero a lo que dijo la señora Selden, por supuesto.

—Siendo las cosas como son, debo decir que sí.

—¿No siente usted deseos de recibir ayuda en ningún aspecto de su vida?

—No es siempre ayuda lo que se obtiene con el matrimonio —dijo la cocinera.

—No, pero es de esperar que sea una de las cosas que se obtienen —reflexionó Bullivant.

—Está contrarrestada por las demás.

—No siempre, señora Selden. Un hombre arrebató ciertas cosas a la mujer.

—Y le da otras que restablecen el equilibrio.

—¿Tienes intenciones de casarte, Miriam? —preguntó Bullivant.

—No es sólo su intención lo que cuenta —recordó la cocinera, que sólo veía este detalle en el caso de Miriam.

—No, prefiero estar sola. Es mejor tener cosas propias.

—Una razón muy poco elevada para permanecer soltera —replicó Bullivant.

—Es la educación del asilo —dijo la cocinera—. Allí las cosas son propiedad

común hasta un punto contrario a la naturaleza.

—¿Ha tenido el mismo efecto sobre ti tu experiencia similar, George? —preguntó Bullivant.

—No, no me parece —replicó George con deliberación—. Me parece que más bien ha sido el resultado de la experiencia de ustedes.

La cocinera abrió la boca con tanta celeridad que sus palabras no alcanzaron a tomar forma. Miriam miró a George sin comprender bien. La señorita Buchanan rió antes de saber lo que hacía, y con esto selló su destino.

Bullivant cogió de la mesa una lista impresa y la puso ante los ojos de esta última.

—¿Cuál de estas cosas elegiría usted si admitiese un compañero en su vida y debiese celebrar la ocasión?

La señorita Buchanan miró la lista con tranquilo interés.

—Me imagino que la señorita Buchanan no se interesa excesivamente en vinos —dijo la cocinera—. Es sólo una impresión, pero puedo estar en lo cierto.

—No, no bebo vino —dijo la señorita Buchanan, sacudiendo la cabeza y alejando la lista—. Soy abstemia de toda la vida. No quiero tentaciones en mi camino.

Relajó sus nervios con la sensación de haber escapado apenas, y Bullivant hizo lo mismo con sentimientos muy parecidos.

—Nunca he hecho promesa alguna —dijo la cocinera—, pero sus principios me merecen respeto. Se puede decir que los sigo, salvo en raras ocasiones.

—No veo razón alguna para renunciar a un placer porque hay gente que abusa de él —dijo Bullivant.

—Una opinión igualmente respetable —confirmó la cocinera.

—A juzgar por lo que se ve en el comedor de los amos, la reunión no me parece muy cordial —dijo George.

—¿Y cuándo has tenido la oportunidad de juzgar, George? —inquirió Bullivant, dispuesto a razonar y a no perder el control—. Tu papel ha consistido en secundarme desde afuera, lo que hace imposible toda observación directa.

—Tengo ojos y oídos —recordó George, sin considerar que esto tendría poca importancia si no contara también con una lengua.

—Y siguiendo con el mismo tema, George —dijo Bullivant, estimulado por la sensación de contar con la atención general—, si lograras apartar tu mente de curiosidades e intereses impropios, tu progreso en celeridad y exactitud sería inestimable. Sin mencionar detalles tales como expedición y elegancia.

—Al fin y al cabo, es sólo una vida de criado —dijo George.

—Los requerimientos me parecen desproporcionados a la recompensa que ofrece —dijo la señorita Buchanan.

—¿Qué objeto tiene esforzarse para progresar en este trabajo?

—¿Y en qué otro campo tendrías oportunidad de progresar? —preguntó la cocinera—. ¿O son muchos los caminos que se te abren?

—Tiene que haber otro tipo de vida. No todo el mundo es un criado.

—Perdóname, George —dijo Bullivant con su voz más melodiosa—, pero todo el mundo lo es. No hay nada, desde el primero al último de nosotros, que no sirva en cierto modo a las capas superiores. Incluso la reina es la servidora del Estado.

—Pero no junto a un lavaplatos —afirmó George.

—Ella sería la última en considerar este trabajo como más degradante que el suyo.

—¿Cómo ha llegado a tener tanto conocimiento de la reina? ¿Qué oportunidades se le han presentado para eso? —inquirió George, que hacía progresos propios en su ambiente actual.

—Ese conocimiento está al alcance de todas las mentes capaces de recibirlo —replicó la cocinera.

—Su trabajo no puede estar más alejado del hecho de ensuciarse las manos. El mío no puede estar más cerca. Y preferiría ejecutar el de ella.

—¿En qué te basas para sentirte capaz de ejecutarlo?

—Oh, me imagino que a ella se lo hacen todo —contestó George.

—Si es ésa tu visión del trabajo, George, y del lugar que ocupa dentro del esquema general de las cosas —dijo Bullivant cuidadosamente—, no creo que tengas muchas posibilidades de quedar exento de tus deberes actuales.

—Me parece una esperanza debilísima —confirmó la cocinera.

—A ustedes dos les gusta que otros hagan las cosas por ustedes.

—Hemos llegado a la etapa en que tenemos derecho a delegar en otros los aspectos más bajos de nuestros menesteres.

—¡Más bajos! Usted lo ha dicho. ¿No eran tan dignos como otro cualquiera? ¿Tan dignos como el de la reina? Ya sabía yo lo que usted realmente pensaba —añadió George.

—Tus métodos no son los más apropiados para elevarte sobre tu oficio —dijo Bullivant, sacudiendo la cabeza.

—Si me dedico a él con entusiasmo, me quedaré empantanado aquí por el resto de mi vida.

—Empantanado no es la palabra precisa —dijo la cocinera—. Excepto para aquellos que la merecen por ir descendiendo de su nivel.

—¿Qué sentimientos experimenta usted hacia su trabajo, señorita Buchanan? —preguntó Bullivant.

—Pues bien, no lo comparo con el de la reina.

—Tal vez a George le agradecería atender una tienda —sugirió Miriam.

—¿Qué dices a eso, George? —preguntó la cocinera.

—Puede ser mejor en cierto sentido. Pero sólo podría ser en una pequeña tienda de campo, con ventas insignificantes.

Se produjo un silencio.

—Tal vez preferirías empezar como primer ministro —propuso la cocinera.

—A todos nos gustaría.

—Creo que a mí no —dijo Bullivant, mirando al espacio y empleando una voz acorde con su actitud visionaria—. Sentiría sencillamente que me encontraba en un punto diferente del esquema general de las cosas.

—Lo que resume perfectamente la situación —dijo la señorita Buchanan.

—¿Te gustaría trabajar en una tienda, Miriam? —preguntó la cocinera.

—Me parece que no —contestó Miriam, recorriendo la cocina con la vista—. Tendría menos aspecto de hogar.

—¿Y cómo sabes qué aspecto tiene un hogar? —preguntó George.

—Hay gente que puede usar la imaginación, aunque otros no puedan —dijo la cocinera, con la sensación de que había caído en una trampa, pues sus palabras resultaban un cumplido para Miriam.

—¿Así es que usted está satisfecha de su trabajo, señorita Buchanan? —preguntó Bullivant—. Aunque sin duda todos hemos experimentado obstáculos en el camino hacia el éxito.

—No veo qué obstáculos pueda haber en el camino de la señorita Buchanan —dijo la cocinera—. Y si existen, han sido superados.

—Me gustaría saber cuál es el peor obstáculo en la vida de un comerciante —dijo Bullivant con voz pensativa.

—Una salud inestable —afirmó la cocinera—. Y eso me impediría a mí adoptarla.

—¿Qué opina la señorita Buchanan?

—Es ella la más indicada para sintetizar este asunto.

La señorita Buchanan no ejercitó su derecho, aunque no dudó que le pertenecía.

—Tal vez alguna pequeña limitación personal —sugirió Bullivant—. Algo que entorpeciera las transacciones y nos aislara de los demás, aunque nadie lo supiese.

—Algo así como un carácter muy vivo —añadió la cocinera—, aunque sería mejor decir «inestable», ya que generalmente es producto de los nervios.

—Me imagino que la gente podría darse cuenta de algo así, señora Selden, y estoy seguro de que la señorita Buchanan no tiene esa debilidad —dijo Bullivant, dejando traslucir que la otra desventaja a que se refería estaba representada por su visitante.

—¿Qué tipo de limitación tiene usted en la mente? —preguntó esta última.

—Oh, alguna pequeñez como no tener buena memoria, o no ser capaz de sumar o restar, o algo parecido.

—Cosas que a la señorita Buchanan le costará imaginar, ya que ha mencionado usted sus puntos más fuertes —dijo la cocinera—. Igual podría imaginarse que no sabe leer ni escribir.

—Esas limitaciones que usted menciona son casualmente mis mejores cartas, señor Bullivant —declaró la señorita Buchanan, sin atreverse a agregar que la cocinera había hecho lo mismo.

—A menudo he deseado poder volver a la escuela por un tiempo —dijo la cocinera— y suplir así algunas de mis deficiencias.

—¿Siente usted lo mismo respecto de sus días de colegio, señorita Buchanan? ¿Fueron los más felices de su vida? —preguntó Bullivant, pensando tal vez que esos días fantasmas tenían que haber estado libres de toda preocupación.

—¿Qué opinas sobre esto, George? —inquirió la cocinera.

Bullivant alzó la mano y habló en voz baja y rápida.

—No inmiscuyamos a George en esto, señora Selden. Es un precursor de problemas, y en este caso sacaría a relucir su pasado, que es un tema ya agotado. ¿Sientes deseos de volver al colegio, Miriam?

—Bueno, no creo que el aprender le enseñe mucho a la gente.

—Es verdad que a ti te ha dejado en la ignorancia respecto de muchas cosas —confirmó la cocinera—. Visto así, el aprendizaje no parece ser cosa muy importante.

—Seguramente aprendió lo que le era más necesario —dijo Bullivant.

—Depende de lo que quiera decir con eso. Apenas sabe leer y escribir.

Los ojos de la señorita Buchanan se posaron en Miriam como en la personificación de todas las ambiciones naturales cumplidas.

—¿Hasta qué punto sabes leer y escribir, Miriam? —preguntó Bullivant.

—Leo un libro de vez en cuando y puedo escribir las listas para la señora Selden.

—He tenido cuidado de que no pierda lo que sabe, sino que lo perfeccione si es posible —confió la cocinera.

—Ninguno de nosotros sabe más que ella —dijo George.

—¿En qué momento te hemos mostrado el límite de nuestra capacidad? —dijo la cocinera—. No has tenido oportunidad alguna de comprobarlo. Y creo que puedes hacer en otra parte las observaciones que te queden por formular.

George y Miriam se pusieron de pie y la señorita Buchanan siguió su ejemplo.

—Es hora de que vuelva a casa.

—Este momento ha llegado muy rápidamente —dijo la cocinera—. Pero espero que se repita muy a menudo, junto con los que lo precedieron.

—¿Es imprescindible que parta ya, señorita Buchanan? —dijo Bullivant con voz que insinuaba una reverencia.

—Sí, debo llegar a casa. Tengo algunas cosas que hacer antes de irme a la cama.

—Desearía que usted tuviese a alguien que le quitara algunas cargas —dijo Bullivant, ayudándola a colocarse el abrigo.

—Eso significaría tener que dar tanto como recibir, y todas las vidas tienen su lado débil —contestó la señorita Buchanan, sin sugerir que excluía de su afirmación a las vidas que se le habían revelado recién.

—Así es que su proposición no fue aceptada —dijo la cocinera, cuando Bullivant volvía de la puerta.

Éste la interrogó con la mirada.

—Su ofrecimiento de ayudar a la señorita Buchanan y velar por sus necesidades no fue recibida con entusiasmo.

—No comprendo.

—Comprende perfectamente.

—Perdóneme, señora Selden, pero no es así.

—Usted no había mencionado su intención de cambiar de estado, o mejor dicho, su deseo de hacerlo.

—No lo había hecho, puesto que no había motivo para ello.

—Entonces son intenciones recientes, y su decisión ha sido repentina.

—Usted ve demasiado en atenciones totalmente convencionales, señora Selden. Casi me atrevería a acusarla de ignorancia en los usos mundanos. Hay muchas maneras en las que un hombre puede servir a una mujer sin implicar un interés especial.

Bullivant cogió el chal de la cocinera y se lo puso sobre los hombros, dejándola indecisa sobre el significado de tal atención.

—Es fácil que un hombre se comprometa sin sospecharlo —dijo la cocinera.

—La señorita Buchanan no es persona para construir sin bases. Se muestra usted injusta hacia una mujer solitaria que ha tenido que luchar duramente.

—No veo por qué la soledad ha de ser una característica recomendable. Sería más lógico apreciar un carácter abierto y deseoso de mantener relaciones normales con los que lo rodean.

—No conocemos los problemas de los demás.

—Parece que usted conoce los de ella.

—Muchas veces somos objeto de confidencias.

—A menos que esté muy equivocada, la señorita Buchanan no lo ha hecho partícipe de las suyas —dijo la cocinera, mostrando que no sentía verdadera inquietud por las relaciones de Bullivant con su invitada—. Hubiese sido un intercambio muy improbable.

—Tiene usted razón, y es lo que he tratado de sugerir. No me he referido a sus propias confidencias. Hay otros canales de información.

—Así es que alguien ha estado hablando de ella. Sería mucho mejor que no escuchara esas cosas.

—No eran habladurías —dijo Bullivant—. Hay seres cuyo solo nombre refuta ese término. La prueba de ello es que mis labios están sellados.

—Podrían haberlo estado aún más. La gente puede traicionar confidencias tanto como recibirlas.

—Espero que no se pueda decir eso de mí. Creo que no he dicho nada que haya traicionado el secreto que me fue confiado. No niego haberlo recibido.

—Saber que algo se oculta es el primer paso para descubrir su naturaleza.

—¿No sospecha usted nada? Tal vez he sido algo descuidado. Puedo haber obrado con cierta precipitación. Si es así, no pretenderé negarlo. No estoy acostumbrado al disimulo ni está en mi carácter el practicarlos. Si ambos tenemos la misma idea en la mente, que permanezca allí; que no salga de nuestros labios.

—Sería difícil que otro secreto tuviese tal calibre. Y el que pase de los labios

implica menos riesgo de traicionarlo. El problema estriba en cuál de los dos lo dirá en voz alta.

—Veo que la iniciativa tendrá que ser mía, señora Selden. Pero las palabras se resisten a tomar forma. ¿Será realmente la verdad la que ha pasado de mi mente a la suya? Eso no está todavía en claro.

—El barniz que la cubría se gastó rápidamente para los ojos de una persona capaz de llegar a ciertas conclusiones. Pero entre sus oyentes, la única que podía hacerlo era yo —dijo la cocinera, terminando con una nota reconfortante.

—Señora Selden, trataré este asunto con todo el respeto debido a las mujeres en general y a ésta en particular. Es una desgracia más que una falta y debemos respetarla por haber podido sobreponerse a ella. Las palabras parecerán triviales, a pesar de que este homenaje es merecido. La señorita Buchanan no puede llenar sus horas de ocio con lo que para nosotros es un diario solaz. En resumen, no sabe leer.

—«En resumen» no es el término exacto —dijo la cocinera sonriendo.

—No podía tocar este punto en forma ruda, señora Selden. Sólo había una manera de hacerlo, y así lo he hecho. Y creo que para usted no ha sido una revelación.

La cocinera guardó silencio unos segundos.

—¿Qué objeto tuvieron sus tácticas con la lista de vinos? ¿Y sus alusiones a desventajas y limitaciones?

—No puedo defenderme, señora Selden. Fueron impulsos del momento que no puedo justificar.

—¿Por qué quiso incomodar a una mujer solitaria, que ha tenido que luchar duramente? —siguió la cocinera, empleando las palabras de Bullivant con una chispa maliciosa en los ojos.

—Creo que esto desmiente que yo sea culpable de interesarme especialmente en ella —replicó Bullivant.

—El término culpable puede aplicarse en otro sentido.

—No puedo explicármelo. Estuve jugando con fuego, lo que es un impulso humano, pero condenable. Siempre he tenido que luchar contra cierta tendencia maliciosa en mi carácter.

—Yo también tengo que confesarle algo —dijo la cocinera en tono rápido e inexpresivo—. No podría dormir con este peso sobre la conciencia. La verdad no se me apareció en la forma en que se lo di a entender. Vi que había algo, sentí la tentación de descubrirlo, y traté de sugerir que lo sabía para que usted se traicionara. Si la verdad es mejor que la mentira, aquí la tiene usted. No niego que hay cosas aún mejores.

Bullivant tampoco lo negó.

—No lo hubiera creído nunca de usted, señora Selden.

—Esta noche hubo muchas cosas que yo no hubiera creído posibles en usted.

—Esto deberá ayudarnos a comprender mejor las debilidades de George.

—Si es que se necesita ayuda en ese sentido.

—Y contribuirá a rebajar nuestro concepto de nosotros mismos.

—Prefiero hacerlo, a mejorar nuestro concepto de George. Esta noche hemos visto la naturaleza humana al desnudo y hemos contribuido a mostrarla. Tal vez haya mucho de malicia en nosotros tres —dijo la cocinera, dando la sensación de que estaba ejercitándola en el momento presente.

—¿Guardará usted el secreto, señora Selden?

—Mejor que usted, considerando que no se gana nada con revelarlo. No haría algo así sin un objetivo ulterior.

—Espero que la reunión de hoy haya servido de algo —dijo Bullivant, abandonando un asunto que ya no tenía remedio—. Fue un cambio para alguien que vive una rutina. Hay vidas que tienen muy pocas ocasiones alegres, y admito que tenemos el deber de no estropearlas.

—Y George y Miriam estuvieron presentes para realzar la ocasión —dijo la cocinera secamente—. Aunque la señorita Buchanan no pareció considerarla disminuida por ellos.

—George y el problema que representa están comenzando a cansarme —dijo Bullivant, frunciendo el ceño—. No se imagina que la preocupación por sus propios asuntos puede tener ciertos límites.

—Y toda tentativa de corregirlo se vuelve contra nosotros. La solución llegará sólo con algún choque emocional que lo haga comprender. No deseo mal a la juventud, pero George sólo se salvará mediante alguna catástrofe provocada por él mismo. No creo que haya otro camino.

—Me imagino que usted vigila cuidadosamente a Miriam, ya que tiene que estar mucho con él.

—Si yo tuviese el hábito de apartar los ojos de ella, no podría hallarse aquí. Lo que sería una manera de resolver el problema.

La cocinera comenzó un himno devoto y Bullivant la apoyó a media voz, con lo que indicaba su falta de méritos para unirse a prácticas sagradas. La cocinera, ajena a tales sentimientos, cantaba como si este acto fuese una expiación. Bullivant mantenía el oído atento a los timbres, que no sonaron; pero su atención fue recompensada.

—No parecen tener muchos motivos para cantar —dijo George—. Y tienen más razón que de costumbre. Criados son; cantan como criados; y criados seguirán siendo, a pesar de su aire satisfecho.

—Soy criado, y criado seguiré siendo, George —dijo Bullivant en voz baja y melodiosa, dirigiéndose a la imagen de George y a las paredes, y mirando hacia la cocinera para ver si formaba parte del auditorio—. Así ha sido; así es; así será; y yo me siento satisfecho.

CAPITULO IX

—Papá no ha abierto su carta —dijo Avery—. La abriré por él.

—No, no es tuya. No debes tocarla —replicó Horace.

Avery lo miró a la cara y luego dirigió la vista hacia Sara.

—Las cartas son cosas privadas —dijo ésta.

—Pero no importa que las abra Avery —dijo Marcus—, ya que no puede leerlas.

—Ya es tiempo de que pueda —dijo su padre.

—Pero entonces tampoco podría hacerlo —observó Tamasin—. ¿De qué le serviría?

—Con el tiempo recibiré sus propias cartas.

—Siempre me las leerá Sara —aseguró Avery.

—Ya estás en edad de no necesitar de esto —dijo Horace.

—Jasper tardó mucho en llegar a este momento —recordó Tamasin—. No le interesaba saber lo que decían sus cartas.

—Recibía tan pocas, que no les atribuía importancia alguna —explicó Sara.

—No se debe perder interés en las cosas sólo porque no sean frecuentes —dijo Horace.

Avery lo miró con ojos de interrogación. Bullivant bajó la vista al caminar alrededor de la mesa y respiró profundamente, como quien ha visto cumplirse sus predicciones. Los niños se hallaban acompañando a los mayores durante el desayuno, una costumbre reciente que había despertado aprensión en Charlotte debido a la amenaza de la hora.

—Todavía no puedo leer bien la letra manuscrita —dijo Jasper—. Creo que no aprenderé nunca.

—Me extraña que te agrada decir eso —dijo Horace.

Avery miró otra vez hacia su padre, y Bullivant se dirigió a la puerta, como dando la espalda a lo que era imposible evitar.

—Cualquiera puede leerme mis cartas —dijo Jasper— y casi nunca las recibo.

—Así es que te sientes satisfecho de hallarte a la misma altura de Avery. Ya no deberías molestar a los demás con peticiones de ese tipo.

—Parece que a la gente le gusta leer cartas.

—Especialmente si están dirigidas a otros —dijo Marcus.

—Y a veces las leen cuando no deben hacerlo —agregó Tamasin—. Tiene que gustarles mucho.

—Ésa es una acción muy fea —dijo su padre—. Pueden enterarse de algo que no deben saber, lo que puede traer graves consecuencias.

—¿Tantos secretos tiene la gente? —preguntó Sara—. Si son tan malos, no deberían escribir sobre ellos.

—En realidad las cartas tendrían que ser menos privadas —dijo Charlotte—. No debería haberse suscitado la necesidad de tantas reglas acerca de ellas.

—O de que fuesen tan solemnes —añadió Marcus.

—La gente escribe cosas acerca de los demás —comentó Tamasin—. Éste es el verdadero problema; no el de los secretos. No creo que existan tantos secretos.

—No. La vida casi nunca se desarrolla en ese plano —dijo Charlotte—. La gente debería pensar mejor de los demás. Ésa es la raíz de este problema.

—Y de muchos otros —agregó Sara.

—Hablamos de leer cartas —dijo Emilia—. Tal vez sería mejor que nadie pudiese escribirlas.

—Entonces no vale la pena aprender a leer cartas —dijo Jasper—. Sólo deberíamos leer las que nos pueden ser leídas.

—La gente puede tener secretos inocentes —dijo su padre—. Alguien puede desear compartirlo contigo. No estamos obligados a confiarnos a todo el mundo.

—Hay personas que pueden desear ocultar el bien que le hacen a otras —sugirió Jasper.

—Tratar de evitar que la mano izquierda sepa lo que hace la mano derecha —puntualizó Tamasin—. Pero no creo que sea ésa la razón para no leer las cartas. La mano derecha no puede hacer tanto. Aun cuando no deje que la gente se entere.

Emilia y Charlotte rieron, mientras Horace permanecía serio.

—Es la mano izquierda la que ha hecho necesarias las reglas —dijo Sara—. Parece ser la más activa de las dos.

—Creo que la naturaleza humana debe de ser zurda —afirmó Tamasin.

Marcus rompió a reír; Tamasin lo imitó y ambos se contorsionaron casi hasta perder todo control.

—No, déjalos —dijo Horace, al ver que Charlotte se levantaba para llevarlos hacia la puerta—. Tienen que aprender a comportarse como seres civilizados sin que deban ser protegidos de sus propias reacciones.

—Esa carta está escrita con la letra del tío Mortimer —dijo Jasper.

—No deberías haberla mirado —dijo Horace—. Y si la viste por casualidad, no deberías haber dicho nada. Tío Mortimer tuvo que poner su letra en el sobre y tú te has aprovechado de ese detalle, que no pudo ser evitado.

—Podría haberle pedido a otra persona que escribiese el sobre —sugirió Marcus.

—No nos gustaría tener que recurrir a esas cosas para protegernos de la curiosidad. Debemos sentir más respeto por los demás y por nosotros mismos.

—¿Entonces no debemos ni siquiera mirar los sobres?

—Nunca —dijo Horace—. Ni sobres, ni cosa alguna que no os concierna. Jasper ha descubierto que mi carta era del primo Mortimer, y eso era algo que no le concernía en absoluto.

—Pero nosotros sabíamos que el primo Mortimer escribiría —dijo Avery— porque así lo prometió.

Sara le hizo un guiño de advertencia.

—No cambies miradas con la gente, Sara. No es correcto. Y nada de lo que he

dicho puede causar temor.

Horace aligeró el tono y sonrió al terminar de hablar; luego se levantó y se acercó al fuego llevando la carta. Los niños abandonaron la habitación como obedeciendo una orden, con aspecto perplejo y desalentado.

«Mi querido Horace: Me dijiste que no te escribiera, pero no soy tan malvado como para aceptar las palabras de la gente en forma total. Sería como decirles que ellos lo han querido así. Gracias por tu carta. Me ha destrozado el corazón, pero ése es el resultado natural del uso de la palabra. Nació con el lenguaje humano, que permitía a los hombres comunicarse sus pensamientos. ¿Qué otra cosa podía surgir de eso? Y puesto sobre papel da una seguridad más: Podemos volver a esas palabras mil veces.

»Estoy viviendo en unas habitaciones confortables y hogareñas, como decía la tarjeta puesta en la ventana. La tarjeta ha sido retirada, lo que puede haber sido un error. Es mejor mantener ese tipo de frases ante los ojos. La dueña de casa es una amiga de Bullivant, que recibió una carta de él. No me había imaginado que Bullivant escribiese cartas. ¿Qué oportunidades tiene él de romper corazones?

»Seguramente te preguntas en qué ocupo el tiempo, lo que es muy bondadoso de tu parte. Sólo espero que pase y he descubierto la verdad del refrán que dice que todo llega al que sabe esperar. Cinco semanas han pasado sin dejar huellas, lo que me parece perfecto. No comprendo por qué hay gente que desea revivir las horas pasadas. Yo no podría soportar el recuperar mi tiempo.

»Te agradezco que me echés de menos, cuando te traicioné bajo tu propio techo. Pero no era culpa mía no tener un techo propio, lo que me obligaba a hacerlo todo bajo el tuyo. Y los techos parecen dar lugar a muchas situaciones. Cada vez que algo sucede, se hace mención de algún techo. De niño siempre deseé ser gitano, que son gentes reconocidamente morales. Creo que esto demuestra que tengo el corazón bien puesto. Y sólo tuve una cosa que ocultar, cuando la mayoría de la gente tiene tantas. Y cosas tan insignificantes, que en realidad sólo rebajan. Mi pecado fue único y grande. No hubiese podido soportar ser indigno de ti, Horace. Me siento nostálgico y solitario y sufro con la sencillez de un hombre, pero ni hablo de mí mismo. Y sé que merezco lo que sucede, lo que es un gran consuelo. No tengo esa amarga sensación de injusticia que cuesta tanto sobrellevar. Siempre es satisfactorio recibir la debida recompensa a nuestros actos.

»Recibí una carta de Magdalen. Me la envió para que la guardase siempre. Y me pidió una mía, para hacer ella lo mismo. Yo hice varias tentativas que rompí después. Lo intenté una vez, la leí en voz alta hasta que la supe de memoria, porque me pareció admirable, y luego la eché al correo. Me alegré mucho al pensar en que alguien la guardaría para siempre. La carta de Magdalen me sirvió para romperla, y sé que ella se alegrará de que me haya servido de algo. ¡Cómo aborrecería parecerme a la demás gente! Significaría escribir una cantidad de cartas. Pero yo tengo la tuya, y por supuesto que la conservaré siempre.

»Estoy a punto de salir para mi caminata diaria, antes de sentarme ante el fuego a sentir que no tengo nada que esperar. No puedo vivir en el pasado, porque debo fingir que no ha existido.

»La dueña de casa me trae regularmente las comidas, lo que suena como algo muy encomiable. Pero no veo por qué ha de hablarse de servicio regular de comidas, cuando de las demás cosas no decimos que sean accidentales.

»Por supuesto que no debes derramar lágrimas por mí, ya que soy indigno de ellas.

»Que Dios te bendiga, mi querido muchacho.

Mortimer.»

Horace permaneció con la carta en la mano, y en el rostro una expresión que parecía evocar sus palabras. Echaba de menos a su primo hasta un punto que no podía afrontar ni confesar. Su resentimiento se hallaba sumido en las profundidades de su necesidad de él. Ésta era la verdadera causa de su amargura. Mortimer podía engañarlo en su propia casa, podía intrigar para destrozarse su vida, pero no podía llevarse su corazón.

—¿Qué cuenta Mortimer? —preguntó Emilia, ocultando su valor tras una voz tranquila.

—Nada que pueda ayudarlo —respondió Horace con frialdad—. Y ya habíamos dicho que su nombre debería olvidarse.

—Imposible, después de cincuenta y cinco años. El futuro se acorta demasiado para emplear palabras así. Sólo pueden ser palabras.

—Tienes que hacer frente a la verdad, Horace —dijo Charlotte—. No eres el dueño total de tu destino, y ninguno de nosotros es el amo de sus sentimientos. No puedes pasar treinta años esperando el final. Tienes que adaptar tu vida a tu naturaleza, para que te sea posible vivir.

Horace salió de la habitación sin decir nada, miró hacia el fuego como para arrojar la carta en él, pero la guardó en su mano. Luego salió a caminar solo, pensando examinar sus pensamientos. Pasó junto a sus dos hijos mayores, que trabajaban en el jardín, y dominó un impulso de pedirles que lo acompañaran. Tuvo la sensación de que no tenía nada que ofrecerles, muy poco que recibir, y que la conversación tendría sus peligros.

—¿Qué hacéis? —preguntó con voz agradable—. Estaré de vuelta dentro de una o dos horas para verlo.

—Jasper está haciendo una cabaña y yo le estoy ayudando —dijo Marcus—. Cuando lleguemos a la parte más difícil, yo le leeré mientras él trabaja. No alcanzaremos a terminarla hoy.

Horace cruzó el parque y trepó al cerro que se elevaba frente a la verja. Los muchachos continuaron trabajando en silencio, levantando los ojos de vez en cuando para observar el camino ascendente y la figura de su padre.

—Papá ha ido a la barranca —dijo Jasper después de un rato—. Tomó el camino del puente que la cruza.

—Verá que el puente está roto.

—¿Cómo lo sabrá? ¿Estaba aquí cuando llegó el mensaje?

—Sabes que no estaba. Pero verá inmediatamente que está mal.

—¿Cómo ha de saberlo? —preguntó Jasper—. El hombre dijo que el desperfecto no se notaba. La tempestad dañó las tablas, pero no las quebró. Cederán ante cualquier peso. Pero aunque lo hicieran, papá se salvaría; es un hombre adulto.

—No es persona a la que le puedan suceder cosas —dijo Marcus, riendo—. No es lo mismo que si fuese otra persona cualquiera.

—Cualquier persona podría matarse. La gente que se cae en una barranca no sobrevive.

—¿Por qué no le advertimos? —dijo Marcus, como deseando conocer la respuesta.

—Se alejó con tanta rapidez, que no hubo tiempo.

—¿Por qué no corrimos tras él? Lo hubiésemos alcanzado.

—Podría haberse enojado —respondió Jasper—. Le sobresalta que lo alcancen y ya sabes cómo se pone cuando se sobresalta.

—Es mejor sobresaltarse que morir —indicó Marcus—. El peligro para él es mayor que para nosotros. Pesa mucho más.

Los hermanos se miraron a los ojos, vieron que sus labios temblaban y dejaron caer la vista.

—Parecía que volveríamos a los tiempos de antes —confesó Jasper.

—No podríamos soportarlo. Tampoco podría soportarlo mamá. Sería mejor que muriera, si ésa es la única manera de evitarlo.

—Y su alma se salvaría —observó Jasper—. Ahora es tan bueno.

—Nosotros no podemos decir lo mismo. Nunca hemos sido tan malos. No debemos matar gente, cualquiera que sea el motivo. Podemos encontrarnos con él en una vida futura y saber que él lo sabía. Sería lo que se llama justicia poética.

—Eso no sucedería en mucho tiempo.

—Podría suceder pronto. Hay gente que muere de remordimientos.

—Creo que nosotros continuaríamos viviendo —afirmó Jasper.

—Queremos seguir viviendo y no hemos permitido vivir a papá; y él nunca ha sido tan malo como nosotros ahora, y estaba esforzándose por ser bueno. Aun cuando apenas podía hacerlo continuaba esforzándose. No es justo que muera él y nosotros no.

—Ha vivido gran parte de su vida.

—Pero la gente quiere vivirla completa. Y últimamente ha sido muy bueno. Lo último que nos dijo fue una palabra amable y lo último que le hicimos nosotros fue esto.

—Siempre fue bueno a veces. Nos daba cosas aun cuando deseaba ahorrarlas. Y

él tampoco tenía mucho.

—Cuando hubiese podido tenerlo todo —dijo Marcus—. No tenemos tiempo ya para correr tras él. ¿No podemos decírselo a los demás, para que puedan salvarlo?

—Si ha cruzado el puente, ya debe de estar muerto. Sabemos que no se puede hacer nada.

Los hermanos se miraron y rompieron a llorar. Arrojaron al suelo sus herramientas, dieron algunos pasos con las manos convulsas, escrutaron el camino escarpado y desierto y se abandonaron a su dolor. Charlotte, que se paseaba por los jardines, escuchó sus lamentos y acudió apresuradamente. Sus hijos se arrojaron sobre ella y contaron su historia, protegiéndose con incoherencias de la verdad total. Charlotte creyó comprender que Horace se había dirigido al puente y que los muchachos habían recordado la advertencia demasiado tarde. Se precipitó a la casa para enviar socorro al lugar de peligro y luego volvió a compartir la angustiada espera.

—Tiene que haber llegado al puente —dijo Marcus—. Caminaba rápidamente. No llegarán a tiempo.

—Es posible que no haya ido hacia allá —dijo Charlotte.

—El camino no lleva a otra parte. Y no ha vuelto, a pesar de que ha tenido tiempo para hacerlo. Papá ha muerto, y él no quería morir. Y nadie ha hecho nunca nada por él. Y últimamente él ha hecho lo que ha podido por los demás.

—El puente ha cedido bajo su peso —dijo Jasper—. El hombre dijo que no soportaría el peso de una persona. Lo dijo delante de ti.

—Y yo no pensé en transmitir el mensaje. Papá no ha pasado por ese camino en mucho tiempo. Antes solía ir allá cuando estaba alterado por algo, pero eso pertenece al pasado.

—Hoy fue un día parecido al pasado —comentó Jasper.

—No estaba de buen humor esta mañana y yo sabía que había salido a caminar solo. Pero no se me ocurrió que pudiese tomar ese camino. La culpa es más mía que de vosotros.

Jasper y Marcus se aferraron a su madre, retorciéndose las manos y mirando hacia el cerro que parecía ahora más lóbrego y escarpado. Charlotte volvió a la casa a esperar a los hombres y sus hijos la siguieron, sin voluntad suficiente para hacer otra cosa. Se hicieron preparativos para un posible accidente; los hombres habían llevado un colchón; el doctor estaba en la casa. No había otra cosa que hacer más que esperar y hacer frente a la posible verdad.

Los hermanos se quedaron en el vestíbulo, acurrucados en su esquina más oscura, cumpliendo las órdenes de su madre de no dar la alarma al resto de la casa. Sentían que el peso de la angustia debía recaer sobre ellos, que era lo justo. Cuando oyeron ruidos fuera, escondieron el rostro y se pegaron aún más a la pared. La voz de su padre, débil, irreal e increíble, les llegó como una amenaza de un mundo fantasmal. A medida que la voz se hizo más fuerte y firme, temblaron y se estrecharon uno contra

el otro. Luego saltaron sobre él en un éxtasis de alegría, temblando y sollozando en la primera reacción de alivio total. Horace, sorprendido y confuso, miró a su esposa.

—Los niños recordaron que el puente estaba quebrado después de que habías partido. Era demasiado tarde para alcanzarte. Han estado así desde entonces. Lo hemos estado todos.

—¡Mis pobres hijitos! —exclamó Horace—. Y no estaban muy lejos de la verdad. Al llegar al puente, encontré una tabla que decía «Peligro», por lo que trepé al peñasco que queda sobre él y caminé aferrándome a la pendiente hasta llegar al camino. Si hubiese sabido el esfuerzo que iba a necesitar, hubiese vuelto. Estoy exhausto. Y el letrero estaba allí por casualidad. No me extraña lo que han pensado. Es mejor no imaginar lo que podría haber sucedido.

—Podrías haber muerto, y hubiese sido por culpa nuestra —dijo Marcus.

—Nunca volveremos a hacer una cosa así —dijo Jasper—. Podríamos haber asesinado a una persona a quien conocemos y que vive con nosotros. Deberíamos haber pensado en eso siempre.

—Lo que hicisteis fue olvidar un mensaje importante, una cosa grave y que pudo tener resultados trágicos. Pero fue sólo eso. La vida de papá se vio mezclada en esto por casualidad. Nadie puede precaverse del todo contra los olvidos y las coincidencias. No debéis seguir imaginando cosas.

Los muchachos relajaron los nervios y quedaron exhaustos, inhalando profundamente y mirando cómo su alrededor volvía a la normalidad. Sus ojos parecían contemplar un mundo nuevo.

En la puerta aparecieron los hombres que portaban las angarillas, y entraron para decir lo que tenían en la mente.

—Fue un rato angustioso, señor. La señora necesitará reponerse. El trabajo fue terminado antes de lo que nosotros creíamos. El puente está clausurado con tablas. Ya no hay peligro. Nadie puede pasar.

—Ya pasó lo peor —dijo Horace—. Pero el mensaje debería haberse comunicado a toda la casa. En el futuro este tipo de mensajes deben llegar directamente a mí. No se puede confiar en que llegará a oídos de todos.

—Lo dimos en la cocina, señor, y vimos que lo llevaban arriba. Y también vimos a los señoritos en el jardín antes de que usted pasara por allí. Creímos que usted se dirigía al puente para inspeccionar los daños.

—Entonces hicieron todo lo que debían —dijo Horace—. Gracias.

Los hombres se dirigieron a la cocina y Horace miró a sus hijos y a su esposa.

—Y así sucedieron las cosas. Ésta es la razón de tantas escenas. Éste es el significado de esas palabras y esas lágrimas. No tuvisteis edad suficiente para llevar vuestro proyecto hasta el fin, pero lo que os faltó fue el valor, no la voluntad. La verdad está a la vista.

Charlotte pareció atemorizada y Emilia tan grave, que su gravedad fue algo nuevo. Los muchachos, pálidos y temblorosos, miraban al suelo.

—Y ésta es mi situación. Mis hijos desean mi muerte. Eso es lo que sienten hacia su padre. He escapado a la muerte para descubrir qué es lo que se desea para mí. Y puedo decir sinceramente que jamás se la he deseado a nadie. Nunca le he disputado a nadie su derecho a vivir.

Hubo un silencio y la voz de Horace continuó.

—Puedo ser un hombre áspero y difícil, pero no he descendido hasta esto. No he hecho nada que demuestre un corazón implacable. He tenido que luchar contra mí mismo y me ha costado mucho, pero ninguno de mis defectos ha sido de este calibre. Puedo haber nublado la felicidad de algunas vidas, pero nunca he tratado de destruirlas. Nunca he arrebatado a un hombre el derecho a respirar. Y esto es lo que han hecho los que se llaman mis inocentes hijos.

—La causa de todo esto está en su mente infantil —dijo Charlotte—. Son mentes más lentas que las nuestras. El momento pasó antes de que se dieran cuenta. Cuando comprendieron el alcance de lo que habían hecho, se desesperaron.

—Se protegieron con mentiras y evasivas. Todas estas escenas tenían por objeto ponerse a salvo. Lo hicieron bien; lo admito. Me engañaron y a ti también. ¿O estabas en el complot? No sería la primera vez que planeabas hacerme daño con alguien que se suponía me tenía afecto. ¿Por qué me miras así, Emilia? ¿Cómo te sentirías en mi lugar?

—No podría encontrarme en tu lugar. Una falta de mi parte, similar a la tuya de esta mañana, no tomaría las proporciones de una amenaza demasiado terrible para ser soportada. Tu problema estriba en que el pasado todavía vive. No es algo que muera con facilidad.

—No vale la pena tratar de hacerlo olvidar. Es mejor que vuelva a mis antiguos usos. Ahora veo que eran más saludables. No llevaban a esto.

—A esto llevaron, justamente —dijo Emilia.

—¡Entonces cada vez que me sienta cansado o perturbado, podré esperar un complot contra mi vida! Extraña manera de vivir, extraña manera de pasar de día en día caminando sobre tierras movedizas, siempre en peligro. Durante gran parte de mi vida he caminado así. ¿Quieres enviar fuera a tus hijos, Charlotte? No me siento capaz de hablar con ellos. Tengo que pensar en lo que debe hacerse, en si podremos tenerlos aquí en la casa, si debemos dejarlos junto a sus hermanas. Son ellos los responsables de su destino. No he sido yo quien los ha traído a esto. He cambiado sus vidas; he tratado de cambiarme a mí mismo, lo que pocos seres humanos han logrado. Pero no ha servido de nada. No está en ellos responder a la comprensión y a la bondad. Los métodos anteriores eran más apropiados.

Los hermanos se deslizaron fuera de la habitación, Marcus sollozando, Jasper tratando de considerar lo que debían hacer. Sentían que se hallaban envueltos en un conflicto mayor de lo que hubiesen podido concebir. Las nubes y restricciones anteriores desaparecieron de su memoria.

—¿Qué hemos de hacer con ellos? —dijo Horace.

Las mujeres no respondieron; no podían responder a sus propios interrogantes.

—No podemos seguir como si nada hubiese sucedido.

—No podríamos, si esto fuese lo único que hubiese sucedido —dijo Emilia.

—No sirve de nada dar por sentado que todo esto es el resultado natural del pasado. De cualquier aspecto del pasado. Esto no es obra mía. Es un defecto en la naturaleza de estos niños, a los que vemos como inocentes e indefensos. ¿Quién era el indefenso? ¿Ellos o yo?

Emilia guardó silencio, tratando de pesar estas palabras.

—¿Qué línea seguiremos? ¿Cómo deberemos tratarlos? ¿Podré recuperar mis sentimientos de padre? ¿Podremos tratarlos como a simples niños? ¿Tendremos que estar siempre en guardia contra ellos, para impedir que hagan daño a otros? ¿Deberemos protegerlos de ellos mismos, protegerlos para que los demás no sepan lo que son? ¿Cómo deberemos contestar todas estas preguntas?

—¿Puedo ayudar en algo, mi querido muchacho?

Horace se volvió y avanzó, y casi se colgó del cuello de su primo antes de reaccionar.

—No sabes la situación en que me hallo, Mortimer. No conoces la última amenaza que se ha cruzado en mi camino.

—Sí, sí, la conozco. He estado prestando mucha atención.

—¿Has sido testigo de esta escena, la más triste de mi vida?

—No he apartado los ojos de ella. Es la primera vez que presencio algo semejante.

—¿Qué harías tú en mi lugar?

—No me parece que se pueda hacer cosa alguna.

—¿Cuál sería tu conducta en esta extraña situación?

—Pues bien, todos somos víctimas de las circunstancias. Lo supongo en mi calidad de víctima. Y creo que tú estás haciendo el mismo papel.

—¿Alejarías a tus hijos de ti y no volverías a pronunciar su nombre?

—Eso significaría dar a conocer la verdad. Y la gente tiende a pensar que nos merecemos lo que nos sucede. Supongo que esto se debe a que ellos mismos lo merecen siempre. Esto no quiere decir que yo crea que tú lo hayas merecido, pero la gente nunca comprende hasta qué punto somos excepcionales. La gente en general es tan vulgar.

—¿Puedo verlos día tras día y observarlos crecer, como si nada hubiese sucedido?

—No lo sé, mi querido muchacho. No, no lo creo. Difícilmente puedo esperar que lo hagas.

—¿No es extraño que ambos hayan actuado tan acorde? Podía haberse pensado que uno de ellos serviría para refrenar al otro.

—Es lo que tú pensarías. Pero el momento fue muy rápido y la oportunidad pasó junto con él. Y los niños creen que los adultos son los amos de su destino. Saben con qué facilidad lo son del destino ajeno. Y realmente se alegraron de que no hubieras

muerto, lo que es una gran cosa, si consideras cuán dispuesta está la gente a pasar sin los demás.

—No tienes una opinión muy alta de la naturaleza humana, Mortimer.

—No, no la tengo. Y no es porque juzgue a los demás por sí mismos. Eso no lo hago jamás.

—Lo que ha recaído sobre mí es algo extraño y siniestro. Y tenía ya suficientes preocupaciones. He recibido un golpe sobre otro.

—Dicen que las penas nunca llegan solas. Aunque la gente no debería decir esas cosas; ayuda a establecerlas. Y en realidad me parece que siempre estamos recibiendo pequeños golpes.

—¿Por qué has vuelto? —preguntó Horace.

—Porque escuché tu voz que decía: «Mortimer, Mortimer».

—Supongo que sólo te quedarás algunas horas. ¿No es así?

—Horace, me parece que estás mintiendo.

—¿Has vuelto porque es lo mejor para ti?

—Es extraño lo mal que suena esa afirmación, que puede aplicarse a casi todo lo que hacemos.

—¿Por qué elegiste hoy entre todos los días?

—¿No escuchas lo que te digo, Horace?

—Cuando me escribiste no tenías intenciones de venir. O no las dejaste traslucir.

—No, mi querido muchacho. La gente a menudo comprende lo que se deja traslucir.

—No pensé que volverías.

—Entonces ese grito de tu corazón debe de haber sido inconsciente. Era un grito, profundo.

—¿No has traído equipaje?

—Sólo alguna cosa. Bullivant sólo empaquetó lo suficiente para unas pocas semanas.

—No tienes mi permiso para permanecer en mi casa.

—Horace, me desagrada quedarme aquí sin él. ¿Pero qué puedo hacer? No se puede desestimar un grito del corazón.

—Ese grito no era mío.

—Con mayor razón entonces no querrás que lo desestime.

—¡Si no hubieses traicionado mi confianza, Mortimer!

—Entonces no hubieses tenido oportunidad de traicionar la mía. Y la carta que encontraste y leíste no hubiese sido escrita. No hubieses enmendado tu vida ni conquistado el afecto de tus hijos. Creo que estarías mucho peor de lo que estás.

—¿Qué carta?

—Horace, esto es indigno de ti.

—No sabía que tú sabías que yo la había leído.

—Por lo menos ahora todo está claro.

—Fue algo muy pequeño comparado con lo que tú me habías hecho.

—Sí, uno de esos males pequeños que cuesta tanto perdonar.

—Cuesta más perdonar un mal mayor. Ésa es la verdad.

—Así parece —dijo Mortimer.

—No voy a preguntarte cómo supiste que yo había leído esa carta.

—Me parece una actitud muy digna, y un poco de dignidad siempre ayuda a sostener una situación.

—Sin duda tú la dejaste olvidada por allí y no la encontraste.

—Debe de ser muy agradable no tener dudas. En ese caso, las preguntas resultan superfluas.

—Estaba dirigida a la tienda de la señorita Buchanan.

—Lo sé. Aunque no llegué a verla. ¿Crees tú que después de haber tomado tal precaución, iba a poner tan poco cuidado?

—Te especializas en misterios —dijo Horace.

—Ninguno de los dos ha sido totalmente franco. Tienes que comprenderlo, aunque sea tarde para cambiar. Hay un punto sobre el cual mis labios están sellados. Me gusta lo importante que suena esa frase.

—Mortimer, debo preguntarte una cosa. ¿Puedes estar día tras día junto a Charlotte y mantener tu dominio?

—Horace, eres muy amable al darme la bienvenida.

—No has respondido a mi pregunta.

—Es un tema escabroso, mi querido muchacho.

—¿Quieres decir que es superior a tus fuerzas?

—¿Necesitas saber exactamente lo que quiero decir?

—¿Quieres decir que tus sentimientos son demasiado fuertes para dominarlos? No me hables en enigmas.

—Tengo que hacerlo.

—¿O quieres decir que están debilitándose?

—Deberías darme la oportunidad de expresarlo en forma críptica.

—Mortimer, son buenas noticias. ¿Cuándo comprendiste la verdad?

—Cuando Charlotte volvió y me demostró hasta qué punto los niños ocupaban el primer lugar en su corazón. Fue ése el momento en que tú entraste. Tus palabras llegaron tarde. El asunto pertenecía ya al pasado.

—¿Y qué siente Charlotte por su parte?

—Mi querido muchacho, creo que descifraste el enigma.

—¿Has ocupado alguna vez el primer lugar en su corazón?

—Horace, eso es golpear a un hombre caído. Es algo que vemos muy pocas veces, ya que está tan universalmente condenado. Lo que sugiere que ése es el momento preciso. Golpear a un hombre de pie es algo que necesita ser recomendado. Debes recordar siempre que cuando te golpeé, estabas de pie.

—¿En qué difería mi posición de la actual?

—No difería en absoluto. Siempre estás de pie. No deben sorprenderte entonces los golpes del destino. Eres un blanco apropiado.

—Olvidemos todo esto.

—Sí, olvidémoslo. Es difícil inventar tantos enigmas.

—Es triste recordar todo lo que ha habido entre nosotros.

—Sí. Todos esos años de pobreza y dependencia, mi prolongada sensación de que el destino había sido injusto conmigo, mi prolongado esfuerzo por no envidiarte lo que poseías.

—Sabes que no me refería a eso.

—¿A qué te referías entonces? Dijiste que olvidaríamos el otro asunto.

—No sabía que experimentabas ese tipo de amargura.

—Tampoco lo sabía yo. Pero parece que debo haberla sentido. Supongo que mi lado mejor se impuso siempre.

—¿Puedo hacer algo para facilitarte las cosas?

—Puedes mantener la pensión que me habías asignado en el exilio. Tenías la intención de que ambos durarían toda mi vida.

—Pero ahora vivirás en mi casa.

—Sí. Por eso podré guardarme la pensión en lugar de entregársela a la dueña de la casa donde vivía.

—Pero tu pensión anterior sería suficiente. Siempre te lo pareció.

—En ese caso, me conoces mejor de lo que me conozco yo. Creo que mi lado mejor ha triunfado tantas veces, que ha hecho olvidar que tengo otro peor. Así es que conservaremos esa querida pensioncilla que me lleva de vuelta a los días de mi niñez, ya que no podría alejarme de ella. No me extraña que se diga que hay algo de infantil en mi personalidad.

—Mis gastos crecen todos los días. Parece que ahora gasto más en cada miembro de esta casa, incluso en esos niños que desean mi muerte. No quiero que pienses que te estoy regateando lo que me has pedido.

—He cometido una necesidad al tener esa impresión. Es claro que deberé tomar en cuenta la voluntad de ayudarme más que el hecho en sí. ¿O de qué serviría tener un lado mejor? Bullivant, la dueña de la casa en que estuve le envió sus saludos y dijo que jamás había tenido un pensionista que diera menos preocupaciones. Lo que me parece que fue muy considerado de mi parte, teniendo en cuenta todas por las que atravesaba yo.

Horace comprendió que Bullivant deseaba hablar a Mortimer y sacrificando su propio deseo de hacer lo mismo, los dejó solos.

—¿Ha sido igual la casa sin mí, Bullivant?

—Le ha faltado una chispa vital, señor.

—¿Me esperaba usted hoy?

—No sabía la hora o el día, señor, pero su llegada me parecía inminente.

—¿Se alegrará de verme George?

—Aunque no tiene las mismas raíces en esta casa, creo que sentirá lo mismo que yo.

—¿Quiere hacer desempaquetar mis cosas?

—Ya están todas en su lugar, señor.

—¿Cree usted que los cuartos alquilados se borran alguna vez de la memoria?

—Por lo menos sirvieron para su propósito, señor. Fue un capítulo corto, si no alegre, y ya ha terminado.

—¿Se han recibido muchas visitas últimamente?

—La señorita Doubleday no ha estado aquí, señor.

—¿Se ha dejado abatir?

—No he oído nada al respecto, señor. Ha sido vista en la iglesia y va a marcharse por algún tiempo, para cambiar de ambiente.

—Me parece que se ha dejado abatir.

—Ése sería el tributo apropiado, señor —dijo Bullivant, con la sospecha de una sonrisa.

—¿Ha estado aquí la señora Doubleday?

—Ningún miembro de la familia, señor, salvo el preceptor, que ha venido todas las mañanas, como en los primeros tiempos.

—¿Será conveniente que hable con él, en el caso de que desee pedirme cuentas?

—No creo que la iniciativa deba ser nuestra, señor. Y espero que la situación sea resuelta en una guerra de palabras.

—Ésa era mi intención.

—En cuyo caso es fácil predecir quién será el vencedor, señor.

—No estoy tan seguro. Los preceptores son hábiles con la palabra.

—Es que en cierto modo son su mercancía.

—¿Y la mía no?

—En su caso, señor, podríamos decir que usted posee los productos sin el deseo de comerciar con ellos —dijo Bullivant, sin levantar la vista.

—¿No sabe usted, Bullivant, que la enseñanza es el más noble de los oficios?

—Lo he oído decir, señor, pero no parece que se le reconozca como tal.

—Las cosas más nobles nunca son reconocidas.

—En ese caso, señor, puedo cederle la prioridad.

Mortimer subió las escaleras y esperó ante la puerta del cuarto de estar de los niños. Cuando apareció Gideon, le dirigió una sonrisa y le estrechó la mano.

—Debe usted estar satisfecho de que no lleguemos a ser hermanos.

—¿Debo estarlo? —preguntó Gideon, frunciendo el ceño al esforzarse en abarcar la situación total—. Sí, me atrevería a decir que es lo mejor.

—¿Le hubiese disgustado tenerme como hermano?

—Se dice que el marido entra a formar parte de la familia de la mujer, y no puedo imaginarlo a usted en la nuestra.

—Así es que es mejor que me hayan despedido. Pero fue un momento triste.

—¡Pobre Magdalen! Supongo que lo fue.

—¿No he servido de algo en su vida? Ahora hay en ella un romance, lo que con toda seguridad es superior a mi persona.

—Tal vez tenga usted razón —dijo Gideon.

—Todos decimos cosas despectivas de nosotros mismos, pero nunca he conocido a nadie que demuestre tanta aceptación de ellas como usted. Nunca podré volver a llevar la cabeza alta, por supuesto. No me he comportado como un hombre. Aunque en realidad creo que eso es justamente lo que he hecho. Las palabras «comportarse como un hombre» parecen haber adquirido el sentido de comportarse como un dios.

—Y usted no lo ha hecho —dijo Gideon.

—Otra vez. ¿Cómo sabe usted si yo creo que hay algo de divino en mí? Se supone que lo hay en todo ser humano.

—¿Qué lo llevó a proponer en matrimonio a Magdalen?

—Me hallaba en manos de otra persona. Usted no sabe lo que es no haber ganado jamás dinero alguno.

—Me gustaría saber lo que es el poder hacer algo que no sea ganar dinero. ¿Qué les sucede a esos dos niños, a Jasper y a Marcus?

—Se han comportado como hombres; mejor dicho, se han comportado en forma que demuestra que el niño es el padre del hombre. Que Dios los bendiga —dijo Mortimer.

CAPITULO X

—El señorito Jasper y el señorito Marcus deben ir a la biblioteca —dijo George, con voz que sugería una actitud de triunfo ante la situación—. Deben bajar inmediatamente.

—¿Quién nos necesita? —preguntó Marcus.

—El amo, señorito; está solo —respondió George, gozando ampliamente.

—¿En la biblioteca? —inquirió Jasper.

—Sí, señor. El comedor es de uso demasiado corriente para esta ocasión.

—Basta, George. Los señoritos irán en seguida —intervino la niñera.

—Me imagino que preferirían estar ya de vuelta.

—Seguramente eso es lo que sientes tú cuando envían en tu busca.

—¿Y si nos escapáramos? —propuso Marcus a su hermano.

—Me vería obligado a seguirlos, y mis piernas son más largas —contestó George, que obraba no tanto por maldad, como por la satisfacción de ver a otros varones jóvenes en aprietos.

—Papá no puede hacernos daño con sus palabras —opinó Jasper—. No necesitamos escuchar lo que dice. Sólo lo suficiente para poder responder.

—No puedo soportarlo —dijo Marcus—. Siempre será igual. Preferiría estar muerto.

—O preferiría que lo estuviera el amo —comentó George, con tono de complicidad.

—George, si no tienes más cuidado, serás llamado también a la biblioteca —advirtió la niñera.

—Los hermanos descendieron la escalera siguiendo a George, que avanzó con paso despreocupado, se dirigió a la puerta de la biblioteca y la mantuvo abierta para ellos, dando a su curiosidad la categoría de deber. Los muchachos permanecieron de pie en esa habitación que les era casi desconocida, y Horace esperó a que la puerta se cerrara, sabiendo que no estaba ayudando a tranquilizar a nadie.

—Bien, hijos míos —comenzó, en tono que pareció acentuar la relación que los unía y, por lo tanto, lo incongruente de la situación.

—Y bien, papá —dijo Jasper, con voz indecisa.

Horace lo miró como si no hubiese esperado respuesta.

—Me he estado preguntando si sería capaz de conversar con vosotros. Me parecía que no podría hacerlo. Pero me he forzado a ello. No quiero ocultarlo.

Hubo un silencio, ya que sus oyentes no refutaron sus palabras.

—¿Creéis que seríais capaces de conversar con dos muchachos que os hubiesen hecho lo que vosotros me habéis hecho a mí?

—No, papá —dijo Jasper, probando suerte.

—Yo creí que no me sería posible. Sentí que la brecha entre nosotros era demasiado ancha, que yo debería permanecer a un lado y vosotros al otro. Pero luego

recordé que sois mis hijos, y que me debéis la vida.

Los muchachos sintieron que esta deuda debería haber sido la última con respecto a su padre.

—He tratado de no pensar en la verdad de este asunto. No he albergado amarguras. He tratado de no mirar mi vida como una cosa preciosa. Pero la vida es todo lo que tenemos; y al arrebatármela, me lo hubieseis arrebatado todo. La verdad está ante nosotros, desnuda, escalofriante, extraña. ¿Qué haríais en mi lugar? ¿Si vuestros hijos hubiesen obrado así?

—Sólo esperamos un minuto —dijo Marcus— y luego deseamos haber hablado. Creímos que si tú no volvías, tampoco volverían los tiempos pasados. Y nos había parecido que estaban a punto de volver. Sentimos que no podríamos soportarlo.

—Así es que vosotros preferíais no tener padre, a tener el padre de otros tiempos —dijo Horace tristemente—. ¿Pero fue ésa una manera justa de tratarlo? ¿Enviándolo a la muerte? ¿No podíais haberle dado una oportunidad de reformarse? ¿No podíais pronunciar una palabra de ayuda? ¿Qué sería ahora de vosotros, si yo siguiera la misma conducta?

—Te tenemos miedo, tú lo sabes —replicó Marcus—. El que hayas sido diferente durante un tiempo no cambia lo que sucedió antes. Nada puede cambiarlo. No nos dejabas tener nada; no nos dejabas ser nosotros mismos. Si no hubiese sido por mamá, preferiríamos haber muerto. Lo pensábamos tan a menudo que la muerte nos llegó a parecer una cosa normal. Habíamos deseado morir a menudo. Lo que tú haces es diferente de lo que hacen los demás. Si otra persona hace algo, vemos sólo lo que ha hecho. Si lo haces tú, se añade a todo lo anterior. No podemos evitarlo. Tampoco puedes evitarlo tú ahora. Es algo que no puede cambiarse.

—Bien —dijo Horace—. Seguiré viviendo. Continuaré adelante, sabiendo que cada error será considerado un crimen. Caminaré cuidadosamente, sabiendo que deberé meditar cada paso que dé. Pero hay algo que debo deciros. No toleraré la maldad. Todo lo malo deberá ser arrancado de raíz, aunque hiera sentimientos o signifique un riesgo para mí. Lo haré a cualquier costo. Me habéis mostrado vuestra capacidad para el mal. Lo llevaré siempre en la mente. No podré evitarlo, como diríais vosotros. No sois los únicos que no pueden olvidar. En el fondo de vuestros corazones, sabéis que de mí no habéis recibido ninguna bajeza.

Hubo un silencio.

—Podéis marcharos —dijo Horace—. No os haré expiar vuestro pecado. Lo cargaré yo, ya que lo habéis echado sobre mis hombros. Recordaré que sois mis hijos, aunque olvidasteis que yo era vuestro padre. Pero esto quedará entre nosotros, esta cosa oculta, que no se menciona. No hablaremos de ella, pero estará allí. Dios quiera que os haga bien y no mal.

—No puede comprender —dijo Marcus al dirigirse a la escuela—. Nada logrará que lo haga.

—Bueno, ya ha pasado —suspiró Jasper—. No volverá a suceder. Él mismo lo

dijo.

—Siempre estará presente en todas las cosas. No pasará jamás, sino con nuestras vidas.

—Corto y punzante ¿verdad? —dijo George, saliendo de un escondite privado—. No podía haber sido lo uno sin lo otro.

—¿Por qué no escuchaste a la puerta? —replicó Marcus.

—Sé cuidarme.

—Podrías haber saltado atrás al abrirse la puerta. Tienes práctica suficiente, sin duda.

—No me gusta meterme en líos —dijo George, con seguridad poco justificada.

—Te hubiese desilusionado mucho lo que podrías haber escuchado —aseguró Jasper.

—No tienen ustedes el aspecto de haber salido muy bien librados.

Marcus no dijo nada, sabiendo que ambos habían dicho la verdad.

—¿Cuál será el castigo? —preguntó George, excitado.

—Ninguno —dijo Jasper—. ¿Por qué había de castigarnos? Sólo cometimos un error.

—Espero que el amo lo llame así. Si yo hubiese cometido la mitad de ese error, le darían otro nombre.

—No lo merecería —dijo Marcus.

—Así es que el amo y ustedes serán otra vez grandes amigos —dijo George, decepcionado.

—Todo esto pasará. No ha sucedido nada.

—¡Nada! Ya veo la diferencia que existe entre ser un hijo de la casa y un criado. Si yo hubiese hecho algo parecido, bastante se habría hablado del asunto.

—¿Crees que los señoritos desean entrar a discutir tu personalidad, George? —preguntó otra voz, mientras un obstáculo oculto entre las sombras de la escalera cobraba vida.

George se sobresaltó y se dirigió apresuradamente a la cocina, vigilado por un par de ojos pequeños y decididos.

—Tal vez sería mejor no alentar en George cierta disposición a sentirse en un pie de igualdad con ustedes, señorito Jasper —dijo Bullivant—. Es una tendencia poco recomendable que no le será beneficiosa.

—No le hablamos a menudo. Hoy nos trajo un mensaje de papá.

—Ésa es una misión que está dentro de sus obligaciones, señorito. Lo que condeno es todo impulso a salirse de su esfera.

—Parece saber todo lo que sucede en la casa y fuera de ella —dijo Marcus.

—Ese tipo de conocimientos está de acuerdo con su modo de ser, señorito. Pero es aún incapaz de distinguir entre lo que debe y lo que no debe saberse.

—Me extraña que se quede en esta casa, pudiendo irse a otra. Me extraña que alguien lo haga.

—¿Qué otra alternativa tiene, señorito? El oficio de criado es lo que es; no presenta grandes oportunidades. ¿Y qué cualidades tiene George para sobresalir, si tuviera esa oportunidad? Hay que tomar en cuenta sus limitaciones, que muchas veces hacen difícil verlo tal como es, si usted me comprende. En el caso presente, es posible que la familiaridad produzca sólo desprecio.

—Mientras más se sabe de las cosas, peor parecen.

—Tal vez la ignorancia sea una forma de la felicidad, señorito —dijo Bullivant con una sonrisa—. Pero no estoy de acuerdo con el dicho que asegura que es locura mostrarse prudente. En seres como George la locura consiste en algo muy diferente.

—Los dos muchachos rieron y en ese momento Horace salió de la biblioteca y detuvo los ojos en ellos. Bullivant, ignorando la súplica de sus corazones, se alejó por el pasillo.

—Veo que os divertís —dijo Horace.

—Bullivant dijo algo más bien cómico —respondió Jasper.

—¿Y vosotros estabais en disposición de reiros?

Hubo un silencio.

—Contestad —dijo Horace suavemente—. Arroja cierta luz sobre vosotros y es luz lo que deseo.

—Nos reímos sin darnos cuenta —dijo Jasper.

—No temáis reír, hijos míos. No temáis mostrar la alegría de corazón de la juventud sólo porque hayáis desmentido su inocencia. No temáis aparecer como otros niños, sólo porque vuestros corazones no sean semejantes a los de ellos. No creáis que deseo ese tipo de expiación. Ni que deseo expiación alguna. No hay expiación posible.

—Dijiste que no hablarías más de esto —replicó Marcus— y lo haces todo el tiempo.

—¿No podéis soportar mis palabras? —dijo Horace en el mismo tono y mirándolo a los ojos—. Está bien. No volveréis a oír una palabra sobre esto. De mis labios no saldrá otra. El silencio recaerá para siempre sobre este asunto. Pero hay algo que debo pedir antes de desterrarlo de nuestros labios y nuestras mentes; o mejor dicho, al rincón más oscuro de nuestras mentes. Hoy iré al puente a afrontar la que hubiese sido mi suerte si hubieseis logrado vuestros propósitos, y a agradecer por vosotros y por mí mismo que ese propósito se haya frustrado. Os pido a ambos que vengáis conmigo. Juntos encararemos la verdad. Juntos elevaremos nuestros corazones en gratitud por habernos salvado, yo de vosotros, y vosotros de vosotros mismos.

—No iré —dijo Marcus—. No estaríamos encarando la verdad; estaríamos encarando algo que está en tu mente y no en la nuestra. Estamos ya muy alejados de ti en nuestros pensamientos y esto nos alejaría aún más.

—Y la tabla con la advertencia estuvo allí a tiempo, papá —dijo Jasper—. En realidad, ninguno de nosotros se salvó de nada.

—Entonces iré solo —dijo Horace—. Iré al lugar en el cual deseasteis que yo cayera destrozado y sin vida. Si el puente se encuentra ya reparado, daré un paseo solitario, como lo he hecho a menudo; con el corazón cargado de preocupaciones, y sólo ante esta inmensa tribulación. Espero volver purificado de todo sentimiento personal. Es verdad que la victoria sobre mi naturaleza no ha sido completa. Era mucho lo que yo debía perdonar.

Marcus se volvió y subió las escaleras, haciendo señas a su hermano para que lo siguiera. Al llegar al cuarto de juegos, ambos se echaron al suelo, abandonándose a su dolor.

—Sabemos cómo fue —dijo Sara, acercándose a ellos—. Mamá nos lo contó todo. Dijo que no servía de nada el adivinar y alejarse de la verdad. Sabemos en qué forma nació esa idea en vosotros y cómo comprendisteis demasiado tarde su significado. Sabemos que era imposible evitar esos pensamientos después de todos estos años. La prueba es que ambos los tuvisteis. Todos hemos sentido algo semejante alguna vez; incluso yo. Eso no quiere decir que yo hubiese tratado de hacer algo, pero sí quiere decir que puedo comprender.

—Tampoco vosotros lo hicisteis —dijo Avery—. No ha sucedido nada. Papá no está muerto.

—Mamá no lo mencionará más —dijo Tamasin—. Nos encargó que os lo dijésemos. Dice que papá ya lo ha hecho y que las cosas que se repiten pierden su fuerza. Y ella no comparte los puntos de vista de papá. Así es que no tenéis nada más que temer.

—A menudo he pensado que sería mejor morir —dijo Marcus— y ahora lo sé con certeza.

—En ese caso le hubieses hecho un favor a papá —dijo Tamasin— y no necesitas tener remordimientos.

—Irás al puente esta tarde —dijo Jasper—. Quería que lo acompañáramos, pero Marcus se negó.

—Hizo bien —dijo la niñera en un tono tan inesperado como sus palabras—. Sería muy perjudicial fijar en vuestras mentes una concepción falsa de lo que sucedió. Vosotros no hubieseis hecho daño a vuestro padre; no debéis fabricaros falsos recuerdos. No siempre podemos controlar nuestros pensamientos, pero eso no quiere decir que tengan que transformarse en acción. Todos tenemos a veces intenciones de hacer cosas que no podríamos llevar a cabo, tanto buenas como malas. ¿Nunca os habéis imaginado, que sois héroes o mártires o algún otro tipo de personaje extraordinario?

—Sí —dijeron los muchachos al unísono.

—¿Y sin embargo sabéis que no lo seréis jamás?

—Sí —dijeron los muchachos, que en este momento no veían posibilidad alguna de escalar esas alturas.

—Esto ha sido lo mismo. Sus mentes escaparon a todo control. Pero vosotros no

podrías haber ejecutado un acto perverso, como tampoco podrías ser uno de esos grandes personajes.

—Es como modelar a papá en una vela —dijo Avery, que había escuchado atentamente—. Deseábamos que sintiera esas cosas, pero no se las hacíamos sentir.

Horace acudió a comer con el rostro pálido y una actitud distante, consciente de ser observado por todos los ojos y, más profundamente de su intensa alegría al tener otra vez a su primo a su mesa. Al tomar asiento, miró hacia la puerta que llevaba a las cocinas.

—¿Qué ruido es ése en el pasillo, Bullivant? Allí no debería haber nadie. Vea de qué se trata.

Bullivant abrió la puerta y desapareció por ella, pero al no verlo regresar, la familia se levantó y lo siguió. Bullivant se hallaba inmóvil y silencioso, sacudiendo la cabeza y suspirando profundamente. Ante él estaba George, también quieto y silencioso, temblando de pies a cabeza y respirando imperceptiblemente. Entre ellos se abría la puerta de la alacena y sobre la mesa se hallaba una selección de su contenido que representaba los gustos de George.

—¿Así que era esto? —dijo Horace—. ¡Qué extraño que sólo yo escuche estos ruidos! ¿Tanto difiero de los demás?

Nadie puso en duda esta sugerencia, pero por el momento Horace no era el centro de atención.

—¡George! ¡Y después de todo este tiempo! —exclamó Bullivant—. Ya veo que no has cambiado en absoluto.

—Es la primera vez en mucho tiempo —susurró George.

—¡Qué excusa más absurda! —espetó Horace—. ¡Como si fuese natural que esto sucediese de tiempo en tiempo!

—¿Qué pensabas hacer con estas cosas? —preguntó Mortimer con interés.

—Llévrselas a mis amigos, señor. Hoy tengo la tarde libre y es muy agradable llevarles algo. A menudo me prestan pequeños servicios.

—¿Acostumbras hacer esto, George? —preguntó Horace.

—Parece que éste es un caso de acumulación de sentimientos o de otros instintos, señor —dijo Bullivant, mirando la mesa.

—¿No recibes un salario? —preguntó Horace.

—No me alcanza para esto, señor.

—En el futuro tendrá que alcanzarte para comprar los regalos que desees hacer. Este tipo de generosidad es demasiado fácil.

—George —dijo Bullivant con voz grave—, ¿puedes sentir agrado en ofrecer estas cosas a gente que ignora su procedencia?

George no describió sus sentimientos, ni dijo que esa ignorancia era condición imprescindible.

—Imagínate que yo necesitara dar referencias tuyas —dijo Horace—. ¿Qué podría decir? ¿Que eres un ladrón?

—¡Imagínese que usted tuviese que dar referencias de sus hijos! —soltó George, en un impulso desesperado—. ¿Qué podría decir? ¿Que son peor que ladrones?

El silencio que siguió pareció casi imposible de romper. La familia miró a Bullivant, quien no la decepcionó. Impidió que George hablase, poniéndole una mano sobre la boca y luego habló él.

—Estás empeorando tu situación, George.

—Ya la ha empeorado —dijo Horace, con una helada vibración en la voz—. Más tarde lo veré a solas.

—Hoy es mi día libre, señor —dijo George, oponiendo a la entrevista la primera objeción que se le vino a la mente.

—Eso no viene al caso, George —dijo Bullivant.

—Ya lo sé —gimió George, sollozando—. No quise decir lo que dije, señor. No quise que usted lo escuchara.

—Hágalo salir de aquí —dijo Horace a Bullivant—. No quiero verlo. Le hablaré cuando vuelva esta noche. No interferiré en su salida de hoy.

George se volvió hacia su amo ante esta increíble afirmación.

—Puede llevar esas cosas a sus amigos y explicar su origen como mejor le parezca. Cuando vuelva le preguntaré qué versión dio.

George no se preocupó por esta perspectiva, que no le concernía, pues sabía algo que Horace ignoraba: esto es, que no regresaría. Con una sensación casi de triunfo, imaginó a su amo escuchando la noticia de que su cuerpo sin vida yacía en la quebrada. Pero esa sensación estaba temperada por cierto resentimiento porque ese cuerpo no fuese el de Horace.

—¡George! —exclamó Bullivant, señalando el despliegue sobre la mesa y luego al pasillo.

—No quiero esas cosas —contestó George.

—Es una lástima que no hayas llegado antes a esa conclusión, George.

George no explicó que sólo ahora se encontraba por encima de esas necesidades. Comenzó a reunir las cosas y su posición se hizo aún más incómoda al ver que no las podía coger todas de una vez. Bullivant le indicó que las llevara por entregas, y al tercer viaje pudo completar el proceso, tras lo cual los espectadores se retiraron de una escena que ya no tenía más que ofrecer.

Bullivant se dirigió a ejecutar las tareas de George, reconociendo la imposibilidad de la presencia de éste en ellas, y sus dobles deberes lo hicieron dejar a la familia.

—¡Qué perversa es la gente! —dijo Mortimer—. Parece no existir una sola excepción.

—¿Crees serlo tú? —preguntó Horace fríamente.

—No, no, mi querido muchacho. Hasta llegué a sentir temor de que George se refiriera también a mí.

—¿Qué estará haciendo George ahora? —inquirió Charlotte—. ¿Por qué pospusiste la entrevista con él, Horace?

—Esta tarde saldrá a caminar solo y no le hará daño pensar un poco en lo que le espera.

—Lo que quieres decir es que le hará daño —dijo Emilia—. Pero tal vez lo necesite.

—¿Te agrada pensar en esa entrevista? —quiso saber Charlotte.

—Por el momento, sí —contestó Mortimer—. A todos nos gusta ensayar un discurso e imaginarnos diciéndolo. Pero más tarde le agradará menos y terminará temiendo el minuto en que deba pronunciarlo. George no sabe hasta qué punto mejorarán entonces sus expectativas. No sé por qué dicen que las dilaciones son un robo de tiempo, pero sí sé que son un robo de otras cosas.

—Sus perspectivas son mejores ya ahora —dijo Horace sonriendo, deseoso de mostrarse bajo una luz favorable—. Temo que se librará de recibir su merecido.

—Eso siempre parece bien —dijo Mortimer—, lo que no indica que tengamos buenos sentimientos, sino que nos es muy fácil imaginarnos en situación parecida. Decimos abiertamente: «Piensen qué nos sucedería si recibiésemos nuestro merecido». Aunque en realidad merecemos muy poco; no son muchas las cosas realmente perversas.

—Piensa en George —dijo Charlotte—. Lleva regalos a los que se muestran bondadosos con él, y al no poderlos comprar, los roba a alguien que no los echará de menos. Es una cadena de acontecimientos que no puede mirarse con repugnancia.

—Pero su conducta subsiguiente no lo favoreció en absoluto —recordó Horace.

—Ése es su rasgo desagradable —dijo Emilia—. Tiene la costumbre de crear problemas a seres más indefensos que él.

—Le gusta ver a otros en aprietos —dijo Charlotte—. Y la gente que no está indefensa no se ve en aprietos.

—No conoce la verdad de su destino —dijo Mortimer—. Estoy seguro de que Bullivant nació con ese conocimiento.

—¿Me hablaba, señor? —intervino Bullivant, acercándose a la mesa.

—Decía que George no conocía la verdad acerca de su destino. ¿La conocía usted a su edad?

—¿A la edad de George? Creo que la etapa por la que él atraviesa no cruzó mi vida. Creo que a esa edad comenzaban a presentárseme las primeras obligaciones. Me parece que no sólo los poetas nacen, señor. Lo mismo se puede decir también de otras vocaciones.

—¿Y George nació qué?

—Ya lo sabemos, señor. Muchacho de asilo —dijo Bullivant, encogiéndose de hombros misericordiosamente.

—Pero ése no es un oficio.

—En el caso de George, señor, casi parece serlo.

—¿No cree que nació ladrón? —preguntó Horace.

—No, señor. Me parece que todo eso está comprendido en la primera descripción.

—¿No cree que pueda borrar alguna vez su origen?

—El proceso no parece haberse iniciado aún, señor. Lo hemos estado esperando durante algún tiempo. Y el corazón se hastía de esperanzas diferidas, para usar palabras algo exageradas.

—No me gustó la forma en que me habló ni lo que dijo.

—No, señor, no fue una actitud fácil de tolerar. Y no me guardé de decírselo.

—¿Hace algo por ayudarlo la cocinera? —preguntó Charlotte.

—La señora Selden siempre ha ejercido una influencia saludable, pero su eficacia depende en parte de George. No sólo para pelear se necesitan dos personas. Hay muchas otras ocasiones en que esa necesidad se aplica también.

—¿Cómo llevará George esas cosas a sus amigos? —especuló Mortimer.

—Ya ha partido, señor, y no llevó nada —dijo Bullivant, con leve sonrisa.

—¿Pero cómo las hubiese llevado?

—Me imagino que en algún tipo de receptáculo que tendría que pedir prestado, señor.

—George parece tener el mundo a sus pies —dijo Emilia—, y sólo debe tomarse el trabajo de elegir.

—Ésa parece ser también la opinión de él, señorita.

—¿Dónde ha puesto las cosas? —preguntó Mortimer.

—No lo sé, señor. No están a la vista.

—¿No las hubiese echado de menos la cocinera de entre sus provisiones?

—La señora Selden sólo revisa esa alacena de vez en cuando, señor, lo que George sin duda recordaba bien.

Bullivant se dirigió a la puerta con labios temblorosos, de camino hacia la alacena, donde encontró las cosas esparcidas por el suelo, como indicando la mayor indiferencia hacia ellas.

—¿Dónde vas, mi querido muchacho? —dijo Mortimer.

—A caminar solo. Volveré pronto y podremos recorrer juntos el campo —dijo Horace, que había reanudado sus relaciones con su primo hasta el punto de disponer de su tiempo.

Mortimer, solo en el comedor, se echó atrás en su silla y habló a Bullivant.

—¿Invitó usted al fin a la señorita Buchanan?

—Sí, señor, y permítame decirle que el experimento fue un éxito, además de una distracción para todos nosotros. La señora Selden me decía días atrás que deberíamos repetir la invitación.

—¿No hubo problemas?

—No, señor, gracias a su advertencia. No hubo problema alguno y mantuve la situación en mis manos.

—¿Recordó usted lo que le dije?

—No era algo que podía olvidarse, señor, si la ocasión había de ser de placer y no de peligro. Más de una vez pude evitar tropiezos, aunque se presentaron algunos.

Comprendo hasta qué punto está sembrado de obstáculos el camino de la señorita Buchanan.

—¿Cree usted que podrá ayudarla a sortearlos?

—Tengo que confesar, señor, que hice partícipe de nuestro secreto a la señora Selden. Era mejor que su penetración estuviese de parte nuestra, ya que de no estarlo, necesariamente hubiese obrado en contra. Salvó mi propia situación de un verdadero dilema.

—Me imagino que no tuvo usted otra alternativa, pero no lo digan a nadie más.

—No hay nadie más que incite a las confidencias, señor.

—¿Comprenderá la cocinera la necesidad de guardar el secreto?

—La señora Selden sólo respondería a eso diciendo «Sí» o «No». Pero su respuesta sería totalmente de fiar.

—¿Siente usted afecto por George, Bullivant?

—Pues bien, señor, mi primer impulso sería darle una respuesta negativa. Pero creo que el muchacho me preocupa más de lo que merece.

—¿Siente afecto él por usted?

—No, señor. Me considera sólo como un freno para sus instintos, que en realidad lo necesitan con frecuencia.

—¿Siente afecto por la cocinera?

—Cualquier otro muchacho en su lugar lo sentiría, señor. Es todo lo que puede decirse.

—¿Lo considera la cocinera un ingrato?

—Sólo toma en cuenta la aprobación de su propia conciencia, señor, y no busca más allá.

—¿Siente afecto por Miriam?

—Está mucho con ella y encuentra un oído para sus charlas. Pero he debido tratar de inculcarle los elementos de una conducta apropiada y vigilarlo para descubrir señales de flaquezas, que no faltan.

—¿Carece, entonces, de sentimientos afectivos?

—Fue criado sin ellos, señor —dijo Bullivant, alzando los hombros.

CAPITULO XI

—¿Arroz? —preguntó la señorita Buchanan con un asomo de sonrisa, inclinándose sobre el mostrador.

—Hoy no. Cartas, si las hay, y macarrones —dijo Gertrude, que había venido con su hija a encontrar a Gideon a la vuelta de su labor de la mañana—. Me ve usted rodeada de mi familia.

—¿Cuánto de macarrones? —preguntó la señorita Buchanan, sin verificarlo, ya que no dirigió la vista hacia ellos.

—Generalmente me llevo un paquete.

«Generalmente se lleva arroz», expresó la señorita Buchanan con los ojos, al mantenerlos sobre el rostro de Gertrude un momento más de lo necesario.

La puerta del almacén se abrió y entró George, que recibió de la señorita Buchanan una semisonrisa, basada en sus cortas relaciones de amistad. El muchacho no pudo responder, ya que había decidido no volver a sonreír.

—¿Dulces? —dijo la señorita Buchanan, en un aparte bajo y profundo—. Lo atenderé en un momento.

George recurría a menudo a estas golosinas y ahora las necesitaba en su camino hacia la autodestrucción, sin objeto ya como alimento corporal, pero necesarias como estimulante. Incluso había pensado en recurrir para este efecto a las provisiones de su amo, pero su deseo de quedar en buenas relaciones con el mundo era un sentimiento tan fuerte que no lo abandonó en su última hora.

—Tabaco, por favor —dijo, al ver a los Doubleday.

Gertrude se volvió hacia él con una sonrisa.

—¿No es usted el muchacho de casa del señor Lamb? Me parece recordar su rostro.

—Sí, señora. Ésta es mi tarde libre.

—Entonces compre su tabaco y no pierda este tiempo precioso. Mis tardes están siempre libres, así es que no tengo los mismos derechos a ser atendida rápidamente.

—No puedo encontrar mi cuchillo —dijo la señorita Buchanan, sin apartarse de su costumbre de atender a los clientes a su debido turno—. Y necesito cortar las cuerdas de estos paquetes.

Gideon y George ofrecieron sus navajas y la señorita Buchanan cogió la del primero sin decir palabra.

—¡Qué navaja tan hermosa! —exclamó Gertrude, mirando la que ofrecía George.

—Fue un regalo, señora. Hace tiempo que la tengo.

—Cuide de no perderla. Es un objeto muy hermoso. Creo que no he visto otro semejante.

—El mío es sólo de utilidad práctica —dijo Gideon.

—Sí, el tuyo está hecho para cortar cuerdas y cosas así. Me alegro de que lo hayas tenido a mano para no tener que emplear este otro.

—¿Para qué sirve una navaja, si no se puede usar? —preguntó la señorita Buchanan.

—La de mi hijo, para nada. Pero ésta es diferente. Tiene un propósito ornamental; es un objeto de arte.

—¿Para qué la usa usted? —preguntó la señorita Buchanan a George.

—Generalmente la llevo conmigo y eso es todo.

—Es el uso que se debe dar a un objeto tan hermoso —dijo Gertrude.

—Es una navaja muy firme, señora; podría usarse para muchas cosas.

—Sí, sí, ya veo que no es un juguete. Me imagino que debe emplearla a menudo para usos más delicados.

—Me parece que la he visto antes —dijo Gideon, y se vio impedido de mirarla otra vez, pues George la guardó en su bolsillo.

—¿Está completa ahora la familia Lamb? —preguntó Gertrude.

—Sí, señora, el señor Mortimer acaba de regresar.

—¿Sí? Deben sentirse ustedes muy contentos de tenerlo de vuelta. Espero que se encuentre bien de ánimo.

—Sí, señora; es el mismo de siempre.

—El señor Lamb debe de haberse sentido muy solo sin él. Pasan tanto tiempo juntos.

—Sí, señora —dijo George vacilando, pues le costaba atribuir sentimientos humanos a Horace.

—Ayer vi a Mortimer Lamb —dijo Gideon a su madre.

—¿Por qué no lo mencionaste? ¿Hubo algo de secreto o siniestro en esa entrevista?

—Es posible; siempre lo hay en las cosas de esa casa. Por el momento, la maldición familiar parece haber recaído sobre los muchachos.

—Creo que esa familia es la última con la que desearía estar relacionada —dijo Gertrude, hablando con voz clara y mirando a George—. Por mucho que los respete a todos ellos, me alegro de que ese peligro se haya alejado de nuestras vidas. Sería conveniente visitarlos esta tarde, como un reconocimiento de este último retomo, y luego retirarnos de su círculo. Y espero que el soplo de influencia extraña haga algún bien.

—No puedo ir, mamá —dijo Magdalen, en voz baja.

—¿Y por qué no, querida?

—Sería faltar a una promesa hecha a Mortimer. Mataría algo que, al despedirnos, prometimos mantener intacto. El me dio lo que pudo, algo que no dará a nadie más y no puedo destruirlo. Es todo lo que tenemos.

—Entonces quédate en casa, querida, y tu hermano me acompañará. Será lo mismo.

—Lamb no estará en casa esta tarde —dijo Gideon—. Irá a inspeccionar ese puente dañado. Los muchachos hablaron de eso. Parece que les causó una impresión

extraordinaria y que provocó algunos problemas. No sé más. Pero no servirá de nada visitarlos temprano.

—Entonces los visitaremos más tarde. Pero quiero estar de vuelta a la hora del té. Prefiero servírmelo en la atmósfera sana de mi propio hogar.

La señorita Buchanan entregó un paquete a Gertrude, y Magdalen se hizo cargo de él inmediatamente. Luego puso un atado de tabaco sobre el mostrador y añadió un paquete de chocolates, lanzando una mirada rápida a George. Éste se puso ambos en el bolsillo, aunque sintiendo que reforzaban los lazos que lo ataban al mundo en momentos que estaba a punto de cortarlos. Lo sostenía el saber que el trágico descubrimiento sería hecho por Horace en persona. Vislumbró largamente la escena, sin comprender que se estaba imaginando a sí mismo testigo de ella, pero sin dudar de que tendría conocimiento de lo que sucedería, como tendría ya todo conocimiento.

—¡Qué simpático es ese muchacho! —dijo Gertrude, que opinaba lo mismo de todos los varones jóvenes, que no se encontraba mezclada por el momento en ninguna intriga, y que vio, en esta circunstancia, una especie de tributo al joven—. Tenía aspecto de estar escapando de algo. Pobre muchacho, seguramente tiene gran necesidad de sus tardes libres.

—Ha salido más temprano que de costumbre —dijo Gideon—. Generalmente sirve a la mesa. Me parece que algo anda mal.

—Es posible que nos encontremos en medio de una tempestad esta tarde —dijo Gertrude, con cierto alborozo.

—¿Para qué ir entonces, mamá? —preguntó Magdalen.

—Oh, estos problemas imaginarios no me preocupan. No son reales. Son las consecuencias de tener demasiado de todo, del lujo excesivo. Una persona que ha conocido verdaderas desgracias sólo puede chasquear los dedos ante estas cosas.

Gertrude demostró que podía hacerlo.

George, que no se sentía capaz de tratar así sus problemas, se dirigió apresuradamente hacia la quebrada, intentando cumplir sus propósitos antes de que le faltara la voluntad. Miró al cielo, a las laderas en sombras, y bebió por última vez su belleza, sin pensar que era también la vez primera. Su plan consistía en retirar la tabla, avanzar sobre el puente, caer a una muerte instantánea y yacer allí listo para ser descubierto por su amo desde arriba. Su plan contemplaba también una advertencia escrita diciendo que el puente era aún peligroso, imaginó las palabras que Horace diría a su muerte, aunque la buscaba para escapar a las que le diría en vida.

—¡Pobre muchacho! ¡Un muchacho noble! —murmuró George al trepar al cerro—. ¡A esto lo llevé! Y al morir pensó en mí. Ésa era su verdadera personalidad, su estatura moral. ¿Estoy yo a su altura?

A medida que el cerro se hacía más escarpado, George se dio cuenta por primera vez de que su altura daba la medida de la profundidad de la quebrada. Su respiración se hizo más acelerada, agitada por el esfuerzo y los chocolates. George no pensaba desperdiciar nada en su última hora. Pero la alimentación corporal de esos momentos

no sería descubierta por los sobrevivientes, pues el papel quedaría escondido entre los arbustos.

—No existe mayor amor que el de quien da la vida por un amigo —dijo George al llegar a la cima, sintiendo ahora que ésta era la relación que lo unía a su amo. Y como en realidad era imperativo que sólo uno de ellos sobreviviera, había elegido para sí el papel del que debía desaparecer.

El tabaco debería ser encontrado en sus ropas. Los muertos son registrados siempre y George imaginó la tierna sonrisa de camaradería de Horace al verlo.

—Después de todo, en el fondo ambos éramos hombres —murmuró George; o mejor dicho, murmuró Horace en la mente de George—. Y soy yo el que deberé cargar con el peso del remordimiento y la gratitud. Tal vez llegue yo a ser un hombre mejor; será algo más que ese muchacho habrá hecho por mí. No debo esquivar mi deuda.

Horace volvió de la colina a la hora que George había previsto, mostrando en el rostro las huellas de una profunda emoción. Murmuraba para sí, como George había imaginado, y toda su persona irradiaba la fuerza de sus sentimientos. Se apresuró colina abajo, ganando velocidad al descender y, al entrar en el vestíbulo, se colgó del timbre en forma tal que el sonido recorrió toda la casa y fue reconocido como una llamada de emergencia. Todos los habitantes de la casa acudieron a la llamada y Horace se encaró con ellos.

—Deseo que todos vayan a la biblioteca. No quiero contaminar los lugares en que transcurre nuestra vida diaria. Tengo que presentaros una escena estremecedora y degradante. Presentaros es la palabra, porque es una escena melodramática e increíble. No puedo eludirla. Y vosotros la veréis al escuchar la verdad. ¡Qué nuestras mentes deban ser manchadas por este hecho ruin y miserable! Pero veréis que estoy indefenso y sin ayuda.

La familia estrechó el círculo, buscando apoyo en la proximidad. El rostro de Emilia demostraba sólo una fracción de lo que sentía, Charlotte parecía escéptica y enojada, Mortimer curioso y perplejo, los niños simplemente asustados.

—¿Están todos aquí? —inquirió Horace—. ¿Todos los que llamé? ¿Ninguno de los criados, excepto la niñera? ¿Todos los niños, menos Avery?

—Estamos todos —contestó su tía.

—Entonces escuchad lo que tengo que deciros. Escuchad esta historia desgraciada y aplastante. Esta tarde fui al puente. Fui solo; fui a mirar la verdad cara a cara, antes de dejarla atrás para siempre. Pedí a mis hijos mayores que me acompañaran y ellos se negaron. Me enviaron solo. Ya verán la razón. Al llegar al puente, la tabla con la advertencia no estaba en su lugar. Estuve a punto de poner un pie y caer al abismo. Pero algo me lo advirtió; algo me detuvo. Tal vez fue la evidencia de la obra de un muchacho; tal vez fue una corriente siniestra que pasó del alma de mis hijos a la mía. Me detuve y miré alrededor, afirmé el pie y, tras unos arbustos en la ladera, descubrí la tabla arrancada. Examiné el puente, encontrando

que el daño no se había remediado y que el peligro era el mismo; y supe que alrededor mío rondaba el mal, la intención de atraerme a la perdición. Aparté este pensamiento sombrío de mi mente. Traté de pensar que se había producido algún accidente, algún error, algún malentendido. Me aferré a la idea de la inocencia de los muchachos, aunque a la luz de lo que había sucedido antes el caso era muy negro. Busqué las huellas de alguna mano humana, con la humana esperanza de encontrar algún culpable que no fuesen mis hijos. Encontré las huellas que esperaba y temía encontrar. Cerca de la tabla se hallaba este cuchillo, esta navaja que regalé a Marcus para Navidad. La cogí y la traje conmigo, trayendo también un peso en el corazón. ¿Qué más puedo decir? ¿Qué más hay que decir?

—¿Por qué no me comunicaste esto a mí sola? —preguntó Charlotte.

—No puedo exponer a otras gentes a este peligro. El peligro de esta casa nos amenaza a todos. Mi advertencia no es sólo para nosotros. Ni siquiera podrá permanecer entre nuestros muros. Estamos rodeados de pecado y vergüenza.

—No tienes ninguna prueba verdadera.

—¿No? —dijo su esposo.

—Hace meses que no tengo el cuchillo —respondió Marcus—. Lo perdí poco después de recibirlo.

—Hace unos días me dijiste que lo tenías guardado.

—No me atreví a decirte la verdad. Haces que un accidente parezca un crimen. O es lo que hacías antes, y cuando me lo preguntaste, todo parecía estar volviendo a lo que era antes. No me atreví a decirte otra cosa. El cuchillo que viste después era el de Jasper. No podía haberte mostrado el mío.

—Te lo devolveré ahora, Marcus. Es un regalo que te hago por segunda vez.

—No, guárdalo tú —intervino Mortimer—. Es una prueba de que lo encontraste, una prueba de que se hallaba en ese acantilado cuando tú estabas allí.

—¿Y qué puedo ganar con esta prueba?

—No puedes perder nada —dijo Emilia.

—Marcus no ha tenido ese cuchillo en sus manos desde hace meses —afirmó Jasper—. Siempre me pide prestado el mío.

—Hoy no tuvo que hacerlo, Jasper —contestó Horace—. Tal vez tú pediste prestado el de Marcus, o tal vez lo usasteis los dos juntos.

—Marcus ha buscado mucho ese cuchillo, papá —dijo Sara—. Cada vez que tú le preguntabas por él, se dedicaba a buscarlo. Todos nosotros le hemos ayudado a buscarlo. No apareció nunca.

—Apareció ahora, Sara. Lo encontré yo. Y si estaba perdido, alguien lo encontró antes que yo.

—¿Qué han hecho los muchachos hoy? —preguntó Charlotte.

—Nada que les impidiera llegar al puente antes que yo. No hay esperanzas por ese lado. También yo me apresuré a considerar ese punto, como lo has hecho tú. Traté de aferrarme a esa posibilidad. No creas que renuncié a toda esperanza sin haber

agotado esos razonamientos.

—Me parece una prueba muy débil, esta de encontrar algo que pertenece a alguien —dijo Mortimer—. Un cuchillo que se ha perdido puede estar en poder de cualquier persona.

—Si estaba perdido —apuntó Horace.

—Sara afirma que lo estaba y sabes lo que eso significa.

—Si conozco a Sara —dijo Horace, que no se imaginaba que no lo hacía— no conozco a mis propios hijos. Y el cuchillo no es el único indicio. Antes de esto había sucedido lo que vosotros ya sabéis.

—De eso sé muy poco y me parece que cada vez sé menos.

—Lo que hicimos antes nos hubiera impedido hacer esto, en lugar de impulsarnos a ello —dijo Marcus.

—Pero hace más fácil que la gente sospeche de nosotros —replicó su hermano.

—Lo habíais pensado todo, ¿verdad? —preguntó Horace, con voz triste—. Pero no fue suficiente. O lo pensasteis demasiado. No sé cuál es el caso.

—No lo pensaron en absoluto, señor —dijo la niñera, poniéndose de pie—. Estaban demasiado alterados por lo que había sucedido antes para pensar en algo semejante. No se hubiesen atrevido siquiera a darle forma a tales pensamientos; sus mentes hubieran retrocedido ante ellos. Y no estoy dando sólo una opinión, ni expresando una esperanza. Estoy hablando de un hecho cierto. Por supuesto que no los vigilo cada minuto del día; ya no están en edad de necesitarlo; pero los conozco como sólo puede conocerlos una mujer que vive junto a ellos hora tras hora y a la que ellos no temen. Los conozco mejor de lo que usted puede llegar jamás a conocerlos. Tengo derecho a decir lo que sé y el derecho a que se me escuche.

—La señora Doubleday —dijo la voz de Bullivant desde la puerta—. El señor Doubleday.

—He venido a dar la bienvenida al señor Mortimer, y a expresar mi alegría de ver completo el círculo familiar. Deben sentirse ustedes muy contentos —dijo Gertrude, con voz que vaciló al comprender que su descripción estaba muy lejos de la verdad.

—Como usted puede ver, no podemos fingir que lo estamos —dijo Mortimer—. Mi regreso no ha tenido tal efecto. Nos hallamos en medio de un conflicto familiar al que mi presencia no parece ayudar.

—En toda vida de familia tiene que haber disgustos y alegrías; en toda vida, podemos decir más bien. Y en la vida familiar especialmente, por querida que nos sea. Todo lo que en ella sucede nos afecta profundamente, porque los sentimientos implicados son profundos. Los dejaré, entonces, sabiendo que es lo mejor que puedo hacer por ustedes, y confiando en que pronto reinará otra vez la felicidad.

—¿Por qué esa confianza? —preguntó Gideon—. Me parece lógico sentir ciertas dudas. Me alegro de no haber sabido antes de este conflicto, pues no hubiésemos venido. Y yo siempre tengo la sensación de que puedo hacer algo. No puedo ver a alguien que deshace nudos en una cuerda sin arrebatársela de las manos. Soy intruso

por naturaleza. Me gustaría saber lo que sucede.

—¿Por qué los hizo usted pasar en estos momentos, Bullivant? —inquirió Mortimer en un aparte—. Tiene que haber comprendido que no era oportuno.

—Pensé que cualquier interrupción podría tener buenos resultados, señor —contestó Bullivant, sin mencionar que uno de estos resultados era el de su propia presencia en el lugar de la escena.

—Papá cree que Jasper y yo sacamos la tabla que cerraba el puente, para que él lo cruzase y se matase —dijo Marcus, mirando a Gideon—. Y piensa así porque encontró mi cuchillo en ese lugar. Y yo no lo he tenido en mi poder desde hace meses. Lo perdí poco después de que papá me lo regalara.

Horace sostenía el cuchillo en la mano y lo miraba en silencio.

—Ése es el cuchillo de George —dijo Gideon—, el que tenía en la tienda de la señorita Buchanan hace menos de dos horas. Todos lo vimos. No puede haber dos tan semejantes.

—Ten cuidado, Gideon —dijo Gertrude, adelantándose—. Es fácil decir cosas así y cometer errores. Y eso fue hace más de dos horas; ves que ya hay un error. Y es muy posible que haya dos cuchillos idénticos. Los objetos de fábrica se hacen en serie.

—Éstos no pertenecen a una fabricación en serie —dijo Horace—. No hay dos semejantes.

—No hay error posible —dijo Gideon—. Aquí tiene una raspadura que noté en la tienda. Y este papel pegado en él procede de los dulces que compró George. Yo compro de los mismos para Magdalen. Dos paquetes de dulces pueden ser iguales, pero todo apunta en la misma dirección. ¿Cómo llegaron estas cosas aquí?

—Por el camino de la quebrada —dijo Mortimer—. El camino es tortuoso, pero el caso está claro. Es George el que ha complotado contra tu vida, Horace. Tuviste ese disgusto con él y pensabas hablarle cuando volviese. George sintió que su único recurso era quitarte del camino.

—¿Cómo supo que yo iba al puente? —preguntó Horace.

—Yo lo dije en su presencia —dijo Gideon—. Los muchachos lo habían mencionado y yo se lo transmití a mi madre en relación con la hora en que podría venir a visitarles.

—Así es que George me robó el cuchillo —dijo Marcus—. Y yo que no podía imaginar dónde lo habría perdido. Ahora puedo tenerlo otra vez.

Emilia se adelantó.

—¿No habrá peligro de que George haya atentado contra su propia vida?

—No, señorita, creo que no lo hay —dijo Bullivant.

—¿Había señales de que alguien hubiese puesto el pie en el puente?

—Ninguna —dijo Horace—. También pensé en eso. Examiné el puente y miré hacia la quebrada. Aunque no relacioné a George con todo esto. Era una solución muy poco probable en su caso.

Bullivant caminó hasta la puerta con rapidez y volvió al momento.

—¡Hijitos míos! —exclamó Horace.

Los muchachos se echaron en sus brazos, estallando en lágrimas. La niñera lloraba sin disimulo; Sara y Tamasin hacían vanos esfuerzos por no llorar; Charlotte se adelantó a conversar con los visitantes; Gideon contó la escena de la tienda. Sobre todo este alboroto se elevó la voz de Gertrude, deliberada y nítida.

—¿No les dije que la felicidad renacería pronto? Ya ven que tenía razón. Mis intuiciones me engañan pocas veces. Siento la verdad instintivamente.

—Debo agradecer a la niñera sus palabras —dijo Horace.

—Tenía derecho a decirlas, señor, y me alegro de haber hecho uso de él. Y desearía agradecer al señor Mortimer por hacer lo mismo.

Emilia habló otra vez.

—¿No sería conveniente enviar a alguien para que reponga esta tabla del puente? Es un peligro para todo el mundo.

—Ya lo hice, señorita —dijo Bullivant.

—Debemos estar agradecidos también al señor Doubleday —recordó Charlotte—. Si no hubiera sido por él, todavía estaríamos en tinieblas. Nuestra situación era realmente extraña.

—Fue un asunto muy desagradable, por lo que cuenta usted con todas mis simpatías —dijo Gertrude, como terminando con lo que debía ser dicho antes de pasar a lo más importante—. Pero espero que ustedes me permitan interceder en favor de ese joven criado. Estoy segura de que sus intenciones pueden ser explicadas basándose en problemas de salud, o de nervios o en alguna situación personal. Creo que éste es un caso en el cual comprender equivale a perdonar. Mi intuición me lo asegura. Puede leerse en el rostro de ese muchacho, en su forma de mirar directamente a los ojos. Pido como un favor personal que se le trate con benevolencia, y me gustaría que supiera que he intercedido por él.

Hubo un silencio mientras todos sopesaban esta petición, que en el caso de Horace parecía ser considerable.

—Me encargaré de que lo sepa, señora —dijo Bullivant.

—Gracias —dijo Gertrude—. Sé que puedo confiar en su palabra. Y ahora debo volver a casa, sabiendo que dejo a seres felices, lo que me alegra infinitamente.

—La señora Doubleday habla como si ella hubiese conferido esa felicidad —comentó Charlotte.

—Su venida nos hizo llegar a ella —dijo Emilia—. ¡Qué alegría más grande es el alivio!

—Mis queridos niños, estáis libres de sospechas —dijo Mortimer a los muchachos—. Y el mal paso previo será olvidado.

—¿Quedará todo como antes? —preguntó Jasper a su padre, tratando de establecer en ese momento sus relaciones futuras.

—Para mí, vosotros representaréis algo mayor aún que antes. Ahora veo lo lejos

que estabais de ser lo que yo temía. Todo esto me ha abierto los ojos.

—Por supuesto que fue nuestra acción la que puso esta idea en la mente de George —dijo Marcus, con los ojos fijos en el rostro de Horace—. ¿No se nos echará esto en cara?

—George no tenía necesidad de imitaros —dijo Sara— y es mucho mayor que vosotros. Sería absurdo relacionaros con sus actos. No creo que pueda haber alguien que lo piense.

—Yo no lo he pensado —dijo Horace—. Mi pequeñuela sabia tiene toda la razón. No se equivoca a menudo.

—Habéis demostrado tener mucho valor —dijo Mortimer a sus sobrinos—. Ojalá que os sea tan útil como os ha sido penoso el obtenerlo, que os dé tanto como os exija. Que Dios os bendiga, mis queridos niños.

—Se sentirán mejor en el cuarto de juegos, señor —dijo la niñera—. Lo que necesitan es volver a ser niños. Estos acontecimientos los han empujado hacia esferas que no están a su alcance.

—Debéis olvidarlo todo —dijo Charlotte a sus hijos—. No quiero que sintáis que os habéis salvado de algo. Vosotros no tuvisteis nada que ver con lo que ha sucedido. No sois más responsables que yo, o que el primo Mortimer o las niñas. Debéis apartar todo esto de la mente.

—¿Qué será de George? —preguntó Tamasin.

—Olvidadlo junto con todo lo demás —dijo Horace—. No dejaremos que su sombra nuble nuestra paz. Nos ha hecho daño suficiente.

—Y recuerden que Avery no sabe nada de todo esto —dijo la niñera.

Avery se acercó a ellos de carrera, estallando en preguntas.

—¿Ha sucedido algo malo allá abajo?

—No, todo quedó en nada —respondió Sara.

—Cuéntame —rogó Avery con voz persuasiva.

—No. Fue un asunto estúpido, algo para gente mayor. Te fastidiaría escucharlo. ¿Queréis que os lea algo en voz alta?

—Sí —dijeron Marcus y Jasper, sintiendo que era lo que necesitaban.

—El libro de Job, el libro de Job —dijo Avery, corriendo en busca de la Biblia—. Así yo me lo puedo repetir entero para mí mismo antes de que vosotros lo leáis...

Los niños se sentaron alrededor de su hermana y la niñera observó el grupo familiar derramando algunas lágrimas subrepticias...

—Bullivant —dijo Horace—. ¿No me oyó decir usted que sólo la niñera debería hallarse presente?

—Reconozco, señor, que tomé el asunto en mis manos. Pero pensé que si había la oportunidad de servir de algo, no podría aprovecharla al no estar presente. Y habiéndose hecho una excepción con la niñera, comprendí que no se trataba de un asunto de familia, en lo que no estuve equivocado.

—¿En qué puede ayudar usted?

—Pues bien, señor, yo sugeriría que me permitiese quitar de sus hombros la tarea de hablar con George. No es propio que usted deba rebajarse hasta él y yo, en cambio, estoy inmunizado a los tratos con mis inferiores en sus esfuerzos por elevarse en la vida. Y el caso de George es el de costumbre, sólo que en una escala mucho mayor, la que podríamos llamar casi sin precedentes.

—Desearía que las señoras no oyeran más de este asunto. No es para sus oídos.

—Ni para los de mujer alguna, señor. Pero en el caso de la señora Selden, tal vez sea útil que haga pesar su influencia sobre George, ya que el beneficio que puede conferir es mayor que su sacrificio, más aún cuando los pensamientos egoístas no son nunca los primeros para ella. Y esto me hace recordar que la señorita Buchanan vendrá esta tarde a compartir nuestra merienda; y como este asunto tendrá que hacerse público, he pensado si no sería mejor que fuese conocido en su versión correcta, sin adornos ni tergiversaciones. La tienda de la señorita Buchanan es un centro de charlas para todo el vecindario.

—Haga usted lo que pueda en ese sentido. ¿Pero qué hay de los demás criados?

—Las doncellas no se encontrarán allí, señor. Y la ayudanta de cocina no tiene donde ir y depende en tal forma de la señora Selden, que estará protegida de errores por su influencia. Además, tal vez sea preferible, ya que conoce bien a George, que conozca el resultado de sus tendencias, y creo que la señora Selden opinará lo mismo.

—¿Y cuáles serán las consecuencias para George? —preguntó Mortimer.

—Eso es algo que tendré que saber, señor —contestó Bullivant, mirando a Horace.

—No busco venganza —dijo Horace—. El daño inferido a mí y a los míos no puede deshacerse. Sólo pediré arrepentimiento y un esfuerzo por reparar lo hecho. Pero tendré que confiar en usted para estimar si ambos son verdaderos.

—Puede usted dejarlo en mis manos, señor —aseguró Bullivant, abriendo la puerta a su amo y siguiéndolo fuera del cuarto.

—Ya veo que es verdad que la gente puede perdonar una ofensa profunda con más facilidad que una leve —comentó Charlotte—. Horace mira con más benevolencia un atentado contra su vida que uno contra las provisiones de la casa. Supongo que George tiene demasiada edad para robar golosinas y nadie la tiene para robar vidas. Cuando se es demasiado joven no se es castigado, como si en realidad no pudiesen haberlo hecho. Me imagino que Horace pensó así. Pero no era un caso que exigiera llegar a tales extremos. George debería haber encontrado un camino intermedio, suficiente en su perversidad para hacer aflorar lo más noble de la naturaleza de Horace.

—¡Qué criatura más inocente soy! —exclamó Mortimer—. Yo sólo planeaba enturbiar la vida de Horace, mientras los demás sólo pensaban en destruirla. Pobre muchacho, me imagino que merecía morir.

—¡Qué ruptura de la rutina diaria de un hogar! —dijo Emilia—. ¡Qué manera de reunirse lo nimio y lo importante! ¡Qué aproximación de cosas que están tan

distantes!

—Supongo que en la vida diaria suceden muchas cosas —dijo Charlotte—. Con sólo mirar lo que tenemos cerca podemos ver el drama de la existencia. Es una lástima que deba ser así.

—¿Qué podía hacer George? —preguntó Mortimer—. No se sintió capaz de hacer frente a la entrevista con Horace, ni tenía otro techo bajo el cual refugiarse. Se le había sugerido una manera de librarse de él y recurrió a ella.

—Debería haber puesto fin a su propia vida —dijo Emilia—. Siempre me preguntaré si no sería éste su propósito original. Y hubiese sido un castigo mejor para Horace.

—Pero también hubiese sido un castigo para George —reflexionó Mortimer—. A la gente le desagrade perder la vida. Y es por eso que no deberían arrebatarse la ajena. George no se mostró muy bondadoso.

—No tenía intenciones de castigar a Horace —dijo Charlotte—. Sólo quería librarse de él. Si hubiese podido hacerlo transferir a una esfera más alta, también lo hubiese hecho. Aunque tal vez era eso lo que pretendía hacer.

—¿Te gustaría ser testigo de la escena entre George y Bullivant? —intervino Emilia.

—Me siento incapaz de referirme a ella a sangre fría —contestó Mortimer—. No me atrevo a pensar en ella. No puedo comprender cómo Bullivant puede tener tanta rectitud, seguridad en sí mismo y falta de compasión.

—Yo compadezco a Horace —dijo Emilia—. ¿Por qué no compadecemos a los inocentes tanto como a los culpables? La víctima de un crimen es una figura más patética que el criminal, aunque éste no parece ser el punto de vista corriente. Tal vez sea demasiado poco sutil para que la gente desee adoptarlo.

—¿Puede Horace ser realmente inocente? —inquirió Mortimer.

—Bullivant está tan acostumbrado a amonestar a George —dijo Charlotte— que ahora sólo le parecerá estar haciendo lo mismo en mayor escala.

—Espero que George no reciba esa impresión —dijo Emilia—. ¿Y qué hay del robo del cuchillo? ¿Se tocará también este punto? ¿O lo mayor incluye lo menor? No creo que Bullivant lo pase por alto.

—George realmente codicia los bienes ajenos —dijo Charlotte—. La causa puede ser que posee tan pocos; pero hace lo posible por remediar rápidamente esta situación.

—Y por apartar de sí las consecuencias —agregó Emilia—. Espero que Bullivant cumpla bien su cometido. Esta vez George ha ido demasiado lejos. Horace no le ha hecho daño alguno.

—Es verdad —dijo Mortimer—. Me siento orgulloso de mi querido muchacho.

CAPITULO XII

—Que el camino nos sea señalado, señora Selden. Que las palabras acudan a nuestros labios. Comparado con éste, los anteriores encuentros con George parecen insignificantes.

—Y fracasaron. No me parece muy prometedor.

—Tal vez tratamos de desempeñarnos basándonos sólo en nuestras propias fuerzas.

—En todo caso, no tuvimos éxito —repitió la cocinera, vacilando tal vez en pedir ayuda más alta por temor al mismo resultado, ya que George podía ser un obstáculo insuperable para cualquier poder.

—¡Escuche! —exclamó Bullivant, alzando una mano—. Allí están sus pasos. Ha llegado el momento. Que el Señor inspire mis primeras palabras.

Su aire de abstracción sugería la idea de que el cielo ayuda a los que se ayudan a sí mismos, pero, como a menudo sucede, sus preparativos fueron vanos. Era difícil imaginar que el cielo ayudaría a George, pero las palabras iniciales fueron suyas.

—El amo dijo que quería verme cuando regresara.

—¿Sí, George? —dijo Bullivant, mirándole al rostro y encontrando que una palabra simple era la más apropiada.

—¿Y te preocupan las órdenes del amo? —preguntó la cocinera—. ¿Te preocupa el amo en modo alguno?

—No puedo dejar de hacer lo que me ordena —replicó George lastimosamente y retorciéndose las manos.

Bullivant contempló esas manos retorcidas y miró a la cocinera para ver si apreciaba debidamente tanta duplicidad.

—No tendrás que ver al amo por el momento, George —dijo.

—¿Por qué? ¿Le ha sucedido algo? —preguntó George, abriendo mucho los ojos.

—¿Por qué piensas que le puede haber ocurrido algo? ¿Y qué imaginas que puede ser ese algo?

—Por nada. No sé. Nada. Pero usted dijo que no podría verlo.

—Ésas no fueron mis palabras, George. Tu propia mente les dio ese sentido —dijo Bullivant, alzándose y mirando otra vez en el rostro de George—. ¿Quieres que te conduzca a presencia de tu amo?

—No, no ahora. Lo veré después. Mañana. Ahora no.

—¿Qué te hace pensar que puedes elegir el momento? ¿El amo no tiene nada que decir?

—No creo que tenga gran prisa por verme.

—Tal vez esperas que no vuelva a tener prisa jamás —dijo la cocinera, incapaz de callar más tiempo.

—¿Y por qué no quieres verlo, George? ¿Qué tienes en la mente?

—Nada. No lo sé. No tengo nada en la mente. ¿Qué quiere decir usted? ¿Qué le

ha sucedido?

—No le ha sucedido nada —replicó Bullivant, acercándose a George ominosamente y agitando un dedo ante sus ojos—. Lo que ha sucedido está en tu propia mente, la mente culpable que concibió ese hecho que tú supones que se ha consumado. Pero no ha sido así, George. Hay otros poderes que actúan alrededor del amo, y esos poderes intervinieron. Está a salvo. ¿Pero tú? ¿Qué palabras se pueden usar para describir tu situación?

—Con toda certeza no se puede decir que estés a salvo —afirmó la cocinera.

—No hice nada. ¿Quién dice que lo hice? Nadie puede saber nada, y no hay nada que saber. Y si el amo está a salvo, ¿por qué tanto alboroto?

—Eres tú el que no está a salvo, George. Esto sólo te afecta a ti. Hay mucha gente que ya lo sabe todo y su número deberá aumentar. Caminarás por el resto de tu vida como un hombre marcado.

George se encogió ante la visión sugerida por estas palabras.

—Lo que no será muy largo —dijo la cocinera, sin limitarse a sugerir—. Y me parece dudoso que «caminar» sea el término preciso.

—¿Qué sucede? ¿Qué quiere decir todo esto? No sé de qué están hablando. Parece que están insinuando algo, pero no me dicen qué.

—Déjame contarte, George, lo que pueda —dijo Bullivant rítmicamente—. El cuento será corto y rápido. Lo extraeré de un cuadro que tengo ante los ojos.

—Usted es muy aficionado a los cuadros —masculló George.

—Veo este cuadro, George —continuó Bullivant, desestimando palabras irreverentes—. Veo a un muchacho avanzando por un cerro y llegando a una quebrada surcada por un puente. ¿Necesitas que continúe? ¿Noto un cambio en tus ojos? Veo al muchacho deteniéndose ante una advertencia de peligro. Lo veo arrancar la tabla que la contiene, ocultarla cerca de allí, y seguir su camino con pasos furtivos pero rápidos, dejando que ese peligro salga al encuentro de quien debe aproximarse pronto. ¿Reconoces a ese muchacho, George?

—No fui yo —soltó George, como si no quisiera insinuar quién había sido.

—¿Se ha grabado este cuadro en tu mente?

—Parece hallarse grabado en la suya. Tal vez fuera un viejo y no un muchacho. Casi diría que fue un viejo. Sin el amo, usted sería el dueño de su propia vida.

—¡Burlas en este momento, señora Selden! —exclamó Bullivant, volviéndose y empleando su voz normal—. ¡Y supone que un complot contra la vida del amo sea algo muy lógico!

—No veo por qué es una burla que lo acuse yo a usted, y no lo es que me acuse usted a mí —dijo George.

—Su descripción no se ajusta al señor Bullivant —contestó la cocinera—, ya que no se llama viejo a un hombre que está en la flor de la vida.

—La juventud tiene sus propias ideas acerca de estas cosas, señora Selden; no nos detendremos en este punto —dijo Bullivant—. Hay cosas más importantes en qué

pensar.

Éste era precisamente el caso para George. No podía decir que el cuadro estaba incompleto, ya que no estaba dispuesto a revelar los detalles omitidos: su tentativa de poner pie en el puente; su tensión emocional mientras su mente saltaba de un propósito a otro; sus vacilaciones mientras luchaban en él sus tendencias mejores con las peores, siendo derrotadas las primeras; ese minuto en que, arrodillado, pidió tolerancia hacia el acto que había decidido ejecutar; las lágrimas que derramó por Horace, al dirigirse hacia la casa, alerta para ocultarse al descubrir señales de que este último se aproximaba. El que Bullivant supiese tanto sin saberlo todo, le pareció algo siniestro, ya que hacía desaparecer la posibilidad de ojos indiscretos. Se dijo que había en juego poderes sobrenaturales y se dejó caer sobre una silla, cubriéndose el rostro y estallando en sollozos.

—¿Son esas lágrimas de arrepentimiento, George? —preguntó Bullivant—. ¿O sólo de desesperación y autocompasión?

George no respondió, aunque la fuerza de sus emociones sugería una respuesta.

—Lloras por ti mismo, George —afirmó Bullivant, resolviendo así el problema—. Lloras por el peligro que te amenaza y que es realmente grande. ¿Pero piensas en el peligro que amenazó a otro? ¿Lloraste por eso? ¿Tuvo tu llanto alguna parte en este drama?

George hubiese admitido que así había sido, si tal afirmación le hubiese parecido útil.

—¿Quién me vio? Nadie puede haberme visto. No había nada que ver.

—Hubo alguien que te vio, George. El que todo lo ve. ¿Mientras ejecutabas tu tarea culpable, creíste que nadie te veía? ¿Olvidaste lo que aprendiste en tu infancia, tus primeras lecciones?

—Usted me dice que debo dejar eso atrás.

—No te refugies en detalles triviales, George, en momentos como éste. Eso sólo significa una cosa.

—Y lo significará para él —aseveró la cocinera.

—¿Pero cómo lo supieron? No pueden haber sabido nada. Están fingiendo que saben algo —dijo George, dudando menos de la observación divina que de la participación de sus resultados a Bullivant.

—No necesitamos divulgar los detalles precisos —replicó la cocinera.

—Ya ha pasado la edad de los milagros —afirmó George.

—¿Lo crees así, George? —dijo Bullivant con voz musical—. Déjame decirte que a veces el curso de los acontecimientos merece tal nombre.

—Un milagro puede tomar muchas formas —dijo la cocinera.

—Y ahora, George, quiero que hagas una confesión completa —dijo Bullivant, casi como quien trata un negocio—. Ésa será la mejor manera de purgar tu pecado, aunque no te ayude mucho a ti mismo.

—No tienen ninguna prueba —replicó George, sin dejarse atraer por el motivo

expuesto.

—¿Necesitas que te diga más, George?

—Sí. Hasta ahora no ha dicho nada.

—No es un asunto que invite a comentarios —dijo la cocinera.

—¿Tendremos que luchar contra la arrogancia, George, además de todo? —quiso saber Bullivant.

—¿Por qué he de contestar sus preguntas, si usted no responde a las mías? Si quiere saber más, pregúntele al que le contó lo que sabe.

—Así es que ahora recurras a la blasfemia, George.

—Lo que no le dejará otro recurso —agregó la cocinera.

—No he hecho nada. No sé nada. Vine a casa para hablar con el amo, como dije al entrar. No me importa verlo si está vivo y a salvo. Sólo quiere hablarme de esas cosas roñosas de la alacena. Puede quedarse con ellas; no me las he llevado de la casa.

—No comprendo por qué las robaste —dijo la cocinera—. Tal vez puedas explicármelo.

—¡Sí, está vivo y a salvo, George! —repitió Bullivant, dando un paso hacia él—. ¡Cómo te delatas! ¿Por qué no había de estarlo? Puedes responder a eso. Y te digo ante Dios que responderás a esta pregunta antes de abandonar la habitación.

—Así es que ahora recurre usted a la blasfemia —contestó George.

La cocinera miró a un lado, como temiendo que sus ojos pudieran decir lo mismo.

—Y por roñosas que fueran esas cosas —dijo, después de un momento—, aunque no es ésa la manera de referirme a lo que se nos da, ese término no redime el pecado.

—Ésa es una palabra que casi no tiene uso —dijo Bullivant—, ya que no hay a qué aplicársela.

—¿Y que me dices del cuchillo del señorito, George? —preguntó la cocinera—. ¿Era también roñoso? ¿O tienes alguna otra palabra para calificarlo?

George se llevó la mano al bolsillo y la retiró luego con expresión desconcertada.

—Los poderes se cierran sobre ti, George —dijo Bullivant, con una nota de sobrio triunfo en la voz.

George no refutó sus palabras.

En la puerta se escuchó el golpe que daba la señorita Buchanan, y la cocinera y Bullivant compusieron sus rostros para recibirla.

—Nos encuentra en medio de grandes tribulaciones, señorita Buchanan —dijo Bullivant—, aunque no sepa usted su naturaleza.

—Lo sabré muy pronto, pues se comentará en todo el lugar. Ya corren ciertos rumores.

—Es la peor de las tribulaciones: el pecado de otro —dijo la cocinera.

—Las tribulaciones generalmente tienen ese origen.

—Pero no llegan a la gravedad de ésta.

—¿Me dirán lo que sucede? ¿O debo esperar a que se filtre fuera de aquí?

—Sabrá usted la verdad —prometió Bullivant— y sólo la verdad. En esto hay mezclados algunos nombres y se encuentran en juego algunas reputaciones.

—Cuando sólo debe hablarse de un nombre y una reputación —puntualizó la cocinera, volviendo sus ojos hacia George.

Miriam, que había sido descrita por Bullivant como un apéndice de la cocinera, apareció tras la espalda de la señora Selden en forma que hacía honor a la descripción. Bullivant la miró con desaprensión que confirmaba su concepto.

—Entiendo que nadie ha sufrido daño alguno —dijo la señorita Buchanan—. ¿Tiene George alguna conexión con lo ocurrido? Esta tarde estuvo en mi tienda, y varios de mis clientes lo vieron allí.

—Y nadie lo vio después, excepto aquel que todo lo ve —dijo Bullivant.

—¿Y Él ha contado el cuento?

Bullivant, incapaz de sugerir que la señorita Buchanan estaba blasfemando, no dijo nada. La cocinera estaba hecha de material más duro.

—Lo que ha sido visto será revelado a los que deben saberlo, y los que no reciban esa revelación con espíritu apropiado no se cuentan entre ellos.

—Esto es lo que ha sucedido, señorita Buchanan —dijo Bullivant, no queriendo colocar a su invitada en esa posición—. Este muchacho que ve ante usted con la apariencia normal de un hombre joven, salió de esta casa para preparar la muerte de su amo. Fue hasta la quebrada en lo alto del cerro, arrancó la advertencia que allí estaba y dejó el puente aparentemente transitable, pero cargado con un peligro fatal para los pasos de su amo.

—Creí que habían sido los jóvenes de la casa —comentó la señorita Buchanan.

—Eso demuestra la necesidad de hacer saber la verdad. Fue George y es él quien debe sufrir las consecuencias.

—Y todavía no lo ha hecho —recordó la cocinera.

—¿Pero cómo lo supieron? —preguntó la señorita Buchanan, dando forma diferente a una pregunta que ya habían hecho.

—Todo se descubrió a causa de un cuchillo. De cosas tan pequeñas dependen a veces los destinos. George mostró este cuchillo en su tienda para algún uso corriente, pues en la vida diaria los culpables parecen personas corrientes. El cuchillo fue visto por algunos espectadores; el mismo cuchillo fue encontrado sospechosamente cerca de la quebrada. Lo halló el amo, que misericordiosamente fue impulsado a desconfiar de lo que veía. De este detalle casual emergió la verdad.

—Lo que prueba que no fue casual —dijo la cocinera.

—Era el cuchillo del señorito Marcus —dijo George, siguiendo un impulso que no era nuevo en él.

—¿En ese caso, George, por qué se hallaba en tu bolsillo? —preguntó Bullivant—. ¿Puedes responder a eso? Ya ves como una cosa lleva a la otra. Ese pequeño hurto fue el que te inició en el camino descendente.

—Tal como están las cosas, «pequeño» no es la palabra —dijo la cocinera—. Y

no me agrada oír aplicar ese término a un robo. No lo apruebo.

—¿Por qué quería hacer daño George al señor Lamb? —preguntó la señorita Buchanan.

—Por otro hurto, señorita Buchanan; esta vez de las provisiones de la señora Selden. Esta tarde debía rendir cuentas al amo por lo que había hecho. Fue eso, y el deseo instintivo de salvarse, lo que lo impulsó a tal acción. El instinto de salvar a otros no se puso de manifiesto.

—Temo que sea cada vez menor —comentó la cocinera.

—Y hubiese sido terrible tener que enfrentarse al amo —dijo Miriam, como para sí misma.

—Pero no hubieses sacrificado una vida humana para evitar esa entrevista —dijo la cocinera.

Miriam guardó silencio, reflexionando que ella hubiese sacrificado la propia.

—George debe sentirse agradecido de que su plan haya fracasado —opinó la señorita Buchanan.

—Todavía no hemos llegado a la etapa de los agradecimientos —especificó Bullivant—. Y no me parece que avancemos hacia ella.

—En todo este asunto, al que compadezco es al amo —declaró la cocinera—. Esto es degradante para él. George no merece compasión.

—Sólo que si todos obtuviésemos lo que merecemos, señora Selden... —dijo Bullivant en un tono que indicaba que se desviaba de su curso anterior.

—La diferencia sería la misma. Nuestra línea de conducta no corre paralela a la de George y no tenemos por qué pensar que lo hace. Ya dije que es al amo a quien compadezco.

—También lo compadezco yo, señora Selden. Hasta tal punto, que me sentí impulsado, por así decirlo, a interceder por él ante él mismo. Y mis esfuerzos no fueron vanos. Ha delegado este asunto en mis manos.

Hubo una pausa.

—¿Así es que George tendrá que entendérselas con usted? —preguntó la cocinera.

—Así es, señora Selden.

Los oyentes experimentaron diversas reacciones. La cocinera quiso hacer un comentario burlón, la señorita Buchanan deseó ejercitar su ácido humor, Miriam pensó en felicitar a George y George sintió el impulso de lanzarse a los pies de Bullivant y abrazar sus rodillas. Este último impulso fue el único que se manifestó.

—Veo, George —dijo Bullivant con suavidad que a todos pareció grandiosa—, que al fin comienzas a arrepentirte. Esto puede ser al mismo tiempo el comienzo y el fin. Todo es posible para aquel que se arrepiente.

—Nunca hubiese pensado en hacerlo. Fueron los señoritos los que me metieron esta idea en la cabeza. Y el amo no es mi padre; fue peor lo que hicieron ellos. Yo no había hecho jamás nada semejante.

—Es de esperar que tu camino no haya estado salpicado de atentados contra vidas humanas —dijo la cocinera—. Y el amo tiene derecho a vivir, aunque no tenga el honor de estar emparentado contigo. Un privilegio que él no apreciaría, creo yo.

—George, esto de refugiarte tras seres más jóvenes y más débiles que tú no es el menor de tus defectos —dijo Bullivant—. Echate al hombro tus responsabilidades y acéptalas como un hombre.

George alzó los ojos en una protesta instintiva ante la idea de que pensaba rehuirlas.

—¿Qué es esto de que los señoritos están mezclados en el asunto? —preguntó la señorita Buchanan—. La aldea está llena de versiones diferentes y no he podido saber la verdad.

—Días atrás los señoritos vieron al amo dirigiéndose al puente —explicó Bullivant— y recordaron demasiado tarde que habían oído que éste se hallaba en mal estado. Se desesperaron y cuando lo vieron volver dieron rienda suelta a sus emociones. Esta segunda ocasión hizo recordar la anterior, como es natural. Esto es, en resumen, lo que sucedió.

George levantó la vista para completar el relato pero sintió sobre él los ojos de Bullivant y guardó silencio.

—En resumen, entiendo —dijo la señorita Buchanan.

—A veces es mejor ser breve —terció la cocinera.

—Levántate, George —dijo Bullivant, con un ademán ascendente—. Soy un hombre como tú. No te arrodilles más que ante tu Creador.

Las mujeres mantenían los ojos sobre Bullivant, la cocinera con aprobación, Miriam, con asombro, y la señorita Buchanan con una mirada fija que anunciaba otras cosas.

—Adelante, George —dijo Bullivant, con un gesto en esa dirección, mientras George se ponía en pie y parecía necesitar más instrucciones—. Adelante por la senda recta y estrecha. No mires atrás, allí dejás negras profundidades. Fija tus ojos en un futuro immaculado.

—El pasado necesariamente arrojará su sombra —opinó la cocinera, que retrocedía ante esa palabra aplicada a cualquier etapa del camino de George.

La señorita Buchanan emitió un sonido de risa ahogada y Bullivant se volvió hacia ella para encontrarla sentada, con las manos empuñadas y los labios comprimidos, ocultándose tras su pañuelo. La observó, dándose cuenta de lo que le sucedía, y sufrió luego esa reversión de sentimientos que tan a menudo sigue a los momentos de exaltación. Alcanzó una Biblia y la sostuvo, dirigiéndose aún a George.

—Leeremos por turno un pasaje de este libro, que te ayudará a seguir adelante. La palabra del Libro nunca viene mal. ¿Quiere usted elegir un trozo y leérselo, señorita Buchanan? Nosotros seguiremos su ejemplo.

—No. No he venido aquí a guiarlos en sus prácticas religiosas. Soy una invitada, no la directora de sus ceremonias domésticas.

—Es verdad —dijo la cocinera—. Y no me parece que la lectura de la Biblia sea lo más indicado en este momento. George no ha llegado aún a ese punto, y nosotros nos hallamos en un estado de ánimo más bien secular. Las palabras relacionadas con la Biblia deben salir del corazón. Lo que la señorita Buchanan necesita es algún refrigerio y no una tarea que cumplir.

—Así es, señora Selden —dijo Bullivant en tono contrito—. Fue un impulso fugaz y poco recomendable.

George acudió a la mesa con los ojos bajos, confuso al tener que alimentarse para mantener una vida tan poco digna. La cocinera le sirvió como de costumbre, atendiendo sólo a las limitaciones de sus costumbres hogareñas, y el muchacho sintió la necesidad de aclarar su futuro antes de darle la cara.

—¿Así es que no necesito hablar con el amo? —preguntó a Bullivant, con voz que temblaba tanto voluntaria como involuntariamente.

—Ya lo has hecho, George. Lo has hecho a través de mi persona. Soy su delegado, y estoy autorizado para llevar a cabo su tarea. Te diré con franqueza, George, que me pareció degradante para él ensuciar su mente con cosas que no están a su altura. Así es que me ofrecí a actuar por él, y espero haberlo hecho con suficiente firmeza y claridad. Por supuesto que yo no soy el amo, y que nadie puede estar más consciente que yo de esto.

—Todos lo estamos —dijo la cocinera, manteniendo sus ojos alejados de la señorita Buchanan.

—No he dicho todo lo que pensaba decir —continuó Bullivant—. He repetido de tanto en tanto que todos obramos mal y que ceder a la tentación es igualmente malo en todos los casos, aunque las consecuencias de ellos pueden ser menores. No he dicho todo lo que hubiese dicho el amo, pues necesito más que él de este recordatorio. He hecho que las consecuencias para ti sean leves, como espero que lo sean para los demás. Pero confío en que este proceder no te impida dedicar tu vida a reparar lo que has hecho. Si fracasara en convencerte de esta necesidad, mi fracaso sería grande, al no corresponder a las esperanzas del amo, a las mías propias y a tus propias necesidades, George.

George murmuró que Bullivant no había fracasado en ninguno de estos aspectos.

—Ya no hablaremos más de esto, George. Lo dejaremos librado al sentido de la gratitud que debes a Aquel que está en lo alto, al amo y a mí. Juntos hemos tratado de ayudarte y de guiarte hacia el mejor uso de una vida que pudiste haber desperdiciado. Y para recalcar la gravedad de este momento, te ruego que permanezcas en silencio durante esta comida. La señorita Buchanan excusará esta desestimación de las convenciones sociales, sabiendo que han sido desestimadas cosas más importantes. Y ahora, señorita Buchanan, permítame ofrecerle algo.

La señorita Buchanan se lo permitió, sintiéndose casi tan culpable como George, mientras éste se sentaba en el silencio requerido, con la sensación de que ya no podía caer más bajo. Al terminar de comer, miró a su alrededor, sin saber si podría reanudar

sus relaciones normales con Miriam; como nadie dijo nada, la siguió al repostero.

—Lavaré lo tuyo junto con lo mío.

Miriam accedió y permaneció tranquilamente a su lado.

—¿Qué piensas de lo que he hecho?

—Bueno, veo que tenías miedo de enfrentarte con el amo.

—¿Lo hubieras hecho tú?

—No se me habría ocurrido.

—A mí tampoco; fue el saber lo de los señoritos. ¿Lo hubieras hecho si te hubieran dado la idea?

—No podría hacer morir a otra persona en mi lugar. Tal vez me hubiese suicidado.

—Eso fue lo que pensé hacer al principio —dijo George ansiosamente—. Por eso fui a la quebrada. Pero entonces me pareció tan...

Su vehemencia decayó al llegar a la descripción del momento en que decidió que sería más práctico matar a su amo, probando así que no siempre los segundos pensamientos son los mejores.

—Nunca he conocido a una persona que haya matado a alguien.

—La gente lo hacía a menudo en la historia —dijo George, ilustrando el dicho que afirma que una pequeña dosis de conocimientos es algo muy peligroso.

—No era gente corriente como nosotros. Eran reyes y personajes así. Y en esos días la gente solía matar.

—Si el amo hubiese muerto, me hubiesen descubierto igual —dijo George—. Hubiesen encontrado el cuchillo.

—No tenías necesidad de robar ese cuchillo —afirmó Miriam, no encontrando justificación para este acto.

—¿Nunca has robado?

—En el orfanato lo hacía, pero sólo cosas para comer. Y eran demasiado pocas para que me descubrieran. Aquí tenemos dinero y no necesitamos robar.

—No podemos comprar cosas tan buenas como las que vemos.

—Podemos comprar bastante —replicó Miriam.

—¿Crees tú que seguiré de mal en peor?

—Me imagino que sí, si no comienzas a mejorar pronto.

—Supongo que debería compararme contigo y no con los de más arriba.

—¿Qué diferencia hay entre tú y yo?

—Que George responda a eso —dijo una voz bien conocida—. Responde, George. ¿Qué diferencia hay entre Miriam y tú?

—Que ella es mejor que yo —murmuró George.

—Que es decir sólo lo que todos sabemos —agregó la cocinera.

George adoptó la actitud del que ha soportado mucho y está dispuesto a soportar aún más.

—Señora Selden —dijo Bullivant—, creo que sería mejor que no hiciésemos

referencia alguna al pasado de George. Será más justo para él y tal vez más justo para nosotros, ya que el traer a luz las debilidades ajenas no es una práctica enaltecedora. Dejémoslo comenzar una vida nueva, y que cualquier mancha sobre ella recaiga sobre su cabeza.

—¿Y sobre quién deberá recaer la mancha anterior? Me parece difícil que pueda partir inmaculado hacia una vida nueva.

—Ahí tienes otra pregunta que debes responder, George.

—La culpa fue mía —dijo George.

—Y ahora se ha presentado el problema de si puedes seguir tu amistad con Miriam —dijo Bullivant—. ¿Qué opinas tú, George?

—Ella no se guía por lo que yo digo.

—¿Y de quién es la culpa, siendo tú mayor y perteneciendo al sexo fuerte? ¿Por qué no se guía por tus palabras? ¿Qué razón hay?

—Su modo de ser es superior al mío.

—¿Crees que Miriam no se perjudicará por tu compañía?

—Es la mujer quien ejerce más influencia —dijo la cocinera.

—¿Eres susceptible de recibir esa influencia, George? ¿Podrás aprovechar de ella, ya que no puedes ofrecer nada?

—No hay mucho que aprender de una persona que se halla en el lugar de Miriam.

—Otra vez caes en tu antiguo error, George. ¿No comprendes que una vela arde en la misma forma en un lugar oscuro y en uno conspicuo? ¿Y que el contraste la hace aún más brillante?

—Pero puede no brillar en absoluto —dijo la cocinera—. No se puede estar seguro. Recuerda siempre, Miriam, que por los labios de una mujer no debe pasar jamás una palabra que pueda resultar degradante.

—Las palabras de ese tipo no vienen de ella, señora Selden —dijo Bullivant.

—George no es aficionado a usar muchas palabras —comentó Miriam.

—Eso ya es algo —dijo la cocinera—. Pero hay cosas que hablan más que las palabras.

—¿Hemos llegado a alguna conclusión? —preguntó Bullivant—. ¿Pueden George y Miriam continuar su amistad? ¿Qué dice Miriam?

—No veo manera de evitarlo —dijo Miriam—. Por fuerza tenemos que dirigirnos la palabra de vez en cuando.

—Ya me parecía que sentías esa necesidad —intervino la cocinera.

—Si yo pudiera ser una mala influencia sobre ella —dijo George— quiero decir que si su vela no ardiera tan brillantemente como dicen ustedes...

—Nadie ha hecho tal afirmación —repuso la cocinera.

—¿Te parece apropiado jugar con nuestras palabras, George? —preguntó Bullivant.

—Si éste es el resultado de la clemencia —dijo la cocinera— debemos cambiar de método. No comprendo qué hace creer a George que puede dictar sus términos.

—No veo tanta clemencia —dijo George con voz indecisa.

—¡George! —exclamó Bullivant—. ¡Cuándo deberías haber sido entregado a la policía y encontrarte ahora bajo custodia!

—¿Cuándo comenzará a reinar el silencio sobre este asunto? —preguntó la señorita Buchanan—. ¿O fue ésa una promesa similar a la corteza de un pastel: hecha para ser rota?

—Nos estamos olvidando de nuestra invitada, señora Selden —dijo Bullivant—. Y a causa de George, lo que no me parece el correcto orden de precedencia.

George, herido en un punto sensible, estalló en lágrimas.

—Me alegro de esta muestra de emoción, George —dijo Bullivant, manejando este episodio en forma que produjo alivio a los oyentes—. Era algo que, en cierto modo, yo esperaba de ti. Todavía no la habías demostrado en forma suficiente.

—No es el momento de mostrarse confiado —dijo la cocinera.

—El temor hace que la gente haga cosas increíbles —declaró la señorita Buchanan—. George no sabía que no tendría que enfrentarse a su amo, y si no hubiese llegado tan lejos, tal vez hubiese debido hacerlo.

—Fue muy lejos, en realidad —comentó la cocinera.

—En ese caso, yo no hubiese sido encargado del asunto —dijo Bullivant—. Eso es verdad. Pero parece que los extremos a que llegó George lo favorecieron.

—Lo que no me parece una consecuencia apropiada —dijo la cocinera.

—La gente puede sentirse más afectada al escapar a la expiación que al cumplirla —opinó la señorita Buchanan.

—Ése era el principio que estaba motivando mis actos hasta este momento —dijo Bullivant— pero me ha asaltado la duda.

—Agradece a la señorita Buchanan su intervención —ordenó la cocinera—. Y podemos empezar a regirnos por la regla del silencio. Será beneficioso para todos. Es imposible no ensuciarse al estar en contacto con algo sucio.

Los mayores se retiraron y George se sentó junto al lavaplatos, como si le faltaran las fuerzas.

—Supongo que en la aldea me hablarán de esto.

—Tal vez no les agrade hacerlo —dijo Miriam.

—Oh, no les importará ensuciarse —dijo George, en un tono que no se hallaba muy de acuerdo con su intervención en esta situación.

—No creo que el señor Bullivant o la cocinera vuelvan a mencionarlo —afirmó Miriam.

—No creo que puedan encontrar algo más que decir. Soy indigno de estar a tu lado, Miriam. Ahora estoy por debajo incluso de seres como tú.

—Nunca estuviste más alto que yo. Pero lo deseabas tanto, que te comportabas como si lo estuvieses. Y eso te hacía afirmarte en tu creencia.

—¿Cuando era el deseo el que creaba la idea? —dijo George.

—Sí —respondió Miriam, sorprendida por la exacta interpretación de sus

palabras.

La cocinera alzó la voz, indicando así la partida de su invitada, y George caminó hacia la puerta tratando de oír el acompañamiento de Bullivant. Como éste no se hizo sentir, cruzó el pasillo en puntillas y se asomó a la cocina. La cocinera lo miró mientras completaba su himno, sin regatear el coro completo tras cada estrofa.

—¿Y bien? —preguntó, en tono neutral.

—Usted ha perdido su buena opinión de mí, señora Selden.

—Nunca fue tan alta como para necesitar deteriorarse.

—Pero usted no me despreciaba, no me miraba desde arriba.

—Sólo en cuanto al hecho de ser mayor que tú, más prudente y más experimentada. Y no recuerdo motivo alguno que me pudiera hacer admirarte.

—¿Cree usted que alguna vez me sobrepondré a todo esto?

—No tengo derecho a dar mi opinión —dijo la cocinera, continuando con sus tareas—. Me he equivocado ya una vez y puede suceder de nuevo.

—¿Me cree indigno de preocuparse de mí?

—Has descendido mucho desde el momento en que me interesé por guiarte. Mi esfuerzo no ha sido recompensado. No he conocido muchos fracasos en mi vida, pero éste es uno de ellos.

—¿Y si desde este momento comienzo a mejorar?

—Es difícil detener el camino cuesta abajo. En tu caso puede resultar casi imposible.

—¿Cree usted que Miriam es mejor que yo?

—No es cosa de opinión; es un hecho. Aunque no veo la necesidad de insistir tanto en su superioridad.

—¿Entonces el carácter es lo único que cuenta?

—Por lo general, sí, ya que las otras cualidades no se presentan a menudo, si es que te refieres a inteligencia y habilidad.

—¿Es tan importante el solo hecho de no hacer lo que está mal?

—No tanto como debiera, siendo la gente lo que es. Pero sin eso lo demás no vale nada. De eso podemos estar seguros.

—¿Usted no cree que yo podré subir?

—Me parece absurdo usar esa palabra, cuando tu tendencia ha sido justamente la opuesta. Deberás elevarte mucho para volver al punto de partida.

—Veo que usted cree que no hay esperanzas para mí.

—La esperanza no puede renacer eternamente —replicó la cocinera.

Bullivant entró con aire tranquilo y con las manos en los bolsillos, marcando la transición a la vida normal y su aceptación de la regla del silencio.

—La señorita Buchanan es una visitante muy agradable.

—Y no provoca un ambiente de excitación, aun cuando es posible hacerlo —dijo la cocinera, convencida de que estaba observando la regla.

George abandonó el cuarto en silencio, sin compartir esa convicción.

—Aunque podría haberse visto en una posición muy molesta —dijo la cocinera, sin interrumpir su trabajo—. Se libró exclusivamente gracias a su ingenio.

Bullivant comenzó a tararear, meneando la cabeza arriba y abajo y con las manos a la espalda, para indicar que su mente estaba muy lejos de las palabras de la cocinera. Pero ella no le reprochó su falta de atención, pues una mirada le fue suficiente para comprender que no era culpable de tal cosa.

CAPITULO XIII

—Se dice que el frío anula las sensaciones —dijo Mortimer—, pero parece hacer una excepción en cuanto a sí mismo. ¿Por qué tenemos un fuego tan débil, Bullivant?

—Por el momento estamos economizando combustible, señor. Una pequeña recaída, que no puede sorprendernos demasiado.

—¿Durará mucho?

—Espero que no, señor, por la salud del amo mismo. No está en condiciones de soportar esta temperatura. Sólo resiste bien un frío moderado, y ahora su resistencia está minada por las vicisitudes de esta última temporada. Todas esas cosas han dejado su huella.

—Daría cualquier cosa por un buen fuego. Daré cualquier cosa: mi lugar en esta casa, y aun mis esperanzas para el futuro, ya que no tengo ninguna fuera de aquí. Déme la pala, Bullivant; ésta es la ocasión de un hombre valiente y de un caballero.

Bullivant obedeció, asintiendo a ambas afirmaciones.

—¿Lleno otra vez el depósito de leña, señorita? —preguntó a Emilia, reconociendo que indicaría falta de escrúpulos pedir órdenes a Mortimer en ese momento.

—De todos modos deberá llenarse otra vez.

—Y un depósito colmado tiene mejor aspecto —dijo su sobrino—. No da la idea de que lo hemos vaciado. No lo llene demasiado, y parecerá que sólo hemos usado un poco de leña. Quiero que sugiera una mentira.

—Y que sigamos su ejemplo —dijo Emilia.

—Es posible que el amo se sienta agradecido de que se le ayude a volver al modo de vida que ahora le es natural, señorita.

—Usted siente gran afecto por el amo, Bullivant —dijo Mortimer—. Nunca lo he comprendido del todo.

—Tal vez pueda decirse lo mismo de usted, señor. No podemos explicar estas cosas, y cualquier explicación les resta importancia.

—No hemos visto a George últimamente.

—No, señor. Espero que no lo sienta como una pérdida.

—Sólo ahora lo he notado. ¿Ha sido despedido?

—No, señor. Sería muy difícil que hallara colocación en este momento, ya que sus referencias deben depender de que su conducta logre borrar lo que hizo. Y creo que el proverbio sobre la manzana podrida haría pensar dos veces a un probable nuevo amo.

—¿Entonces por qué se esconde?

—Se ha mostrado reacio a aparecer en el comedor, señor. Y yo me alegro de esa señal de descontento consigo mismo. Por eso me he mostrado comprensivo y me he hecho cargo de su trabajo en la medida necesaria.

—Me imagino que se le pasará con el tiempo.

—No lo dudo, señor. Ya se muestra más seguro; es una de las cosas que debemos combatir en él. Parece considerar que esto es una ventaja, lo que me parece un punto de vista insostenible. En cierto modo es un alivio vacilar en su propia estimación.

Bullivant terminó su parlamento con una ligera sonrisa.

—¿Qué piensa de él la cocinera?

—La señora Selden no juzga, señor, para no ser juzgada.

—¿Y juzgar a George representaría el esfuerzo de toda una vida?

—No habría lugar a mucho reposo, señor.

—¿Cómo tomó todo esto la señorita Buchanan? No fue éste un día afortunado para ustedes.

—La ocasión no era favorable, señor. Pero la señorita Buchanan no se sintió mayormente afectada. Hay en ella cierta vena humorística que la ayudó a superar la situación, y que difícilmente se sospecharía en ella. Su actitud casi hizo peligrar el concepto de George sobre la gravedad de sus actos.

—Parece que el hacer vida social le ha hecho mucho bien.

—Nos halaga pensar que ha sido así, señor. No pido otra recompensa.

—¿No le agrada a usted su compañía?

—Pues bien, sí, señor. Es un cambio en nuestra rutina, que se había hecho demasiado rígida. Sólo que en esta última ocasión su sentido del humor estuvo un poco fuera de lugar.

—Había venido a pasar un rato agradable y encontró el ambiente poco propicio.

—Esta discrepancia existió en realidad, señor, y no se la puede culpar a ella.

—Harían ustedes bien en invitarla otra vez en una ocasión próxima.

—Creo que la señora Selden ya le insinuó algo así, señor, con el deseo de compensar cualquier desatención que se hubiese producido durante su visita.

—¿Está George agradecido del amo?

—¡Agradecido, señor! ¡George! Está contento de ver su futuro despejado; está muy contento de eso, y lo demuestra. ¿Pero hasta qué punto entra en juego la gratitud? Tal vez lo estoy juzgando mal, señor, ya que me hallo demasiado comprometido con sus defectos y su corrección; y defectos no le faltan.

—¿Simpatizan George y la señorita Buchanan?

—Sí y no, señor. No he pensado mucho en sus recíprocos sentimientos. Pero estoy de acuerdo en que todo sentimiento humano es digno de ser tomado en cuenta. Yo diría que la señorita Buchanan lo mira con benevolencia, a causa de su juventud y de sus limitadas posibilidades. Que George la mire siquiera, es algo que puede ponerse en duda. La juventud tiende a pasar por alto a la edad madura, o a consignarla al pasado.

—Me gusta lo que me cuenta usted de la señorita Buchanan.

—Sí, señor. Ha luchado magníficamente en su empeño por sobreponerse a las circunstancias. Es imposible no sentir respeto por ella. Es triste pensar que, de conocerse, todo esto sólo atraería una reacción contraria.

—¿No siente usted cierta simpatía personal por ella?

—Estoy comenzando a experimentarla, señor, lo que también puede decirse de la señora Selden. Además de su desgracia, hay otros aspectos de la señorita Buchanan que son dignos de estimarse, lo que nosotros no habíamos imaginado. No se puede pensar en una persona desgraciada simplemente como un objeto de la desgracia. Fue usted, señor, el que descubrió el corazón humano bajo ese exterior.

—El corazón es algo que existe siempre.

—Sí, señor, como se desprende del caso de George. Y he hecho lo posible por actuar sobre esa base, aunque la evidencia sea pequeña.

Horace entró y se aproximó al fuego, iluminándose su rostro al verlo. Se sentó y se inclinó hacia adelante, acercando las manos a las llamas. Bullivant cambió una mirada con Mortimer y fue en busca del té.

—Este frío parece no tener fin —dijo Horace.

—Estábamos a punto de sucumbir a él —dijo su primo— pero mantuve mi presencia de ánimo y ahora estamos a salvo y en ese estado de beatitud que sigue al peligro. Traiga la bandeja cerca del fuego, Bullivant; el calor no se gasta al sentirlo.

Bullivant puso la mesa del té cerca de su amo dando una mirada a Mortimer, como si aquél no estuviese en condiciones de servirlo.

—Las bebidas calientes ayudan a entibiarse —dijo Horace con voz extraña, estremeciéndose al hablar y buscando con la vista un lugar para dejar su taza, como si temiese volcarla. Bullivant la cogió de su mano como si hubiese estado preparado para hacerlo.

—¿No te sientes bien, mi querido muchacho? —preguntó Mortimer.

—Un enfriamiento, señor, consecuencia del frío prolongado impuesto en otras circunstancias —dijo Bullivant, manteniendo sus ojos apartados de Horace.

—Es mejor que se vaya a la cama —dijo Emilia—. Es lo que diría la señora.

—En cuanto encienda el fuego, señora, para contrarrestar el frío de la habitación del señor —dijo Bullivant, dirigiéndose a la puerta—. Llevaré carbones encendidos desde la cocina.

—El combustible que podría haber evitado esta enfermedad deberá usarse ahora para curarla —dijo Emilia—. No podrá ser ahorrado, después de todo.

Horace rió vacilante, tendió la mano hacia su taza y la retiró, miró su mano temblorosa como si fuese algo ajeno a él, aceptó la ayuda de su primo y se dejó caer en la silla, admitiendo así que se sentía realmente enfermo.

Cuando regresó su esposa, la enfermedad de Horace había dejado atrás su primera etapa y avanzaba hacia un estado de gravedad sin prisas ni esperanzas. Con sentimientos que dejaban traslucir, más que sorpresa, la sensación de una predicción que se cumple, se supo en la casa que Horace estaba enfermo de gravedad, y tal vez de muerte.

La casa hizo silencio, vibrando de emociones contenidas, cargada de temores y esperanzas. A los niños se les engañó primero, luego se les preparó para comprender

la verdad y luego se supuso que ya la sabían. Ellos retrocedieron, incrédulos y sobrecogidos, y luego simplemente la encararon. Para ellos la muerte era una cosa desconocida pero fundamental, que no por serles extraña debía ser extraña en sí. Temían por su padre, temían por ellos mismos y por los demás; veían a la muerte como una amenaza a sus propias vidas, como a una cosa tangible que se hallaba entre ellos.

El frío continuó, envolvió a la tierra y no fue vencido. Todas las chimeneas de la casa ardían con furia. El temor al frío era ahora diferente; el sufrir de frío pertenecía a un pasado distante, extraño y preñado de culpas.

Horace luchaba por respirar, temía su fin, lo afrontaba y oraba por su liberación. Su enfermedad llegó a una etapa en la que las crisis se sucedían, decayendo en violencia, pero encontrando una resistencia cada vez más débil. Pasaron los días y pasaron las noches que tenían más horas que el día. El temido colapso no se producía y este respiro que daba la muerte llegó a significar un motivo de esperanza.

Horace sintió que se moría. En el abatimiento de la fiebre, le pareció que sólo contaba con su debilidad, y creyó que era la debilidad final. Su propia voz le pareció venir a través de la oscuridad y desde la distancia.

—Me he alejado demasiado para poder regresar. He llegado al punto desde el que no podemos volvernos atrás. Todos llegaremos a él, aunque yo he llegado demasiado pronto. No tiene importancia; la gente no necesita de mí. No soy capaz de forjar un mundo mejor, pero sí puedo empeorarlo. A pesar de todos mis esfuerzos, es eso lo que he hecho; y me he empeñado con todas mis fuerzas. Sólo me queda una cosa por hacer y luego puedo partir solo.

Había resolución en esos tonos apagados, y Charlotte se aproximó al lecho. Este cambio no se debía a la debilidad. ¿Serían sus últimas fuerzas?

—Debes esperar un poco. Ya habrá tiempo.

—No, no puedo esperar. Tendría que esperar demasiado. Trae a los niños, para que escuchen mis últimas palabras. No tienen mucho que recordar, pero tendrán esto.

—Espera a que te sientas como siempre —dijo Emilia, aproximándose—. Ahora sufres y les comunicarás ese sufrimiento. Una palabra tuya cuando te sientas mejor, será más efectiva que muchas ahora. Espera. Hazlo por ellos.

—No aceptaré que me sermonees en mis últimos momentos. No estoy muerto aunque me esté muriendo. Tengo derecho a despedirme de ellos, así como ellos tienen derecho a escuchar mis palabras de despedida. Seré el amo en mi propia casa hasta que la abandone.

La fuerza de estas palabras fue reconocida y Mortimer salió a cumplir sus órdenes. Cinco pequeñas figuras rodearon el lecho y cinco rostros muy pálidos contemplaron ese otro rostro marcado por el sufrimiento, mostrando su asombro al ver que aún era el que ellos conocían.

—¿Estáis todos aquí? —preguntó Horace, mirando sobre ellos como si no pudiese enfocar la vista.

—Sí, papá —dijo Sara, y la voz de la niña pareció liberar la de su padre.

—Mi hijita mayor, tengo algo que decirte. No te pido que lo niegues. Entre tú y yo no ha existido ese lazo que une a un padre con su primera hija. Sé que tú no lo has sentido. Pero al alejarme de la vida, lo siento aguijonearme el corazón.

Charlotte atrajo a Sara a su lado y dejó que Jasper se acercara.

—Jasper, mi hijo mayor, tú no has encontrado un amigo en tu padre. Si yo pudiese vivir, seguiríamos juntos el camino.

—Sí, papá —dijo Jasper con voz calmada y natural.

—Marcus, hijito, he hecho muy poco por ayudarte y guiarte. No he demostrado el orgullo que tú mereces se sienta por ti. Te he dejado hacer una vida separada.

Marcus aceptó estas palabras en silencio. No creía que su padre había obrado bien respecto de él ni que la verdad debiera ocultarse.

—Tamasin, querida mía, tú no has sabido que estabas muy cerca de mi corazón. Si yo pudiese vivir, la sabrían también los demás. Pero esto quedará entre tú y yo.

—No quiero escuchar —dijo Avery—. No quiero que el pobre papá lo diga. Son cosas tristes y el decirlas las hace peores. No quiero que me diga nada.

—Avery, mi pequeñuelo, no he pensado en tu desamparo. No lo he considerado sagrado. Pero estaba aprendiendo a verlo y a protegerlo, y me hubiese esforzado por aprenderlo bien. Cuando recuerdes a tu padre, recuerda lo que te ha dicho.

Avery retrocedió al lado de Charlotte, sonriendo casi en su alivio de haber dejado atrás ese momento.

—Hijos míos, os lego a todos la libertad y el goce de la vida. Si ellos dependen de mi partida, recibidlos como dones míos. Parto con alegría, si esto os los otorga. Desconfío de mí mismo, así como vosotros desconfiáis de mí.

Emilia hizo salir a los niños y a través de la puerta que se cerraba llegó la voz de Avery.

—¿Papá va a morir para que todo sea mejor? ¿Será todo mejor porque él muera? Podría haberlo hecho estando vivo; eso sería lo mejor. Estaba comenzando a hacerlo. ¿Por qué no puede vivir y continuar?

—¡Mi bondadoso hijito! —susurró Horace, derramando lágrimas—. ¡Lo que he perdido al descuidarlo! Pero tal vez hubiese continuado perdiéndolo. No confío en mí.

—Ahora nos toca a nosotros —dijo Mortimer a Charlotte, tratando de mostrarse despreocupado—. No creo que quiera dejarnos fuera.

La voz habló otra vez débilmente.

—Mortimer, no he hecho mucho por ti, y tú no me has hecho sólo bien. Pero al partir solo, lo que me parece más extraño es dejarte atrás.

Charlotte esperó las palabras que le estaban dedicadas, pero su marido yacía con los ojos vacuos y la mirada lejana, sin ver ni oír.

—Ahora dormirás —dijo, y Horace oyó y vio.

—Así lo haré —dijo, sonriéndole al rostro—. Y será un sueño muy largo.

Pero no fue largo. Horace despertó sobresaltado y se durmió otra vez, volvió a despertar y a dormirse, pasó luego por períodos de sueño y vigilia más indefinidos, y luego llegó un momento en que había poca diferencia entre ambos estados. Nadie sabía si estaría dormido o despierto cuando respirara más fácilmente o exhalara su último aliento. Todos sabían que cada suspiro podía ser el último.

El silencio oprimía el cuarto. Lo imposible se cernía sobre ellos; aquel que moldeaba vidas podía perder la suya. Permanecían abstraídos e ignorándose recíprocamente. No sentían que el que moría era el jefe del hogar, el padre y el esposo, el amigo de toda una vida. El que moría era Horace; Horace, que podía llevar a otros a la muerte, pero que era inmune al peligro. Todos sabían que lo habían imaginado llorando por ellos, llorando de remordimiento y de dolor. Con él desaparecerían la servidumbre, el problema y la seguridad de sus vidas. Se verían libres, sin protección y dependiendo de ellos mismos. Esas vidas desamparadas que habían defendido serían ahora su propia responsabilidad, su propia carga.

Dejaron la habitación por orden del médico. El lecho debía estar rodeado de silencio y tranquilidad. El enfermo no debía escuchar pasos ni suspiros. Pasaron al comedor a esperar la palabra final. Ese cuarto donde él y ellos habían vivido la vida cotidiana era ahora un refugio instintivo. Las cosas seguirían como Horace las dejara; sus costumbres tardarían tanto en morir, que ellos no presenciarían su muerte.

—¿Qué es lo que sentimos? —preguntó Charlotte—. ¿Qué hubiésemos sentido hace diez años? Esto ha venido demasiado tarde o demasiado pronto. Habiendo vivido hasta aquí, debería haber muerto más tarde. Tú y yo le serviremos aún. Los niños siempre tendrán un padre.

—Es una lástima que no se pueda imprimir el lenguaje —dijo Mortimer.

—Quedará impreso en nuestros corazones. Y al morir estará grabado allí. Más aún moldeará nuestras vidas, que pertenecen a Horace. Le pertenecen por haberlas usado. Es un derecho reconocido.

—¿Y los niños? —preguntó Mortimer.

—Los dejaré por ahora. Emilia está con ellos. Si los veo en este momento, los deprimiré demasiado. Sentirán más emoción que dolor, y aquella pasa pronto. Pero muy pronto comenzarán a servir a su padre. Esa servidumbre se hará más leve a medida que pasen los años, pero tú y yo le serviremos hasta el fin. Ha sido nuestra tarea de toda la vida y durará tanto como ellas.

—Es un pensamiento que hace sentirse humilde —dijo Mortimer—. Nuestras almas son esclavas de Horace. Le pertenecemos a él, no a nosotros mismos. ¡Y pensar que una vez creímos que tú y yo nos pertenecíamos mutuamente! Tal vez Horace sabía la verdad. Y me encuentro deseando que la haya sabido, lo que constituye la última prueba de servidumbre.

Bullivant entró y se dedicó a sus labores, aunque su rostro mostraba huellas de su emoción.

—La vida debe continuar, Bullivant —dijo Mortimer.

—Y faltar a nuestros deberes no demuestra nuestros sentimientos, señor.

—Esto no es lo menos que hemos afrontado juntos.

—Es lo más grande, señor, como dice usted —respondió Bullivant, como si Mortimer hubiese empleado esas palabras.

—Debemos hacer frente a la amenaza del futuro.

—Ésa puede ser una consecuencia, señor. Entretanto debemos pensar en el día que tenemos ante los ojos —dijo Bullivant, volcando sus pensamientos hacia un aspecto de gran importancia en su mundo—. Tal vez haya necesidad de repasar el ceremonial.

—Si ese momento llega, usted se encontraría a nuestro lado, Bullivant.

—No necesito decir que estaré en mi puesto, señor. Y el muchacho deseará rendir su homenaje, sabiendo que antes había mostrado deseos hostiles. Y la señora Selden se hallará en su elemento, si podemos usar estas palabras. No me parece que el asistir a estas ceremonias sea cosa de mujeres, pero la señora Selden es diferente. Las criadas jóvenes se quedarían en la casa, ordenando todo para el regreso, según las disposiciones de la señora Selden. Y ahora, señor, la señora Selden pide permiso para poder expresar sus sentimientos personalmente.

—Nos alegraremos mucho de recibirla, ya sea ahora o más tarde.

La cocinera entró en la habitación, llevando con aplomo sus ropas de trabajo, con el delantal sin disimulos, y la emoción igualmente visible en su rostro.

—¿No quiere sentarse? —invitó Charlotte.

Bullivant colocó a cierta distancia de la familia una silla de respaldo alto, cumpliendo así con todos.

—Gracias, señora —respondió la cocinera al sentarse.

—Tome otra silla, Bullivant —dijo Mortimer.

—No, señor —dijo éste con suave determinación—. Así es como me presentaba ante el amo; así es como me presento ante su representante. Y no olvido que están presentes las señoras; él no lo olvidaría.

—Nuestra aflicción es común —dijo Charlotte a la señora Selden.

—Todos los rincones se sienten vacíos, señora, cuando antes ha habido una presencia en ellos. Y en todos estaba la presencia del amo.

—El siempre supo que podía confiar en usted.

—Él y yo teníamos un punto de vista común, señora: que la cocina es la base del hogar. Y saber que esto se reconoce hace esforzarse con alegría. Y mientras más alta es la persona, más capacidad tiene para comprender todas las cosas. Hay un punto en el que esa comprensión comienza, y ese punto se halla a la altura del amo. Y así como usted sería su viuda, señora, yo seguiría siendo la servidora del amo. No significaría un cambio.

—Transmítale nuestros sentimientos al resto de la servidumbre y hágale saber que sentimos por ellos lo mismo que ellos por nosotros.

—Transmitiré sus palabras a cada uno de acuerdo con su categoría, señora. Todos

deseaban hacer llegar sus sentimientos hasta ustedes y yo me comprometí a hacerlo.

—La señora tiene ahora ciertos deberes para consigo misma, señora Selden, que deben ser observados —dijo Bullivant—. Yo llevaré los mensajes entre su mundo y el nuestro.

La cocinera volvió al suyo para encontrar en él a los mismos de siempre. Miriam se hallaba de pie, muda y quieta, ante una figura sollozante derrumbada sobre una silla. La silla pertenecía a Bullivant y el que la ocupaba, como en anteriores ocasiones de emoción, era George.

—Yo traté de hacerle daño y él no me lo hizo nunca. Jamás me dijo una palabra sobre eso y no supo que yo le estaba agradecido.

—Te devolvió bien por mal, George; eso fue lo último que hizo por ti —dijo la cocinera—. Bien puedes sentirte abrumado por lo que te ha venido de tal fuente. Pero también puede servirte para reafirmar tu resolución. Constituirá un gran recuerdo.

—Y si tú estabas agradecido, George, es probable que el amo lo hubiese comprendido. Y ahora él verá en tu corazón.

George apartó las manos del rostro y alzó la cabeza, sin saber bien si su estado mental invitaba a tal escrutinio.

—Avanza siempre siguiendo sus pasos, George, hasta el punto que puede seguirlos quien se mueve en un plano inferior. No te desanimes por esta distancia. Síguelo, pero en tu propia esfera.

—Y bien puedes desocupar la silla del señor Bullivant —dijo la cocinera—. Lo que es incorrecto, sigue siéndolo en todas las circunstancias.

—¿Hizo mucho el amo por la felicidad de los demás? —preguntó Miriam, contemplando la vida de Horace como un ciclo ya completo.

—La felicidad no es todo en la vida —replicó la cocinera— y la excesiva tolerancia y libertad no siempre conducen a ella. El amo quería para los demás un bienestar verdadero en todo sentido, especialmente después de modificar su camino.

—Ya ves, George, que ni siquiera el amo se hallaba por encima de la autodisciplina —dijo Bullivant—. Ahí tienes un ejemplo desde un plano superior.

—La gente que está colocada más alto que los demás debe cuidarse de contemporizaciones —dijo la cocinera, pensando hasta cierto punto en su propio caso—. Generalmente se las interpreta equivocadamente lo que no es del todo injusto. No debemos adaptarnos sólo para ganar la estimación ajena.

—¿Qué se sentirá al estar enfermo de muerte? —inquirió Miriam.

—No he estado nunca en el valle de las sombras —dijo la cocinera con voz normal—. No me ha correspondido llegar hasta él, aunque hubiese aceptado mi suerte sin un murmullo. He sido elegida para una vida más prolongada. Pero puedo ponerme en el lugar de otros. Nunca he dejado de hacerlo.

Miriam no podía decir lo mismo y en su rostro continuó leyéndose la pregunta.

—Nos hemos olvidado de que su salud es débil, señora Selden —dijo Bullivant, con aire contrito.

—No más de lo que se puede soportar sin añadir cargas a los demás —dijo la cocinera—. Y tal vez me ha sido provechoso. Hay cosas que tienen su origen en el lecho del enfermo.

—Aceptamos con demasiada naturalidad todo lo que usted representa.

—Lo que puede ser el mejor de los cumplidos. Cuando las cosas siguen un rumbo determinado, es natural que se formen hábitos. Para algunos, los cambios son la sal de la vida, pero para mí sería hacerle perder su sabor.

—¿Cómo la sazona usted entonces? —preguntó Bullivant con voz reverente.

—Tenemos las vacaciones de verano —dijo Miriam.

—Esa interrupción me basta para hacer frente a otro año de trabajo —dijo la cocinera.

—¿Dónde fuiste durante tus últimas vacaciones, Miriam? —preguntó Bullivant, con el aire de quien muestra interés en las vidas ajenas mientras se desintegra la propia.

—A ninguna parte. No tenía más que el asilo, y aquí se está mejor.

—La muchacha está bajo mi cuidado —dijo la cocinera, sin que Miriam pensara en contradecirla—. Y no creo que ésta sea la ocasión para hablar de vacaciones. Hay cosas de más transcendencia.

—Así es, señora Selden, y están a punto de caer sobre nosotros. La hora se acerca. Deberemos difundir la triste noticia y luego sobrevendrá la triste ceremonia.

—No lo he olvidado. Pero me imagino que recibiremos instrucciones.

—De mis labios, señora Selden, y tal vez el momento no sea prematuro. Estarán presentes en ella los hombres de la familia, es decir, yo mismo, el señor Mortimer y George, cada uno en su puesto respectivo. Las mujeres permanecerán bajo este techo, pero ya interpuse una súplica para hacer una excepción en su caso, puesto que usted se mueve en un plano diferente. Usted podrá asistir también.

—«Súplica» me parece una palabra extraña para una sugerencia de tal naturaleza —dijo la cocinera, alzando la voz—. Pero, como usted lo ha dicho, hay diferencias que no pueden pasarse por alto. No me negaré a hacer oír mi voz, aunque sienta el corazón destrozado.

—¿Tiene usted a mano vestimentas de luto apropiadas a la ocasión? —preguntó Bullivant con su voz más musical.

—Puedo aparecer vestida de negro de pies a cabeza —dijo la cocinera, levemente molesta—. Es todo lo que se requiere. No vamos para atraer las miradas. Menos mal que Miriam no deberá aparecer. Espero que George pueda presentarse con el debido respeto.

—Con la ayuda de lo que tengo conmigo, señora Selden —dijo Bullivant, cruzando los dedos.

—Me alegro de no tener que ir —afirmó Miriam.

—No tienes por qué ir —dijo la cocinera—. No hay motivo alguno para que lo hagas. Y decir que uno se alegra me parece incongruente con el momento.

—Así se acerca el fin de un largo capítulo, señora Selden —dijo Bullivant—. De muchacho y ya de hombre, he servido al amo durante cuarenta y cinco años. De hombre y de muchacho lo he cuidado, he trabajado para él, incluso lo he soportado, si ustedes quieren decirlo. Y ahora él yacerá muy quieto, mientras yo permaneceré en pie detrás, sano y fuerte. Creí que sería él quien me acompañaría hasta la tumba: el amo siguiendo al servidor, como sé que hubiese sucedido. Pero seré yo quien siga a sus restos mortales, lo que no tiene significación alguna. Siento que esto es un vacío. Ni siquiera el señor Mortimer tiene la apostura del que ejerce una autoridad, como la tenía el amo. He hecho frente a esto como un hombre, pero con las emociones de un hombre.

Miriam miró a Bullivant con los ojos llenos de lágrimas. George alzó los ojos, sobrecogido y casi incrédulo. ¡Así es que éste era el verdadero Bullivant! ¡Su destino era moverse entre hombres de nobles sentimientos!

La cocinera tributó a este discurso el homenaje de un momento de silencio.

—La señora envuelta en sus velos de viuda conmoverá los corazones —dijo—. Y la señorita Emilia será una figura majestuosa, aunque algo remota. Es fácil imaginar la escena. ¿Supongo que el amo será conducido hasta la tumba por sus criados?

—Sí, señora Selden. Es un homenaje al que tiene derecho. El les ha dado tanto como ha recibido y no les ha pedido más. Prestarán este último servicio sabiendo que lo hacen como tributo a alguien superior a ellos en todo sentido.

—Espero hallarme a la altura de las circunstancias —dijo la cocinera, trayendo a los ojos de Bullivant la visión de la señora Selden entregada a sus himnos, mientras otras voces se alzaban apoyándola.

—A nuestro debido tiempo seguiremos al amo —dijo—, aunque no conocemos el día ni la hora.

—No pido conocer esa escena distante —dijo la cocinera—. Me es suficiente con poder ver mi próximo paso.

El silencio fue interrumpido por un sonido.

—¡El timbre del comedor! —dijo Bullivant.

La cocinera alzó los ojos.

—Si ése es el anuncio temido, no me parece el medio más apropiado.

—La vida tiene que continuar, señora Selden. Así como he obedecido a las llamadas del amo, acudiré ahora a lo que puede llamarse su última llamada. Es todo lo que queda.

El timbre sonó otra vez y Bullivant salió de la habitación.

—Existen los mensajes verbales —dijo la cocinera mirando a Miriam— y hay ocasiones en que se aconseja emplearlos.

—No podían venir aquí personalmente —replicó Miriam—. ¿Cómo podían enviar ese mensaje?

—George debería haberse hallado en el vestíbulo —dijo la cocinera—. Hemos sido culpables de imprevisión, lo que es excusable en estas circunstancias.

—No se me dijo que fuera allí —dijo George.

—Ya he dicho que fue una omisión —dijo la cocinera.

Los pasos de Bullivant, rápidos y firmes, se acercaron a la puerta y su mano la abrió casi instantáneamente.

—¡Las nubes han desaparecido, señora Selden! La copa amarga ha sido apartada de nuestros labios. ¡El amo está a salvo! Se ha dormido con sueño natural. Se restablecerá mediante los cuidados y precauciones debidos.

La cocinera se puso de pie, mirando a George y a Miriam en forma que los hizo imitarla. Luego cayó de rodillas, intimándolos a hacer lo mismo por algún otro medio, ya que sus ojos se hallaban cerrados. Al arrodillarse también Bullivant, la señora Selden alzó la vista hacia él, que se puso a la altura de las circunstancias, como correspondía a esa hombría que tanta importancia tenía en su mundo.

—Damos las debidas gracias a quien debemos darlas —dijo, poniéndose de pie.

La cocinera permaneció aún un momento de rodillas, en comunicación personal con ese Ser indefinido, y al levantarse habló con tono de aprobación.

Sus palabras expresaron lo que debía decirse sin rozar divergencias de costumbres o de prácticas religiosas.

—Señora Selden, estábamos brindando nuestra gratitud al mismo poder y con el mismo espíritu —dijo Bullivant con una leve nota de reproche, como si la síntesis de la cocinera no estuviese acorde con la ocasión.

—Y reanudaremos nuestras labores habituales también con el mismo espíritu —dijo esta última sacudiéndose las faldas—. Y te recomiendo adoptar igual actitud, Miriam. Muchas veces los momentos de emoción sirven para disculpar negligencias, lo que no debe ser.

—Ya ves, George, que tendrás la posibilidad de reparar lo hecho —dijo Bullivant—. Se te ha presentado la oportunidad que veíamos como muy remota. Ojalá sepas aprovecharla bien.

—Parece que Miriam y yo seremos los que deberemos esforzarnos —dijo George, que estaba en un estado de consternación y alarma insospechada, ya que se suponía que la vida del amo tenía más importancia para él que su propia tranquilidad.

—George —dijo Bullivant—, me declaro derrotado. La brecha que nos separa es demasiado grande. He tratado durante mucho tiempo de tender un puente sobre ella, pero ha sido en vano. No me esforzaré más. Reconozco mi fracaso. De ahora en adelante, nuestros caminos se separan. Aunque físicamente hemos estado muy próximos en las tareas cotidianas, nuestros espíritus no pueden acercarse. Sólo ahora he podido medir la distancia que los separa.

George, que siempre había considerado exagerada la estimación de esa distancia, miró a Bullivant alejarse del cuarto con la sensación de haber llegado a una encrucijada. Miró a la cocinera, o más bien a la espalda que estaba vuelta hacia él, y luego a Miriam, que no se atrevió a responder, sabiendo que la cocinera tenía ojos en la espalda, aunque no estuviesen al servicio de George. Éste comprendió y decidió

que en el futuro sólo dependería de sí mismo.

Bullivant regresó al comedor, se acercó a Mortimer y le cogió una mano.

—No pude decir lo que deseaba, señor; no era dueño de mis emociones. Mis labios permanecieron cerrados, pero espero que mi silencio haya hablado por ellos.

—No estoy hecho para estos momentos, Bullivant. Sólo puedo esperar lo mismo.

—Usted nos dará detalles del cambio cuando se sienta con disposición de hacerlo, señor. Como también de los progresos del señor.

—Le diré lo que sé, Bullivant. Todavía no le comprendo bien yo. Estamos esperando noticias, pero tenemos que comprender que es el amo quien necesita de todas las atenciones. Ya lo sabremos todo.

—Desearía poder comunicar lo ocurrido a la señora Selden, señor. Se interesa mucho por las enfermedades, tanto del cuerpo como del espíritu. No hay nada en ellas que no despierte su interés, que en el caso del señor será aún más intenso.

—Ya veremos que reciba la versión completa. Habrá de ser una historia extraña y poco frecuente. Se había abandonado ya casi toda esperanza.

Horace había permanecido en la quietud y el silencio que su estado exigía. Se había creído que la balanza se inclinaría hacia un lado, pero lo hizo hacia el opuesto. La inconsciencia en que se hallaba sumido cambió y se hizo más profunda; su respiración se percibió otra vez; su innominada condición tomó la forma y luego la naturaleza del sueño, y Horace despertó débil y asombrado en el alba de su salud física. Durante algunos días yació inmóvil y silencioso, contentándose sólo con ver disminuir sus dolores, con la promesa de continuar viviendo y con tener conciencia del movimiento de la casa. Luego la enfermedad fue cosa del pasado y se transformó en recuerdo, uniéndose a otros recuerdos.

Uno de éstos era la escena con sus hijos. Su realidad parecía depender de su muerte, perdiendo toda significación al seguir viviendo. Esperaba que se borraría de sus mentes, sabía que se hallaba arraigada en ellas, y se abandonaba al futuro, viéndola a la vez como una amenaza a su tranquilidad y una base para su vida entre ellos. Serviría a sus propósitos, pero impartiría dolor.

Llegó el día en que pudo tenderse en el sofá del comedor. Quiso descansar allí, en la escena de su futuro y de su pasado. Había experimentado ya una dosis suficiente de quietud y silencio. Las corrientes de aire y el humo y las figuras que iban y venían lo trajeron de vuelta a la vida que conocía, y fortalecieron los lazos que habían estado a punto de romperse.

Una mañana, George siguió a Bullivant, llevando una bandeja y sintiendo que ésta era un débil pretexto para su forzada aparición. Al pasar junto a Horace lo miró furtivamente.

—No tienes por qué temerme, George. No soy un fantasma, aunque estuve muy cerca de llegar a serlo —le dijo su amo.

George se detuvo con la bandeja en la mano y clavó los ojos en su amo, relacionando sus palabras con un acontecimiento anterior al que podían aplicarse con

igual propiedad.

—¿No habías visto nunca a alguien que hubiese estado gravemente enfermo?

—Sí, señor. No, señor. No, no tan enfermo.

—¿Creíste que te sentirías más feliz sin mi presencia?

—Sí, señor. No, señor —dijo George, relacionando otra vez sus palabras con el episodio anterior. Lo que había experimentado ahora su amo le impresionaba poco comparado con su propia experiencia.

—No pongo más intenciones de hacerte daño que las que tú tienes de hacérmelo.

—No, señor —dijo George, aferrándose a la bandeja y dirigiéndose apresuradamente hacia la puerta, sin comprender bien la exacta amenaza de esas palabras.

—Se comporta como si hubiese visto un fantasma —dijo Horace a Bullivant.

—Seguramente se debe a que relacionó sus palabras con la ocasión en que tuvo intenciones hostiles, señor.

—Comprendo. ¡Pobre muchacho!

—Podría usarse esa palabra, señor.

—Lo asusté demasiado en relación con sus raterías.

—Era muy difícil encontrar el justo medio, señor. No podía alentársele.

—Me imagino que considera muy duro aceptar que he estado amenazado de muerte tres veces, escapando siempre a ella.

—Un amo con nueve vidas, señor —dijo Bullivant sonriendo—. No creo que su maldad llegue a eso, señor. Aunque ya he perdido toda esperanza de moldearlo a mi gusto.

—¿Ha renunciado a intentarlo?

—Sí, señor. Y se lo he dicho, señor.

—¿Le ha afectado su decisión?

—No, señor; por lo menos no lo demuestra. Le afectan más las amenazas que pesan sobre él o sobre la idea que se ha forjado de su persona.

—¿Qué concepto es éste?

—Uno muy superior a la realidad, señor.

—No sabía que tenía tanta confianza en sí mismo.

—No, señor. No existe base alguna para suponer que la tiene.

—¿A usted no le ha causado impresión en ese sentido?

—No me he preocupado de formarme una impresión, señor. ¿Qué ganaría? No sirve de nada imaginar un rápido ascenso en la vida si se esquivan los pasos cotidianos que pueden llevar a él. Las cosas tienen que seguir un curso.

—¿No le interesa llegar a ocupar algún día un lugar como el suyo?

—¿Ocupar mi lugar, señor? La vieja generación pasa y la nueva llega, pero eso no significa que ésta ocupe siempre el lugar de la anterior. Y creo que en este caso no lo hará.

—No, ciertamente. Hay seres que no pueden reemplazarse y usted es uno de ellos

—dijo Horace, agradecido a la debilidad que liberaba sus sentimientos y le daba palabras para expresarlos—. Usted es un viejo amigo, Bullivant, y lo ha probado.

—Muchas gracias, señor. Es lo mismo que yo siento respecto de usted, además de lo que corresponde a mi posición.

—Deberemos dejar a George librado a sus propios recursos y a su futuro.

—Una buena manera de expresarlo, señor. Contiene toda la verdad.

Bullivant se dirigió a la puerta, desapareciendo de su rostro las huellas de su dolor y de su consolación. Al aproximarse a la cocina se encontró junto a la cocinera, que llevaba el mismo camino.

—Y ahora reanudamos la diaria rutina, señora Selden. Tal vez nos parezca algo monótona después de los altibajos de estos últimos días, pero es un cambio saludable y como tal debemos considerarlo.

Se interrumpió, y la calma desapareció de su actitud.

A ambos lados del fuego, en las sillas reservadas a sus mayores, se hallaban sentados George y Miriam. No se dieron cuenta de la llegada de éstos, debido tal vez a la suavidad de sus pasos.

—¿Deberemos esperar de pie hasta que os canséis? —preguntó la cocinera.

La joven pareja saltó sobre sus pies y los más viejos contemplaron las sillas como si hubiesen resultado dañadas.

—¿Creen que las sillas ya no volverán a ser las mismas? —inquirió George.

Bullivant y la cocinera parecieron no oír.

—¿Supones que la enfermedad y la mejoría del amo te han hecho ascender en alguna forma, Miriam? —preguntó la cocinera.

Miriam había experimentado la sensación de que sus últimos contactos con sus mayores en ocasión tan vital la había aproximado a ellos, pero no se había dado cuenta de que lo había sentido. Miró a la cocinera, reconociendo tanto el hecho mismo como la penetración de la cocinera.

—No sé si la nueva actitud de George es contagiosa —dijo esta última.

Hubo una pausa para que Bullivant intercalara una recriminación a George, pero ésta no se pronunció.

—¿Crees que las vicisitudes últimas te dispensan de tus obligaciones?

—No —contestó Miriam.

—¿Entonces por qué te instalas en una forma que es prerrogativa de otros?

—Es un caso de contagio —dijo George.

—Así es que ambos tienen la misma tendencia a elevarse —dijo la cocinera.

—Los modales hacen al hombre, Miriam —dijo Bullivant gravemente—. El dejar pasar lo que George ha hecho no es una señal de ceguera ante la distancia que nos separa.

—Es más bien lo contrario —dijo la cocinera—. Y no tengo dudas respecto de la distancia paralela entre Miriam y yo. Creo que conozco su extensión.

Miriam no se sintió afectada, conociéndola también.

—Ha pasado una figura frente a la ventana, señora Selden —dijo Bullivant—. ¿Será la señorita Buchanan?

—¿Quién más puede ser? —observó George—. No hay posibilidades de que sea otra persona.

En ese momento se hizo oír el timbre de la puerta posterior.

—Eso contesta a la pregunta —dijo la cocinera, mirando a Bullivant—. Reconocería esos timbrazos entre mil.

—Un esfuerzo innecesario —dijo George.

Bullivant se dirigió a la puerta con el paso rápido del que se alegra de una interrupción. La visitante parecía indecisa acerca del propósito de su venida, por lo que Bullivant le dio la solución.

—Recordó usted nuestra situación, señorita Buchanan, y vino a expresarnos los sentimientos de una amiga.

—Actuando así como tal —añadió la cocinera.

La señorita Buchanan se sentó, como indicando su asentimiento.

—Podría haber encontrado usted un hogar cambiado —dijo la cocinera— y cambiado en sus cimientos.

—Pero felizmente no es así —secundó Bullivant—. El ángel de la muerte se detuvo ante nuestra puerta, pero misericordiosamente siguió su camino.

—Aunque él no se lo imagine, yo misma hubiese echado de menos al señor Lamb —dijo la señorita Buchanan—. Asiste tan constantemente a la iglesia.

—Practica el culto exterior —dijo la cocinera—, como corresponde a aquél cuyo ejemplo puede afectar a otros.

—A menudo he pensado que conoce los servicios de memoria —dijo la señorita Buchanan, que sabía que esto era posible.

—También los conoce usted —intervino George—. La gente dice que usted no usa nunca el libro.

—Me extraña que alguien pueda necesitarlo, después de un tiempo.

—Como yo frecuento la capilla y no la iglesia, no he podido observarlo —dijo la cocinera—. Pero la pérdida también se me hubiese hecho presente con un agujonazo de dolor al tener que planear para uno menos en la mesa.

—Y yo hubiese sentido su ausencia al moverme por la casa y ver su lugar vacío, correspondiendo al vacío en mi corazón —declaró Bullivant.

—El señor Mortimer hubiese sido un padre para los niños.

—No, señorita Buchanan, no lo hubiese sido —dijo Bullivant suavemente—. Hubiese reconocido su deber hacia el amo y hacia ellos. Hubiese sido su tutor y protector, como lo había dispuesto el amo.

—No hubiese mancillado su memoria —afirmó la cocinera.

—Una distinción sin diferencia —dijo George.

La señorita Buchanan pareció estar de acuerdo, y Bullivant y la cocinera fingieron no haber oído.

—Me imagino que hubiésemos tenido que llamarlo señor Lamb —dijo la señorita Buchanan, cuyos pensamientos se fijaban más en Mortimer que en Horace.

—Siempre ha sido el señor Mortimer; es el señor Mortimer; hubiese seguido siendo el señor Mortimer —dijo Bullivant—. Llegará a la tumba como el señor Mortimer. Lo conozco lo suficiente para asegurarlo.

—Y no es menos por ser quien es —agregó la cocinera.

—Insistimos en imaginar situaciones que no se producen, señorita Buchanan —dijo George—. No tenemos intereses propios que nos ocupen.

—Todo esto nos ha hecho elevar la mente sobre el mundo —dijo la cocinera—. Era lo natural.

—En pocas semanas habremos olvidado la enfermedad del amo —dijo George—. No dejaré cambio alguno.

Ni la cocinera ni Bullivant replicaron. En realidad, la primera sólo había respondido a las anteriores palabras, ignorándolas.

—Estoy en desgracia, señorita Buchanan —dijo George en el mismo tono—. No tengo mentalidad de esclavo.

—¿Y qué mentalidad tienes? —preguntó la cocinera rápidamente—. ¿De amo?

—Así es que ahora puede dirigirme la palabra —dijo George.

—Fue algo del momento. Y no tenemos la obligación de mantenernos en guardia.

—No queremos esa preocupación —dijo Bullivant—. Puede significar un esfuerzo.

—Que es lo último que usted desea —replicó George.

—Hay cosas dignas de esfuerzo —dijo la cocinera—, pero ésta no es una de ellas. O por lo menos, no nos lo parece.

—Supongo que no me enviarán a Coventry.

—Ya se te dijo que no se haría.

—¿Por qué no dejan de hurgar en lo pasado? —intervino la señorita Buchanan—. Éste es el momento preciso para comenzar de nuevo.

—Lo es, señorita Buchanan —dijo Bullivant—. No dejé de comprenderlo. Pero no encontré respuesta oportuna.

—Esas cosas llevan tiempo. La levadura necesita tiempo para actuar.

—No quiero sus buenos oficios —soltó George—. No le cuestan nada. Y no deseo que interceda por mí una persona que no sabe leer.

Se produjo un silencio total.

Miriam levantó los ojos y los posó sobre la señorita Buchanan. La cocinera se volvió hacia el fogón y se dedicó a una labor repentina. Bullivant se inclinó a atar los cordones de sus botines, y luego agitó un pie, como si le molestase.

—Todos parecen estar ocupados —siguió George—. Pero sé lo que piensan. Les gustaría saber cómo lo descubrí.

—No nos interesan tus turbios manejos —dijo Bullivant, pasándose los dedos bajo el cuello de la camisa, como si sólo deseara quedar más cómodo—. Preferimos

no saber nada de ellos.

—Voy a satisfacer su curiosidad —dijo George con actitud altiva, que difícilmente correspondía a sus palabras—. Sus voces llegaron hasta mí a través de la puerta de la cocina.

—Y no necesitaron ir muy lejos, supongo —comentó la cocinera.

—Eso no satisface nuestra curiosidad, George —dijo Bullivant, tristemente—. Y curiosidad tampoco es la palabra. No necesitábamos que nos hablaras de tus costumbres respecto de las puertas. Ya las conocíamos.

—Y me extraña que quieras hacerlas más notorias —agregó la cocinera, todavía muy ocupada.

—Ahora la señorita Buchanan las conoce también —insinuó Bullivant, sabiendo que la víctima no podría ser dejada fuera de esto por más tiempo.

—Me imagino que ya lo sabe toda la aldea —dijo la señorita Buchanan, afrontando la situación y dando voz a su principal preocupación.

—Señorita Buchanan —entonó Bullivant—, le diré a usted la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, como debe hacerse con quien está capacitada para hacerle frente. Fue el señor Mortimer quien tuvo las primeras sospechas por algunos detalles que observó en su tienda. Me lo comunicó con la condición de que guardara el secreto, para que sus relaciones con nosotros pudiesen ser salvaguardadas. Luego hicimos extensiva esta confidencia a la señora Selden. Eso es todo lo que le puedo decir. Es George quien puede agregar algo.

—Las confidencias siempre se hacen extensivas a alguien más —comentó la señorita Buchanan, mirando a George con un aire de desamparo que conmovió a Bullivant.

—¿Fue éste el acto de un hombre, George, el acto de uno que sabe lo que se debe a una mujer, a una visita?

—Te gusta mucho satisfacer curiosidades —dijo la cocinera—. Hazlo ahora.

La señorita Buchanan miró a Bullivant.

—¿Lo sabían ustedes durante mis anteriores visitas? —preguntó con una mirada retrospectiva en los ojos al evocar lo sucedido anteriormente.

George alzó la vista, pensó un momento y se sentó muy erguido.

—¿Fue ése el acto de un hombre, Bullivant, el acto de uno que sabe lo que se debe a una mujer, a una visita?

Hubo un silencio y la cocinera se volvió del fogón.

—Sacie mi curiosidad sobre este punto —pidió George.

—¿Tienes por costumbre dirigirte así al señor Bullivant? —preguntó la cocinera.

—¿Fue ésa la acción de un hombre, «señor» Bullivant? —dijo George, dando a la palabra cierto énfasis que sugería una discrepancia entre la conducta y las pretensiones de Bullivant.

Bullivant y la señorita Buchanan se miraron a los ojos; hubo un momento de tensión, y el estallido de su risa conjunta hirió los oídos de los asombrados

espectadores.

—Hay en mí una especie de diablillo que de vez en cuando escapa a mi control, señorita Buchanan —dijo Bullivant en tono contrito—. Es un diablillo que me hace actuar contra mis mejores principios. Toda mi vida me he visto en aprietos por su causa.

—Haciéndolos pasar también a otros.

—Tenía la esperanza de haberlo detenido siempre antes de llegar a eso. Generalmente logro reaccionar a tiempo.

La señorita Buchanan se recostó en su silla.

—Me siento como un criminal que ha vivido tanto tiempo temiendo ser arrestado, que sólo siente alivio cuando llega ese momento.

—¡Un criminal, señorita Buchanan! Qué comparación para una persona que no ha pecado, sino que ha sufrido. Es una palabra que hiere el oído.

—Una conciencia tranquila lo es todo —aseveró la cocinera—. Es lo único que nos sostiene.

—Pero es agradable tener algo más —dijo la señorita Buchanan—. Y el haber sufrido no es una recomendación, ni se la considera como tal.

—El error fue ocultarlo —dijo George con actitud varonil—. Fue eso lo que la hizo sentirse como una criminal.

—Me alegro de que comprendas que los métodos sinceros son los mejores, George —dijo la cocinera—. Y de que te sientas autorizado para expresarlo. Y de que puedas hablar de cosas ocultas sin palidecer.

—Él usó métodos propios para eso —dijo la señorita Buchanan, en un tono que indicó a George que ya no era su amiga.

—Señorita Buchanan —dijo Bullivant, tanteando el camino—. ¿Puedo decirle que no hay nadie de nuestra condición que me parezca poseer un lenguaje equivalente al suyo? Lo que puede llamarse su desventaja no la ha hecho quedarse atrás.

—Por lo que no constituye desventaja —dijo la cocinera.

—Tal vez podría haber llegado lejos sin ella.

—Indudablemente —dijo la cocinera—. Pero aun teniéndola, lo ha hecho hasta cierto punto.

—¿Nunca se ha sentido inclinada a remediar esta situación? —preguntó Bullivant—. Podría hacerlo sin ninguna dificultad.

—He vivido analfabeta. Moriré analfabeta. Ya no es tiempo de cambiar.

—Lo que usted desea adquirir es algo que todos saben —recordó Bullivant.

—No —replicó la señorita Buchanan, retrocediendo ante lo que insinuaban estas palabras y ante la realidad de ellas—. La ignorancia es suficiente en sí. No hay necesidad de construir sobre esa base.

—No es necesario divulgarlo entre las amistades —dijo la cocinera—. Es un asunto personal que debe ser tratado como tal.

—Yo enseñaba las primeras letras a los niños del orfanato —dijo Miriam con

naturalidad, como refiriéndose a otra de las artes domésticas—. Me eligieron porque era lenta y paciente. Los más atrasados aprendían conmigo.

Hubo un momento de silencio.

—Eso no se aplica a la señorita Buchanan —dijo la cocinera con tono festivo.

—¿Quién podría ser llamado atrasado si yo no lo estoy? —preguntó la señorita Buchanan en el mismo tono.

—Todavía tengo el alfabeto y el silabario —dijo Miriam—. Me dijeron que lo trajese porque podría servirme para enseñar a los niños, pero aquí me dedicaron a la cocina.

—Te hará muy bien repasar otra vez los rudimentos —dijo la cocinera, pensativa—. No quiero que los olvides por encontrarte a mis órdenes. Para mí no tiene ventaja alguna. La señorita Buchanan te sobrepasaría tan fácilmente, que sería un buen método para espolear tu progreso.

—Y siendo una vecina, la señorita Buchanan podría venir a menudo —dijo Bullivant—, lo que sería un cambio muy agradable para nosotros, y daría una impresión normal a los demás.

—Y muy pronto la veríamos ganándole la delantera a Miriam —añadió la cocinera—, que es justamente lo que deseo para ella, si la señorita Buchanan no se opone.

—¡Miriam enseñando a la señorita Buchanan! —exclamó George—. Es como poner el mundo al revés.

—Ya hemos dicho que será al contrario —dijo la cocinera—. Eso ha quedado en claro.

—George —dijo Bullivant, volviéndose impulsivamente hacia él—. No sé si esto es fortaleza o debilidad, pero... ¿Quieres otra oportunidad? La única condición es guardar silencio sobre la señorita Buchanan, tanto en esta casa como fuera de ella.

—No se lo he dicho a nadie —dijo George, aceptando el ofrecimiento, y atribuyéndolo a debilidad—. Ni siquiera a Miriam.

—Lo que era la consecuencia natural de tu manera de obtener la información —recordó la cocinera.

—Ya me había dado cuenta de eso, George —dijo Bullivant, considerando mejor continuar con su propia línea—. Y lo había estimado como un mérito a tu favor.

El timbre del comedor sonó insistente y Bullivant se puso de pie.

—¡Una llamada del amo! ¡El sonido que no creí volver a escuchar! Podemos dejar de un lado nuestras diferencias personales. Los días de antaño han vuelto.

—Bullivant, el fuego está echando humo —dijo Horace—. ¿Cuándo estuvo aquí el deshollinador?

—No hace mucho, señor. Estamos dentro del intervalo normal. Sus venidas son regulares, aunque no tenga más cualidad que ésa.

—No tiene nada que ver con el tiro de la chimenea.

—Nada en absoluto, señor —dijo Bullivant, acercándose a ella—. No ardería tan

bien como lo hace si tuviese algún defecto. Tal vez haya alguna pequeña obstrucción.

—No necesita saltar atrás como si un tigre se le hubiese lanzado encima —dijo Horace, al producirse este incidente.

—No, señor —dijo Bullivant, soportando a pie firme una segunda bocanada de humo—. Es un pequeño escape. Algún capricho del viento, sin duda.

—El viento debe de ser mujer —dijo Horace sonriendo.

—Sí, señor; pero mi oficio me ha enseñado que también lo es buena parte del mundo. Y no creo que ése sea un motivo de queja.

Horace sólo pudo guardar silencio.



IVY COMPTON-BURNETT (1884-1969). Nació en Londres, su padre era un médico homeopático, tuvo once hermanos, estudió en el Royal Holloway College de la Universidad de Londres, donde se graduó en letras y humanidades clásicas. Vivió con su familia hasta los 28 años en una fea y enorme mansión victoriana. Luego se trasladó a un piso que compartió hasta su muerte con su amiga Margaret Jourdain.

La claustrofóbica tensión familiar de su infancia y juventud le proporcionó el material a partir del cual elaboró la totalidad de su obra: 20 novelas que conforman un Corpus singularísimo y excepcional en la literatura de este siglo.

Entre ellas destacan las seis novelas escritas desde 1937 hasta 1949, entre las que se cuenta *Criados y doncellas*. Penelope Lively, en su introducción a una recentísima reedición inglesa, escribió: «Todos los adictos a Ivy Compton-Burnett tienen su novela favorita, pero, a mi juicio, su talento se explaya en toda su grandeza en el grupo central de su obra, en el que está incluido *Criados y doncellas*. En esta novela es donde su ingenio es más afilado, sus caracteres son más memorables y su sentido dramático llega a su apogeo».